



# DORÓN BENATAR

*y el libro de los nombres muertos*

AÍDA BERLIAVSKY

Lectulandia

Mientras investiga un supuesto caso de cuernos Dorón Benatar acepta investigar el robo de un ejemplar único de la versión toledana del *Necronomicón* del siglo XVII, un libro que se creía desaparecido y que guarda entre sus páginas un secreto oculto que muchos buscan. Una secta satánica, unos pandilleros y un poderoso *lobby* empresarial de los que se dice que quita y pone presidentes en muchas partes del mundo se entrecruzan con el mismo objetivo: el libro.

**Lectulandia**

Aída Berliavsky

# **Dorón Benatar y el libro de los nombres muertos**

**Dorón Benatar - 1**

ePub r1.0

Ablewhite 24.09.2017

Título original: *Dorón Benatar y el libro de los nombres muertos*

Aída Berliavsky, 2008

Editor digital: Ablewhite

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A Jacqueline y Javier, con todo mi amor.

## Detective existencial

Toledo. Año 1647

*Aquel libro había convertido el taller de imprenta en un baile de siniestras sombras danzarinas, acentuando más si cabe la febril imaginación del viejo Fumos Toledano. Donde antes solo había visto tranquilidad y sosiego, ahora creía ver entes cruzando de un lado a otro de la estancia y perdiéndose en la penumbra.*

*Sobre la mesa reposaba la obra de la que se había hecho dueño sin desearlo. Era un ejemplar bellamente encuadernado en fina piel en el que solo destacaba su título en oro: Codex Arábigus. Desconocía qué lo hacía tan valioso para haber costado una vida humana y posiblemente también la suya si alguien llegaba a saberlo. Se pasó las manos temblorosas por el rostro, tocó su jai<sup>[1]</sup>, que solía llevar discretamente colgada del cuello y oculta entre sus ropajes en un afán por buscar la ayuda del Todopoderoso, y cerró sus ojos un instante. Fueron unos segundos, pero podría jurar que supuso toda una eternidad llena de angustia.*

*Abatido, el viejo barbado dejó caer sobre la silla el peso de su cuerpo con más huesos que otra cosa y que, de no ser por el mueble retén, habría acabado en el suelo, pero eso ahora no importaba. La noticia recibida sobre el cruel destino de su amigo hizo que la noche pareciera aún más oscura y que por su frente resbalara un sudor frío que delataba el profundo nerviosismo que le atenazaba. De su boca salieron débiles palabras que dejaron traslucir el miedo infinito que le acompañaría siempre.*

*—El Santo Inquisidor no tendrá piedad alguna con mi vida.*

## El encargo

*La valiosa imprenta de Reb Levín Sprinza, cuyo nombre y apellidos habían sido cambiados oficialmente por los de Fumos Toledano de Villaviciosa, funcionaba con normalidad y sin excesivos sobresaltos. Para Fumos, oficialmente el apellido Toledano era el que figuraba en su empadronamiento, pero en el seno de la familia, y también ante los «suyos», seguía siendo Sprinza, hijo de Sprinza Benveniste, nieto de Slomo Palachi, que se casó con Chaia Pinkutt. El edicto de conversión de los Reyes Católicos que sus antepasados decidieron acatar siglo y medio antes para seguir en su amada ciudad de Toledo había traído este tipo de dualidad en muchos judíos, quienes se vieron obligados a renunciar a sus creencias y tradiciones, a convertirse por fuerza al cristianismo y a someterse a la supervisión de la monarquía y de la Inquisición Española —como si no lo hubieran estado antes— si no querían tomar el camino del exilio hacia quién sabe qué nuevo lugar donde quisieran aceptarlos. Como muchos otros judíos de aquel entonces, parte de los Sprinza cambiaron su nombre por el gentilicio de la ciudad porque les parecía demasiado doloroso adoptar el del santo patrón, tal como hicieron algunos otros. Por el contrario, aquella otra parte que no aceptó la conversión fueron expulsados, algunos a Francia, Bélgica, Holanda, Estambul y otros al Norte de África; solo unos cuantos decidieron ir al nuevo continente descubierto por un navegante genovés llamado Colón del que se decía que también era judío. Pero todos ellos tuvieron algo en común, se marcharon con el corazón roto, los bolsillos vacíos, la llave de la casa que les vio nacer y la esperanza de regresar algún día convencidos de que solo había sido un mal sueño pasajero y que a su vuelta todo seguiría como antes. Si bien Levín era el nombre que llevaba guardado en su alma, Fumos era el que poseía el cuerpo. De hecho él había sido debidamente bautizado al nacer anteponiéndosele el nombre de José, pero todos en la ciudad le llamaban Toledano y había conseguido convertir ese apellido en algo respetable, aunque siempre había quien amenazaba con airear sus orígenes y denunciar pecados de herejía con el único fin de no pagarle algún que otro trabajo.*

*Una noche tranquila en la que se encontraba ocupado con las cuentas del negocio tocaron a la puerta del taller. El viejo impresor se levantó a abrir pensando que sería algún conocido que, de paso por su calle y viendo luz en su interior, querría saludarle y aprovechar para cruzar algún que otro pequeño secreto de sociedad como era costumbre; algo a lo que no había tenido más remedio que adaptarse siendo como era su oficio de impresor, aunque poco agrado le procuraba ese tipo de noticias, puesto que una vez que las recibía quedaba convertido involuntariamente en un responsable más del daño o dolor que pudieran causar. Abrió la puerta confiado de encontrar al otro lado una cara conocida y su sorpresa fue grande al observar que quien llamaba era un extraño hombre de aspecto cuidado y modales exquisitos, sin duda un caballero de alto linaje, mediana estatura y que seguramente no llegaría a los treinta y cinco años. Su ropaje se veía a la legua que*

había sido cosido por un buen sastre, iba finamente vestido siguiendo la moda del momento, portaba un jubón negro ajustado a modo de chaleco con un faldellín corto y mangas acolchadas con ribetes dorados claramente visibles y trabajados en hilo de auténtico pan de oro.

Bajo el traje y ropilla se dejaba ver una camisa blanca de hilo de seda bordada con puntillas. Un par de finas botas altas de piel bruñida con repliegues sobre las rodillas y hebillas en plata bien trabajada remataban su vestuario. Fumos, que conocía bien el dominio del cuero, reparó en el buen calzado y supo que estaba ante un hidalgo rico, trabajo de manos italianas, venecianas seguramente, pensó el viejo mientras seguía repasando el atuendo de su desconocido visitante.

El enigmático señor portaba un capote de raso de cuello grande y largura hasta la mitad de la pantorrilla que iba adornado con cintas y guarnecido de joyería labrada. El viejo impresor no reparó mucho en la espada, ya que él era hombre de letras y ni siquiera en su juventud se había sentido inclinado hacia las armas. Por el contrario, sí prestó atención a las joyas. Una cadena destacaba sobre el jubón negro, se apreciaba que era de oro macizo con muelles formando un sello que no acertó a identificar. Poseer joyas recargadas, así como piedras preciosas engarzadas en las prendas de vestir, demostraba el poderío de sus dueños.

Algo en su porte hizo que Fumos le invitara a pasar sin haberle preguntado su nombre. El caballero entró, esperó a que su anfitrión cerrara la puerta y le siguió hasta su mesa. El viejo acercó una silla y le invitó a sentarse mientras él tomaba sitio en la suya al otro lado del escritorio. Observó con gran detalle el rostro de aquel hombre; era limpio y en él resaltaban su bigote y perilla de color castaño. Iba tocado por un sombrero de fieltro de ala ancha a juego con su traje, del que destacaba una pluma de avestruz discretamente caída a la izquierda, indicando así su estado según el código de la época. Con pluma aireada indicaba soltería, casado si pendía de un costado, teñida de color significaba que quien la portaba buscaba dama, de color negro que ya tenía pareja —como era su caso—, si iba a la izquierda era noble y liberal, y a la derecha que pertenecía a las Juntas Morales o de la Santa Inquisición.

Al descubrirse, en un acto de elegancia y porte, dejó ver su poblada cabellera de pelo castaño algo más oscura que su barba.

—Va a permitir que no me presente —dijo el recién llegado—, pero espero que esto salve el impedimento. —Colocó sobre la mesa una bolsa que sutilmente acercó a las manos de Fumos—. Me han hablado de su esmerado y cuidado trabajo de imprenta y he tenido oportunidad de ver algunos ejemplos, no solo en Biblias y misales sino en otros algo más profanos, un poco indecorosos y que seguramente no obtendrían la aprobación de la Comisión de la Moral.

El impresor supo de inmediato a qué se refería pero se mantuvo en silencio observando al recién llegado sin tocar aún la bolsa hasta que supuso que era su turno.

—¿En qué puedo servirle? Si me permite la pregunta.



—Se la permito —respondió tajante el caballero—, pero no aceptaré ninguna otra más, y esa bolsa que usted aún no ha tocado seguro que ayudará a tal efecto.

Hizo un ademán invitando a que la abriera. El viejo la tomó y miró su interior intentando no mostrar gran interés. Luego introdujo la mano y extrajo una de las monedas que había dentro.

—Son diez como esa las que contiene la bolsa, doblones de oro de toda ley; y otra bolsa igual le traeré cuando usted me entregue el trabajo que procedo a pedirle. —Clavó su mirada en los ojos de Fumos antes de seguir—. Si usted no tiene más preguntas que hacerme —apostilló el visitante viendo al viejo colocar nuevamente la moneda en la bolsa, cerrarla y atraerla hacia sí—, ahora que soy cliente le diré en qué consiste mi encargo.

Puso sobre la mesa un gordo legajo de papeles cuidadosamente atados.

—Esto es un libro que quiero que usted imprima, pero solo uno.

—Desea un ejemplar único —señaló Fumos con una afirmación para evitar convertirla en pregunta.

—Exactamente. —Colocó sobre la mesa otra bolsa de raso negro que él mismo abrió para extraer de ella un trozo de piel que le entregó—. Quiero que ese libro sea encuadernado con esta piel y que sobre ella sea grabado el título. No quiero año ni tampoco autor, solo el título —dijo señalando con su dedo la primera hoja del legajo.

—Una cantidad como la que usted me paga tendrá considerada alguna otra exigencia.

—La más importante. —El caballero echó su cuerpo hacia delante. Su expresión adquirió dureza y sus palabras firmeza—. Quiero que una vez finalizada su impresión destruya todas las planchas y todo rastro del libro en cuestión. Solo quiero el ejemplar único que saldrá de su imprenta.

—Por las medidas que está tomando intuyo que desea que nadie lo lea.

—Ni siquiera usted, ¿podrá hacerlo?

—Descuide, guardaré a buen recaudo mi curiosidad de lector.

—Confío en ello, ¿pero guardará también la de sus empleados?

—Puedo dividir el trabajo para que ninguno de ellos vea la totalidad, por eso no se preocupe.

—Comprenderá mi deseo de que todo ello se realice en el más absoluto secreto. No quiero recibos, ni papel que mencione este encargo —señaló el visitante mientras se incorporaba y se acomodaba su sombrero—. Por eso he venido desde Madrid y volveré a verle dentro de tres semanas, espero que sea tiempo suficiente.

—No es mucho —dijo Fumos mientras se incorporaba con cierto esfuerzo—, pero tendrá su libro.

Acompañó al caballero hasta la puerta y ambos se cruzaron una última mirada, la misma que guardaría el resto de su vida. Cuando estuvo nuevamente solo regresó a la mesa, sabía que había escritores que preferían editar sus libros fuera de su ciudad e incluso de España, pues el control y la censura eran muy rígidos en esos

momentos. Como norma, las imprentas debían pasar una inspección con todos aquellos trabajos que realizaban y cualquiera que no la superase era suspendido, pero los escritores aguzaron su ingenio y crearon un estilo de escritura metafórica paralela donde las palabras tenían un sentido distinto del habitual. En el caso de los libros de amor, al señalar que una dama «había perdido sus pendientes», se refería a que había perdido su virginidad, «tener el bolso recargado» era una referencia velada a estar embarazada, y «romper el collar» significaba romper los lazos de amor con su amante. Por lo tanto, resultaba frecuente que los personajes de los libros encarnados por jóvenes doncellas lloraran desconsolados al deshacerse de sus collares o al perder sus pendientes durante alguna visita a la casa de un caballero. Los lectores conocedores de este lenguaje clandestino se habituaron a la lectura entre líneas.

Existían otros talleres en Toledo, mejores incluso, como sin duda era el caso de la imprenta de Pedro Hagenbach, que había trabajado en Valencia con Hutz, pero Fumos, aunque de carácter moderado y poco amigo del riesgo, era un amante de los libros y pensaba que en ocasiones era necesario aceptar el reto de imprimir sin declarar. Este encargo no le motivó tanto por su carácter secreto como por lo bien pagado que estaba. Acercó la luminaria que siempre reposaba sobre su mesa y la luz dio mayor claridad a la bolsa del dinero. La abrió y contó; como el hombre había dicho, contenía 10 doblones de oro, una cantidad muy considerable para los tiempos que corrían.

Las minas del Real de Potosí tanto en Perú como en México seguían abasteciendo fielmente la riqueza de la que durante los dos siglos anteriores hizo ostentación la Corona Española ante el resto de Europa, y continuaban surtiendo de plata a los artesanos joyeros con la que elaboraban puntas para el calzado, hebillas, imperdibles, cadenas, filigranas, pendientes, agujas de pelo, collares e hilo tejido para adornar cuellos y mangas. Por el contrario, la producción de oro en las colonias de América había ido menguando y los doblones eran un bien escaso. Eran tiempos delicados para la Hacienda Española, que se había visto obligada a presentar quiebra, por eso para Fumos aquel encargo era un regalo caído del cielo. Además, aquellas exigencias impuestas por el caballero no supondrían una gran dificultad para la realización del trabajo. Volvió a guardar las monedas en la bolsa y anudó el cordel de cierre. Se dirigió hacia una estantería con libros, extrajo unos cuantos dejando al descubierto la pared de ladrillo, presionó sobre uno de ellos y este giró, mostrando una pequeña oquedad; el viejo guardó dentro la bolsa y volvió a cerrar el ladrillo, colocó de nuevo los libros en su lugar y regresó a la mesa.

Durante unos largos minutos observó el legajo de hojas atadas sin decidirse a tocarlo. Sabía que no era un encargo cualquiera, hacía solo unos minutos que lo había aceptado y ya comenzaba a despertar en él profundos temores. Estiró la mano, lo atrajo hacia sí, lo desató y leyó el título.

— Codex Arabicus, *El Libro de los Árabes* —dijo con un pequeño susurro apenas

perceptible.

Tomó la siguiente hoja y algunas más. Todo el libro estaba escrito en latín y sus conocimientos de esa lengua eran escasos, lo que le produjo una sensación de tranquilidad porque, si bien contaba con fieles aprendices en su imprenta, todavía no dominaban bien la lengua madre, y eso ayudaría a que transcribieran sin entender.

«Aún mejor», pensó.

Dividió el legajo en cinco montículos de parecido tamaño y puso sobre cada uno de ellos un taco de madera. En su cabeza ya tenía claro cómo organizaría el trabajo para cumplir con las exigencias del encargo.

Por último, tomó la bolsa de raso negro y extrajo el rollo en forma de pergamino que antes le había mostrado el hombre. Era piel, como había dicho, pero una a la que no estaba acostumbrado el tacto de sus dedos. Sabía mucho de pieles y en ocasiones, para la encuadernación de ciertos ejemplares, solía utilizar la de terneros jóvenes porque eran dúctiles y maleables e imprimían a los libros un estatus de importancia. Pero esta piel no era así, sino más fina y suave, lo que le supondría la exigencia de un tratamiento más cuidado en la estampación y en el encuadernado. Fumos supuso que procedería de algún animal propio de las colonias o quizá del norte de Europa, pero cuando pasó la mano por encima sintió un frío interior que le recorrió todo el cuerpo y una extraña sensación se apoderó de él. Se mantuvo quieto un instante con la vista clavada en la piel, luego con cuidado volvió a guardarla en su bolsa, extrajo de entre su ropaje una llave que llevaba colgada del cuello y con ella abrió la cerradura del cajón de su mesa de escritorio, guardó la bolsa en su interior y lo cerró. Con esa llave pretendía hacer creer a los que trabajaban con él que era allí donde guardaba las cosas de valor, de ese modo no buscarían en otro sitio.

Estaba cansado, esa visita le había producido una gran tensión y quería irse a dormir, pero antes tomó una hoja cualquiera de uno de los montículos y contó las líneas de escritura, luego midió el tamaño y de inmediato calculó el número de pliegos que serían necesarios para la impresión. Elegiría un papel en el que primara la resistencia sobre la belleza, porque algo en su interior le decía que ese libro no sería para adornar estantes. Por último se levantó, tomó el candil y se dirigió hacia la puerta, abrió y antes de cerrar echó un último vistazo a la mesa convertida ya en ligeras sombras.

A la mañana siguiente, las manos del viejo Fumos se movían trajinando en la labor propia de su oficio cuya vocación y aprendizaje le venía de su padre, y a este del suyo, aunque no podríase decir y seguir diciendo ya que los Sprinza, antes de ser impresores, fueron artesanos curtidores y comerciantes de bellas creaciones elaboradas con materiales distintos y muy diversos: sastres de levitas y guantes de cabritilla, zapatillas, escaarpines, alforjas, jubones, calzas, bolsos y botas que una vez bien bruñidas eran lucidas por miembros de la comunidad judía que en su tiempo podían pagarse ese capricho. No había a la redonda mejor taller que el de los

*Sprinza, y sus exquisitos botines tallados para los más finos pies eran altamente deseados por las inocentes novias que los calzarían con gusto en el día más feliz de las enamoradas.*

*También eran muy solicitadas sus filacterias para los piadosos y mozos que cumplirían con su Bar-Mitzvá. Sombreros, kipás y chupas para caballeros, damas y jóvenes que gustaban de vestir bien. Aquellos fueron tiempos en los que Toledo era una importante ciudad y los judíos formaban parte de la sociedad.*

*Con los años, y después del edicto, pasaron de ser curtidores exquisitos a convertirse en impresores, labor en la que se inició Fumos como aprendiz siendo solo un niño viendo trabajar a su padre y a su abuelo, ya que heredar el oficio y el negocio había sido desde siempre una forma de crecer y luchar contra el rechazo social; para quien así no lo hiciese, la posibilidad de prosperar se convertía en difícil tarea. Pero los buenos momentos pasados eran solo bálsamo que ayudaba a sobrellevar las desgracias. Esta era al menos la filosofía de los conversos, a quienes se les había arrebatado aquello que les pertenecía desde el nacimiento, ni más ni menos que su identidad, su cultura, su religión, su nombre, su herencia y hasta sus raíces.*

*Remontar su presencia en esta tierra hasta diez siglos atrás no otorgaba ya valor de derecho ante quienes estaban inmersos en la pureza de la sangre cristiana.*

*Durante los días que siguieron a la visita de su cliente, el viejo Fumos mandó acelerar el trabajo de impresión que ocupaba la prensa en esos momentos, un pedido de Biblias ordenado por el Obispado de la ciudad. Una vez finalizado se dispuso a preparar todo para la impresión del Codex Arabicus, organizó el trabajo y repartió los legajos de hojas entre sus ayudantes, cada uno de los cuales debería transcribir su parte correspondiente, seleccionó entre sus tipografías y se decidió por una arábica, muy de moda en ese momento, y por último dejó para sí mismo la reproducción de los grabados ilustrativos y de letrería que acompañarían al texto, los mismos que le produjeron una fuerte congoja al verlos por primera vez. Parecían centros ceremoniales, figuras y símbolos que con toda seguridad tendrían como destino la hoguera si cualquier autoridad eclesiástica o política llegaba a verlos.*

*Ya en otras ocasiones había aceptado encargos para la publicación de panfletos de luchas religiosas y políticas que circulaban de manera muy profusa en aquel tiempo, también había llegado a aceptar trabajos de carácter más íntimo de esa «literatura amorosa» que a la iglesia no dejaba de parecerle inmoral y por la que sus enviados visitaban las imprentas ejerciendo su dura censura sobre los textos y tomando debida nota de los autores, sin embargo este libro le producía un malestar que no acertaba a comprender bien.*

*Fue un trabajo arduo y minucioso que en todo momento sometió a una dura supervisión, haciendo incluso las tareas de corrector. Sus fieles aprendices cajistas fundían los metales y conformaban las páginas completas de las que se hacían las correspondientes pruebas que el viejo se encargaba de destruir con gran cuidado y*

disimulo. En las largas noches de soledad robadas al sueño fue elaborando los grabados. En aquellas figuras algo llamó su atención, una serie de pequeñas palabras casi impronunciables escritas en un lenguaje que, como estudioso de La Cábala, no le resultaban del todo desconocidas. Estaban colocadas de forma desordenada, pero tuvo la sensación de que estaban allí con la premeditada necesidad de pasar inadvertidas a simple vista; no parecían hechas por el autor de las ilustraciones de fondo, su trazo respondía a otra mano. Pasó la lupa por encima y descubrió que el color de la tinta no era el mismo. Como no contaba con mucho tiempo para acabar el libro no se detuvo más en ello.

Cuando ya lo tuvo todo preparó las prensas. En el frontal de la barra transversal que coronaba el maderamen donde se accionaba el tórculo se podía leer una inscripción toscamente grabada: Año 1633. Habían pasado catorce años desde que la compró pero seguía estando en perfecto estado y su calidad seguía siendo la misma o incluso mejor que cuando imprimió con ella el primer libro. Dispuso el papel e inició el proceso que supervisó en todo momento. Cuando el último folio salió de la prensa y lo tuvo en sus manos, felicitó a sus ayudantes y ese día como premio les dejó marcharse a casa dando por concluida la jornada horas antes del final de la misma, algo que los muchachos aceptaron de muy buen grado. Una vez solo en el taller, fundió las últimas planchas y recogió los legajos, los metió en un saco y se los llevó de allí para hacerlos desaparecer de acuerdo a lo convenido con su cliente.

Esa misma noche regresó al taller ya sin el saco y repasó nuevamente el orden y la paginación del libro. Para el trabajo de encuadernación decidió que un buen día para hacerlo sería el domingo, la ciudad celebraría la fiesta del Corpus que estaba presidida de sacras procesiones siempre bajo el ojo observador de las autoridades eclesiásticas, temerosas del carácter pagano que pudieran darle los toledanos. Ese día podría trabajar tranquilo sin temor a ser molestado ya que no quería testigos; además, en las fiestas sacramentales quien realmente lo pasaba bien era Clara, su esposa, que aprovechaba para lucir su mejor vestido y reunirse con el resto de las mujeres para hacer lo que mejor sabían: repasar los amores y desamores de los no presentes en esas reuniones de comidilla.

Clara, cuyo nombre de judía era Ruth Yigal, pasaba por ser una mujer virtuosa y comedida hasta donde su espíritu femenino se lo permitía. Cumplía cuanto podía con los preceptos de su oculta religión. Llevaba con buen acierto su nombre cristiano, ya que las cosas le gustaban claras; era mujer oronda y limpia más que nadie, siempre había sido la compañera silenciosa y protectora de Fumos, excelente cocinera, buena madre y estupenda anfitriona. Tenía la casa bien cuidada, con la mezuzá escondida bajo el dintel de la puerta sin que nadie la pudiera ver; no sabía si era propio sobreponerle la estampa de la virgen Santa María la Blanca, cuyo rostro le ofrecía candidez y bondad, pero ante el temor de profanar ambos bandos prefirió cubrirlo con una fuentecilla de agua. Los viernes preparaba con esmero los

alimentos del Shabat y cuando caía la hora, como muchos otros judíos conversos que para mantener sus enseñanzas procuraban vivir cercanamente y protegerse, cerraba puertas y ventanas, preparaba la mesa para la cena, encendía las dos velas cubriéndose los ojos con sus manos y recitaba una bendición en la que pedía primero por sus hijos, luego por su esposo y por los demás miembros de la comunidad, que como ellos se veían obligados a orar en las casas por no poder asistir a la que antaño fuera la sinagoga, ahora convertida en refugio penitencial de mujeres arrepentidas. Por último pedía por sí misma para seguir siendo una judía piadosa. Al igual que ellos, los judíos conversos de Toledo que se mantuvieron fieles a su origen elevaron a la categoría de arte la existencia de una oculta doble vida hasta convertirla en un hecho más de sus costumbres. Otros, sin embargo, decidieron olvidar su procedencia, mezclarse y perderla con el tiempo.

El taller de la imprenta colindaba con su casa pared con pared, y ambos espacios estaban comunicados por una puerta que Fumos cerraba una vez terminada la jornada. Debido al tiempo tomado para hacer desaparecer las pruebas que podían delatar la impresión del libro, esa noche llegó tarde a la casa; no obstante allí estaba Clara en el pequeño salón, esperándole.

—Hoy llegas más tarde de lo habitual y te he visto salir temprano —le dijo la esposa pretendiendo indagar dónde había estado su marido.

—Había cosas que hacer fuera —le respondió él sin más explicación mientras se servía un vaso de vino de la jarra colocada sobre la mesa.

—Teresa y su marido nos esperan el domingo en su casa para ver pasar la procesión desde su balcón.

—Me vas a tener que disculpar con ellos —la miró mientras tomaba acomodo en una silla próxima a la chimenea—, y también contigo, creo que no podré ir.

—Pero todos los años hemos asistido —se removió incómoda—. ¿Es que acaso no te encuentras bien?

—Tengo un trabajo urgente que entregar y ese dinero nos vendrá muy bien, pero aprovechando tu pregunta, excúsame de todos diciendo que me siento indispuerto, que no tengo el estómago como debiera.

Con el esfuerzo que exige un cuerpo cargado de años se sentó junto a ella cerca del fuego, aproximó la mano a las brasas y cuando la tuvo caliente tomó la de su esposa.

—Te prepararé una taza de caldo —dijo ella mientras se levantaba. Fumos besó su mano en agradecimiento antes de soltarla.

La figura de Clara se desvaneció camino de la cocina, él se giró de nuevo hacia la chimenea y tomó el atizador para remover las brasas. Una ola de calor desprendida por aquel rojo intenso de la madera crujiente y alborotada llenó el salón. Agotado por la tensión, acabó recostado en la silla cerrando sus cansados ojos.

*Al viejo Fumos entre los suyos le decían Reb porque secretamente era un estudioso de La Cábala. En circunstancias normales dentro de una comunidad judía libre o al menos autorizada, sus conocimientos le habrían llevado a ocupar un puesto relevante propio de un piadoso hombre, sin embargo, él tenía que seguir aparentando ser duro y apegado a las estrictas leyes de la Santa Iglesia Católica.*

*Jamás presentó reparos en acudir a almuerzos y festines, se esforzaba por vivir según la tradición cristiana en la medida en que podía. Estaba bautizado, acudía a la iglesia y pagaba su diezmo al clero religiosamente, incluso vestía con la propiedad de la época y sin nada que delatara su condición interior. Por el contrario, evitaba comer cerdo y tanto él como los suyos estaban circuncidados, después de todo un judío piadoso mantiene la fe dentro de su corazón y lo que haga de puertas adentro en su casa solo le concierne a él, se decía a menudo. Las festividades se realizaban dentro del hogar y cada casa acabó convertida en un pequeño templo.*

*A todo o casi todo había accedido Fumos, salvo a la cruz sobre el pecho; a eso no había llegado ni llegaría, no concebía llevar una imagen que representara tanto sufrimiento, el Señor era amor y no dolor, de manera que si no podía llevar a la vista su jai de vida, pues no llevaba nada y asunto arreglado, era lo que solía decirle a su esposa cuando esta se empeñaba en adornarle.*

*Su vestir era sencillo pero cuidado al uso de la época; en cambio, su condición de judío converso era reconocible solo por otros como él; para ello solían utilizar prendas que a los ojos de los gentiles o cristianos pasaran desapercibidas, como levitas, mantos y togas elaboradas en crepés luminosos. De esta forma se sentían unidos y eso les aportaba la leve sensación de no estar solos.*

*Finalizado el oculto Shabat que discretamente celebraron, el domingo Fumos fue al taller mientras Clara se preparaba para asistir a los festejos del Corpus. La mañana había amanecido cubierta de oscuras nubes que amenazaban fuertes aguaceros, lo que resultaba un contratiempo para la procesión. No estaba siendo ese año una primavera apacible, fuera del taller hacía frío y dentro solo calentaba el ambiente la llama del candil que tenía sobre su mesa. Con él se ayudaba ante la poca luz que entraba por el pequeño ventanal debido a la ausencia de sol, poca cosa para un cuerpo ya caduco si no fuera por su grueso jubón bordado con grecas moriscas y cuchilladas. Llevaba la cabeza cubierta por un ribete que tapaba su coronilla. De debajo de sus ropajes extrajo la llave que abría el cajón y sacó el libro y a continuación la bolsa de terciopelo raso que contenía la piel, y dispuso el trabajo en su afán de terminarlo lo antes posible. Aprovechando la ausencia de su esposa, no pararía siquiera para la comida.*

*Mientras trabajaba no dejaba de pensar qué sería de él si alguien supiese lo que estaba haciendo. Su imprenta tenía sobrada reputación y a ella acudían desde afamados escritores de la ciudad a principiantes que aspiraban a su consagración,*

todos iban para que les imprimiera sus trabajos, y pese a que a sus setenta años sentía que ya se veía próximo al día final, los aceptaba incluso con algún riesgo; pero este libro envuelto en el misterio y el secretismo le provocaba una sensación extraña, mezcla de miedo y ansiedad. «Si no estuviera tan bien pagado no lo habría aceptado», se repetía con frecuencia.

En la calle, las nubes acabaron por descargar con furia y el silencio fue roto por la lluvia estrellándose en techos, cristales y piedras, desluciendo la vistosidad de balcones y ventanas engalanados con banderas y heráldicas de quienes podían presumir de tenerlas. Este contratiempo hizo retrasar la salida de la procesión, que tuvo que esperar a ver si escampaba.

Ya entrada la tarde y próximo al ocaso, el cielo se abrió para alborozo de la muchedumbre. Para entonces Fumos ya había terminado de encuadernar el libro, que reposaba sobre la mesa y en el que solo destacaba el título, Codex Arabicus, compuesto por letras de pan de oro. Se recostó sobre su silla y cerró los ojos con la intención de esperar el regreso de Clara, pero de inmediato descartó la idea y decidió salir a la calle; quería sentir el frescor de la tarde en su cara. Tomó el libro y lo guardó en su cajón con llave, cerró el taller y caminó unas pocas calles hasta sumarse al gentío que por fortuna esperaba todavía la procesión. La profusión de cirios y velas impregnaba la calle de un olor especial en el que se mezclaba la cera derretida y el incienso que guiaba el paso del cortejo; todo ello producía una sensación casi mística que maravilló al anciano. No faltaba mucho para que la Custodia hiciera acto de presencia de regreso a la Catedral.

Pensó ir en busca de su esposa a la casa de sus amigos, la familia Serfati que todos los años les invitaban, pero le resultó inadecuado, siendo las horas que eran podría dar la sensación de que el Corpus había obrado el milagro de sanarle y decidió quedarse allí. Poco a poco un pesado silencio se fue apoderando de la calle, de los ojos de la gente brotaban lágrimas de veneración al paso de la Custodia de Toledo. El viejo Fumos, a pesar de haberla visto tradicionalmente cada año, también quedó extasiado esta vez, no tanto por el carácter religioso sino influenciado por el resplandor de la obra vista de noche y a la luz de las velas. Era una de las más hermosas joyas sacramentales jamás realizada, una torre gótica de ciento ochenta y tres kilos de plata de las colonias y dieciocho kilos de oro invertidos en su creación hacía poco más de un siglo. Se dice que la Catedral pagó por ella quince millones de maravedises de aquella época, en la que se compraba una vaca por poco menos de dos mil.

La vio perderse en la calle escoltada por el pleno de la curia arzobispal de la ciudad y decidió regresar de nuevo a casa para esperar allí la llegada de Clara, que seguramente no tardaría.

Los días fueron pasando dejando atrás la fecha señalada por el caballero para



recoger el libro, pero nadie venía y el viejo impresor continuó trabajando en sus pedidos de siempre. De vez en cuando abría el cajón con su llave solo para cerciorarse de que allí seguía, y a pesar de su carácter tranquilo en ocasiones se le oía recriminar entre labios la tardanza del cliente, no ya tanto por cobrar su dinero sino por no tener el ejemplar encima. Hubiera ido muy gustoso a llevárselo él, pero no sabía su dirección ni tampoco su nombre, solo recordaba que el caballero le había mencionado que venía desde Madrid y eso no era de gran ayuda. Seguiría esperando muy a su pesar.

Fue Clara la que en esa triste noche le dio detalles de un lance a espadas días atrás entre unos supuestos caballeros venidos de fuera y los soldados que salieron a su encuentro a fin de detenerlos, porque a oídos del obispo había llegado la noticia sobre rituales e invocaciones al demonio que dichas personas hacían en reuniones secretas. Le oyó decir también que incluso en una de ellas, llevada a cabo un mes antes, habían matado en ritual al venerable Juan de Somoza, un ilustre anciano al que creían de viaje en Madrid y que era gran conocedor de las matemáticas, la astronomía, la filosofía y que además ejercía de médico con gran acierto, aunque otros lo achacaban más a su dominio de la magia.

Si bien la noticia de la muerte del venerable a quien conocía le había llenado de congoja, fue el detalle del ritual lo que le dejó realmente aturdido. Según Clara, hubo quien dijo que le habían quitado la piel del cuerpo con invocaciones al demonio antes de quemarlo. Al escuchar esto, el viejo Fumos intentó a duras penas mantener la figura, y cuando solicitó más información a su esposa, Clara se percató del semblante traspuesto de su marido.

—Tú conocías al viejo Somoza, ¿acaso era amigo tuyo?

—Era amigo de todos —respondió lleno de congoja—, es lo que da tener gran conocimiento.

—Pero decían que practicaba la magia y la adivinación, incluso en muchas ocasiones llegó a saber lo que iba a suceder antes de que ocurriera —señaló su esposa con un claro signo de temor.

—Habladurías de la gente. Era un erudito y, quizá por eso, un mago a los ojos de la ignorancia —señaló el viejo al que también le habían llegado esos comentarios en alguna ocasión.

—También se dice que se iba al monte y que se perdía días enteros sin ver a nadie, sin más comida que un puñado de frutos secos y agua.

—Le gustaba observar el cielo en la noche, era un estudioso de las estrellas, solo eso.

Dicho esto último se levantó de la mesa y se dirigió a su estudio. Una vez dentro cerró la puerta, se sentó frente a la mesa y abrió el cajón donde guardaba el libro envuelto en la bolsa de raso negro, esta vez ayudándose de ella para no tocarlo, y extrajo el ejemplar, lo miró y sus ojos se humedecieron. Recogido en su silencio pensó primero en llevarlo a las autoridades en cuanto amaneciera, pero recordó que

no disponía de recibo alguno de encargo, que no sabía el nombre de su cliente ni tampoco donde vivía y puso en duda que la autoridad eclesiástica se fiara de su palabra. Además, había desafiado a la ley no solicitando la intervención de un corrector oficial en la revisión del libro.

En esos momentos sentía el viento de la desolación, el abismo a sus pies. La piel que había tratado durante la encuadernación era humana y lo que era peor, conocía a quien había pertenecido, un médico, un hombre sabio guardián del conocimiento.

Se arrepentía ahora henchido de dolor por haber aceptado el trabajo y dejarse llevar por el brillo del oro, ¿pero de qué servía tanto reproche?, estaba allí sentado ante un encargo que nadie recogería, era un libro huérfano y maldito y él se veía condenado a ser su dueño sin querer serlo. Lo tomó de nuevo con igual cuidado para no tocarlo con sus manos y lo metió en la bolsa de raso, se dirigió a su pequeño escondrijo de la pared y lo guardó con intención de dejarlo allí para siempre.

Encorvado en su sillón de madera, aquel hombre recordó con hondo pesar a Juan de Somoza, hombre inquieto y estudioso siempre en busca del saber y al que en alguna ocasión le había ofrecido sus servicios para publicar sus escritos, pero este, con gran educación y respeto, lo había rechazado aduciendo que carecían de valor e interés. Ahora los tendría, y mucho, para el Santo Inquisidor.

## Dorón, año actual

El ritual de todos los días para Dorón Benatar consistía en desperezarse como podía cuando saltaba la alarma del despertador y la radio comenzaba a vomitar sin pudor noticias sobre casos de corrupción urbanística, enfrentamientos entre facciones rivales en esta y la otra parte del mundo, machos despechados con manos ensangrentadas después de haber pasado a navaja a quienes decían amar por encima de todo, y así en un suma y sigue tan caótico que lograba hacer que el joven abandonara la cama rápido en busca de la ducha bajo la que sentir la frescura del nuevo día. El agua sobre el rostro despertaba y fortalecía mejor que nada.

Una vez limpio y afeitado tomaba un breve y ligero desayuno compuesto por más bien poco, como corresponde a un soltero descuidado, y acababa vistiéndose con lo que encontraba. Esa mañana, Dorón enfundó su cuerpo de treinta y dos años en unos pantalones vaqueros, botas italianas de cordón, jersey azul marino de cuello alto, gorro tejido con el que mantener a raya su abundante mata de pelo castaño oscuro, amplia bufanda que anudó coquetamente a su cuello y un abrigo. No podían faltar sus gafas oscuras, que ocultaban unos ojos azules de mirada profunda y con las que se permitía mirar fijamente sin despertar recelo a las personas con las que se cruzaba y recortar a tijera cada uno de sus gestos y movimientos hasta que desaparecían a su espalda.

Siempre fue un gran observador, incluso desde niño, y ahora, quizá debido a la deformación profesional producto de su oficio, había convertido esa característica en un entretenido ejercicio con el que mantener despiertos sus sentidos mientras caminaba por las calles de Madrid evitando caer en los soliloquios a los que tan aficionado era y que tan peligrosos resultan si se tiene que ir pendiente de aceras reventadas y zanjas sin señalizar. En su caso lo hacía abiertamente, sin disimulo; no había dado dos pasos cuando ya estaba metido en sus propios pensamientos y hablando solo. Prefería eso que hacer lo que hacen otros chiflados que intentan disimular haciendo como que mantienen conversaciones telefónicas a través del manos libres del móvil. No saben que su cara los delata; si uno se les queda mirando fijamente un instante, bajan la cabeza, desvían la mirada y su tono de voz se reduce hasta caer en el murmullo. Los demás, los que sí hablan por el móvil, ni siquiera se dan cuenta del ridículo que hacen confesando ante todos sus intimidades, máxime cuando la conversación transcurre en un autobús.

«¿Falta de pudor?», se preguntó. «No, tontería de la buena», se respondió de inmediato.

Al pasar frente al teatro Alcázar, Dorón se paró atraído por las fotos expuestas en su marquesina, que mostraban escenas de la obra *Gorda*, de Neil Labute, una áspera crítica a ese mundo que vive obsesionado por el culto al cuerpo y que exige a las mujeres, y ahora también a los hombres, sufrir una extrema delgadez casi cadavérica para que luego esa misma sociedad les acuse de anoréxicos crónicos con el dedo

inquisidor. No entendía cómo el hecho de comer, un acto que además de primario era cada día más sugerente, se podía convertir en un drama para muchas personas. Había llegado a la conclusión de que para esos hombres y mujeres la superficialidad prima sobre todo lo demás o bien habían elevado a la categoría de dioses a toda esa legión de popes de la moda que con la boca pequeña decían adorar las curvas femeninas y luego escarnecían sin piedad a quienes ellos consideraban gordos. Eso sí, cuando esos mismos maestros y maestras del hilo y la aguja querían echar un polvo lleno de lujuria, no buscaban a un ser lánguido y escuálido, sino a un cachas de discoteca, se dijo observando al detalle las fotos de la representación.

«Esos metrosexuales dirán lo que quieran, pero esta gorda apetece y enamora». Ya había caído en uno de sus soliloquios de rigor.

Detalles como esa marquesina teatral reflejaban para Dorón la personalidad de Madrid, un espectáculo inagotable a cualquier hora del día que le obligaba en ocasiones a pararse embelesado ante un edificio, un escaparate o la barra de un bar repleto de tapas con la misma actitud y disposición que lo hacían los turistas perdidos en los detalles, sobrepasados por la belleza que observan; estos últimos eran fácilmente identificables por su lento caminar, su mirada dirigida al cielo y no al suelo y porque congestionaban la acera con sus paradas improvisadas para fotografiarlo todo.

«Seguramente son de provincia», pensaba cuando los veía. «Los capitalinos viven inmunizados ante la majestuosidad que proporciona la gran ciudad. Si acaso algún domingo se dejan impresionar observando con atención pausada lo que su mirada no registra a diario por ir siempre con prisas y sin ganas».

Cuando en un vano intento por excusar su indiferencia escuchaba a alguien recurrir al tópico «tantas veces pasando por aquí y hasta ahora no me había dado cuenta», lo remitía a su cuarto nivel de recuerdo para no contar con él, y si además remataba la faena añadiendo «es que va uno pensando en tantas cosas», lo borraba de un plumazo.

Para él, Madrid era Sherezade, la ávida mujer del sultán de *Las Mil y Una Noches* que se salvó de no ser degollada como sus antecesoras gracias a su capacidad para sorprender. Todas las noches contaba al maligno consorte una historia tan interesante que evitaba concluir para mantener el interés por la misma, lo que obligaba al sultán a dejarla con vida en su deseo de escuchar el final día tras día.

Así era la ciudad para Dorón, una historia interminable cada vez más interesante que no podía ser devorada de un solo bocado.

«Cuanto más se vive en ella, más se la quiere», pensaba, «y cuando parece que hostiga y cansa, una nueva historia surge e invita a no dejarla en el deseo de conocer el final, como si Madrid tuviera un final».

Retomó su camino calle abajo rumbo a su despacho, el lugar donde recibía a sus clientes, donde les escuchaba, los estudiaba con detenimiento y más tarde, cuando se habían marchado, se tomaba un té y determinaba si su caso le gustaba o le disgustaba

y quién lo resolvería con mayor éxito, Sócrates o Kant, porque Dorón, como decían sus tarjetas de visita, era un detective existencial. Una extravagancia que le servía para romper el hielo con los nuevos clientes y rebajar la tensión que suponía mantener una entrevista en la que ellos se verían obligados a confesar lo que guardaban celosamente al resto. Había descubierto que si era él quien se desnudaba primero —peyorativamente hablando—, ellos se quedaban en pelotas a los pocos minutos explicando su caso con pelos y señales; como en él todo era un desatino, los clientes se sentían menos cohibidos a la hora de exponerse.

Terminó siendo detective cuando su sueño era dar clases en la Facultad de Filosofía y Letras que le vio titularse. Fue el hijo primogénito de la familia Benatar cuando hubiera querido ser el hermano pequeño y desmadrado al que arroja el resto de la casa. Llegó a preferir haber sido el amigo *goy* que cae estupendamente y siempre es bienvenido en la casa de un judío que ser el propio judío. En fin, era lo que era y poco se podía cambiar a esas alturas.

Al pasar junto al edificio que acoge el Círculo de Bellas Artes, decidió entrar en el café, un lugar amplio y espacioso que rebosaba belleza y clasicismo, de grandes columnas decoradas con hermosos cuerpos desnudos contorsionándose que retraían a la Grecia Antigua y que separaban en varios metros el suelo de un techo delicadamente decorado con coloridas pinturas, y en cuyo centro lo presidía todo una enorme lámpara de araña de cristal tallado propia del gran esplendor de los palacios. Este era el despacho de Dorón. Si bien hasta el más sencillo profesional disponía de una oficina o al menos alquilaba una en un *office center* en el que poder colgar su título oficial de detective privado y compartir secretaria, fax y fotocopiadora a bajo precio, él prefería ese café, un lugar cómodo, bello, poco ruidoso, siempre bien atendido y en pleno corazón de Madrid; no se podía pedir más según su criterio. Además, no había día en que no pensara que sería el último como detective y el primero del resto de una nueva vida como docente con puesto fijo.

Quién se lo iba a decir hace unos años cuando se doctoró en filosofía soñando con ocupar plaza de profesor. Por el contrario, tuvo que sufrir un interminable calvario como suplente de colegio en colegio, soportando insufribles actitudes de niñatos infames más preocupados por su pelo, su ropa y su móvil que por el conocimiento que les aportarían los grandes sabios de la humanidad y con ello entender el mundo en el que viven y, a ser posible, no destrozarlo más de lo que ya lo hacían. Cómo acabó siendo detective titulado era cosa aparte, un accidente provocado por su capacidad de improvisación aquella noche de fiesta en el piso compartido de tres chicas Erasmus, cuando una de ellas, buena hasta decir basta, le preguntó a qué se dedicaba; aburrido de explicar su situación de profesor en paro *quasi* permanente que le reportaba más fracasos que éxitos a la hora de ligar, se fijó en el cartel de la película *El Halcón Maltés* que colgaba de una de las paredes de la casa, con Bogart pistola en mano y sombrero caído, y declaró sin rubor ser investigador privado. Fue lo primero que le vino a la cabeza quién sabe por qué. Esa misma noche aquella otra

chica a punto de casarse le llevó a un rincón y, con mucha discreción y algo de temor, le pidió seguir a su novio y confirmar o desmentir sus sospechas de infidelidad. Siete días más tarde, y después de algunos percances y algo de sentido común como única herramienta de trabajo, confirmó las sospechas de su «cliente» descubriendo que el mencionado novio tenía otro amor y que este era un compañero de trabajo. Posiblemente fue la suerte del principiante, pese a su torpeza y desconocimiento real de la profesión.

Fue un dinero fácil que debido al éxito cosechado y a base de recomendaciones le permitió encadenar un caso con otro, resolviéndolos como podía sin que nadie llegase a saber que no era investigador privado. Sin embargo le brindó la oportunidad de encontrarse con una fuente de ingresos y abandonar la casa paterna, así que decidió plantearse en serio. Ya estaban lejos los tiempos en que uno estudiaba aquello de lo que soñaba trabajar y poder vivir. La realidad era más cruel y ahora se dedicaba a estudiar lo que le permitiese trabajar y sobrevivir. Por eso, y debido a que su carácter le impedía hacer algo a medias, mientras aceptaba nuevos casos se matriculó en la Facultad de Ciencias Sociales y en dos años lo terminó, apasionado posiblemente por los temas que componían las asignaturas, logrando diplomarse y obteniendo la licencia para ejercer como Detective Privado; eso sí, sin perder de vista en ningún momento la posibilidad de reintegrarse a la docencia en una cátedra universitaria aunque fuera de suplente, factor que en ese caso no le importaba asumir porque estaba seguro de que el alumnado universitario apreciaría las clases mejor que esos zafios estudiantes de colegios caros.

Convertir una cafetería en oficina habría podido ser un gran error para cualquier otro investigador privado, pero el Círculo de Bellas Artes era distinto, el lugar ya supone un freno para clientes acostumbrados al grito y el escándalo. El edificio en sí mismo impone un respeto para quien desde fuera se deja abrumar por el peso del saber, pues no saben que en su interior lo mismo se da cabida a una mesa redonda sobre Samuel Beckett que a una exposición fotográfica del archivo Kaplan, o a la fiesta más sonada de todo Madrid, el baile de máscaras que se celebra todos los años durante el Carnaval y que lo convierte ese día en el punto más golfo de toda la ciudad.

Además era socio y ese carné lo guardaba con orgullo; pertenecer a uno de los centros culturales privados *más* importantes del viejo continente y por cuya directiva había pasado incluso un Premio Nobel como Jacinto Benavente no era tema baladí.

Levantó su mano débilmente en un ademán de saludo a los camareros situados junto a la barra y se dirigió al fondo, hacia una de las mesas junto a uno de los enormes ventanales que daban a la calle Alcalá. Se disponía a sentarse cuando recibió la visita del camarero. La prontitud del servicio no era tanto debido a la calidad como a la curiosidad, Dorón le observó con una leve sonrisa en su cara.

—Lo de siempre y la leche que sea del tiempo —miró su reloj—. Seguro que no tarda en llegar mi cliente.

—¿A quién esperamos hoy? —le preguntó el camarero en una actitud de total complicidad.

—No tengo ni idea, solo sé que está dispuesto a pagar bien.

—Entonces será un caso de herencias.

Rodolfo también quería ser investigador. A sus casi cuarenta años se había apuntado a clases nocturnas y estaba dispuesto a superar el examen de acceso a la universidad con el objetivo de estudiar criminología y convertirse en detective; mientras tanto, hacía ejercicios prácticos con Dorón. Tantos años atendiendo a los clientes y soportando sus quejas, sus estados de ánimo, memorizando sus manías y sus fobias, observando sus soledades y también sus compañías le había permitido conocerles más que a sus propios allegados. Junto con esa gran experiencia, poseía unas cualidades excepcionales para el análisis y era capaz de describir a una persona con meridiana claridad sin dejarse ningún detalle en el tintero.

Decía sentirse feliz. El hecho de volver a sentarse en un pupitre a su edad le había cambiado la vida y era una decisión que sin la ayuda y el ánimo del joven detective nunca hubiera tomado. Eso a Dorón le llenaba de satisfacción, había logrado con un camarero padre de familia hacer por devoción lo que no pudo conseguir con los estudiantes por obligación.

Mientras Rodolfo se alejaba rumbo a la barra, Dorón echó un ligero vistazo a las otras mesas ocupadas y seleccionó una situada al fondo donde las sillas se convertían en cómodos sillones, un pequeño espacio VIP que el local reservaba para personajes destacados. En torno a esa mesa estaban tres mujeres y un hombre que parecía ser el centro de atención o al menos era el papel que le otorgaban ellas mientras le escuchaban, no se sabe si con embeleso o con atención fingida, aunque pronto lo descubriría en un pormenorizado informe que le sería ofrecido. Era un ejercicio que le había impuesto para que fuera disciplinando el sentido de la observación que hasta ahora había desarrollado de forma caótica y sin método.

El camarero no tardó en venir con su bandeja y disponer el servicio de té sobre la mesa ocupada por Dorón.

—La seis —le dijo el joven.

El camarero giró la mirada y observó con disimulado interés la mesa indicada.

—Un diputado y tres damas, una de ellas intenta llevarle al huerto.

—¿Por qué lo crees así?

—Porque es un cretino pedante y con un tío así hay que tener un objetivo fijo para interesarse mucho por las estupideces que está diciendo. Mientras las dos de su derecha a veces hablan entre ellas, la de la izquierda abusa de preguntas retóricas.

A Dorón le sorprendió el comentario, parecía que las clases a las que asistía Rodolfo estaban dando sus frutos.

—¿Qué entiendes por preguntas retóricas? —le dijo mostrando un punto de curiosidad.

—Las que formulamos sin interés por obtener una respuesta clara y concisa.

—¡Soberbio! —exclamó Dorón sin poder reprimir su admiración.

—Lo que demuestra —apuntó el camarero con cierto toque de orgullo por la reacción de quien él consideraba su maestro—, que le importa más acaparar la atención del diputado que lo que este esté diciendo.

—Te depara un futuro prometedor cuando obtengas tu título, ¡y no es retórica! —dijo Dorón levantando su dedo.

—Ahora me conformo con llegar a la universidad.

—Lo lograrás, no lo dudes. Cuando venga mi cliente quiero que le observes con detalle, cómo va vestido, sus gestos, su mirada, todo. Luego contrastaremos notas.

Rodolfo aceptó el envite y se alejó hacia la barra. El ejercicio de observación que Dorón practicaba con él tenía también una segunda finalidad: dejar reposar el té en la tetera con el fin de liberar todo su perfume durante la infusión. Desde el principio de su relación había acordado con el fiel camarero que la bolsita de té no viniera incorporada en el agua hirviendo, de esa forma Dorón podía cambiarla por la de su marca preferida que llevaba siempre en su mochila. Mientras olía el aroma de su infusión observó su reloj, su cliente se retrasaba pero no le importó mucho, había decidido hace tiempo tomarse la vida con calma y tranquilidad y se había sumado a la nueva corriente del *slow*, cada día más de moda. Un movimiento dispuesto a acabar con la tiranía del tiempo bien merecía contar con su apoyo, pensó mientras se concentraba en el aroma que salía de la tetera.

Observaba a través de los grandes ventanales del café el trasiego de gente y de coches que a esa hora ocupan la calle Alcalá cuando una voz a su espalda pronunció su nombre.

—¿Dorón Benatar? —dijo la voz.

Frente a él se encontraba plantado un joven con traje oscuro de finas rayas y corte cuidado, camisa clara a cuadros pequeños —de mantel, como solía definir las él—, con cuello de picos abiertos acompañado de una corbata rosa de nudo grueso y discreto estampado. Se veía calidad en todo ello pero no elegancia, al porte le traicionaban unos zapatos marrones claros de pestaña subida, sin cordones y con una puntera tan larga y roma que llegaban a los sitios tres segundos antes que su dueño, y es que para Dorón su primera mirada hacia las personas iba dirigida a los ojos y la boca, pero inmediatamente después bajaba a los zapatos. Según fueran las tres cosas, elaboraba su perfil y determinaba su estrategia. Para esta persona en cuestión ya tenía la que le correspondía, seguro que no fallaba.

Dorón se puso en pie, su casi metro noventa reducía más si cabe la estatura de su visitante.

—¿Carlos Acuña? —preguntó.

El joven asintió con la cabeza y Dorón extendió su mano, que fue estrechada en un desganado e insulso apretón por parte del recién llegado, quien acto seguido miró su reloj y con una pose de suficiencia se sentó a la mesa.

—No llego muy tarde, mi récord está bastante alejado de los veinte minutos.



—Debe ser usted muy importante para que le esperen —dijo Dorón mostrando una forzada sonrisa, sabedor ya de que se encontraba frente a un patán con la cartera llena.

—Usted lo ha hecho.

—No se confunda, no tengo ninguna prisa, si usted no hubiera venido tampoco habría sido un gran contratiempo, pero ahora que ya sé su valor por el tiempo ajeno lo tendré presente en nuestra próxima cita. —«Esta chulería le va a suponer 200 euros más a este idiota», pensó Dorón mientras levantaba su mano buscando la atención del camarero.

Rodolfo vino con prestancia, se paró frente a ambos y aprovechó para observar con detenimiento a la visita.

—¿Qué quiere tomar? —dijo Dorón ofreciéndose a invitarle.

—Podemos tutearnos —le dijo el recién llegado.

—Mejor, así resultará menos formal nuestra relación comercial.

Carlos Acuña observó el juego de té sobre la mesa y se dirigió al camarero.

—Tráigame una cerveza. ¿Tiene Carlsberg?

El camarero afirmó con la cabeza para luego preguntarle.

—¿Quiere el señor copa escarchada?

—Sin nada —le señaló al camarero para luego dirigirse a Dorón—. Me gusta en botella, así le dura más el gas.

—Si usted lo dice —le espetó el camarero con frialdad para luego girarse y dirigirse hacia la barra.

Ahora sí, Dorón no estimó que su tiempo mereciera perderse en tan ingrata compañía y decidió entrar a saco con el asunto.

—Tú me dirás qué puedo hacer por ti.

En ese momento el chico adoptó una postura tensa y seria. Se diría que a pesar de la suficiencia que aparentaba no estaba muy seguro de lo que se disponía a hacer, pero esa impresión en Dorón quedó desvanecida de inmediato ante la exigencia del que todavía no sabía si llegaría a ser cliente.

—Quiero que sigas a mi novia y me digas qué hace por las mañanas —le apuntó con el dedo—, y quiero una información al detalle.

Dorón le bajó la mano con la suya y miró a un lado y otro de la sala.

—Cuidado con ese dedo que se puede disparar —le dijo—. Alguien que no sepa que nos acabamos de conocer puede pensar que me estás amenazando, puede tirar de móvil y tendríamos aquí dos patrullas de policía en menos de lo que yo tardo en levantarme.

El joven giró nervioso su cabeza buscando a alguien que hubiera podido prestarles atención y tuviera un móvil en la mano, y luego adoptó el mismo grado de suficiencia que había tenido momentos antes.

—Nadie nos está mirando. Además, como te dije en nuestra conversación por teléfono estoy dispuesto a pagar bien si el resultado es bueno.

—El resultado será el que sea, tanto si tú lo estimas bueno como si no —dijo Dorón—. Por cierto, mis honorarios son elevados.

—¿Tienes problemas de dinero? —respondió el joven de forma taxativa—, porque yo no los tengo, ahí fuera está mi coche y posiblemente valga más que tu casa. —Se subió la manga de la chaqueta y le mostró su reloj—. Y con lo que cuesta este peluco tú podrías vivir un año.

Dorón alargó su cuello, miró el reloj y puso cara de fingido asombro.

—¿Ese Rolex es suizo o chino? —Carlos se disponía a replicarle, pero Dorón se le adelantó—: Vale tío, me has impresionado, seguiré a tu novia. ¿Las 24 horas?

Carlos se retorció en la silla y Dorón percibió su incomodidad.

—No, solo por las mañanas.

En ese momento el camarero llegó y colocó un posavasos en la mesa sobre el que depositó la botella de cerveza, luego dirigió su mirada a Dorón y este le lanzó una sonrisa forzada que interpretó a la perfección para alejarse de inmediato.

—¿Por qué solo por las mañanas? —preguntó Dorón mirándole a los ojos. De esa respuesta dependía aceptar o rechazar el caso.

—Nunca está disponible a esas horas, no atiende el teléfono y no hay quien le haga decir qué está haciendo.

—¿Qué piensas que puede estar haciendo?

—Eso es lo que quiero que averigües. Puede estar viéndose con otro.

—O con otra —dejó caer la frase sabiendo que no sería bien recibida por el chico.

El rostro de Carlos pareció desencajarse por un instante y Dorón tuvo la sensación de que se levantaría y se iría. Quizá había tensado mucho la cuerda y con tipos como ese meterse con su masculinidad es pisar terreno minado. No le importó mucho que se molestara ya que todavía no tenía claro si acabaría aceptando el caso y hasta ese momento las apuestas jugaban en contra, ya había tenido muchos casos de celos y sabía que en tipos así la reacción ante una infidelidad confirmada nunca era la más civilizada.

—Pues averígualo, que para eso eres el profesional —dijo Carlos mientras metía la mano en el bolsillo interior de su chaqueta para extraer su cartera y ofrecerle una tarjeta de visita que Dorón recibió y leyó en voz alta.

—Carlos Acuña. Director Comercial.

Observó el nombre de la compañía, Acuña Automoción, y junto a él el logotipo de concesionario oficial de BMW. Con esta información terminó de completar el perfil. Tenía curiosidad por saber cómo le sentarían los cuernos y decidió aceptar el caso.

—¿Es tuya la empresa? —le preguntó intuyendo de antemano la respuesta.

—Es de mi padre, aunque la dirijo yo.

—Imagino —acertó a decir Dorón utilizando lo que el camarero hubiera definido como respuesta retórica.

Estaba claro, el chico se moría de ganas por cambiar el cargo y poner el de

director general o presidente, pero seguramente el padre de la criatura no estaba todavía por la labor de jubilarse y retirarse a Marbella o a su pueblo, si lo tenía.

—Ahí están mis teléfonos —indicó tomando su botella y dándole un prolongado trago a la cerveza, hecho que a Dorón le resultó algo insólito siendo tan temprano—. ¿Alguna pregunta al respecto? —dijo mirando la hora en su reloj.

—Necesito una foto de tu chica y su dirección.

Carlos sacó su móvil de última generación, tecleó con rapidez y maestría y le mostró a Dorón la pantalla en la que aparecía la foto de una joven sonriente.

—¿Puedes enviarla a mi móvil?

—Dame el número.

Dorón se lo dio y al instante un sonido acompañado de un movimiento vibrante se apoderó del móvil. Lo abrió y confirmó la recepción del mensaje.

—Necesitaré también la dirección de su casa.

Carlos tomó la tarjeta de visita que le había dado momentos antes, echó mano a su otro bolsillo interior de la chaqueta, sacó su pluma Mont Blanc y escribió las señas en el reverso de la misma.

—¿Algo más? —dijo mientras tomaba de su cerveza otro trago igual de largo que el anterior.

—Comenzaré mañana y te llamaré cuando tenga algo. —Carlos se levantó para irse y Dorón aprovechó para lanzarle una última pregunta—: Por cierto, ¿qué te induce a pensar que te engaña?

Con el aire de superioridad manifiesta del que había hecho gala desde que llegó, el joven se ajustó el nudo de su corbata aprovechando el reflejo en la cristalera.

—Me ha insinuado que deberíamos dejar lo nuestro. —Estiró los puños de su camisa hasta que destacaron lo suficiente como para dejar ver unos gemelos con el logotipo de BMW—. ¿Tú lo puedes entender?

—No, ahora que te veo bien, seguro que hay algo.

—Pues descúbrelo y me lo haces saber. —Señaló la taza de té de Dorón y su cerveza—. Cárgalo en mi cuenta de gastos.

Se dio la vuelta y se marchó hacia la salida.

—Así lo haré, no lo dudes —dijo Dorón sabiendo que Carlos ya no alcanzaba a escucharle.

El camarero también le vio salir y le siguió con su mirada hasta que desapareció de la cafetería, e inmediatamente después se dirigió a la mesa de Dorón y se dispuso a recoger el servicio. El joven detective se encontraba absorto contemplando la pantalla de su móvil.

—Es un patán con aspecto de nuevo rico —dijo Rodolfo—, que seguramente quiere que sigas a su novia porque tiene pensado casarse con ella pero no se fía del todo.

—¿Has deducido eso solo con verle?

—Ser camarero no me convierte en ignorante por defecto.

—Al contrario —señaló Dorón—, estoy perplejo ante tu análisis. Y te diré algo más, Rochefoucauld fue un ilustre moralista francés que dijo lo siguiente, «tres clases hay de ignorancia: saber mal lo que se sabe, saber lo que no debiera saberse, y no saber lo que debiera saberse». Ninguna de las tres te afecta, pero es posible que esta última sea el caso de ese nuevo rico. —Dorón recogía sus cosas de la mesa mientras hablaba—. Por cierto, no había caído yo en lo de la boda. Me temo que serás un duro contrincante cuando te titules.

—Y por si te ayuda, te diré que es un chuletas de discoteca —dijo Rodolfo con una entonación muy castiza—, solo ellos piden Carlsberg.

Dorón miró la nota y sacó su cartera del bolsillo.

—¿Y qué piden los que no lo son?

—La cerveza de su pueblo. Por ejemplo, yo siempre pediría Mahou, y si fuera sevillano Cruzcampo —dijo—, pero eso de Carlsberg no me dice nada bueno y menos si no sabe ni pronunciarlo bien.

Sin duda Rodolfo era un maestro, pensó Dorón mientras pagaba y le dejaba la propina de rigor que este agradecía con cortesía, porque en cosa de dinero se debían mantener las formas en todo momento.

Salió del café convencido de que se trataba de un simple caso de «cuernos», pero sería agradable seguir a una chica que no estaba nada mal y ver con qué otro se la pegaba. Este caso le resultaba interesante, acostumbrado como estaba a seguir a maridos que perdían el sentido y la razón por chicas veinteañeras, en su mayoría pobres inmigrantes dispuestas a salir de la miseria haciendo lo que hiciera falta, incluyendo aguantar el trago de meterse en la cama con un tío pelón y barrigudo que podría ser su padre.

«No sé si trabajar en estos casos es lo que condiciona mi temor a la pareja estable, o es que resulto un solitario egoísta e inseguro incapaz de compartir los grandes momentos con alguien», se dijo mientras bajaba la calle Alcalá, de nuevo inmerso en un soliloquio.

En ocasiones los viejos recuerdos asomaban y se hacían frescos, algo que intentaba controlar cuanto podía pero que en situaciones como esta, en las que según Rodolfo había boda de por medio, regresaban de la mano de la joven Rebeca Malka, con la que hoy día hubiera podido estar casado de no ser por su mala cabeza y su falta de valor. Habría sido una boda estupenda, él la quería pero ella se cansó de esperar y rompió la relación. Ahora la chica disfrutaba de un feliz matrimonio viviendo en Amberes; no la culpaba, nunca reunió el valor suficiente para pedírselo porque se dejó llevar por el miedo escénico que invita a escurrirse de un compromiso semejante cuando tu fuente de ingresos sale de cubrir suplencias como profesor en paro.

La boda de Rebeca fue un gran acontecimiento al que asistió lo más granado de la comunidad judía y en la que se habló a partes iguales de lo bella que era la novia y de la notable ausencia de quien fue su eterno novio, sin duda un escarnio directo hacia él que encajó como malamente pudo. Afortunadamente, la joven una vez casada se

marchó a Bélgica a vivir con su marido arquitecto, un hombre diez años mayor que trabajaba para una empresa de transporte marítimo. «¿Cómo se puede ser arquitecto y terminar en una naviera fletando containers por muy director general que se sea?», pensó Dorón, pero recordó de inmediato que no estaba en disposición de criticar a nadie, puesto que tampoco era muy coherente haber estudiado filosofía, ser el mejor de su promoción, soñar con ser profesor universitario y escritor de éxito, y luego haber terminado como detective privado por muy existencial que se considerase.

Había transcurrido mucho tiempo desde aquello pero su estado civil seguía siendo el mismo: solo y sin compromiso. Treinta y dos años y seguir soltero tampoco era una situación que causara extrañeza ni perplejidad hoy día, aunque conocía a unos padres que quizá sí. Se encogió de hombros y se dispuso a disfrutar del paseo. Era viernes, un excelente día para caminar por la ciudad y de paso visitar la redacción del periódico para el que colaboraba con la entrega semanal de un relato corto. Sabía que tendría que hartarse de paciencia y tragar con el discurso paternal del señor López, su director y también escritor frustrado que veía en Dorón un narrador capaz de retratar Madrid detalle a detalle con un estilo expresivo que él envidiaba. Sabía que saldría a relucir el tema referente a la novela que un día le dijo estar escribiendo y que con frecuencia le invitaba a terminar y dejársela ver, algo realmente difícil de lograr si se tiene en cuenta que ni siquiera la había empezado. Era una de esas discusiones monotemáticas que ayudaba a mantener la relación entre los dos. Si no hablaban de eso no hablaban de nada y entonces los momentos, aunque fueran por espacio de segundos, resultaban insustanciales, aburridos e incluso tensos. Al menos discutiendo de un libro inexistente cumplía con el trámite.

Pensando en ello mientras caminaba se había plantado en la glorieta y antes de girar a su derecha y tomar el Paseo del Prado hacia Atocha, levantó la vista y se recreó con la fuente de la diosa griega Rea, esposa de Saturno y gran madre de todos los dioses a la que los madrileños veneran como Cibele y a la que profesan un culto casi reverencial. Era un momento para el saludo formal al tótem que, junto con la Puerta de Alcalá, mejor representaba a la ciudad. Miró su reloj, corroboró la hora con la del Palacio de las Telecomunicaciones, hoy sede del Ayuntamiento de Madrid, y enfiló rumbo al periódico.

## *El Libro de los Árabes*

Acompañado una vez más de su buena suerte, Dorón estacionó el pequeño Smart frente a la librería La Ilustración —nombre que entre los clientes más fieles e íntimos cambiaba por el de *Haskalá* en referencia al movimiento cultural que transformó el pensamiento tradicional judío del siglo XVIII—, se bajó y con deliberada seguridad tocó el timbre del establecimiento, esperó unos segundos y acabó por aproximar su cara al cristal para ver el interior. Un leve sonido electrónico se dejó oír y la puerta se abrió. Nada más poner el pie en el interior, el librero con gafas a media nariz que inspeccionaba el lomo y las cubiertas del libro antiguo que tenía entre sus manos observó al intruso despreocupadamente y en silencio. En la librería resultaba imposible ver el color de la pared oculta por enormes estanterías repletas de libros que rodeaban todo el perímetro interior de la tienda desde el suelo hasta el techo. Tan solo se libraban de tal invasión dos medianos ventanales en arco que hacían las veces de escaparate. El mostrador de recia madera también tenía su frontal forrado de libros y a la izquierda se encontraba una pequeña escalera con cuatro peldaños por la que se accedía a una estancia en cuya puerta semiabierta colgaba un rótulo con la palabra «taller», ya que esa librería además de dedicarse a la venta de libros antiguos, también los restauraba de los estragos del tiempo y el maltrato.

La belleza del local correspondía al impactante efecto que producía ver cientos de lomos de libros encuadernados en piel y pulcramente colocados. Allí no se daba el desorden, ni un solo ejemplar fuera de su estante, ni un centímetro de pared que no estuviera cubierto, ni una sola pila de libros amontonados por el suelo, tampoco ningún reclamo publicitario que destacara un título sobre los demás, únicamente desentonaba de aquel cuadro la pequeña escalera de madera, a juego con el mostrador, de apenas cinco peldaños con la que acceder a los tomos de las estanterías que acariciaban el techo.

Un suave y ligero perfume a sándalo se mezclaba con el olor de la madera y la piel del encuadernado. La sensación de placer al entrar en un escenario así generaba en Dorón el deseo de acariciarlos todos y devorarlos con su lectura, como ya había hecho con muchos de ellos. Aquellos eran libros que gozaban allí de un merecido descanso mientras cambiaban de manos con destino al estudio de algún enamorado coleccionista que los atesoraría hasta su muerte, para luego volver de nuevo a la cadena sin fin de la venta forzada por sus herederos a algún marchante de libros antiguos como este librero o, en el mejor de los casos, reposar definitivamente en una biblioteca nacional para deleite y consulta de investigadores.

La librería era también un pequeño reducto para incondicionales de los libros donde poder encontrar títulos ya descatalogados, ejemplares supervivientes de ese «holocausto» que conlleva a la extinción por falta de demanda y que supone el final de muchas joyas literarias desplazadas por un océano de *best sellers* de corto

recorrido.

Estaba situada próxima a la plaza de Ópera, entre el laberinto de calles estrechas donde habían encontrado su sitio algunos restaurantes de vanguardia que además hacían las veces de galerías de arte para jóvenes y no tan jóvenes talentos, no se sabe si como forma de darse a conocer o para hacer más llevadera la paciente espera entre plato y plato. Junto a esas pinacotecas con aire gastronómico, también habían encontrado acomodo los nuevos hoteles de diseño con tres y cuatro estrellas de sello independiente que luchaban por defender su imagen con personalidad propia frente a las grandes cadenas de hoteles clónicos.

Tanta vanguardia en pleno centro de Madrid era el producto de la reconversión en la que estaba inmersa la ciudad después de años de degradación y abandono de su casco histórico. En ese barrio, el de Ópera, la transformación tenía algo de especial: su colosal teatro del siglo XIX que resultaba imponente y el Palacio Real justo a su espalda que provocaba una sensación sobrecogedora por su grandeza.

Posiblemente el motor del cambio se debía al atractivo turístico que la ciudad había comenzado a despertar al integrarse dentro de ese circuito de capitales de fin de semana, como París o Londres, con visitantes europeos que apuestan por aguantar cuarenta y ocho horas de incesante trajín diurno y nocturno combinando museos, compras, copas y lo que cayera. También se estaba convirtiendo en un destino sugerente para los turistas de provincia, que consideraban toda una aventura un viaje a la capital.

Dorón se aproximó al mostrador y se dirigió al librero que, sin levantar la vista hacia el recién llegado, seguía enfrascado en lo suyo.

—Busco literatura erótica —dijo el joven.

—¿Obscena, muy obscena o extremadamente obscena? —preguntó con desgana el librero.

—Esa última me vendrá bien —respondió Dorón con firmeza.

—Pues esa no es literatura —el tono del librero se hizo cáustico—, y un joven filósofo debería saberlo ya.

—Entonces, ¿cómo clasificarías *Lolita* de Nabokov, o *Incesto* de Anaïs Nin?

El librero levantó la vista y ahora sí la clavó sobre Dorón.

—De literatura erótico-encantadora, ¿cómo si no? —Se giró y colocó el libro en uno de los escasos huecos libres de la estantería que había tras él.

—¿Qué era eso tan confidencial que querías contarme? —preguntó el joven.

Isaac, que así se llamaba el librero, era el padre de Dorón; hombre inteligente de brillantes ojos negros, mitad pelo castaño oscuro que se aferraba por sobrevivir sobre amplias entradas, mitad canas que peleaban por hacerse con toda la coronilla. Dueño de La Ilustración, había nacido entre libros y para los libros, y su profesión le venía de generaciones anteriores. Judío respetuoso de las costumbres, pero más liberal que religioso, cumplía sin fanatismos la ley y guardaba sus preceptos dándoles un carácter más cultural que espiritual. Abrió el pequeño cajón situado detrás del mostrador y

extrajo un juego de llaves que incluía mando a distancia con el que apuntó hacia la puerta de la calle y presionó el botón; el cierre metálico exterior comenzó a descender lentamente. Dorón miró extrañado su reloj.

—Pero si todavía falta una hora para el *Shabat*. Ahora sí que has despertado mi atención.

—Vamos al taller —dijo Isaac saliendo del mostrador.

Entraron ambos en el taller tenuemente iluminado. Al frente estaba el escritorio presidido por un cómodo sillón de piel sobre el que fue a sentarse el librero. Dorón tomó la silla colocada junto a una mesa de recia madera situada a su izquierda y sobre la que destacaba por su tamaño una lupa de aumento, una guillotina pequeña para el corte de hojas, cajetines, algún rollo de papel de oro, un torno con mordientes de madera y otras herramientas propias de la restauración de libros.

—¿Has oído hablar del *Necronomicón*? —le preguntó Isaac mientras ordenaba los papeles que descansaban sobre el escritorio.

—Algo leí durante mi etapa gótica, pero solo me quedé con un poco de Lovecraft y casi nada de The Cure, fue muy fugaz.

—¿Quién es The Cure? —preguntó el librero con una expresión de curiosidad—. No conozco a ese escritor.

—Déjalo, no te gustaría —respondió Dorón.

—¿Qué más sabes del *Necronomicón*?

—Es un libro ficticio creado por Lovecraft, a quien muchos consideran un maestro de la literatura fantástica y de terror —se encogió de hombros—. Es bueno pero yo no le llamaría maestro.

—¿Quién dice que es ficticio? —preguntó Isaac torciendo el gesto de su semblante en una clara muestra de desconcierto.

—Siempre se ha dicho que, junto con otros amigos escritores también aficionados al género fantástico; crearon un universo literario conocido como «Los Mitos de Cthulhu», del que el *Necronomicón* formaba parte —apuntó Dorón mostrando plena seguridad en lo que decía.

Isaac abrió uno de los cajones del escritorio y sacó una carpeta que colocó sobre la mesa.

—Estimo que su creador era mucho más viejo —dijo mientras la abría y ojeaba entre los papeles que contenía.

—Si me vas a decir que lo escribió ese poeta loco de Abdul Alhazred en el 700, te diré que eso también fue ideado por Lovecraft —señaló Dorón con cierto aire de suficiencia.

—Déjame que te cuente algo. En 1959 apareció un reclamo en la RLA, *Revue de Livres Antiques*. —Isaac tomó entre sus manos un pequeño recorte de prensa, sacó sus gafas del bolsillo superior de su chaqueta, se las puso y leyó—. «*El Libro de los Árabes*. España, 1647. Encuadernación en fina piel. Latín. Contenido de magia ceremonial». —Levantó la vista por encima de sus gafas y se dirigió a Dorón—. Por



la forma en que está redactado el anuncio, quien lo vendió no sabía bien lo que vendía, pero quien lo compró sí sabía muy bien lo que compraba.

—Algo parecido salió publicado también en una revista inglesa, al menos en aquel anuncio sí hablaba del *Necronomicón* y este que me has leído no lo menciona —el escepticismo de su hijo era patente.

—Este anuncio apareció tres años antes que el que tú señalas. Además, para la edición de la que yo te hablo el libro fue cambiado de nombre y lo llamaron simplemente *El Libro de los Árabes* —apuntó su padre.

—Lo siento por el incauto que lo comprara, pero ese libro solo figura en las mentes de los crédulos fervientes del esoterismo predispuestos a ser engañados.

El hombre se quitó las gafas, guardó el recorte en la carpeta y entrelazó sus manos sobre ella.

—Tu abuelo compró ese libro —vio cómo una clara expresión de asombro se reflejaba en la cara de Dorón—. Fue un encargo, no era para él.

Dorón se incorporó del asiento movido por la curiosidad.

—¿Un encargo de quién?

Ahora Isaac sabía que había conseguido llamar la atención de su hijo; se recostó sobre su mullido sillón y comenzó a mordisquear una de las patillas de sus gafas mientras observaba el súbito interés de Dorón por la historia del ejemplar mencionado.

—En 1647 Toledo era el centro del saber mágico, incluso a la magia se la llamaba «ciencia toledana». Quien le encargó la compra tiene allí sus raíces y además es coleccionista. Ahora se lo han robado.

—¿Me estás diciendo que realmente existe el libro?

Dorón no salía de su asombro, agitado por el descubrimiento se había levantado y caminaba de un lado a otro del cuarto.

—Yo llegué a tenerlo un tiempo ahí —su padre le señaló la robusta mesa que Dorón tenía a su espalda—, mientras lo restauraba de la voracidad de una larva hambrienta.

—Vaya, resulta emocionante —dijo el chico mientras pasaba la mano por la mesa.

—El libro hoy día tiene un valor muy apreciable, tanto como objeto de colección, como por su —el librero hizo comillas con sus dedos— «singularidad», y su precio puede ser considerable. —Se mantuvo en silencio unos instantes observando la expresión de Dorón, que seguía con la mirada fija en la mesa—. Su dueño me ha pedido que le ayude a recuperarlo y, como tú te dedicas a escudriñar en la basura ajena, he pensado que podrías ayudarme. —Se notaba a la legua su escaso agrado por el oficio de su hijo.

—No sé por qué te desagrada mi profesión, si no fuera por ella todavía seguiría viviendo bajo tu techo y eso sí que resultaría bastante desagradable.

—Aunque me cueste aceptarlo, admito que hoy día un profesor está mal pagado,

pero con tu doctorado bien podrías estar ocupando un buen puesto en una empresa seria.

—Papá, ya tengo mi empresa y lo mejor de todo es que yo soy mi propio jefe.

—Está bien, es tu vida. ¿Podrás ayudarme en esto?

—Supongo que estaremos hablando de un porcentaje —soltó Dorón como anzuelo.

—No había pensado en ello —dijo Isaac con un calculado gesto distraído—. Nunca supuse que fueras capaz de cobrarle a tu padre.

—Estoy de acuerdo, iremos a medias —terció el hijo.

El librero sacó de uno de sus bolsillos un papel doblado, lo puso sobre el escritorio, lo planchó con la mano y se lo extendió a Dorón.

—Esta es la carta recibida pidiendo un rescate.

Dorón se sentó, tomó el papel y lo leyó con atención, abrió los ojos con asombro y dirigió una intensa mirada a Isaac.

—¿100 000 euros? Eso es una pasta.

—Te equivocas —dijo Isaac—. Esa cantidad es una ganga, como lo fue la que pagó tu abuelo en 1959.

—¿Quieres decir que quien lo ha robado no sabe lo que tiene entre manos?

—Sin duda ha debido oír campanas pero no sabe dónde.

—Entonces estamos ante un conocido. —Dorón volvió a incorporarse presa de la excitación que le producía el caso, porque él ya lo consideraba como tal—. Quizá ante alguien de la familia o muy próximo a ella que sabe que el libro es valioso pero que desconoce cuánto. —Isaac asintió con la cabeza y Dorón lanzó su pregunta.

—¿Cuánto?

—Un anticuario le daría el doble y un coleccionista fervoroso del *Necronomicón* le daría hasta medio millón. —El gesto con el que Dorón recibía esas cantidades no podía ser de mayor admiración—. Pero ese ejemplar en particular puede valer una auténtica fortuna.

—Entonces necesito hablar con el dueño si queremos averiguar quién lo robó y poder recuperarlo.

—Por si acaso alguien lo ofrece en el mercado he avisado a mi círculo de anticuarios, el libro es un ejemplar único y, aunque se ha guardado el secreto de su existencia, nos vemos obligados a pedir ayuda con los riesgos que eso conlleva.

—¿Qué riesgos? —preguntó Dorón con extrañeza.

—El que tiene todo ejemplar único: que alguien lo compre a escondidas y desaparezca.

—Eso mismo hizo el dueño al que se lo han robado, ¿no? —señaló Dorón encogiéndose de hombros.

—El libro siempre fue suyo, pero eso ahora no es relevante, lo importante es recuperarlo, y pronto —dijo categórico su padre.

—Por lo que me has contado, estoy seguro de que el ladrón ha sido alguien de la

casa —apuntó Dorón—. ¿Cuándo podré hablar con el dueño?

—Intentaré arreglarte una cita para después del *Shabat*.

—Si es posible el domingo, mejor que el lunes —apremió Dorón—. No tengo mucha experiencia en estos asuntos pero sé que cuanto más tiempo pasa, menores suelen ser las posibilidades de recuperarlo. —En un ejercicio de relajación estiró su cuerpo y movió el cuello de un lado a otro dejando escapar un ligero crujido—. Tanto dinero me ha despertado el apetito, tengo hambre.

—Subamos a casa —dijo Isaac—, va a comenzar el *Shabat* y tu madre debe de estar impaciente por la cena; al fin y al cabo, para eso es para lo que siempre vienes.

—¡Tanto se me nota! —exclamó Dorón llevándose la mano al estómago.

—Podrías arreglarte un poco más para la celebración. —Le miró de arriba abajo con el gesto torcido—. Harías a tu madre muy feliz.

—No empieces —dijo Dorón siguiendo a su padre.

Isaac conectó la alarma y salieron de la librería por la puerta interior que daba a la escalera del edificio, subieron hasta el siguiente piso, donde se encontraba la casa, y abrieron la puerta situada a la derecha del rellano. Antes de entrar, su padre pasó suavemente la mano por la *mezuzá* que colgaba del dintel y se la llevó a la frente, acompañando el acto de un leve susurro casi inapreciable. Dorón, que le seguía, hizo el mismo ritual omitiendo el susurro y entrando directamente.

—Huele que alimenta —dijo mientras se dirigía a la cocina, donde estaba Anne, su madre. Se aproximó, la tomó por la cintura y le dio un sonoro beso en la mejilla.

Era una mujer alta y delgada, de facciones finas y pelo abundante, rizado y rojizo como el fuego. Su tez era profundamente blanca y sus ojos verde esmeralda con pestañas lanzadas al infinito. Nadie diría, por su origen *ashkenazi*, que había nacido en México, hecho que entre judíos y debido a las sucesivas diásporas a las que se habían visto sometidos solía ser circunstancial.

En su caso se debía a la fortuna que tenía su padre al escapar de Varsovia poco antes de la entrada de las tropas alemanas y el posterior exterminio de la comunidad judía entre la que se encontraba casi toda su familia. Su rostro sereno y apacible transmitía tranquilidad, esa cualidad que le fue tan útil durante sus largos años de docencia como maestra de escuela, hasta que sus hijos se hicieron mayores y prefirió dedicarse a ayudar a su marido con la librería.

—Lávate y ayuda a tu padre a poner la mesa, yo termino en un momento —dijo ella sin perder de vista la manzana que estaba pelando.

—Mejor abro la botella de vino.

—No seas irreverente y haz ambas cosas.

Dorón echó un rápido vistazo a los platos cocinados por su madre e intentó probar el *shtrudel* de manzana que serviría de postre.

—Ni te atrevas a hacerlo —le paró ella mientras le blandía de forma amenazadora una cuchara de madera de mango largo—. ¿Has visto las pintas que traes al *Shabat*?

Dejó la cuchara sobre la mesa y con sus manos arregló el cuello cisne del suéter

de su hijo.

—Si me vistiera como a ti te gusta moriría soltero irremediablemente.

—¿Es que acaso te has casado, me has dado una nuera que te quiera y unos nietos que yo pueda cuidar?

Le alisó el cabello con ambas manos, Dorón se las tomó y las besó con ternura.

—Un día de estos lo haré, ya lo verás —acabó por decirle a su madre.

—No tienes siquiera novia, no me dejas buscártela y dices que un día de estos lo harás. No creo que lo consigas con esos pantalones. —Los tocó con sus dedos y Dorón retiró la pierna instintivamente—. Están hasta duros, ¿cuánto hace que no los lavas?

—Mamá, lo creas o no, estoy limpio, duchado y con la ropa lavada, por lo tanto, soy apto para el *Shabat*.

Le lanzó una sonrisa melosa ante la que sabía que su madre caería y desistiría de más regaños.

—Bueno, pues ve a lavarte y ayuda a tu padre a poner la mesa.

Dorón se perdió en el pasillo y en la cocina entró Isaac lavado, cambiado y arreglado.

—Hoy viene hambriento, ponle ración doble.

—Al menos está él —dijo ella mientras abría el horno y se disponía a sacar la bandeja de su interior. Isaac se acercó por detrás, la rodeó con sus manos y la besó en el cuello—. Si no vas a llegar hasta el final no inicies la carrera.

—No es la cantidad lo que importa, sino la calidad —dijo su marido en tono cándido y seductor a la vez que repasaba con sus manos el cuerpo de ella.

—No decías eso cuando tenías su edad. —Sin perder la sonrisa Anne movió la cabeza hacia la puerta, en clara referencia a Dorón.

Isaac hizo caso omiso al comentario y siguió abrazado a ella, observando las diestras manos de su esposa mientras cortaban y troceaban la manzana para añadirla a la ensalada.

—A su edad nosotros ya los llevábamos a la escuela, ¿o es que ya no te acuerdas? —le recordó él.

—Prepara la mesa, estoy a punto de terminar. —Se giró y sus labios se encontraron en un beso fugaz.

Isaac abrió uno de los cajones de la cocina, extrajo cuatro juegos de cubiertos, tomó igual cantidad de servilletas y las llevó al salón donde dispuso la mesa. Dorón regresó *del* baño desprendiendo un agradable olor a colonia y ayudó a su padre. Tomó una botella de vino, extrajo el sacacorchos de un cajón y con maestría la abrió, oliendo luego el tapón. Ambos se sentaron a esperar el inicio del *Shabat*, que comenzó cuando Anne procedió a encender de las dos velas simbólicas de *zajor* y *shamor* colocadas en el centro de la mesa, puso sus manos alrededor de las llamas e hizo tres movimientos en forma circular, luego se cubrió los ojos y recitó la bendición en forma de suave susurro en el deseo de propagar la luz que trajera paz al hogar.

—*Shema o Yisrael. Barúj ata A-do-nái E-lo-héinu mélej haolám ashér kidshánu bemitzvotáv vetzivánu lehadlik ner shel Shabat Kodesh.* Escucha, oh Yisrael, nuestro Di-s<sup>[2]</sup> que es uno. Quien nos santificó con sus preceptos y nos ordenó encender las velas del sagrado *Shabat*. Así, Señor, te honraré, te daré las gracias por el sol que veo nacer y la noche que veo caer, por la vida de mis hijos, por la bendición que para ellos pido en este día. Por Luar, nuestra amada hija, para que encuentre el hombre que la quiera tanto como nosotros la queremos. Por Dorón, para que encuentre el amor que le ilumine y le haga del todo dichoso. Por la paz del mundo y por Erez-Israel. ¡*Shabat Shalom!*

Mientras su madre recitaba, Dorón escuchaba con la vista perdida en el rojo intenso del vino que reposaba en su copa. Recordó una vez más la respuesta que de niño recibió del rabino cuando preguntó sobre el cuidado de un día como este. «No es el pueblo judío quien cuida del *Shabat*, sino el *Shabat* quien cuida de él, porque durante el tiempo que este dura somos transferidos a un mundo diferente, armonioso, feliz, hecho para descansar; por eso los demás días de la semana no tienen nombre propio, sino que se les menciona en referencia al *Shabat*, es decir, *rishón beShabat*, el primer día del *Shabat*, *shení beShabat*, el segundo día, y así sucesivamente».

A veces añoraba esa credulidad inocente que durante años le acompañó y que le hizo encontrar en esa festividad una razón de peso para aguantar impaciente el resto de la semana. Ahora se acercaba al *Shabat* para pasar una velada agradable con sus padres y, sobre todo, para deleitarse del buen hacer gastronómico de su madre.

Finalmente, Isaac recitó una breve bendición de *hamisí* sobre los dos *halot* de pan trenzado; los partió y ofreció a su esposa e hijo. Dorón lo tomó y se lo llevó a la nariz, aspirando el aroma caliente que desprendía la masa de levadura horneada y sésamo.

—Si hicieras el *halot* todos los días, todos los días vendría a cenar —le dijo Dorón a su madre.

—Por eso no lo hace —replicó Isaac.

Anne comenzó a servir la sopa en los platos, dejando intacto el cuarto cubierto puesto en la mesa. Dorón, pese a su racionalismo, aceptaba el ritual por considerarlo una parte de su legado cultural, aunque no siempre había sido tan tolerante y aún recordaba su etapa radical en la que el rechazo a todo lo establecido incluía también el ritualismo.

—¿Fui muy complicado durante mi adolescencia? —preguntó Dorón mientras tomaba su copa de vino. La movió haciendo girar el líquido para luego olerlo con una aspiración profunda y suave antes de beber.

—Si piensas alegar demencia a estas alturas, no te servirá el recurso —le respondió su padre.

—No fuiste un chico modelo pero tampoco te tuvimos que rescatar de la policía ni llevarte con el rabino —señaló Anne sin darle mayor importancia.

—Tampoco habría servido de mucho, siempre ha sido un contestatario —señaló

Isaac realizando con su copa el mismo ejercicio que había hecho Dorón un instante antes.

—Soy judío, es una tara genética que viene de fábrica y que no puedo cambiar y acepto la tradición porque forma parte de ella —dijo señalando la *menorá* de siete brazos ocupados por las velas y colocada sobre una pequeña mesa junto a una foto—, pero desde hace tiempo prefiero el humanismo a la doctrina.

—Moshé Aren es un rabino muy abierto, deberías hablar con él alguna vez —replicó su madre.

—Prefiero el psicoanálisis, que también es muy judío.

—Sí, pero ahí te cobran y la *Torá* es gratis —señaló Isaac mientras servía una comedida dosis de vino en las copas de los tres—. A propósito, ¿sabéis qué es un psicoanalista? —Su hijo le miró extrañado por la pregunta—. Es un médico judío al que le impresiona la sangre.

Los tres rieron, momento que aprovechó Dorón para recoger los platos soperos y llevarlos a la cocina. Cuando regresó, su madre le estaba sirviendo una generosa porción de *prake*.

—No me sirvas tanto que luego no puedo dormir —dijo volviéndose a sentar a la mesa.

—No te lo comas si no quieres, no es necesario que hagas el esfuerzo —apostilló Isaac tomando el plato que le ofrecía Anne con una ración menor.

—Come lo que quieras y, lo que no, lo comes mañana —dijo Anne utilizando un tono con cierto aire de cocinera ofendida.

Dorón partió con su tenedor uno de los *prake* y aspiró el aroma cerrando los ojos y llevándoselo a la boca. Lo masticó perezosamente no dejando escapar el sabor que proporcionaba la carne con arroz graciosamente envuelta en hoja de repollo. El dulce punto que había adquirido la cebolla al freírse le daba un ligero equilibrio frente a la salsa de tomate con que había sido bañado, pero más que nada destacaba el toque de melocotón que su madre añadía a esos «niños envueltos», como ella los llamaba.

—La verdad, no creo que llegue a mañana —dijo Dorón a su madre, que transformó su semblante en una expresión de orgullo.

—Cuando venga tu hermana pienso hacer una fiesta y voy a presentarte a una chica que estoy segura de que te va a encantar.

—¿Tu actitud casamentera es también genética? —dijo Dorón.

—Soy tu madre y está entre mis funciones —dijo mostrándose ofendida.

Dorón sabía que ese tema siempre acababa en desencuentro, por eso intentó rebajar la tensión.

—Mamá, te quiero mucho pero deja que la chica la busque yo, aunque me equivoque.

—Deberías seguir el ejemplo de tu amigo Rubén; el otro día vino a la librería y se le veía feliz y entusiasmado con su bebé —insistía su madre, mientras Isaac se servía un poco más de *prake*.

—Sí, pero a mí me cuenta lo poco que duerme y lo mucho que le cuesta. —En un nuevo intento por zanjar la cuestión señaló el plato vacío que había frente a él—. Por cierto, ¿qué sabéis de Luar? Hace días que no recibo *e-mails* suyos.

—Tu hermana anda en el desierto —dijo con desgana su madre, a quien le hubiera gustado continuar con el tema.

—Ahora, con esta sequía que nos ahoga, podría desarrollar aquí sus proyectos sobre el agua, aunque yo prefiero el vino —dijo Dorón tomando su copa.

—Esos proyectos exigen una cultura de ese elemento que aquí no tenemos —señaló Isaac con cierto tono de acritud, pues seguía sin entender el poco aprecio que los madrileños le otorgaban a tanpreciado líquido—. Hablar del reciclado del agua en un país seco como Israel es una necesidad. Hablarlo aquí es pensar que te vas a beber el agua del *water*. —Dorón asintió aceptándolo con resignación.

—Posiblemente la tengamos en casa para la fiesta de *Pésaj* —dijo Anne con entusiasmo mientras dirigía su mirada hacia la foto que descansaba junto a la *menorá*. En ella figuraba su hija Luar vestida con camiseta y pantalón corto sahariano en un entorno desértico.

Dorón levantó su mano y miró a Isaac.

—Ahora me toca a mí. —Isaac, con un suave gesto de su mano le invitó a exponer—. Se encuentran dos madres judías y comienzan a hablar de sus respectivos hijos. Una de ellas, Sara, dice: «Mi hijo siempre piensa en mí, me llama dos veces al día, me envía regalos, deja a su familia para venir a cenar conmigo». Rebeca, la otra mujer, la interrumpe: «¡Va! Eso no es nada, el mío es un amor, visita todos los días a su psicoanalista y, ¿a qué no sabes de quién habla? Pues de mí».

Anne torció el gesto contrariada por el chiste, pero acabó rindiéndose a carcajadas y uniéndose a Isaac y Dorón, que golpeaban las palmas de sus manos en una clara demostración de complicidad.

El hecho de que Dorón o Isaac contasen un chiste que hiciera referencia al carácter de las madres tenía como objetivo la respuesta de Anne, que solía venir en forma de relato sobre su familia o sobre algún hecho en particular que recordase y que contaba muy a su manera, imprimiéndole una singularidad propia que lo convertía en un cuento digno de ser recogido en papel para que otros más lo pudieran disfrutar. En muchas ocasiones, el propio Dorón había invitado a su madre a escribir esos relatos pero ella prefería mantener la tradición judía, pasarlos de boca a oído como se había hecho siempre y recordar que no eran otra cosa sino la expresión del *ghetto* a la que se habían visto abocados por miles de años en su condición de pueblo sin estado. En todo el mundo, y hasta que las naciones fueron encontrando su camino hacia estadios democráticos, los judíos no fueron considerados ciudadanos de pleno derecho. Una verdad que quedó patente con la colaboración de muchas naciones en el proceso de exterminio nazi, enviando a sus propios ciudadanos franceses, belgas, italianos, griegos, y no ya digamos rumanos, polacos, austríacos o alemanes, a los campos de exterminio, no como franceses, belgas o italianos, sino como judíos.

Anne también entraba en el juego de su marido y su hijo y era capaz de elaborar un relato solo con traer a su memoria un simple recuerdo y tejer en torno a él una historia.

—¿Quieres saber qué le sucedió a Anitta Kohn? Una prima tercera de tu abuelo Jozéf, mi padre, que vivía en un pueblo cercano a Pereyaslav, ciudad de donde procede nuestra familia...

—Si bien tú naciste en México —interrumpió Isaac sin que Anne ni Dorón le hicieran el menor caso.

—Continúo —dijo ella—:... y del que Anitta partió un buen día huyendo de la hambruna que por aquellos años asolaba a Ucrania para establecerse en Oradea, Rumanía, donde se casó con un piadoso judío, Samuel Khon, al que le dio dos hijos.

Anne comenzó su relato y le puso por título *Shaytl*, que tradujo del *yiddish* como *La Peluca*.

*Terminada la Guerra y habiendo escapado del Holocausto, Anitta y los suyos se propusieron emigrar a América, donde su marido contaba con un primo dispuesto a acogerles. Después de varios años de trabajar duro y conseguir ahorrar el dinero suficiente, vendieron todas sus pertenencias y se gastaron una parte importante comprando los favores de los funcionarios hasta que lograron salir en compañía de su suegro y de dos de sus cuñados, que también se sumaron, llegando un buen día a la ciudad de Nueva York. Eran los felices años cincuenta que tanta prosperidad trajeron a América.*

*Como era propio de los judíos, el primo que los recibió vivía en el Lower East Side, casi debajo del puente Williamsburg, donde acababan instalándose todos los hassidim que llegaban del Este de Europa. Anitta, que solo contaba con veinte años, era mujer piadosa y muy trabajadora, pero debido a su juventud era también alegre y confiada, con mucha pasión por la vida y ganas de aprender, lo que fue de gran ayuda para lograr hablar el idioma en poco tiempo.*

*Le gustaba la ciudad, o lo poco que veía de ella, y si bien intentaba entender el modo de vida que a sus ojos se mostraba, seguía manteniendo sus tradiciones. Una de ellas era recogerse todas las mañanas sus largos y hermosos cabellos y ocultarlos bajo una peluca, luego se colocaba encima un pañuelo y hacía primero las labores de su casa antes de irse al trabajo que su primo le había conseguido, que no era otro que cuidar a la madre de un rabino retirado, una mujer que pasaba de los ochenta y se encontraba confinada a una silla de ruedas. La señora podía oír y ver pero no hablar, y sus movimientos eran también escasos; la vejez y una invalidez progresiva la habían dejado en esas condiciones.*

*Cuando Anitta Khon comenzó con los cuidados de la señora Alassa Schneider había que darle de comer en la boca, nada sólido, todo líquido y a lo sumo en una papilla que pudiera deglutir sin gran esfuerzo; de igual forma había que lavarla, peinarla, colocarle su peluca, leerle la Torá y sacarla de paseo dos veces por*



semana.

Ante la ausencia de lenguaje por parte de la señora Schneider, Anitta aprendió pronto a interpretar sus expresiones y una que rápidamente captó fue la de su gusto por los paseos frente al mar recorriendo en un ir y venir la bahía de Coney Island, uno de los puntos donde se daban cita los neoyorkinos que no podían abandonar la ciudad en busca de un mar o de una montaña mejores a los que ir.

El ambiente era muy variopinto, con gente que iba a disfrutar del gran centro recreativo allí instalado con tirovivos, rueda de la fortuna e incluso la primera montaña rusa que tuvo América de proporciones realmente sorprendentes. Contaba también con kioscos, terrazas y restaurantes en los que se bailaba por la noche al ritmo de grandes orquestas, aunque esto último Anitta no lo había podido llegar a ver, solo lo sabía de oídas.

Este paseo solían hacerlo los lunes las dos mujeres; habían encontrado un sitio desde el que la vista se perdía en el mar. Anitta se sentaba en el saliente de un banco y colocaba a su lado a la señora Schneider en su silla de ruedas. Le contaba cosas de su vida en Rumanía o bien le leía un libro y observaba si ella se sentía bien con la lectura. Si la anciana entornaba los ojos y se dibujaba una leve sonrisa en sus labios es que le gustaba; por el contrario, si hacía otros gestos, parpadeaba reiteradas veces y de esos dos soles azules salía fuego es que no le interesaba, en cuyo caso tocaba cambio de lectura y Anitta sacaba otro libro de su gran bolso y empezaba una nueva historia. En esos paseos por el malecón, ella intentaba acercarla lo más que podía al mar y le señalaba con el dedo que al otro lado de ese océano estaba su tierra.

Una tarde, mientras caminaban por la playa, Anitta se percató de la presencia de una mujer joven que, como ella, llevaba puesta una peluca. «¡Una de los nuestros!», se dijo. Llevada por la confianza que da ver a alguien como uno mismo, se acercó y le ofreció su saludo con toda naturalidad.

«Shalom».

«Hola», respondió con dulzura la joven de apenas 23 años, tocada con su peluca y un suéter verde a pesar del calor del día.

«Tienes una peluca muy bonita», le señaló Anitta acompañando el comentario con un gesto de admiración.

«¿Te parece?», preguntó ella llevada de una cierta desconfianza, pues nadie va por ahí diciendo que tienes una peluca bonita. Solo el hecho de llevarla resulta ya humillante, no digamos si encima se lo recuerdan sin más.

«La mía no es tan buena, se nota que la tuya es mejor», continuó Anitta.

Dentro de la desolación que embargaba a aquella desconocida sentada en el banco y con la mirada perdida en el mar, el comentario de Anitta la hizo reaccionar, se giró y vio que ciertamente ella también llevaba peluca, entonces una sonrisa se dibujó en su rostro.

«La tuya tampoco está mal», dijo la chica. «¿De qué color tienes el pelo?». Pero

antes de que Anitta pudiera responder agregó: «Bueno, qué importa el color verdadero, el mío es rubio y llevo una peluca caoba, dicen que está de moda».

En una sincronía natural ambas exclamaron a la par «lo diferente gusta siempre» y se soltaron a reír por la coincidencia.

Sin perder de vista a la señora Schneider, Anitta acabó sentada junto a la chica de ojos tristes que contemplaba el mar y presentándose de forma oficial, como corresponde antes de seguir el camino hacia el terreno de la intimidad.

«Soy Anitta Kohn, esposa de Samuel Kohn, y ella es la señora Schneider; es madre de un piadoso rabino y me pagan por cuidarla, algo que yo hago encantada», dijo mirando con ternura a la inválida. «No habla, pero su cerebro funciona perfectamente; es muy lista».

Tanto detalle en la presentación obligó a la chica al mismo ejercicio.

«Soy Margaret y vivo aquí, en Nueva York, desde hace algunos años. Ahora no trabajo», dijo aportando a sus palabras un tono de cierta melancolía. «Suelo venir a este lugar a contemplar el mar porque me relaja», el hecho de abrirse a una desconocida por voluntad propia le hizo sentirse feliz y quiso mostrárselo compartiendo con ella un beneficio que fuera común para ambas. «Si un día quieres te puedo llevar a la tienda donde venden estas pelucas», dijo tocándose la suya, «les diré que eres como yo y así te harán un descuento».

«¡Qué bien!», exclamó Anitta entusiasmada por el ofrecimiento de su nueva amiga. «Pero ahora no puedo, tendré que seguir con esta porque no tenemos mucho dinero». Llevada por la curiosidad quiso saber algo más: «¿Por qué no llevas pañuelo?».

«Porque no hace viento y no se me puede escapar la peluca», respondió Margaret con toda naturalidad.

«¿Es que se usa el pañuelo para que no se la lleve el viento?», preguntó asombrada Anitta que nunca se cuestionaba las cosas por entender que eran leyes religiosas que seguramente tendrían una razón aunque ella no la conociera.

«¿Por qué otra razón se usaría si no?», sentenció la chica.

Entonces, sin más, Anitta se desprendió del pañuelo sintiendo un gran bienestar. La señora Schneider empezó a mover su mano temblorosa y a farfullar nerviosa para atraer la atención de su cuidadora.

«Algo no le ha gustado», dijo Anitta viendo la agitación de la anciana que miraba a Margaret con sus grandes ojos. «¿Qué será?», preguntó extrañada. «¿Qué le sucede? ¿Hay algo que no le guste?», preguntó a la señora. «A lo mejor hoy no le gusta la brisa del mar», dijo un poco incómoda a su nueva amiga. «A veces me resulta un poco difícil saber qué quiere decirme».

«¿Por qué no le compras una pizarra de esas de niño y que escriba lo que quiere decirte?», le propuso Margaret ingenuamente.

«Buena idea», dijo Anitta. «¿Por qué no se me habrá ocurrido?».

«Pues vamos a comprársela ya, conozco una tienda muy cerca donde seguro que

las tienen».

Encantada con la idea, Anitta empujó la silla de ruedas de la señora Schneider y las tres se dirigieron a la tienda. Media hora después, la anciana disponía de un medio rústico pero efectivo con el que expresarse y ser entendida por su cuidadora. Pizarra en mano, lo primero que escribió fue la palabra meshugah.

«¿Qué es eso?», preguntó Margaret extrañada.

«¿No hablas yiddish?», preguntó a su nueva amiga, algo azorada por lo que la señora había escrito.

«Solo he aprendido inglés».

«Claro, si viniste muy pequeña es normal, aunque ella», dijo Anitta refiriéndose a la señora y viendo la pizarra, «más bien debe hablar o mejor dicho, escribir, yinglish». Se encogió de hombros y decidió no hacer caso de los requerimientos de la anciana. Un poco apurada por la situación miró su reloj. «Me parece que es hora de regresar a casa», le dijo a Margaret, echando una mirada de soslayo a la señora Schneider.

Antes de despedirse, las nuevas amigas acordaron verse allí el siguiente lunes para conocerse mejor y seguir hablando de sus cosas en común. Habían congeniado y juntas parecían sentirse bien. Se intercambiaron direcciones y teléfonos y se despidieron con un cordial beso y una muestra de sincera reverencia que Margaret hizo a la señora Schneider, correspondiendo esta con un leve gesto de cabeza.

Mientras esperaban a que un taxi las llevara a casa, y una vez que Margaret se hubo marchado, Anitta se dirigió a la señora en tono recriminatorio.

«Entendí muy bien lo que escribió», le dijo señalando la pizarra, «y eso no está bien, es hiriente. ¿Acaso le ha molestado que haya hecho una amiga? Se habrá dado cuenta de que es una chica piadosa, con su peluca y todo, además, ¿se ha fijado en cómo vestía incluso con suéter en un día de calor?».

La anciana la miró con los ojos a punto de salirse de sus órbitas, tomó la pizarra y escribió «GOY» en letras mayúsculas.

«¡Cómo se atreve!», gritó Anitta, «eso es muy grosero de su parte. ¿Qué sabrá usted por lo que ella ha pasado? Dígame, de todas las mujeres, ¿cuántas usamos peluca? Venga, contésteme», insistió. «Usted, como madre de un rabino, sabe mejor que yo que en Norteamérica las mujeres como nosotras lo primero que hacen nada más llegar es modernizarse y quitarse la peluca; van enseñando a todo el mundo su pelo y eso las mujeres piadosas no debemos hacerlo, solo podemos enseñárselo a nuestros maridos».

La señora Schneider movió la cabeza en un claro gesto de impotencia y puso la pizarra bocabajo, Anitta lo interpretó como asunto zanjado.

Durante el tiempo que llevó el recorrido en taxi hacia la casa, Anitta fue pensando en la actitud poco noble de la anciana hasta que tomó la pizarra y la tiza y

escribió en yiddish «Rachmones», misericordia, y en un segundo reglón añadió «Adonai El Rachum ve-Chanum», el Señor es Di-s de la misericordia y de la compasión. «Los años la han hecho una mujer muy amargada», pensó decirle, pero se calló y colocó la pizarra en el regazo de la señora, aunque esta no hizo gesto alguno.

«Querida Alassa», era la primera vez que la llamaba por su nombre sin autorización, «no se sienta mal porque me haya hecho una amiga, mi corazón me dice que ella es una buena chica necesitada de cariño».

Durante el resto del trayecto se mantuvieron en silencio, una por voluntad propia y la otra también, aunque no quisiera.

Los encuentros se fueron sucediendo y Anitta y Margaret se fueron conociendo mejor. En esas conversaciones la señora Schneider se mantuvo al margen con su pizarra limpia, solo usada para pedir un poco de agua o que la cambiara de sitio para que no le diera mucho el sol. También en su casa Anitta habló a su marido Samuel de su nueva amiga, resaltando sus bondades y agregando que era viuda y que estaba sola en la vida. Así lo entendió ella cuando en una ocasión la chica le habló de su pequeño hijo de seis años que tenía lejos de ella, interno en un colegio porque no podía cuidarle y darle la atención que merecía, añadiendo que el padre de la criatura se había ido para siempre. Con una vida como esa, ella comprendía el dolor y la tristeza que permanentemente embargaban a su amiga cuando le decía que había días en los que se sentía tan mal que apenas le quedaban ganas para ponerse en pie.

La primera vez que Anitta fue invitada a tomar el té en casa de Margaret se sintió tan halagada que preparó el día anterior su leikaj de miel, el pastel que tanto gustaba a Samuel y a sus hijos, y lo llevó esperando que igualmente le gustara a su amiga. Cuando llegó se encontró con un pequeño y acogedor apartamento discretamente decorado, aunque le llamó la atención que no tuviera su mezuzá colgada en el dintel de la puerta como era preceptivo de un hogar judío.

«Tu casa es muy bonita», dijo con sinceridad Anitta, «pero me he fijado al entrar en que no tienes colgado tu mezuzá, ¿por qué?».

Margaret, que muchas veces no comprendía a Anitta debido a la pronunciación de su inglés por el marcado acento eslavo que se le imprimía al hablar, sonrió pensando que se refería a la identificación del número de apartamento en la puerta.

«Verás», dijo ella, «es que con el dolor tan grande que me da todos los días y a todas horas apenas tengo fuerza para arreglarme y cuando las tengo me siento tan bien que es de lo último que me acuerdo».

«Debes ser fuerte y sobreponerte, también gran parte de mi familia acabó así, pero nosotras estamos aquí y aún nos queda mucho por vivir, debes hacer un esfuerzo y pensar en tu hijo».

*«En él pienso todos los días y en qué pasará cuando yo falte».*

*Anitta, que durante ese tiempo se había ido creando una imagen de Margaret, pensaba que achacaba esa falta de familia en el mundo a la consecuencia de ser superviviente del Holocausto y pensó en lo duro que debió de haber sido sumar el hecho de quedarse viuda tan joven. Ella también había perdido a gran parte de la suya, pero otra parte se había salvado y, aunque dispersos por el mundo, sabían unos de otros de sus respectivas existencias. Aquel acto bárbaro y criminal de Hitler no solo dejó tras de sí a millones de judíos gaseados e incinerados, también dejó a los supervivientes con un sentimiento de culpa por el solo hecho haber logrado sobrevivir. Y ese sentimiento lo arrastraban como una pesada carga que les llevaba a tales grados de resignación y abandono que nunca lograban superarlo. Llevada por su compasión se propuso no permitir que su amiga se sintiera abandonada.*

*«¡No estás sola!», dijo en una exclamación que le salió de lo más profundo de su corazón. «Jamás vuelvas a pensar que estás sola, me tienes a mí y desde este momento mi familia será tu familia y este próximo viernes vendrás a casa a celebrar el Shabat». Mostró su pastel con una amplia sonrisa. «He traído mi leikaj de miel».*

*«Y yo he hecho brownies», dijo Margaret secándose las lágrimas.*

*«Entonces es la hora del café».*

*Margaret dispuso la cafetera, colocó las tazas sobre la mesa y situó en el centro los pasteles que cada una por su lado había elaborado. Fue una agradable tarde de jueves en la que hablaron de muchas cosas y se prometieron repetir con más frecuencia.*

*El tiempo fue pasando y tanto Anitta como Margaret fueron estrechando su amistad, a la que se sumó finalmente la señora Schneider, que aunque seguía sin poder hablar ya se había hecho más comunicativa gracias a su pizarra. En sus encuentros frente al mar también Margaret se había apuntado a la lectura de libros en voz alta para que pudieran ser disfrutados por las tres.*

*Una buena tarde Anitta visitó la casa de Margaret acompañada por la anciana, llevando una mezuzá como regalo que prontamente instaló en el dintel de la puerta. Margaret, que observaba la escena con admiración, acabó preguntando a su amiga qué hacía.*

*«Te la instalo, como debe ser», señaló Anitta.*

*Margaret observó con curiosidad aquel pequeño cilindro de cerámica con su Maguen David; la estrella estaba grabada en color dorado.*

*«Es de los modernos», dijo Anitta, «le he puesto ya su pergamino con el Deuteronomio, así no tendrás que rellenarlo tú».*

*«¿Deuteronomio?», exclamó Margaret sin salir de su asombro.*

*«Sí, los Mitzvá», indicó Anitta con toda naturalidad mientras iba hacia la cocina.*

*Ese momento de ausencia fue aprovechado por la señora Schneider para escribir*

en su pizarra la palabra «Biblia» y mostrársela a Margaret.

«¿La Biblia?», preguntó a la anciana con extrañeza.

Esta de nuevo garabateó pronta en su pizarra «Compra una y busca Deuteronomio», luego cerró un ojo en señal de complicidad y se llevó un dedo a la boca pidiendo que guardara el secreto; la chica supo interpretarlo y así lo hizo.

La tarde transcurrió en calma leyendo un hermoso libro de cuentos que Margaret había comprado hasta que llegó la hora en que las invitadas debieron retirarse; ella las acompañó hasta la calle y una vez que las vio alejarse en el taxi se dirigió a la librería y compró una Biblia, tal y como le había indicado la anciana.

Sentada en su casa la leyó buscando la palabra Deuteronomio hasta dar con ella y entonces descubrió que ese pequeño pergamino que llevaba dentro la figura de porcelana que Anitta le había colgado en el dintel de su puerta era una bendición para las casas que cumplen con el Mitzvá. Llena de ternura por el acto que no supo interpretar abrió la puerta y lo besó. «Ella está llena de amor y me gusta, es la mejor amiga que he tenido», se dijo.

Anitta Khon también quiso corresponder a su manera a las frecuentes invitaciones de Margaret y de acuerdo con su esposo dispuso invitarla a la celebración del Shabat junto con la señora Schneider y dos posibles pretendientes que le había buscado y que quería presentarle.

Su amiga aceptó encantada y esa tarde se puso un elegante pero discreto vestido azul cielo que acompañó con un sombrero a juego, tomó el autobús que la llevaría hasta la casa de Anitta y llegó a la hora convenida. Todo estaba preparado y tras un caluroso recibimiento de todos los presentes, la anciana tomó su pizarra y escribió «estás muy guapa», un detalle que Margaret agradeció con un tierno beso a quien ya consideraba como su otra amiga.

Dispuestos en torno a la mesa, comenzó el ritual del Shabat, se bendijo la cena, los halots y el vino. Margaret imitó cada uno de los movimientos que tanto Anitta como la señora Schneider hacían y en el rezo de las oraciones se limitó a mover los labios en un susurro inaudible. La bendición del vino se cerró con un «Shabat Shalom» que ella también pudo repetir y la cena dio comienzo.

Ser invitada por Anitta a su humilde casa en compañía de un marido bondadoso, unos hijos correctos y educados, su ya buena amiga Alassa y aquellos dos solteros que desde su entrada no paraban de ofrecerse, produjo en Margaret el deseo de llorar. Era la primera vez en su vida que recibía un trato y una atención semejantes y ahora entendía que Anitta llevara lo suyo de manera tan positiva.

La cena transcurrió con alegría, incluso la propia Alassa estaba sublime, resultaba más viva, más jovial, ya no quería solo papillas, también se atrevía con las tartas y hasta quería comer por sí sola; esa noche gastó una tiza entera en su pizarra y participó en la charla como la que más.

Anitta, en su papel de casamentera, colaboró para que sus invitados encontraran la justa conversación que les permitiera conocerse hasta que uno de ellos acabó por preguntar a Margaret si podrían verse de nuevo durante la semana. El otro decidió dejar vía libre a la relación y acabó conversando con Samuel sobre la diferencia de costumbres entre ucranianos y rumanos.

Llegó el momento de retirarse y, a pesar de los ruegos de Anitta por lograr que Margaret se quedara a pasar la noche en casa, esta se disculpó alegando que estaba un poco cansada y que prefería llegar a su casa y dormir.

«Estamos en Shabat y no podemos tocar dinero, ¿cómo lo vas a hacer cuando subas al autobús?», preguntó Anitta un tanto preocupada.

«Nosotras no pagamos, estamos subvencionadas por la AEAP, lo incluye la Seguridad Social», respondió mostrando su tarjeta.

«Bien», dijo más tranquila. «Tendrás que explicarme dónde sacar una tarjeta igual, así podría ahorrarme los viajes».

Margaret agradeció la broma con una sonrisa.

Por su parte, el chico insistió en acompañar a Margaret, ella no quiso ocasionarle molestias y aceptó que fuera hasta la parada y le hiciera compañía mientras venía el autobús. Este, feliz de poder hacerlo, tras despedirse de los demás besó la mezuzá al pasar por la puerta; ella, que ahora sabía de qué se trataba, hizo lo mismo dirigiendo su mirada a Anitta. Juntos caminaron en silencio hasta la parada del autobús y esperaron hasta que lo vieron aproximarse. Margaret le ofreció la mano en señal de despedida, él la tomó con cortesía y con una ligera reverencia se la besó con ternura.

«Sé que eres viuda y que tienes un hijo, eso para mí no es problema, si tampoco lo es para ti estaré encantado de llamarte y que podamos ir juntos a pasear si me das tu permiso», se ofreció el chico en un inglés fuertemente marcado por su acento ucraniano que dejó turbada a Margaret; esta aceptó sin articular palabra, tan solo con un afirmativo gesto de la cabeza.

Para una chica de un pequeño pueblo de Kansas, del que tuvo que salir a sus diecisiete años repudiada por sus padres por quedarse embarazada de un chico que luego se negó a cumplir, tanta atención por parte de un hombre que solo le besaba la mano sin pedirle nada a cambio le hizo sentirse un ser humano otra vez y, acomodada en el autobús, le embargó una sensación de dicha y felicidad como no recordaba haber sentido en años; extrajo la cartera de su bolso y miró la foto de su hijo, y así se pasó el resto del trayecto.

Una tarde Anitta recibió una llamada telefónica. Margaret estaba en el hospital agonizando y había dado su número para que la llamaran. No lo podía creer; pensó

en dirigirse allí de inmediato, pero estimó adecuado pasar antes a buscar a Alessa, convencida de que desearía ir también. Juntas tomaron un taxi que las llevó a la carrera. Durante el camino, la anciana le entregó un fajo de dinero y escribió en su pizarra que pagara lo que tuviera que pagar. Cuando llegaron, Margaret estaba inconsciente y entubada, solo se escuchaba el ruido del movimiento mecánico al hincharse y deshincharse la bomba de oxígeno que le ayudaba a respirar. La visión de su amiga postrada en aquella cama las llenó de congoja. Un señor con bata blanca y estetoscopio al cuello hizo acto de presencia avisado de la llegada de ambas.

«Soy el doctor Clark», dijo presentándose ante las dos mujeres.

«¿Qué ha sucedido doctor?», preguntó aturdida Anitta.

«Lo que suele suceder en estos casos, el cáncer está muy avanzado y es posible que no llegue a esta noche».

«¿Cáncer, dice?», preguntó Anitta completamente desorientada por lo que estaba escuchando mientras Alessa se mantenía en silencio con sus húmedos ojos fijos en el rostro de Margaret.

«Lo tiene desde hace dos años y es una paciente subvencionada por la AEAP, ¿no lo sabían?».

«Sí, algo nos dijo, pero es una tarjeta para viajar gratis en los autobuses, ¿no?».

«Es la Asociación Estatal de Ayuda a las Prostitutas», dijo el doctor.

Alessa se giró al escuchar al doctor, tomó su pizarra y escribió: «Explíquese».

«Margaret Elizabeth Green, de 23 años, ejercía la prostitución desde los diecisiete y venía siendo tratada en este hospital de un cáncer de mama que en estos momentos se encuentra en fase terminal. Es posible que muera a lo largo de las próximas horas».

La frialdad con que el doctor se refería a su amiga provocó en Anitta una violenta reacción negando todo lo escuchado.

«Margaret no es prostituta, es una mujer piadosa y sola en la vida que hasta usa peluca».

«Me temo que está usted en un error; Margaret usa peluca porque el tratamiento de quimioterapia le produjo la caída del cabello. Además no está sola, cuenta con un hijo de seis años que se encuentra en un centro de acogida infantil».

Tanto Anitta como Alessa continuaron negando lo que el doctor les decía, asegurando que se trataba de una mujer buena.

Alessa tomó su pizarra y, llevada por el enfado, escribió en mayúsculas muy claras «ELLA ES UNA BUENA CHICA, Y DE NUESTRA FAMILIA, déjenos en paz con ella, si le necesitamos le llamaremos», y se la mostró al doctor quien, en un gesto de humanidad hacia quien durante dos años había sido su paciente, permitió que se quedaran.



La muerte de Margaret sobrevino calladamente, pero antes de expirar su último aliento abrió los ojos y contempló por un instante a sus dos amigas junto a su cama cogidas cada una de ellas de sus manos; una leve sonrisa se dibujó en su boca y finalmente murió.

Con los ojos llenos de lágrimas, ambas mujeres se miraron. Alassa escribió en su pizarra «kadish» y Anitta sonrió agradecida, porque sabía que la señora Schneider se había dado cuenta de quién era Margaret desde el primer día. Recordó su enfado cuando ella escribió GOY en su pizarra. «Seré reprendida», se dijo, pero eso ahora no importaba mucho, el dolor por la muerte de su gran amiga lo ocupaba todo. La anciana siguió escribiendo: «solicita que ese niño nos sea conferido, no debe vagar por ahí solo». Anitta le dio un tierno beso en señal de agradecimiento.

Quizá Anitta también sabía que Margaret no era judía pero no quiso verlo porque la consideraba su amiga americana. Por otro lado, Alassa era demasiado vieja y demasiado sabia para no creer que el reino celestial no estuviera abierto para todas las almas buenas y nobles, independientemente del tipo de vida que les tocara llevar en este mundo, y demasiado amiga de las chicas para que este secreto sobre Margaret quedara para siempre guardado entre las dos.

Cuando Anne hubo finalizado, se levantó sin más y se sirvió otra taza de té. A sus espaldas, tanto Isaac como Dorón se mantuvieron en silencio por un instante más.

—¡Precioso! —exclamó Isaac levantando su copa de vino, brindis que fue secundado por su hijo.

—Ha sido muy conmovedor, un maravilloso canto a la amistad —dijo Dorón—. Me gustaría conocer a Anitta Khon, ¿crees que vive todavía?

—Ella también murió hace unos años, pero quien sí vive es su hijo Daniel, un hombre afortunado que tuvo tres mujeres que le quisieron —indicó su madre.

La velada transcurrió entre el ritualismo y la normalidad del *Shabat* y, a pesar de la invitación de su madre a ocupar su habitación, Dorón decidió pasar la noche en su propia casa; así podría levantarse a la hora que él estimara más imprudente. Se despidió de ella con un abrazo acompañado de un tierno beso.

—Por cierto, no olvides que en unos días será el *Bar Mitzvá* de Mario.

—No lo olvidaré.

—Mañana comeremos *choient* —dijo su madre con picardía sabiendo lo que a Dorón le gustaba ese plato.

—Vendré si puedo —apuntó él pasándose la mano por el estómago.

Fue su padre quien le acompañó hasta la puerta.

—Es importante que te pongas con lo nuestro lo antes posible —dijo este.

—Aprovecharé este fin de semana para buscar información, para ilustrarme un poco sobre el tema —le indicó Dorón.

—¿Dónde la vas a encontrar? Es un libro que se da por inexistente, recuérdalo.

—Papá —Dorón apoyó su mano en el hombro de Isaac—, hay quien nos llamó Generación X, pero nosotros nos definimos como Generación TEC porque nuestra llave maestra es Internet; esa cosa que te niegas a conocer en profundidad, que lo sabe todo o casi todo y que además está disponible las veinticuatro horas del día.

—No me niego, reconozco que es un buen medio de consulta, pero para todo lo demás me gusta el método tradicional.

—Ya, tus discos en el equipo de música y las películas en el cine, sin mencionar el sexo.

—Ese en la cama y con la única —dijo señalando hacia la sala con un leve movimiento de cabeza que fue seguido de una ligera sonrisa de Dorón.

—Prepárame la cita lo antes posible con tu cliente. El lunes hablamos —dijo Dorón abriendo la puerta de la calle y saliendo al rellano de la escalera. Tras de sí escuchó el ruido metálico producido por la llave de la cerradura que blindaba la puerta desde su interior.

Mientras conducía de camino a su piso se acordó de cómo, siendo un crío, su madre le obligó a ir a la *yeshiva* no solo para preparar su *Bar Mitzvá* sino como actividad extraescolar. En la escuela compartió aprendizaje con otros siete chicos más. Con dos de ellos, Luis y David, hizo el trío perfecto y se convirtieron en inseparables, y aunque les resultaba interesante la lectura del Pentateuco, nunca llegaron a entender bien, mal o regular —y mucho menos lo llegaron a aceptar— por qué su conducta debía ser rígidamente regulada conforme a las exigencias del rabino que invitaba a que los aparatos y máquinas que nos sirven como esclavos descansaran igualmente en *Shabat*.

—No quiero pensar cómo serán ahora esas escuelas con los chicos enviando mensajes por móvil para ligar con las chicas y escuchando a los rabinos enloquecidos pidiéndoles que no utilicen ningún aparato —se dijo Dorón entre risas.

Sabía que aún hoy día había familias en una ciudad como Madrid que mantenían viva esa tradición, dejando dormir la radio, la televisión o el teléfono, incluso evitando coger el coche o tomar el ascensor. Él, por el contrario, como buen TEC, aprovecharía para forzar su portátil y descargarse películas de la red o bajarse música. No solo era incapaz de cumplir con el precepto del descanso, sino que convertiría su ordenador en un pirata a destajo; sería una noche de viernes que dedicaría a una de esas películas y hasta es posible que a dos.

## Rachel

El domingo por la mañana Dorón quiso dedicarlo a pasear por el Rastro y ver si encontraba algún tesoro, aunque de unos años a esta parte todo lo que se encontraba eran falsificaciones baratas *made in China*, lo que le provocaba una profunda decepción a la vez que sentía que el mercadillo había perdido casi todo su encanto. Una llamada de su padre lo alteró todo, le indicaba la hora y la dirección de su cliente para que asistiera a una reunión en la que le informaría del libro; miró su reloj y vio que no le quedaba mucho tiempo, así que buscó en su armario un conjunto que le aportara seriedad suficiente.

A la hora convenida, visitó la casa de Elías Toledano, dueño del libro ahora en manos de un ladrón que Dorón percibía inexperto y bastante torpe. Era un edificio singular de viviendas grandes situado en el Paseo de Rosales. Empujó la pesada puerta del portal pero esta se mantuvo inmóvil, solo quería ver si normalmente se mantenía abierta o cerrada. Buscó el piso entre los botones del tablero del vídeo portero automático y pulsó el timbre, segundos después una voz femenina con acento latinoamericano preguntaba:

—Sí, ¿quién llama?

—Soy Dorón Benatar —respondió él mostrando su cara a la cámara, seguro de ser observado por la dueña de aquella voz—, tengo cita con el señor Elías Toledano.

La puerta emitió un sonido eléctrico y él aprovechó para empujarla; esta vez sí que se abrió. La mesa de recepción de la portería se mantenía vacía, si bien la lámpara estaba encendida y sobre la recepción había un periódico del día anterior que indicaba que había conserje y que seguramente dispusiera de casa en el mismo edificio, como era costumbre, hasta que esta había comenzado a desaparecer cambiando la imagen del clásico portero de finca con overol de trabajo por las mañanas y traje gris con camisa blanca y corbata oscura por la tarde, por los nuevos vigilantes con uniforme de empresa de seguridad atentos al monitor que registra quién entra y quién sale del edificio.

En el piso correspondiente y con la puerta ligeramente entornada esperaba la figura de una chica ataviada con bata de doncella, al verle llegar su rostro dibujó una mueca de desconfianza que no pasó inadvertida para él; del interior surgió otra voz que anunciaba su presencia.

—Déjalo, Doris, ya le atiendo yo. —La doncella se retiró y apareció la figura de una chica que extendía su mano y se la ofrecía al recién llegado en una presentación resuelta y segura—. Soy Rachel Toledano.

Ante él tenía a una diosa, no había mejor palabra para describir a una mujer realmente bella para su gusto, con profundos ojos marrones, pestañas rizadas y pelo caoba que caía sobre sus hombros y terminaba en unos cuidados rizos. Su boca grande y de tono escarlata dejaba ver una cuidada dentadura blanca y bien perfilada. Como era propio en él, una vez estudiados ojos y boca, su vista fue inmediatamente a

los pies; la chica calzaba unos cómodos mocasines marrón claro que encajaban bien con los pantalones vaqueros pitillo que llevaba puestos y que ayudaban lo suyo a definir unas piernas de vértigo. Su cuerpo en conjunto debía estar sobre el metro ochenta.

«Estoy en racha», se dijo, «otro caso con chica bonita de por medio», algo completamente inusual en él, puesto que casi siempre solía tener de clientes a mujeres maduras de baja autoestima que piensan que sus maridos están a punto de abandonarlas por chicas treinta años más jóvenes, hecho que con frecuencia resultaba cierto.

—Dorón Benatar —dijo mientras estrechaba la mano de la chica e intentaba asimilar el monumento de mujer que tenía delante—. Me manda...

—Tu padre —interrumpió ella con cortesía no exenta de seguridad—. Nos llamó diciendo que vendrías, ¿me acompañas? —Abrió unas puertas correderas mostrando un salón bellamente decorado, de techo alto y muebles estilo Luis XVI muy bien cuidados—. El mío no podrá estar en la reunión, pero yo te puedo informar sobre el robo.

Le invitó a pasar y Dorón hizo lo propio cediendo el paso y siguiéndola hasta el centro de la estancia.

Le hubiera gustado dedicar unos minutos a las preguntas retóricas mientras entraba en situación y recuperaba el aplomo del que solía hacer gala ante sus clientes, pero ella no le dio opción.

—Este es el escenario del crimen —dijo ella con una sonrisa, mostrándole la sala—, es así como dicen en las películas, ¿no?

—Cosas de los guionistas —indicó Dorón recorriendo la sala con su mirada en busca de algún sistema de alarma, hasta que dio con él—. ¿No se disparó? —preguntó señalando un pequeño sensor colocado en una de las esquinas del salón.

—Lo desconectamos con frecuencia, posiblemente lo robaron aprovechando una de las veces —respondió la chica.

—¿Tenéis idea de quién pudo haber sido? —preguntó mientras observaba admirado una gran estantería de madera labrada colocada al fondo del salón.

—Estamos bastante perdidos —fue su respuesta mientras se dirigía hacia una vitrina con puertas de cristal cuyo interior contenía libros antiguos que Dorón supo apreciar después de haberse pasado toda su vida entre ellos—. No es un libro al que se recurra con frecuencia, de manera que tampoco tenemos muy claro cuándo se lo han podido llevar. Pudo ser cualquier día de esta semana pasada —terminó diciendo ella.

—¿Se guardaba en caja fuerte? —preguntó él—, no la veo por ningún sitio, ¿está oculta?

—No hay, el libro estaba en su estante de colección. —Rachel señaló la vitrina junto a la que estaba.

Dorón se aproximó a ella e intentó abrirla con delicadeza, pero no pudo.

—Tiene llave pero la guarda mi padre —apuntó Rachel.

—¿Puedo? —preguntó Dorón estudiando la cerradura con detenimiento.

—Lo siento, mi padre no está ahora y no sé dónde la guarda —se disculpó ella nuevamente.

—¿Puedo? —insistió él buscando su permiso para asaltar el mueble en cuestión.

—Mientras no la rompas —dijo ella algo perpleja ante su insistencia.

Dorón extrajo de su mochila su última adquisición, con la que se sentía rey del mundo: una navaja suiza tipo oficial que además de las clásicas herramientas incorporaba memoria USB y reproductor MP3 de 2Gb. Desplegó uno de los diminutos destornilladores, lo introdujo por la frágil cerradura y lo giró un par de veces hasta que la vitrina se abrió ante la sorpresa de Rachel.

—¿Puedes hacer eso con todas las cerraduras? —preguntó admirada al ver abiertas de par en par las puertas de cristal.

—Solo con las difíciles —puntualizó él haciendo gala de una modesta autosuficiencia—. ¡Aquí hay verdaderas joyas! —añadió asombrado mientras pasaba suavemente sus dedos por los lomos de los libros que se guardaban en su interior. Para Dorón ese instante se convirtió en un momento mágico. Estaba ante libros que el resto del mundo consideraba desaparecidos. Extrajo uno, lo abrió y leyó en voz alta —: *Los trabajos de Persiles y Segismunda*. 1617. ¡No es posible! ¡Fue el mismo año de su publicación! —Miró a Rachel con asombro—. Para Cervantes esta fue su gran obra, murió un año antes de que lo publicaran, ¿es un original de la época?

—Me temo que sí —respondió ella de forma escueta mientras observaba cómo para Dorón todo a su alrededor había desaparecido hasta quedar abstraído solo por el ejemplar que tenía en sus manos. Le agradó su pasión por los libros y dejó que se deleitara con ellos—. Como te habrá dicho tu padre, el mío es coleccionista y los libros son su locura.

A duras penas Dorón dejó aquella joya en el mismo lugar de donde lo había extraído.

—¿Sabes dónde estaba colocado exactamente el libro que se han llevado? —No quiso llamarlo por su nombre porque no quería romper la magia de aquella sala con un libro de cuya veracidad tenía serias dudas, por no decir todas.

—Aquí, entre estos dos —le señaló Rachel con su dedo.

Dorón tomó primero el libro situado a la derecha del espacio vacío que había señalado ella. Lo estudió con detalle y luego se lo acercó a la nariz y aspiró el aroma.

—Me encanta el olor de los libros antiguos. —Lo depositó con mimo en el mismo lugar en el que estaba e hizo otro tanto con el siguiente. Luego volvió a utilizar su navaja suiza oficial para dejar cerrada la vitrina—. Debería poner más seguridad, son ejemplares muy valiosos.

Rachel observó el cuidado de sus movimientos con los libros y la delicadeza que ponía en ellos.

—Como el que se han llevado —dijo ella—, pero es que es la primera vez que

nos sucede algo así. Supongo que ahora mi padre contemplará esa necesidad.

Dorón se dirigió hacia el escritorio que tenía a su derecha, junto a la ventana, y lo estudió con cuidado; cogió una pluma estilográfica que había sobre la mesa y la observó con gesto de admiración.

—Estos trastos son otra de mis pasiones. —Siguiendo el mismo comportamiento anterior, también la olió—. Es una Loiminchay, una joya solo para entendidos. —La volvió a depositar sobre la mesa justo en el mismo sitio y en la misma posición en la que estaba—. ¿Quién conocía la existencia del libro y su valor? —preguntó él.

Rachel le invitó a sentarse en el sofá mientras ella se sentaba en uno de los sillones.

—La existencia, pocas personas, todas ellas de la familia. Su valor, menos aún —respondió ella cruzando sus espigadas piernas.

—¿Se llevaron algo más? —requirió Dorón a Rachel, quien negó con la cabeza—. Entonces fue alguien de dentro. Necesitaré una lista de aquellas personas que hayan podido tener acceso al libro en las últimas dos semanas.

—Dicen que los ladrones son muy hábiles. Es posible que uno haya podido entrar y llevárselo —el tono utilizado por Rachel daba a entender que no le había gustado que dudara de su familia al señalar al posible culpable en la casa.

—No lo creo. La cantidad pedida por su rescate no se corresponde con lo que un verdadero ladrón entendido en libros habría pedido. Además, seguro que no se hubiera resistido a llevarse algunos más, incluso esa pluma —dijo señalando la mesa de escritorio—, es un modelo Fu Shou en oro de 18 kilates y selecta porcelana, hecha y pintada a mano, solo existen 12 ejemplares en el mundo y su precio puede superar los doce mil euros.

El argumento de Dorón no dejaba lugar a dudas.

—Te enviaré esa lista hoy mismo —se comprometió Rachel.

—¿Has leído el libro? —preguntó él intentando rebajar el poso de tensión que sus palabras habían podido provocar.

—¿Cuál de ellos? —Abrió sus manos intentando abarcar los numerosos ejemplares que allí había.

—El que falta —dijo él señalando la vitrina.

—Vivo entre libros y me apasiona la lectura. —Volvió Rachel a señalarle las estanterías—. Pero aunque soy de ciencias, las ocultas no son mi debilidad. Me parecen adecuadas para mentes exentas de realismo y propensas a la divagación. —Dorón dejó escapar una mueca de admiración; aquella mujer tenía criterio y quiso saber cuánto.

—La divagación no es tan mala —apuntó él.

—Hablar es gratis, pero luego hay que justificarlo —indicó ella.

—¿Me encuentro ante una empírica? —preguntó Dorón viendo cómo la chica se encogía de hombros—. El empirismo es una escuela filosófica que hace de la experiencia sensible la única fuente válida de conocimiento —explicó Dorón.

—Pues si busca establecer los principios generales que organizan y orientan el conocimiento de la realidad de forma racional —señaló ella haciendo una breve pausa de silencio—, entonces soy una empírica.

Dorón la observaba mientras escuchaba sus palabras. Ese cuerpo deslumbrante de metro ochenta resulta que acababa en una cabeza bien amueblada. ¿Cómo es que no la había conocido antes?

—Menos mal, me tranquiliza saberlo —dijo Dorón mientras cruzaba las piernas y se recostaba cómodamente en el sofá dispuesto a extender la conversación hasta donde diera límite.

Para su desgracia dio para poco más porque ella se levantó acompañando el movimiento con una pregunta que no dejaba lugar a dudas sobre su intención:

—¿Necesitas algo más?

Un poco turbado porque el súbito acto de ella le había pillado a contrapié, se levantó rápido y torpemente.

—Sí, ¿tenemos noticias del ladrón? —preguntó Dorón.

—Recibimos otra carta ayer en el buzón, obviamente sin sello de franqueo ni nada, suponemos que vino a ponerla él mismo.

—¿Puedo verla? —solicitó Dorón.

—La guardó mi padre, pero le conminaba a que tuviera listo el dinero para mañana.

—¿Por qué no para hoy? —preguntó extrañado.

—No lo sé, pero hasta mañana mi padre no tendrá el dinero en metálico, no es tan fácil pedir cien mil euros un viernes y tenerlos el lunes sin más, cuando menos un domingo —explicó Rachel.

—Si el ladrón se pone en contacto exigiendo el cobro quiero que le pidas antes una prueba de que posee el libro —solicitó él.

—No esperarás que le pida que arranque una hoja —dijo ella sorprendida.

—Yo también nací entre libros, conozco su valor. Solo quiero que le pidas una fotocopia de la portada y que te la haga llegar.

Ella no puso objeción y abrió las puertas correderas del salón. Ambos se dirigieron hacia la salida, donde se encontraba la doncella con una mano puesta en la cerradura y presta para abrir la puerta de la calle. Rachel le ofreció su mano nuevamente con el brazo extendido, marcando la frontera de su territorio corporal. Dorón percibió el gesto y la estrechó suavemente, momento que aprovechó para extendérsela también a la doncella que se vio sorprendida y, en un acto reflejo, respondió al saludo inesperado.

—¿De Quito? —le preguntó él mostrando su sonrisa más inocente con la mano de la criada en la suya.

—No, de Cuenca —respondió la muchacha sorprendida por la actitud tan cordial de Dorón respecto a ella.

—¿De Cuenca, Cuenca? ¿De aquí cerca? —Ahora el sorprendido era él.

—No —respondió ella dejando escapar una sonrisa—, de Cuenca, Ecuador. Mi ciudad también se llama así.

—Qué gracia, no lo sabía —es todo lo que acertó a decir algo cohibido por la ignorancia mostrada.

Se despidió esta vez de palabra y salió escuchando cómo la puerta se cerraba a su espalda. Subió al ascensor y una vez dentro se olió una mano y luego la otra.

Antes de arrancar el coche llamó a su padre para informarle de que se dirigía hacia la librería, quería contarle en persona la reunión. Antes pasaría por su casa a aparcar el vehículo, El Rastro ya estaría desmontado y tendría la posibilidad de encontrar un hueco donde dejarlo, no quería sufrir más tarde el calvario de buscar *parking* cuando todos los vecinos residentes del barrio hubieran regresado a sus hogares y ningún coche fuera a moverse hasta el alba del día siguiente. Maduraba la idea de comprar una plaza de garaje en la zona, pero debido a su escasez los precios andaban por las nubes, así que esperaba que algún día el Alcalde, un auténtico amante del taladro, decidiera hacer un estacionamiento con plazas para residentes a precios moderados.

Entró en la librería por la puerta del portal; Isaac esperaba con impaciencia en el pequeño taller. Fue Dorón quien, en un tono algo burlón y con cierto grado de suficiencia, lanzó su pregunta mientras sacaba una lata de refresco del pequeño frigorífico sobre el que también reposaba una cafetera eléctrica y una bandeja con un juego de cuatro servicios de café.

—¿Sabes algo de tu gremio de librereros respecto al libro? —preguntó a su padre dando un largo trago al refresco.

—Todavía nada —le escudriñó con la mirada—, y no se te ocurra eructar, como es tu fea costumbre.

—Pues no te esfuerces —dijo. Dorón no dándose por aludido con el comentario—, porque creo que ya sé quién ha sido.

No era su intención provocar el enfado de su padre, pero la sed que traía le hizo beber el refresco con avidez, y aunque intentó reprimir la salida del gas que se había llevado al cuerpo no pudo evitarlo. Se puso la mano en la boca y bajó la cabeza pero finalmente dejó escapar el reprimido sonido para desagrado de Isaac.

—¿Tan rápido? —preguntó este último burlonamente—. No imaginé que fueras tan eficiente en tu oficio.

—Estuve con Rachel Toledano en el escenario del robo y apostaría doble contra sencillo que la ladrona fue la doncella. Usó guantes con intención de no dejar huellas, como en las películas que seguramente ve en la tele, pero eso es justo lo que hizo, dejar un rastro —expuso Dorón.

—Me suena a tópico. ¿En qué te basas?

—La cerradura no estaba forzada, el ladrón sabe que tu cliente todavía no tiene el dinero, algo difícil de conocer si no estás dentro de la casa. Y por último —aprovechó para dar otro trago a la lata y colaborar a crear mayor expectación a sus palabras—,



los libros que estaban junto al robado olían a lejía de pino, como sus manos.

—¿Se lo dijiste a Rachel? —preguntó su padre mostrando cierta preocupación en su semblante.

—Antes quería hablarlo contigo —respondió Dorón.

—Podría ser una casualidad. —Isaac conocía a su cliente y sabía que una noticia así le causaría un profundo dolor.

—Podría, ciertamente, pero si vuelves a leer la nota en la que piden el dinero del rescate verás que utiliza un giro semántico propio de algún país latinoamericano, lo busqué en Internet y resultó ser de Ecuador, ¿a que no adivinas de dónde es la doncella de los Toledano?

—¿De Ecuador? —preguntó Isaac intuyendo la respuesta.

—Elemental, querido Watson —dijo Dorón acabando con su refresco y depositando la lata en una pequeña papelera metálica con tapa y pedal que siempre le recordaba a consultorio médico.

—Sabes tan bien como yo que Arthur Conan Doyle nunca utilizó esa expresión en ninguno de sus libros —le espetó Isaac con cierto desagrado ante el tono irónico de su hijo.

Dorón se situó recostado sobre la recia mesa de trabajo e impulsándose con ambas manos se sentó encima.

—A propósito, he estado haciendo algunas indagaciones sobre el *Necronomicón* y como tú dijiste hay un ejemplar que tiene por título *El Libro de los Árabes*. —Su padre asintió con la cabeza sin interrumpirle, quería saber hasta dónde había llegado su hijo—. ¿Seguro que no estamos ante una falsificación bien hecha? Porque Lovecraft llamó al original *Al Azif*.

—Aunque te cueste creerlo, ya en el año 950 *Al Azif* fue un libro muy frecuentado, aunque de forma clandestina, entre los filósofos de la época —aseveró su padre—, hasta que Teodoro Philetas de Constantinopla lo tradujo en secreto al griego con el título de *El Necronomicón* o...

—*Libro de los Nombres Muertos* —le interrumpió Dorón con la intención de demostrarle que ya se había puesto al día.

—Así es —confirmó Isaac.

—Sin embargo —dijo Dorón—, la edición toledana de 1647 se titula *Codex Arabicus* o *El Libro de los Árabes*, en un intento por ocultar su verdadero contenido, y parece ser que se limitó a un solo ejemplar, incluso se dice que fue encuadernado en piel humana...

—La misma que le fue quitada del cuerpo a un gran mago muerto por medios propios de la brujería. Al menos eso dicen algunos investigadores —ahora fue Isaac quien le interrumpió dándole un cierto tono de misterio.

—Sabes que si buscas «*Necronomicón Toledo*» en Google te salen más de veinte mil referencias. Sorprendente, ¿verdad? No obstante estimo que ese libro es una falsificación muy bien hecha.

—No podré demostrártelo hasta que no lo recuperemos —apuntó su padre.

—¿Es ese el ejemplar que le han robado a tu cliente? —preguntó Dorón algo perplejo.

—Ese mismo.

—¡Joder! —Golpeó con su mano la recia mesa—. Ahora sí que quiero recuperarlo.

—Cálmate, tu mano es una valiosa herramienta, no se vaya a romper —le dijo su padre gustoso de ver la atención que su información despertaba en el chico.

—¿Llegaste a leerlo? —preguntó Dorón.

—Lo hubiera hecho si hubiera sabido más latín del que escasamente sé —le mencionó Isaac antes de ver su reloj—. ¿Te quedas a comer?

—Me encantaría, pero tengo trabajo que preparar para mañana. Además de buscar ese ejemplar tengo otro caso, y vivo de eso. Pero te diré algo, ahora sí que has conseguido despertar mi interés.

—¿Quiere eso decir que no me vas a cobrar? —aprovechó Isaac para lanzar la caña a ver si su hijo picaba.

—Hay que mirar al dinero con una pequeña dosis de desprecio, pero nunca perderlo de vista, ¿responde esto a tu pregunta? —apuntó Dorón ya con rumbo a la puerta.

—En estos tiempos los jóvenes pensáis que el dinero lo es todo.

—Algo que compruebas cuando te haces mayor, ¿no dijo eso Oscar Wilde? —apuntó Dorón con una media sonrisa—. Hablando de otra cosa, ¿qué sabes de Rachel Toledano?

—Elías Toledano es mi cliente, su familia no.

La respuesta de Isaac fue una evasiva ante la que Dorón no se cortó.

—¿Ni por extensión? —insistió este.

—Ni por extensión.

—Interesante —exclamó su hijo—. Ya que no te dignas a ser fuente de información para un codiciado... perdón, quise decir, desquiciado soltero, no me queda otra que marcharme.

—Adiós —dijo Isaac sin inmutarse.

—*Quid pro quo*, recuérdalo —dijo Dorón al despedirse y abandonar la librería sabiendo que no obtendría pista alguna de su padre que pudiera ayudarle a saber por dónde entrar con éxito a ese lujo de mujer.

Dorón salió de la librería por la misma puerta por la que había entrado, la que daba al portal. En su cabeza una idea le rondaba pero le resultaba difícil digerirla. Siempre había creído que fueron Lovecraft y su grupo de amigos quienes idearon *El Necronomicón* y que, por tanto, nunca fue un libro real. Incluso a pesar de lo dicho por su padre seguiría creyéndolo hasta no tener en la mano el ejemplar robado y comprobar por sí mismo que no era una invención. Pero si fuera cierto, tiraría por tierra muchas afirmaciones de reputados investigadores y dejaría el campo abierto a

la especulación de los ocultistas, que se podrían muy contentos con la noticia. Para alguien tan pragmático como él todo esto seguía pareciéndole una trabajada combinación de enredo y ficción. Le costaba entender que tanto su padre como su abuelo estuvieran convencidos de su verosimilitud, y que un coleccionista experto estuviera dispuesto a pagar una considerable suma por recuperarlo.

Sabiendo cómo fue el siglo xvii en España, una época de intensa religiosidad y con la Inquisición vigente, le resultaba difícil aceptar que alguien se hubiera atrevido a escribir e imprimir un libro de contenido oscuro y demoníaco, y mucho menos que fuera encuadernado en piel humana. Por bastante menos que eso muchas personas fueron torturadas y llevadas a la hoguera por el Santo Oficio. Incluso la medicina sufrió en sus carnes el peso de esa intolerancia por estimar el clero que eran cosas de magia y no de ciencia. Y es que, para él, uno de los mayores peligros a los que debía enfrentarse el mundo de forma permanente era el integrismo religioso, viniera de donde viniera, y su animadversión por el conocimiento probado cuando no le convenían a sus fines. Le bastaba ver hoy cómo, a pesar de los grandes avances obtenidos en lo que se ha determinado llamar la revolución científica, tan llena de descubrimientos, la gente seguía creyendo por dogma de fe sin querer hacerse preguntas al respecto.

No obstante, las creencias de hoy día llevan su buena dosis de *marketing*, capaces de adaptarlas de forma camaleónica a las necesidades de su tiempo como trajes a medida. Si se necesita un Cristo campesino y guerrillero, se diseña y se lanza al mercado; ¿que la teoría de la evolución deja por el camino una legión de huérfanos de creencias?, pues se inventa el creacionismo y tema resuelto. Y si lo que se necesita es un dios con el que inmolarse y llevarse por delante a cuantos trabajadores somnolientos viajen a las siete de la mañana en un tren de cercanías o en un metro, pues se interpretan las escrituras de aquella manera y a estallarse toca.

«Menos mal» pensó Dorón, «soy judío y dudar de todo es casi un acto obligado que no nos produce sentimiento de culpa. Newton, Darwin, Nietzsche, Marx, Freud o Einstein también eran judíos a los que la duda les llevó al estudio y la investigación y ahí están sus resultados».

Dudar sobre lo establecido por norma fue siempre el motor del desarrollo y estaba convencido de que lo seguiría siendo. De hecho, ¿por qué si no se definía a sí mismo como detective existencial?

Sumido en estos pensamientos respecto a un libro que hasta la fecha no había figurado en los registros de ninguna biblioteca pública o privada durante más de trescientos cincuenta años, Dorón llegó a su casa, un piso abuhardillado situado en pleno barrio de La Latina, una joya que encontró hace un año en un estado deplorable pero que *decidió* comprar en una negociación más bien fácil con su anterior dueño, un jubilado de Correos que hacía tiempo había decidido trasladarse a una residencia en la sierra y ser tratado a cuerpo de rey; no tenía hijos y la soledad de la viudez se le hacía demasiado pesada. La venta de la buhardilla a Dorón la decidió el anciano el

mismo día en que los demás inquilinos del edificio tomaron la determinación de instalar ascensor; aunque era propietario del ático, consideró excesiva la parte proporcional que le correspondía por la obra, de manera que se apresuró a deshacerse de la vivienda.

De no haber sido por el aval de sus padres, Dorón jamás habría podido siquiera soñar con aquellos pocos metros cuadrados de aspecto más que ruinoso. Recordaba los momentos de incertidumbre esperando la respuesta del banco a la solicitud de su préstamo. Si hubiera sido creyente y no se lo hubieran otorgado, habría pensado que el hecho de ser joven y sin casa era el castigo que el Todopoderoso le mandaba sufrir por quién sabe qué pecados cometidos en tan pocos años de vida. Pero como no era creyente, sabía que si no se lo hubieran concedido habría sido porque no era uno de los elegidos del Todopoderoso... Banco Hipotecario. Se lo dieron, claro, pero para que él pudiera tener acceso a una casa propia donde hacer su vida y elaborar sus reglas, otro, su padre, tuvo que aportar la suya como avalista.

Desde ese día, la llegada de un recibo todos los primeros de mes durante un tercio de su existencia le recordaría el sistema de esclavitud que sutilmente el mercado libre había conseguido imponer, no solo sin revueltas ni revoluciones, sino con la aceptación sumisa y agradecida de quienes eran elegidos como sujetos de crédito.

En más de una ocasión se había planteado cómo se puede aceptar sin rebelarse el hecho de despertarse cada día en plena oscuridad, arreglarse como se pueda intentando camuflar la desgana, tomar un metro, tren o autobús con miles de personas tan dormidas como uno mismo, sufrir los apretones, las interminables escaleras mecánicas, sumarle una media de diez horas de tedio y regresar por el mismo camino nuevamente sin luz para acabar refugiado en ese piso que se paga entero y se utiliza solo a medias.

Para contrarrestar la gran impotencia que le producían estos pensamientos, se quedó parado un instante y cerró los ojos dispuesto a disfrutar ese momento envuelto del calor de hogar que la inapreciable mano de su hermana Luar había logrado aportar durante los trabajos de reforma y decoración. Sin duda, esa mano femenina que tanto suelen necesitar casi todas las casas de solteros de exigua condición metrosexual.

El diáfano espacio estaba compuesto de tres áreas suavemente definidas gracias a la colocación de los muebles, un salón amplio que integraba incluso la cocina americana con su pequeño mostrador y un par de taburetes altos. Su habitación era pequeña pero tenía mucha luz, ya que incluía una terraza casi más grande que el propio cuarto en la que en verano tomaba el sol escaso de ropa y desde la que se podía ver la majestuosa cúpula de la basílica de San Francisco el Grande. Por último estaba el baño, completo pero nada claustrofóbico a pesar de sus dimensiones, pues contaba con la gran suerte de poseer una gran ventana.

Este último detalle fue el de mayor peso a la hora de que Luar apoyase su decisión de comprarla. Para ella era vital que un baño tuviera ventana y estuviera bien

ventilado, incluso solía relatar como ejemplo el estupor que le causó a un arquitecto mexicano el hecho de saber que en España muchos de los baños de los *pisos solo* disponían de un simple respiradero con rejilla. Así que cuando vio la amplia y luminosa ventana le otorgó mayor valor del que pudieran tener las otras tres dimensiones y apoyó con firmeza la compra a pesar de que a su madre le parecía un espacio reducido para el casi metro noventa de su hijo.

Dorón recordaba entre risas cómo Luar remató su argumentación con una sentencia que a su madre le pareció peregrina pero que a él le entusiasmó: «no todo el mundo se puede duchar viendo como fondo una basílica».

La mano de su hermana se notaba también en otras partes de la casa como el techo, con sus vigas inclinadas sobre las que había camuflado discretamente la iluminación para no colgar nada del mismo, los marcos de las puertas en rojo, los chaflanes en verde y ciertos toques aquí y allí de un suave rosa mexicano; se notaba esa parte que los Benatar poseían por parte de madre y que en su hermana destacaba más que en él quizá porque ella nunca rechazó cuanto viaje a México le ofrecía su tía Tamara Horowitz de Sálomon.

Los Sálomon vivían en la colonia Tecamachalco, en la Ciudad de México, una zona tradicional de postín con casas exuberantes y automóviles de moda, muchos de ellos repasados y blindados en pos de una mayor seguridad para sus dueños. Pero los Sálomon no fueron siempre así y su madre solía contar la historia de cómo su hermana Tamara se había hecho rica, una historia que a él le había fascinado desde la primera vez que se la escuchó a su madre porque le parecía singular y muy atípica, bastante alejada de la convencional que suele rodear a todo judío rico.

Su abuelo Jozéf, padre de Tamara y de su madre Anne, quedó huérfano siendo un niño y junto con su madre, Revka, y su hermana, Berta, emigraron de Pereyaslav a Varsovia buscando una vida mejor. Años después, y justo antes de que la Segunda Guerra Mundial estallara en Europa, el joven tomó la decisión de emigrar a América. A pesar de su juventud —no tenía más que dieciocho años—, en su cabeza se instaló un presentimiento y este le decía que el ambiente de antisemitismo que brotaba cada día con más fuerza no tendría un buen final, de manera que no se lo pensó mucho.

Su madre apoyó la decisión con resignación porque, según decía, «la Diáspora forma parte de nuestra condición judía cuando no se tiene una tierra de la que sentirse parte y con los mismos derechos que los demás, de manera que debemos ir de casa en casa, incluso molestando algunas veces».

Por el contrario, Berta se negó, no veía la situación de la misma forma y juzgó la actitud de su hermano menor como una irresponsabilidad. Ella estimaba absurdo el solo hecho de pensar en irse de Varsovia y consideraba que Jozéf estaba influido por el pensamiento de esos jóvenes judíos que tanto leían a Theodor Hertz y a otros «comunistas» con ideas sionistas que proponían emigrar a Palestina como *chalutz* de espíritu pionero y armarse. Incluso habló con su madre y le pidió que no hiciera caso de esas ideas estafalarias que no eran más que el producto de las malas amistades, y

le acusó de estar siendo aconsejado por sus amigos, un par de *maziks* sinvergüenzas sin oficio ni beneficio que se pasaban el día merodeando por la calle Nalewki. Por supuesto ella no pensaba dejar su trabajo ni su vida, estaba cómodamente casada y tenía dos hijos de 6 y 8 años, su marido era secretario personal de un diplomático inglés y ella, que hablaba cinco idiomas, tenía un buen puesto laboral en la Cancillería.

Jozéf y sus amigos escucharon muchas cosas; supieron de los planes de construcción de un *ghetto* con la excusa de conocer cuántos judíos había empadronados en Polonia, luego oyeron que la idea era buscarles una tierra donde fundar una nación —incluso se habló de Madagascar o de la Patagonia argentina—. Solo los ingenuos se lo creían. Mientras, los judíos acomodados pensaban que nada de todo aquello iría con ellos. Pero fueron otras voces las que le hicieron pensar en marcharse de allí, estas decían que seguramente se acabaría desencadenando una Segunda Guerra Mundial que traería mucho dolor para ellos, los judíos. La prueba estaba a la vista y no era otra que la cada vez más poderosa Alemania sembrando el antisemitismo en todos los lugares que se anexionaba. Austria ya era de ellos, pronto podría serlo Polonia.

Cuando Jozéf tuvo todo dispuesto, su madre y sus dos amigos hicieron las maletas y cruzaron el océano hasta llegar a México; fue la mejor decisión que pudieron tomar en toda su vida.

Por el contrario, su hermana Berta, que siempre consideró que Europa nunca permitiría a Alemania poner un solo pie en Polonia, vio cómo puso los dos y también montones de tanques y cañones. Luego clasificaron a los polacos en dos categorías, a un lado los católicos, al otro el resto, ya fueran judíos, desviados o resistentes a la invasión. De nada le sirvieron llegado el momento sus buenas amistades y sus mejores conexiones con lo más florido de la ciudad, la «Solución Final» ya estaba en marcha. Fue detenida junto a su marido y sus hijos, enviada al *ghetto*, separada después de los dos pequeños, a los que no volvió a ver nunca más, también de su marido, que fue llevado a Treblinka y tampoco volvió a saber de él. Ella fue enviada a Auschwitz y debido a que hablaba cinco idiomas la tuvieron trabajando en traducciones y pudo sobrevivir.

Cuando fue liberada no tenía nada, ni siquiera menstruación, pues fue esterilizada como muchas otras para que los judíos fueran borrados del mapa étnico. Residió en Nueva York hasta su muerte, hace unos pocos años, y llegó a pasar tanto terror que no quiso volver a llevar un apellido judío. Estaba convencida de que en cualquier momento volvería a vivir nuevamente aquel horror en cualquier otro lugar del mundo. Sola, con su brazo tatuado con el número de prisionera, la mente desquiciada y sin poder tener hijos, adoptó dos niños huérfanos de guerra y a ellos se dedicó por entero.

Todo esto lo supo su abuelo Jozéf cuando pudieron dar con ella a través de los centros de encuentro que habilitaron las comunidades judías de todo el mundo. Él,

por su parte, una vez instalado en el Distrito Federal y a pesar de no conocer la lengua, encontró trabajo de madrugada en el mercado de la Merced cobrando a un peso la hora cargando y descargando fruta, legumbres, verduras, patatas y lo que se pusiera a mano, que para eso no hacía falta el idioma. Dispuso de una pequeña vivienda en una vecindad de Tepito, un barrio pobre pero de gente muy unida que se ayudaba entre sí como si de una gran familia se tratase. Allí los chicos se llamaban entre ellos «carnales» y los mayores se decían «compadres y comadres», las mujeres mayores se denominaban «madrinas» y las más ancianas «abuelitas». Nadie cerraba la puerta de su casa, quizá porque nadie tenía nada que valiera la pena robar. Este barrio fue cuna de famosos boxeadores, actores y cantantes.

El deseo de prosperar caló con fuerza en los tres chicos polacos. Jozéf volvía del trabajo, se duchaba, desayunaba, se vestía de limpio y se marchaba a estudiar. Logró ingresar en la Universidad Autónoma de México donde terminó la carrera de Ingeniero Civil gracias a su facilidad para las matemáticas. Sus amigos tampoco se quedaron atrás; uno se convirtió en consagrado violinista y el otro primero fue boxeador y luego un afamado actor de carácter gracias a su buen cuerpo formado, su altura y su tono de voz.

Cuando Jozéf se convirtió en Ingeniero Civil empezó a trabajar en el sur de México en la construcción de carreteras y presas, luego fue trasladado al norte del país, al Estado de Sonora, y en ese ir y venir conoció a Daniella, hija de judíos italianos afincados en México por varias generaciones atrás, con quien se casó.

De ese matrimonio vino al mundo su tía Tamara un 30 de noviembre de 1947; un día antes, Jozéf escuchaba por radio la votación en Naciones Unidas para la constitución del Estado de Israel. Treinta y tres países votaron a favor por trece en contra. Aunque la noticia le llenó de satisfacción en ningún momento pensó abandonar el país que le había acogido y que le había dado de nuevo la vida, se sentía mexicano, lo amaba profundamente y quería devolverle todo lo que estaba recibiendo. Su madre, Anne nació cuatro años después.

Las dos niñas crecieron ya sin tantas limitaciones como había tenido su abuelo. La infancia transcurrió feliz hasta que a los veinte años Tamara se casó con Abraham Shlomo, un honesto chico de gran sensibilidad que como muchos otros arrastraba una triste historia a sus espaldas: toda su familia había muerto en el Holocausto, la *Shod*, era hijo de un médico ginecólogo austriaco que había traído al mundo a cientos de personas, algunas de las cuales le señalaron con el dedo hasta acabar en un campo de concentración. Abby, como así se le llamaba, había escapado con su tío y su tía primero a Marruecos y luego a México, donde se habían asentado. Era un hombre culto, hablaba cuatro idiomas, tocaba el piano a las mil maravillas y era profesor de Historia del Arte en un colegio. Tuvieron dos hijas seguidas, Miriam y Orit, y cinco años después nació David. Se instalaron en la colonia Roma, allí vivían muchos judíos que habían emigrado y contaban ya con su propio centro de reunión, la sinagoga Rodfe-Sedek, en la calle Córdoba. Era una zona de clase media «muy

media», de la que salían aquellos que conseguían prosperar lo suficiente como para cambiarse a la colonia del Valle, luego a la de Polanco y por último a Las Lomas, donde los pisos se convertían en chalets de grandes dimensiones, todo en ese orden.

Según cuenta su madre, la vida de Tamara transcurría con sencillez y algunas estrecheces porque el sueldo de Abby no daba para muchos lujos y sí para algunas carencias —que su tía cubría con imaginación y esfuerzo para sacar adelante el día a día y alcanzar a llegar a fin de mes—. Fue esta situación la que le llevó a la bebida y luego al juego; se convirtió en una alcohólica silenciosa que con habilidad escondía su defecto para que nadie se diera cuenta de ello. Bajaba todos los días a la compra y acababa metida dentro de las pulquerías, que no eran otra cosa que pequeños bares de mercado en los que podían entrar mujeres porque también se dispensaban alimentos como antojitos mexicanos o botanitas, lo que aquí son las tapas. Para ella, su afición era el pulque, una bebida compuesta por el agua miel del maguey que él mismo probó en su primer viaje a México, una leche densa y blanquecina que se obtiene al raspar el corazón de la planta, dulce pero con un alto grado de alcohol que, si se somete a variadas destilaciones, pierde su aspecto y se convierte en tequila. Es una bebida barata muy demandada entre los pobres, aunque antes de la Conquista, en los tiempos prehispánicos, fue propia de emperadores y sacerdotes como expuso Fray Toribio de Benavente en uno de sus escritos: «Cocido este licor en tinaja como se cuece el vino y echándole unas raíces que los indios llaman cepatli o medicina, hácese un vino tan fuerte que a los que beben en cantidad embeoda». Hasta el siglo XIX fue la bebida popular de los mexicanos, después decayó ante otras como la cerveza o el tequila, esta última convertida en la bebida nacional.

Tamara entraba en esas pulquerías de gente pobre y desayunaba sin anestesia una jícara o tazón de pulque curado, que consiste en añadirle al blanquecino líquido un poco de fruta en fermentación, adquiriendo sabor y color de mango, melocotón, melón o jamaica. A esa jícara le seguía otra y otras más y, cuando ya estaba bien beoda, se iba a una timba que organizaban los teporochos o borrachitos de medio pelo. Allí jugaban a una especie de bingo a la mexicana con cartones llenos de figuras que representaban muchos de los valores tradicionales del país con una estética colorista que haría las delicias de Frida Kalho. Pero si atractivos resultaban los cartones, más aún llegaban a ser la forma de cantar las figuras del que dirigía la partida: «Al nopal lo van a ver cuándo le salen las frutas... La tuna». «Si sales sin él, mojado vas a acabar... El Paraguas». «La flaca calaca y alta es... La Muerte». «No te fíes de su ropa que no es oro todo lo que reluce... El Catrín». «José Alfredo le cantó cuando se fueron al Norte... El Caballo». «Córrale, córrale que le cae el chamuquito... El Diablo», y así hasta que alguien gritaba «lotería» y ganaba.

Ella sabía que no estaba bien lo que hacía, caía en grandes depresiones y muchas veces había deseado tener a alguien con quien hablar y a quien pedirle ayuda, pero a su madre Daniella no quería atormentarla con sus desgracias y a Anne no podía porque había tenido la fortuna de casarse con un chico judío español metido en el



negocio de los libros y se había ido a vivir a España. Así que mantenía el tipo como podía, unas veces ganando —las menos—, y otras perdiendo. Cuando esto sucedía acababa pidiendo dinero prestado o comprando de fiado y regresando a casa para improvisar una comida con tres patatas y unas latas de atún con las que salir del atolladero.

Fueron muchas las ocasiones en las que, en vísperas de *Shabat*, volvía a casa fingiendo haber sido víctima de un robo después de haberse gastado el dinero bebiendo y jugando. Lloraba y entraba en casa angustiada explicando que un rufián con un cuchillo del tamaño de un machete de campo la había amenazado y exigido que le entregara todo lo que llevaba. Para evitar tristeza en una festividad tan familiar se aparcaba el asunto y el problema se convertía en una anécdota con susto incluido.

Así transcurrieron unos años, hasta que una mañana de viernes que estuvo en racha en una de esas timbas, ganó y compró toda la serie de billetes de un número de la lotería nacional, repartió unos pocos entre sus amigos de «faena» más cercanos y volvió a casa. Como andaba un poco subida de pulque dijo que tenía una ligera fiebre y, después de cumplimentar la cena en familia, se fue a la cama. A la mañana siguiente se despertó y como era sábado no escuchó la radio, no hizo fuego ni cocinó, ni siquiera bajó a mirar la televisión en el Sanborns de Reforma donde se sentaba con frecuencia a meditar sus desgracias, sino que se quedó en casa recogida.

No fue hasta el lunes cuando, al ir a comprar al mercado, supo que había ganado el premio gordo. Sus amigos de correría la esperaban en la pulquería para agradecerse y comentarle que ya llevaban cobrada su buena tajadita por los décimos que repartió como regalo. Tamara a punto estuvo de sufrir un infarto. Había ganado una considerable fortuna, un buen montón de millones.

Pero a esa alegría le sobrevino un gran problema: tenía que decir la verdad a los suyos sobre su vicio al juego y a la bebida, sobre el hecho de que nunca le robaron y que no sabía cómo salir de aquello. Pasó una semana con la serie premiada en el bolso y sin el valor suficiente para decirles nada. Una tarde se dirigió a hablar con el rabino y le expuso el problema. Este llamó de inmediato a Abby dándole tanto la buena noticia como la mala, señalándole que el Señor a veces busca extraños caminos para ayudar a sus hijos.

Sobra decir que jamás le dejaron tocar el dinero una vez cobrado y que con ayuda médica pasó un tiempo largo en proceso de rehabilitación tanto del juego como de la bebida. La familia se inició en el negocio del textil y acabaron siendo los reyes de las medias de nylon y posteriormente de otras muchas cosas más. También, y como era de esperar, se cambiaron de casa y de colonia, y fueron de los primeros en inaugurar lo que más tarde sería la exclusivísima zona de Tecamachalco.

Para él, su tía Tamara era una clara muestra de la falsedad de los tópicos. Era judía y rica, pero no por herencia, matrimonio o siquiera porque hubiera sido lista y trabajadora con olfato para el comercio como se suele comentar. Simple y sencillamente le había tocado la lotería.

La melodía de su móvil le sacó de sus pensamientos; era Rachel quien llamaba.

—¿Sabes ya quién robó el libro? —preguntó ella sin preámbulos.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Vienes a verme y al rato me dice tu padre que crees saber quién lo robó. ¿Tan bueno eres? —El enfado era patente, posiblemente su padre le había dicho algo, pero no sabía cuánto.

—Es solo una especulación sin contrastar, ¿quieres oírla?

—Estoy esperando —dijo ella.

—Aunque te pueda sonar a película podría asegurar que fue tu doncella la que robó el libro.

Hubo un silencio al otro lado, un silencio que lo decía todo. No podía ver la cara de Rachel pero se la podía imaginar, descompuesta y aturdida.

—¿Estás seguro de ello? —La pregunta de Rachel parecía llevar implícita la aceptación de la hipótesis expuesta por Dorón.

—Todas las pistas van en esa dirección. Quizá os haya oído hablar del libro en alguna ocasión y ha pensado que era un buen momento para robarlo y pedir rescate. Ni la cantidad, ni el método corresponden a un profesional. —La ausencia de preguntas al respecto por parte de Rachel le sugería que ella también lo había pensado en algún momento aunque no deseara aceptarlo como una realidad.

—¿Cuál es el siguiente paso? ¿Ir a la Policía? —Esto último lo preguntó sin mucha convicción.

—Eso o pedirle por las buenas que lo devuelva. Aunque seguramente no lo tenga en casa y cuente con un cómplice. Si lo deseas me paso por allí y lo hago yo, estoy seguro de que no aguantará seis preguntas seguidas —se ofreció Dorón.

—Prefiero ser yo quien le pregunte —dijo Rachel ya con un tono de resignación. Tenía prisa por colgar y ambos se despidieron.

Sabía que su información le había afectado y descolocado a la vez, pero él no podía hacer más que esperar la posible confirmación de su hipótesis presintiendo que sería cierta. Una vez más se dispuso a elaborar su agenda de la semana con el objeto de perfilar el caso de su cliente Carlos Acuña. Antes puso un CD de Charlie Parker en su equipo estéreo y preparó con primor una tapita de bonito en escabeche con pimiento rojo y cebolla con el que acompañar una botella de vino blanco fresco que encontró a muy buen precio días atrás en su bodega del barrio, un verdejo de Rueda, un José Parientes de 2004 poco conocido pero muy alegre. Lo abrió con delicadeza, cogió una copa del estante y se sirvió. La miró con detenimiento y se la llevó a la nariz, era fragante, limpio. La agitó en círculos y la puso a contraluz para observar cómo escurría la lágrima por el cristal, se la llevó a la boca, cerró los ojos y paladeó. A sus pies, Nech, que no había dado señales de su presencia, le observaba fijamente.

—Un vino que se considere distinto no tiene por qué ser caro necesariamente —le dijo al gato que le seguía por la casa metiéndose entre sus piernas—, solo debe ser

desafiante a nuestros sentidos.

Se recreó en el ágape y una vez saciado ligeramente el estómago se sentó frente al ordenador, donde estableció su programa de trabajo. A primera hora de la mañana recibiría la llamada del cliente indicándole cuándo saldría su novia de casa para que pudiera seguirla, como era su objetivo.

Llevaba un rato trabajando cuando sonó su móvil. En la pantalla aparecía de nuevo el nombre de Rachel. Descolgó rápidamente.

—Dime Rachel, ¿fue todo bien? —Su cara comenzó a transformarse en una expresión de preocupación al escuchar lo que ella le decía al otro lado de la línea—. Dile que nos espere, que no toque nada y que no llame a nadie, paso a recogerte en unos minutos. —Dorón colgó y salió a toda prisa.

Rachel le esperaba en la calle. Él paró el coche y ella subió, le dio la dirección a la que debían ir y, siguiendo las indicaciones de su GPS, se dirigieron al lugar.

—¿Qué ha ocurrido?

—Llevabas razón, fue ella —acertó a decir la chica—. Pensaba irse a su tierra y comprarse una gran casa con lo que sacaran del rescate. Entre ella y su novio lo planearon todo.

—¿Por qué ese libro? En tu casa vi otros de mayor valor.

—En alguna ocasión escuchó hablar a mi padre de la importancia que tenía para la familia y pensó que era su oportunidad.

—Y en la casa a la que vamos, ¿qué es lo que ha pasado?

—Es la de su novio. La amenacé con ir a la policía y fue a recoger el libro de inmediato. Lo ha encontrado inmóvil; cree que está muerto.

Dorón seguía fielmente las indicaciones del GPS y, aunque la dirección se encontraba en uno de los barrios periféricos de la ciudad, como era domingo no tardaron mucho en llegar. Estacionó el coche y buscaron el portal, llamaron al piso y alguien abrió. Subieron apresuradamente. Antes de que Rachel tocara el timbre Dorón le retuvo la mano, miró hacia los lados y sacó un pañuelo de papel de su mochila con el que cubrirse los nudillos, luego llamó a la puerta ligeramente y esta no tardó en abrirse dejando ver al otro lado la figura de Doris con los ojos enrojecidos por las lágrimas. Dorón se llevó un dedo a la boca indicándole que mantuviera silencio. Entraron y en cuanto este cerró la puerta, la doncella se abrazó a Rachel envuelta en llanto.

—Tranquilízate —dijo ella—, ¿dónde está?

Con la mirada fija en el suelo le señaló el baño.

—Me dijo que con ese dinero regresaríamos a mi tierra y nos casaríamos, que yo sería entonces la que tendría sirvientas.

Dorón empujó la puerta del baño y pudo ver un hombre inmóvil, de rodillas, con la cabeza metida en el *water* y las manos colgando. Tomó un buen pedazo de papel higiénico y, con cuidado, levantó la cabeza del individuo, le observó y luego la dejó caer suavemente para colocarla en la misma posición en la que estaba. Recorrió la

casa analizándola al detalle y regresó a la sala donde las dos mujeres esperaban de pie.

—¿Has tocado algo? —le preguntó a Rachel. Ella negó con la cabeza—. Se ha ahogado en su propio vómito. —Luego se agachó ante la mesa del salón y observó pequeños surcos de polvo blanco diseminados—. Aquí está la causa, cocaína, debió de ponerse hasta las cejas.

—Pero él no era drogadicto —exclamó Doris con expresión estupefacta.

—¿Fumas? —le preguntó Dorón haciendo caso omiso a su comentario.

—No.

—Pues aquí ha estado otra mujer antes que tú —señaló un cenicero sobre el que había algunas colillas manchadas de carmín rojo. También había un par de vasos junto a la botella vacía de ron Cacique que había sobre la mesa, uno de ellos con la misma pintura de labios en el borde.

Descompuesta, Doris volvió a caer en llanto mientras él agachaba nuevamente la cabeza y situaba la vista a ras de la superficie de la mesa; en ella aparecía el surco rectangular dejado por el polvo en torno a un espacio donde antes podía haber estado el libro.

—Apuesto a que aquí estaba el ejemplar —dijo Dorón incorporándose del suelo.

Rachel, que se había mantenido callada y expectante siguiendo sus movimientos, rompió su silencio.

—¿Quieres decir que ya no está?

—Me temo que así es —apuntó él.

—¿Sabes dónde lo guardaba? —preguntó Rachel a la doncella con gesto contrariado.

—Yo también lo he buscado, pero no lo he encontrado —dijo ella entre lágrimas.

—¿Sabes quién lo puede tener? —inquirió Dorón a Doris.

—Solo lo sabíamos los dos. —La muchacha cayó de nuevo en un llanto profundo al ver que la cosa se complicaba cada vez más.

—Pues ahora lo sabe más gente —se dirigió a Rachel de forma casi imperativa—. Nosotros nos vamos, aquí ya no hacemos nada.

—No me dejen sola —rogó Doris con el llanto más desbordado aún si cabe.

—Tú vas a llamar a Emergencias —le indicó Dorón con un tono de voz que no admitía excusas.

—¡No! —gritó Doris asustada.

El sonido de una puerta al abrirse y cerrarse proveniente del descansillo de la escalera enmudeció a los tres, que cruzaron sus miradas cargadas de cierto temor. Nada habían hecho, pero estar allí ante un cadáver ya les involucraba. Dorón se llevó un dedo a los labios pidiendo silencio, luego se acercó a la puerta y oteó por la mirilla; un vecino esperaba pacientemente el ascensor hasta que llegó, se introdujo en él y de nuevo volvió el silencio.

—Escucha con atención —Dorón se paró frente a la doncella y le clavó una dura

mirada en actitud de ordeno y mando; no era momento para contemplaciones—, vas a decir que viniste a buscarle para ir al cine y que lo encontraste así. No tienes nada que temer, ha muerto por la coca y no van a investigar más allá. No menciones nada del libro, si lo haces entonces sí tendrás problemas y puedes acabar en la cárcel. —La sola mención de esa palabra había paralizado el llanto de Doris que, de forma sumisa, asintió con la cabeza.

Dorón metió su mano en la mochila y sacó otro pañuelo de papel que puso sobre la cerradura para no dejar huellas, luego tomó a Rachel del brazo, volvió a colocar su ojo en la mirilla para cerciorarse de que no había nadie fuera y abrió cuidadosamente la puerta; ambos salieron dejando a la doncella dentro.

—¿No será mejor que me quede con ella? —Había preocupación en el semblante de la chica.

—¿Y exponerte a una sucesión de preguntas malintencionadas de la policía esperando pillarte en una contradicción? No te lo recomiendo —dijo Dorón pulsando el botón que llamaba al ascensor y cerciorándose de limpiar todo lo que involuntariamente tocaran.

—Pero ¿y el libro?

—Aquí no está y este caso comienza a complicarse más de lo previsto. Esperemos que quien lo tenga contacte y entonces veremos qué es lo que quiere. —Dorón tiró de Rachel, esta todavía no muy convencida de estar haciendo lo correcto, y entraron en el pequeño habitáculo que les bajó hasta el rellano del portal.

Salieron a la calle y se alejaron con paso firme pero tranquilo, intentando no llamar la atención. Dorón sabía que dentro de unos minutos aquel lugar sería un hervidero de sirenas y policías preguntando. Caminaban sin volver la vista atrás y no pudieron apreciar que eran observados por un hombre que en ese momento salía del portal hablando por su móvil.

—Comendador, ellos no lo tienen, alguien se ha adelantado —hizo una pausa de silencio—. Muy bien, voy para allá.

El desconocido cerró su móvil y tomó el sentido contrario al de la pareja. Se subió en un coche y se alejó de allí.

Después de un largo recorrido desde la periferia hasta la zona noble de los Jerónimos, el vehículo del desconocido se paró frente a un edificio de corte clásico con viviendas de gran lujo, coronado en su alero por una hilera de gárgolas que resaltaban su esplendor y las puertas del portal de barrotes de recio metal. Dentro, una pulcra alfombra llevaba hasta el ascensor. Desde una pequeña garita en la que destacaba la presencia de un panel de mandos y dos monitores de pantalla plana, un vigilante de seguridad guardaba la entrada del edificio y supervisaba todos los movimientos que se producían en su interior a través de un buen número de cámaras instaladas en pasillos y escaleras. Cuando el hombre entró, el vigilante le saludó cortésmente, pero este se limitó a mover la mano con gesto de desgana en un intento por corresponder. Tomó el ascensor de servicio hasta el último piso y llamó a la única

puerta que había, ya que toda la planta era una sola vivienda. Un mayordomo pulcramente vestido le abrió y acompañó hasta una pequeña salita en la que le hizo esperar mientras desaparecía por el interior de la casa. No tardó mucho en regresar para hacerse acompañar por el visitante hasta encontrarse en un amplio salón ante la presencia de dos señores elegantemente vestidos que disfrutaban de unas copas de coñac reclinados en cómodos sofás de piel. Uno de ellos acompañaba el licor fumando un habano cuyo penetrante olor impregnaba el ambiente.

—Señor —acertó a decir el recién llegado.

—Pasa y cuéntanos, estamos impacientes por tus noticias —dijo el que aspiraba el habano.

—Les seguí, como usted me indicó. Fueron hasta una zona en la parte sur de la ciudad, entraron en un portal y con cuidado fui tras ellos por las escaleras, luego les vi introducirse en uno de los pisos y esperé donde no pudieran verme. Salieron al cabo de un largo rato, en el pasillo mencionaron que el libro no estaba, que había desaparecido y que tendrían que esperar a que quien lo tuviera se pusiera en contacto con ellos.

—¿Estás seguro de que no lo tenían? —preguntó con un marcado acento francés el otro caballero que había en la sala.

—Eso fue lo que yo escuché.

—Está bien, Luca puedes retirarte, y no los pierdas de vista —ordenó mientras daba una pausada calada a su habano.

El hombre regresó sobre sus pasos y desapareció del salón cerrando la puerta tras de sí y dejando de nuevo solos a los dos caballeros.

—Entonces es cierto que el libro ha conseguido escapar de su carcelero —indicó el no fumador.

—Ha sido una larga espera, pero la revelación se cumple.

—«Será al comienzo del tercer milenio» decía la profecía y tú, como Comendador de la Sociedad, estás obligado a conseguirlo. —Dejó la copa sobre la mesa.

—Ahora que sabemos que el libro está ahí fuera —señaló una de las ventanas del salón—, no se nos escapará. —Volvió a dar otra bocanada a su Cohiba Behike y dejó escapar el humo lentamente.

—Su dueño también lo está buscando —dijo con suave acento francés el otro hombre presente en aquel salón—. Pero Luca será más diestro y se hará con él sin importar los medios ni las formas; es un buen detective —dijo jugando sutilmente con el habano entre sus dedos.

—Entonces dispondremos de la Clave Gematría y finalmente nuestra larga espera se verá recompensada —apuntó su acompañante, cogiendo la copa que había dejado sobre la mesa y dirigiéndose al pequeño mueble bar en el que reposaba una cubitera con hielos junto a una botella de cristal finamente tallada, retiró el tapón también de cristal y el aroma del coñac alcanzó su nariz; se sirvió una pequeña cantidad. Luego

se dirigió a unas de las paredes del salón donde colgaba un cuadro tenuemente iluminado—. *Vista del Mar en Scheveningen*, me encanta Van Gogh, ¿me lo venderás algún día?

—No deseo venderlo, además sabes que tampoco podría —respondió el Comendador desde el sofá—, el cuadro sigue robado o desaparecido a efectos del resto del mundo, y en especial de su dueño y del seguro.

—Sería una compra silenciosa entre caballeros, como la que hiciste tú con los ladrones.

—No insistas Pierre, disfrútalo siempre que vengas a verme.

—Respecto al libro, debemos informar al resto de los miembros sobre su existencia. —Agitó levemente la copa para aspirar el aroma antes de llevársela a la boca y darle un pequeño sorbo—. Aunque primero debemos cerciorarnos de que es la edición toledana de 1647.

—Según nuestro informador, lo es; el anticuario ha especificado el año a los de su gremio —señaló el Comendador desde su sillón.

—Entonces, ¿es posible que alguien más pueda saber el secreto que guarda esa edición?

—A los ojos de los profanos no creo que pase de ser un valioso ejemplar del *Necronomicón*, solo eso. —La certeza y convicción de la respuesta dada por el Comendador no dejó lugar a dudas.

—Pues no perdamos el tiempo. —Dejó la copa sobre la mesa y se dispuso a marcharse.

—Prepara tú la reunión, como Primer Maestro de la Orden te corresponde hacerlo. —El Comendador se incorporó para despedirse—. Procura que solo asistan los miembros del Comité, sabes que no todos comulgan con nuestra teoría.

—Cuando el ejemplar les muestre su secreto cambiarán —dijo con una sonrisa quien ya se iba.

—Por cierto, respecto a lo de África, he hablado con el Ministro y le parece bien, así sacaremos a buen precio el *stock* de vacunas —dijo el Comendador a su invitado.

—¿Sabe que están a punto de caducar?

—¿Debería saberlo? —señaló el Comendador que tocó un pequeño timbre situado sobre su mesa e inmediatamente apareció silencioso ante ellos la figura de su mayordomo.

—Por favor, avisa al chófer para que lleve a nuestro distinguido Pierre a su casa.

Ambos caballeros se estrecharon las manos.

Mayordomo y visita abandonaron el salón, él se dirigió hacia uno de sus amplios ventanales, recorrió ligeramente el visillo con la mano y ante sí se mostró en todo su esplendor el frondoso Parque del Retiro.

«El progreso del mundo no puede estar en manos de fanáticos incontrolados dispuestos a llevarlo a su fin», se dijo, «la Clave Gematría nos ayudará a poner las cosas en su sitio y ninguna nación volverá a aprovecharse de las debilidades de la

democracia para llevar al poder a esos mediocres populistas altaneros más proclives al circo que a la verdadera política de estado».

Dorón había regresado a casa después de dejar a Rachel en la suya y aleccionarle sobre lo que debería decir cuando llamara la policía para informar sobre el suceso y preguntar acerca de Doris. El caso se estaba comenzando a complicar seriamente y sentía llegado el momento de iniciar una investigación más en profundidad sobre el novio ya cadáver de la doncella y los movimientos que hizo mientras tuvo el libro en su poder. Esperaría a que Doris estuviera libre de toda sospecha y hablaría con ella respecto a las amistades que tenía el difunto y los lugares que frecuentaba, era necesario llegar hasta la última persona que estuvo en esa casa, posiblemente la misma que dejó su firma de carmín en el vaso y los cigarrillos.

Era tarde y no estimó adecuado informar a su padre, probablemente ya estuviera dormido y no consideró prudente sobresaltarle y estropearle el sueño. Fue a su habitación y se dejó caer sobre la cama.



## Sandra

La mañana del lunes resultó fresca y llena de luz como correspondía a una primavera recién estrenada, la presencia del sol presagia siempre buena disposición, por lo que ese día la gente sería un poco más amable que de costumbre o, si acaso, menos borde de lo habitual.

A los madrileños les encanta el sol, no pueden negarlo, aún en los días fríos si tienen luz se convierten en seres radiantes, aparecen las corbatas de colores llamativos y brotan los chaquetones rojo fuerte, verde prado. Este año se llevaban con el cuello levantado al más puro estilo Audrey Hepburn.

Para Dorón el frío fuera, con sol o sin él, era siempre un problema irresoluble que comenzaba con el calvario de la ducha y acababa con la media hora necesaria para vestirse por capas como una alcachofa. Le agradaba la luz que envolvía la ciudad, qué duda cabe, pero era de Madrid y estaba acostumbrado a la estampa traicionera de un sol radiante tras los cristales de su ventana y un frío serrano que deja la cara tan estirada y encajada que uno acaba pareciendo un muñeco de porcelana.

Esperaba noticias respecto al libro y, aunque le movía la curiosidad, prefirió esperar a que fuera Rachel quien llamara. Por el contrario, con quien sí habló fue con su cliente y, de acuerdo con su información, inició el seguimiento a la novia de este.

Eran ya las once y se encontraba dentro de su pequeño Smart, estacionado en la calle Olite, desde el que observaba atentamente el portal de un edificio hasta el que ella le había conducido; se encontraba allí dentro, en algún piso, el asunto ahora era saber en cuál y, por añadidura, qué estaba haciendo, en qué consistía el misterio de sus desapariciones mañaneras y qué ocultaba tras ellas.

En su móvil recibió un mensaje de Rachel informándole de que Doris ya estaba en la casa y que no se había hecho referencia alguna al libro. Llamó, pues quería conocer los detalles.

—Hola Rachel, ¿qué tal os fue con la policía?

—Todo fue como tú dijiste, le hicieron firmar su declaración y fuimos a recogerla a la comisaría.

—¿Mencionó el libro? —quiso asegurarse.

—No. Mi padre está muy afectado por el suceso, ha hablado con ella y le ha pedido que se marche. Yo le he vuelto a preguntar si sabe quién puede tenerlo, pero dice que no y creo que es la verdad. Alguien que acaba de perder a su novio, su trabajo y una casa en la que vivir no creo que pueda ser capaz de tener la mente clara para mantener una mentira.

—Entonces tendremos que esperar porque, sinceramente, no tengo ni idea de por dónde tirar.

Acordaron estar en contacto en cuanto alguno supiera algo y se despidieron. Inmediatamente después, llamó a su padre y le comentó los sucesos de la noche anterior, acordaron verse más tarde.

Dorón busco en su móvil el archivo de imágenes guardadas y se bajó la foto de la chica que le había dado Carlos, la observó con detenimiento e intentó crearse un perfil. Ser novia de un tipo como aquel no la dejaba en buena posición de inicio, pero había aprendido a dejar los prejuicios de lado una vez que iniciaba su investigación; la experiencia le había demostrado que no todo es lo que parece por obvio que resulte. Lo había aprendido después de resolver un buen número de casos tan dispares como raptos de mascotas con petición de rescate, falsificaciones de bajas laborales, seguimiento a chicos de carácter desordenado cuyos padres habían sido incapaces de ordenar, amores y desamores con cuernos y sin ellos. Simples casos menores a sus ojos y ni uno que realmente valiera la pena destacar.

No es que ser detective existencial fuera su máxima aspiración en la vida, pero ya puesto en ello habría preferido recibir una llamada telefónica de alguna compañía de seguros para encargarle un trabajo importante, de esos que sientan precedente, quizá el robo de un cuadro valioso, el extravío de alguna joya importante de la famosilla de turno o la desaparición del megacoche de alguna estrella del fútbol; algo con relumbrón, de lo que se hablara mucho y bien y le permitiera subir su caché. Nada de eso le había caído hasta la fecha y allí estaba, dispuesto a recopilar información con la que saciar la curiosidad de un novio desconfiado.

El trajín mañanero de la calle en pleno corazón del barrio de Cuatro Caminos le devolvió nuevamente a la realidad; le llamó la atención la postal que tenía ante sus ojos, esa nueva imagen que la ciudad estaba dibujando y que, sin duda, se alejaba bastante del cuadro clásico y convencional de chulapos y chulapas paseando su castizo traje de feria en las fiestas de la Paloma o de San Isidro.

Ahora, los lugares así estaban plagados de nuevos inquilinos llegados al calor de la bonanza de un país moderno y desarrollado en el que escaseaba la mano de obra para trabajos de segunda y tercera, llamados así por ser muy sacrificados y estar mal pagados; gente que escapaba como podía del hambre y la miseria de su tierra de origen y que se iba juntando en barrios según fuese la nacionalidad, color o incluso religión que tuvieran. Allí iban conformando tribus urbanas que se desarrollaban a tal velocidad que pronto acababan imponiendo su impronta.

En esa zona en particular, entre Cuatro Caminos y Tetuán, entre sus calles pequeñas y estrechas que bien podrían parecer una *kasbah*, se concentraba ahora una amalgama de nacionalidades que hacía aflorar el miedo entre los madrileños de toda la vida. Para estos últimos, la memoria es flaca y pronto se olvida que una parte importante de españoles también invadió en su día ciudades de Alemania, Francia o Suiza en busca de un dinero que enviar a casa, viéndose obligados a dividir su corazón y su cerebro en dos, dejando la parte que late aquí y llevándose la otra para

allá.

Ecuatorianos, dominicanos, chinos, polacos, ucranianos o magrebíes eran los que paseaban ahora por estas calles, visitaban las iglesias y mezquitas, se juntaban en los bares a escuchar y bailar su música, compraban en sus tiendas pequeñas porciones de frutos de su patria con las que satisfacer la añoranza en torno a la mesa, y llenaban los locutorios para escuchar en minutos el repaso de las vidas separadas por miles de kilómetros.

Dorón estaba tan absorto en el paisaje diverso que se ofrecía ante sus ojos que no recaló en el desentone de la música que llevaba puesta en el coche, un disco de B. B. King, *Live at The Regal*, una música que sonaba extraña en ese lugar y en ese momento y que despertó la desconfianza de un par de marroquíes que pasaron junto al vehículo y cuyas miradas se encontraron con la de Dorón. Para ellos, un hombre dentro de un coche aparcado a esas horas de la mañana no podía ser otra cosa que un poli y, mientras para otras nacionalidades la policía aquí es un recurso salvador comparada con las de sus países de origen, para los magrebíes no dejaba de provocar desconfianza aquí, allí o donde se encontraran, por eso se alejaron con paso ligero hasta llegar a la esquina, doblar la calle y desaparecer.

Por el contrario, tres mujeres con claros rasgos de pertenecer a algún país hispanoamericano y cargando en sus manos amplias y pesadas bolsas de la compra no mostraron señal alguna de desconfianza sino más bien acompañaron su pícara mirada con coquetas risas entre ellas.

—Será el sabor —dijo Dorón, arrastrando la «r» final de la palabra con la que ellos definen su gusto por la vida y que no pierden ni en los momentos más calamitosos de su existencia.

Esa nueva imagen de la ciudad le recordó por un momento su época de estudiante en Londres y cómo un día se aventuró solo hasta el barrio de Notting Hill con el propósito de gozar la fiesta de Carnaval que todos los finales de agosto se llevaba a cabo bajo la estricta supervisión de decenas de *bobbies* vigilantes que también movían su cuerpo sabroso al paso de las comparsas de música. En aquel tiempo, ese lugar no era más que un *ghetto* de jamaicanos y demás ciudadanos de las antiguas colonias inglesas del Caribe, pero ahora se había convertido en una zona de modernos, algo parecido, salvando sus distancias, con lo ocurrido aquí con el barrio de Chueca. «Claro que para esto de la integración», pensó, «los anglosajones se pintan solos». España también fue imperio colonial, pero solo para el disfrute de los españoles en Hispanoamérica, y no para aceptar el camino inverso como se estaba viendo ahora.

La espera continuó hasta que vio salir del portal a Sandra, la pieza que estaba siguiendo. Ella, ajena a quien la observaba, se ajustó el vestido y la blusa, denotando que acababa de vestirse, e introdujo un dinero en su bolso, sacó el móvil e hizo una

llamada mientras tomaba la calle en un caminar tranquilo. Dorón agarró su mochila y se bajó del coche con rapidez, se aproximó disimuladamente a ella también con el móvil en la mano y fingiendo una conversación.

—Sí, acabo de terminar —dijo la chica por su móvil—, me ha llamado Carlos para decirme que tiene un viaje y que hoy no nos veremos, ¿quieres que vayamos al cine? —Dorón escuchaba colocado a escasos pasos de ella, simulando con su teléfono pegado a la oreja y la vista perdida en una actitud tantas veces ensayada en otros seguimientos—. Sí, chica, así me relajo que eso de pasarte desnuda toda la mañana me aburre un sinfín. —Hizo un silencio para luego seguir—: Venga, vale, nos vemos en casa. —Cerró el móvil, lo guardó en el bolso y apretó el paso.

Dorón relajó su caminar y la vio alejarse. Regresó sobre sus pasos y se dirigió al portal yendo directo a los buzones; su intención era leer los rótulos de todos ellos buscando encontrar una pista donde poder situar a la chica, pero fue interrumpido por el portero que, desde su pequeño cubículo bajo la escalera, le observaba sin perder detalle.

—¿Busca usted a alguien? —preguntó al recién llegado.

Este se giró haciendo gala de una cordial sonrisa que, con el tiempo, había aprendido a pulir hasta llegar a creérsela el mismo y de la cuál sabía sacar provecho.

—Pues verá, me he citado aquí con una amiga, se llama Sandra. —Situó su mano con la palma hacia abajo señalando una distancia poco más alta de un metro sesenta—. Como de esta altura y cabello castaño-rubio.

—Claro, la señorita Sandra, se encuentra en el ático B, con Don Ramón.

—Muchas gracias —dijo Dorón dispuesto a tomar el ascensor.

—Pero acaba de salir —sentenció el portero, que seguía sin quitarle ojo.

—¿Hace mucho?

—Unos minutos, un poco más y se cruza con ella.

—Eso me pasa por llegar tarde.

—Si corre un poco seguro que la alcanza.

—Voy volando —dijo mientras se despedía sin perder la sonrisa—, muchas gracias por su ayuda.

Dorón salió del portal y tomó la misma calle que la chica, al llegar al primer cruce giró a su derecha. Su intención no era ir detrás sino llegar nuevamente a su coche dando un rodeo que evitara ser visto nuevamente por el portero, del que estaba seguro que había abandonado su pequeño cuarto y le había clavado los ojos en la espalda hasta perderlo de vista. Una vez lejos de su alcance, su paso se hizo más tranquilo y sus sentidos comenzaron a trabajar a destajo llevados por la novedad.

De algunas ventanas emanaban olores a fritos, a pucheros y ollas, y sonidos también distintos, más agudos, más frescos, mezclados con una variedad musical que contaminaba la calle. De una ventana parecía salir el sonido armonioso de la quena y

el charango, de otra un merengue sabrosón a veces cortado por la voz de un locutor de radio que pedía colaborar con el programa y difundía un teléfono invitando a llamar a la emisora.

De pronto no le pareció Madrid; a pesar de su espíritu viajero y de su admiración por la ciudad de Nueva York, a la que se había aficionado en los últimos tiempos, solo un par de destinos más conocía en ese continente: uno era la Ciudad de México, en la que pasó un tiempo aceptando de buen grado la hospitalidad reiteradamente ofrecida de sus tías y primos maternos; el otro la ciudad de Buenos Aires, donde había ido a visitar a su buen amigo Germán, con quien había compartido el doctorado en Madrid y quien le invitó a disfrutar del tango y sus misterios, un viaje que guardaba entre sus recuerdos más queridos.

Caminaba con lentitud y con gusto por el barrio repleto de escaparates decorados con banderas de Ecuador, Bolivia, Perú, Cuba, Colombia, Brasil, República Dominicana, Argelia, Marruecos, Ucrania o Polonia; parecían reclamos de Naciones Unidas. Los vecinos más *chelis*, los castizos de toda la vida, estaban ahora en franca minoría; para ellos aquello ya no era su barrio de siempre, y hasta habían cambiado el nombre a las calles. Ahora para ellos la glorieta de Cuatro Caminos era el *Malecón*, y pasar de un lado a otro de Bravo Murillo era *cruzar el Ganges*.

Tampoco faltaban los salones de peluquería con sus ofertas de mechas, extensiones, tintes o planchado de pelo, atendidas por chicas exuberantes por los cuatro costados que cortaban el cabello mientras movían la cintura al ritmo de sones y guarachas. Ni que decir de la proliferación de pequeñas tiendas de comestibles en las que se podían encontrar cerveza Presidente, agua de coco, maracuyá, mango enlatado, harina de tapioca, maíz y un sinfín de productos desconocidos para el madrileño viejo.

Pero si algo llamó la atención de Dorón no fue el número de bares y restaurantes con cortinas que cubrían su interior, algo impensable para un español que cataloga la calidad de estos en función de su ocupación y del número de palillos y servilletas que cubren el suelo: a más servilletas, mejores tapas. Lo que realmente llamó su atención fueron los locales de santería con sus reclamos en papel escritos a mano y pegados en sus escaparates: «se atan maridos», «se congelan exnovios», «para ascender en el trabajo», «para la buena suerte». Aunque, si fuerte le resultaban los reclamos a la vista, más le resultarían aquellos otros que solo se pedían y se daban de boca a oído.

Llevado ya por el ambiente, entró en uno de los bares atraído por el sugerente nombre del mismo: «Macondo». Se acercó a la barra y pidió una cerveza; no eran horas para comenzar a beber pero tampoco era el lugar para pedir un té con cardamomo, de manera que se decidió por lo primero. El olor a fritanga que despedía el mostrador le llevó a informarse sobre unas empanadas de aspecto sugerente y olor muy atrayente.

—Son empanadas colombianas muy ricas, rellenas de papa y carnita deshebrada —le respondió desde detrás de la barra un camarero de tez morena, pelo negro y

corto pero abundante que mostraba una sonrisa tan seductora como la suya.

—Huelen bien —acertó a decir Dorón mostrando verdadero interés.

—¿Quiere probar una? Entran muy bien con la *servecita* —señaló el camarero omitiendo la «c» en su pronunciación y arrastrando la «s» hasta el infinito.

—Me ha convencido —dijo Dorón—, póngame una.

El camarero le sirvió la empanada en un plato, él la cogió y, como de costumbre, aspiró el olor de la masa frita de maíz, la mordió y masticó el bocado con lentitud, paladeando el sabor. Por intuición, y solo por eso, giró la cabeza y en ese momento percibió una especie de tensión en el resto de los parroquianos presentes, que le observaban con desmesurado interés y que parecían esperar con impaciencia su veredicto, él hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Muy rica, sí señor —dijo sin soltar el bocado.

Aquellas palabras produjeron un efecto relajante en sus rostros y el camarero aprovechó para ofrecerle una disertación sobre la empanada.

—En mi país esto se come añadiéndole un poquito de esta salsa, —le mostró un pequeño cuenco en el que reposaba un espeso líquido de color anaranjado—, pero igual está un poco picantona para usted.

—¿Puedo probar? —preguntó Dorón.

—Claro.

El camarero le puso el cuenco al lado de la empanada junto con una pequeña cuchara.

—Supongo que se la tengo que poner dentro —dijo Dorón descargando una apreciable cantidad de salsa en el bocado.

—Sí señor, aprende usted prontito —dijo el camarero.

Otra vez la atenta mirada de los presentes le convertía de nuevo en el espectáculo ocasional del bar. Dorón se reafirmó en lo dicho.

—Mejor con salsa, no hay duda.

Tomó un trago de su cerveza y se entregó con ardor a terminarse la empanada para a reglón seguido pedir otra ante el asombro y admiración de los presentes.

Durante el rato que pasó en Macondo recibió una clase magistral sobre la cocina colombiana, no solo por parte del camarero sino de los demás presentes, que decidieron intervenir en la charla. Esta derivó hacia el nombre *del* local y su referencia a la obra literaria de García Márquez y sus *Cien Años de Soledad*. No le resultó extraño percibir que, por una u otra razón y según sus comentarios, todos o casi todos los presentes habían tenido la oportunidad alguna vez en su vida de cruzarse en su Colombia natal en el camino del escritor, fuera en un mercado, en una cantina o en la calle, y cruzar con él unas palabras, algo que en su escala de valores los situaba a un nivel superior.

Eran las dos de la tarde cuando, tras estrechar las manos de todos y prometer que un día de estos volvería con intención de probar las arepas y los tamales amarillos, abandonó el bar en busca del coche que hacía dos horas había dejado estacionado

frente al portal del que había salido Sandra. Otro en su lugar podría pensar que había perdido la mañana, pero a Dorón toda experiencia que le aportara conocimientos nuevos le reportaba satisfacción.

## La Orden

Le debía una visita a su padre para explicarle el cúmulo de acontecimientos del domingo, pero optó por irse a su casa. Nada más atravesar el umbral de la puerta sonó su móvil y Dorón se apresuró a tomar la llamada.

—Hola Rachel. —No le dio tiempo a nada más porque fue secamente interrumpido:

—Es necesario que nos veamos con tu padre. —Su voz denotaba impaciencia.

—¿Tienes noticias del libro?

—Quien lo tiene ya ha dado señales de vida.

—Llamaré a mi padre y le diré que nos encontraremos en la librería. —Cerró el móvil y salió, decidió no mover su coche, que por una vez tenía bien estacionado, e hizo el camino andando; mientras, llamó a su padre para anticiparle la llegada de Rachel y la suya.

Tocó el timbre y la puerta de La Ilustración se abrió. Para su sorpresa, Rachel ya estaba allí junto a Isaac; su padre les señaló el taller y los tres pasaron a la pequeña estancia. Sin mucho preámbulo, Dorón se dirigió a Rachel:

—¿Quién y cómo se ha puesto en contacto contigo?

Ella extrajo un papel de su bolso y se lo ofreció, lo tomó y lo leyó. Era una nueva carta en la que figuraba un mapa con una hora, un lugar y una cantidad. Era una cita.

—Estaba en el buzón esta mañana. Han subido la cantidad —dijo ella.

—¿A cuánto? —preguntó Isaac.

—Doscientos mil euros —respondió Dorón sin quitar la vista del papel.

—Entonces solo buscan dinero —recalcó su padre—. Estos tampoco saben lo que tienen.

—Sí, pero amenazan con quemarlo si no pagamos —dijo Dorón—, y además lo quieren esta tarde. —Miró a Rachel al decir esto último.

—Mi padre ya tiene el dinero, solo quiere recuperar el libro.

—En ese caso —se ofreció Dorón—, yo haré el intercambio.

—No, ya has hecho suficiente, el libro es nuestro así que iré yo —insistió ella con determinación.

—Quien quiera que sea no es un ladrón profesional y eso complica las cosas. Te acompañaré —insistió Dorón.

—Creo que tiene razón —dijo Isaac, aunque se arrepentía ahora de haber metido a su hijo en el caso viendo el cariz que estaba tomando, pero consideró del todo inadecuado permitir que Rachel fuera sola—. ¿Dónde será la cita?

—En Entrevías, por los talleres del ferrocarril —apuntó Dorón observando nuevamente el papel que le había dado ella nada más entrar—. No es un sitio muy concurrido que digamos.



—Cuando llegues llámame por el móvil y déjalo abierto —indicó Isaac a Dorón —, quiero escuchar qué sucede. —Luego miró a Rachel con severidad—: Si escucho algo extraño, llamaré a la policía de inmediato.

Dorón apuntó un teléfono y un nombre sobre el mismo papel que Rachel le había dado con el lugar de la cita y se lo entregó a su padre.

—Si sucede algo llámale, es el Teniente Navarro y fue profesor mío.

—Tengo que recoger el dinero —señaló ella levantándose.

Quedaban escasamente un par de horas para el encuentro y Dorón se ofreció a acompañarla. Ambos salieron juntos y, aunque la casa de Dorón estaba próxima, tomaron un taxi en la plaza de Ópera que les llevó hasta su Smart, se subieron al coche y se dirigieron a la casa de Rachel. Él se ofreció a esperarla en la puerta y ella accedió, la vio desaparecer dentro del portal y aprovechó para salir y estirar las piernas. No es que su conocimiento de las mujeres fuera muy amplio, pero sí sabía que cuando dicen unos minutos y no concretan cuántos, el compromiso queda abierto para una tediosa espera.

En casa de Elías Toledano, Rachel preparó una bolsa de deportes en la que metió los fajos de billetes hasta completar la cantidad exigida como rescate del libro, luego la cerró y se miró en el espejo de su habitación. Se fijó en que llevaba puestos unos zapatos de tacón; era un tacón bajo, pero pensó que si había algún contratiempo y tenía que correr ese calzado no le ayudaría mucho, así que decidió cambiarlo por unas deportivas y, de paso, cambió también su elegante blusa por un fino jersey oscuro de cuello alto. Estaba nerviosa; nunca se había visto en una situación como aquella y, a pesar del esfuerzo que hacía por aparentar calma, sus movimientos torpes y acelerados denotaban el estado de tensión y ansiedad en el que se encontraba. No había podido comer nada, su cuerpo no se lo pedía y, aunque hubiera hecho el esfuerzo, su estómago tampoco se lo habría aceptado. Miró el reloj, se aceleró el pulso y los latidos del corazón parecía que fueran a romperlo, tomó la bolsa y se apresuró a bajar. En una hora esperaba tener el libro en la mano y que la pesadilla llegara a su fin.

Dorón la vio salir y le abrió la puerta del coche, ella subió y colocó la bolsa de deportes con el dinero entre sus piernas.

—¿Sabes cómo llegar? —preguntó Rachel.

—Más o menos —dijo señalando el GPS; no quiso decirle que no tenía ni idea—. Tardaremos un rato en llegar.

Ambos se acomodaron en el pequeño Smart. Al arrancar, la radio también rompió su silencio; Dorón llevaba conectada Radio 3 y a esa hora se emitía *Diálogos 3*, un programa ya veterano que combinaba música étnica con temas de la canción francesa o americana de siempre y que le había servido para hacer más grata la espera frente al portal. Ella le pidió que la apagara.

—Prefiero que vayamos hablando, así se me pasará el tiempo más rápido.

Dorón percibió su nerviosismo; desde el principio le había disgustado la idea de que le acompañara, eso le restaría capacidad y le obligaría a estar pendiente también de ella. Además, si había que salir por piernas la carrera ya la daba por perdida. Por otro lado, el dinero y el libro no eran suyos y encontraba lógico que la chica quisiera estar presente en el intercambio.

—Cuanto más profundizo en la investigación del *Necronomicón*, más perdido me encuentro y más dudas tengo respecto a su autenticidad —consideró Dorón pensando que sería un buen tema para hacer más corto el trayecto.

—El libro que buscamos ha sido analizado al detalle por librereros de reconocido prestigio, entre ellos tu padre y tu abuelo en su momento. Todos lo sitúan en el siglo XVII.

—Ahí es donde me ahogo en un mar de dudas. Lovecraft murió hace menos de un siglo y todo hace suponer que fue un producto de su febril y desbordante imaginación.

—¿Qué me dices entonces de las referencias halladas en la traducción del Dr. John Dee? Hablo del año 1573, anterior incluso a nuestra edición.

—Eso pudo ser también una recreación de Lovecraft. —El escepticismo de Dorón en torno al libro era patente, pero aun así allí estaba, camino de un encuentro que no auguraba nada bueno—. Hay quien está dispuesto a afirmar que su saber se deriva de una compilación de material mágico de pueblos tan antiguos como Arcadia, Babilonia, Persia e Israel, si bien eso no le hace más real.

—No entremos en el contenido —cortó ella—; mi época mágica solo me duró de los 12 a los 15 y no pude acabar ni *El Señor de los Anillos*, agradezco que haya sido llevado al cine porque de otro modo nunca hubiera sabido el final.

—¿Tan pronto te hiciste racionalista?

—No, es que aparecieron los chicos —indicó ella encogiéndose de hombros.

—¿Qué chicos? —preguntó él, dispuesto a aprovechar el momento de ligera intimidad que le ofrecía Rachel.

—Los que te quitan el sueño, te provocan llanto y hacen que te mires al espejo más de lo debido.

—¿Hay alguno así en tu vida? —Ella giró la cabeza y le clavó la mirada, Dorón percibió que se había metido en terreno minado e intentó salir como pudo—. Lo siento, no respondas, es pura deformación profesional.

—Fue puerilidad propia de la edad —sentenció ella.

—T. S. Elliot, por cierto muy amigo de Lovecraft, decía que si se examina con objetividad la existencia humana, esta tiene una calidad bastante pueril desde que naces hasta que mueres, y no solo en la adolescencia. Cada vez es más notorio entre los padres el *síndrome de Peter Pan* que denota un esfuerzo ridículo por intentar parecer más jóvenes que los hijos, y para ello cogen a los niños, los visten, peinan y tatúan, con pegatinas menos mal, como les gustaría ir a ellos. ¿Conoces la nueva

moda de tatuarse en el brazo el nombre y la cara de los hijos como si fuera una foto? Eso sí que es puerilidad.

—¿Por qué un licenciado en filosofía y apasionado de su carrera acaba como detective? —Dejó un ligero silencio antes de rematar la frase—: Eso sí, existencial.

—A las chicas no le gustan los parados de larga duración y como detective privado tengo trabajo y se liga un poco más. —Le gustaba meter la nariz en la vida privada de los demás, pero cuando se refería a la suya se cerraba como una tortuga de las Galápagos.

—Eres muy peculiar.

—Lo tomaré como un cumplido —dijo él—. Ya casi hemos llegado.

Rachel sujetó con fuerza la bolsa con el dinero y fijó la mirada en el camino. Las vías del tren, las construcciones abandonadas y el descampado solitario que se abría a sus espaldas procuraban una sensación tenebrosa que hizo que se le volviera a acelerar el corazón. El coche se paró frente a una nave semiderruida, la marcada en el mensaje como el punto de encuentro, bajaron y con mucha precaución penetraron sigilosamente en su interior.

—No parece que haya alguien —indicó Dorón echando un rápido vistazo.

—Esto no me gusta nada —dijo ella asustada.

—Tampoco a mí, pero hemos venido a recuperar el libro y eso es lo que vamos a hacer. —No estaba por la labor de separarse mucho de la puerta, por *si* había que salir a toda prisa, así que anunció su llegada a voz en grito—: ¡Hemos venido a por el libro! —La frase retumbó contra las paredes llevada por el eco que producía el vacío del lugar, solo ocupado por basura y algunos montículos de escombros.

Unos ruidos provenientes del fondo alertaron a los dos de la posible presencia de alguien pero no podían verlo porque, al final de la nave, esta hacía un ángulo recto en forma de «L» y era justo de ese espacio ciego de donde provenían los ruidos. Dorón tomó a Rachel del brazo y se detuvieron.

—Tú quédate aquí, cerca de la puerta, el coche tiene las llaves puestas, si me oyes gritar, corre, arranca y pírate a toda pastilla, luego dile a mi padre que avise al teniente Navarro.

—Voy contigo —dijo Rachel, que temía más quedarse sola.

Él sacó su móvil, llamó a Isaac según lo acordado y se lo cedió a Rachel, también buscó con la vista algún objeto contundente que pudiera usar para su defensa, pero no halló nada que pudiera servirle y se lamentó de no haberlo considerado antes de aventurarse a venir; avanzó hacía el fondo sin mirar atrás. Cuanto más se aproximaban a la esquina, con mayor claridad les llegaban los extraños ruidos.

—¡Venimos a por el libro! —repitió esperando encontrar una respuesta.

Caminó con sigilo hasta el ángulo que hacía la pared; con el miedo ocupándole todo el cuerpo, asomó la cabeza y su mirada se dirigió directa hacia las figuras de tres cuerpos desnudos, tendidos y maniatados cada uno en forma de cruz, que se retorcían intentando soltarse sin éxito. Haciendo acopio de todo el valor que le era posible

avanzó hacia ellos; según se aproximaba, pudo ver sus miradas aterradas, pero no emitían palabras, sino gritos reprimidos, pues unas cintas adhesivas sobre sus bocas se lo impedían. Cuando estuvo ante ellos se fijó en que uno de ellos cambiaba su semblante de pavor por uno más amenazador a pesar de estar atado, se fue hacia él y le arrancó la cinta aislante de un tirón. Ahora sí, un fuerte grito de dolor seguido de una larga retahíla de improperios en una jerga barriobajera mezcla de castellano y sudamericano escaparon de su boca en cascada; parecía el jefe, o al menos ejercía como tal.

—¿Has venido a rematarnos, cabrón?

—He venido a por el libro —dijo Dorón en aparente actitud serena e intentando disimular su miedo.

—¿Quiénes sois vosotros? —volvió a preguntar el jefecillo, sorprendido por la respuesta y mirando a Rachel.

—Los dueños del libro —respondió él mientras estudiaba la situación, sin tener claro qué había podido pasar allí para encontrarse con semejante escenario.

—Entonces, ¿quiénes eran esos *pela vergas* de antes? —gritó el chico mientras movía la boca en un intento por sofocar el dolor que le había producido el tirón.

—¿De quién hablas? —Dorón se estaba perdiendo, había ido a hacer un intercambio para recuperar el libro y se encontraba frente a tres chicos desnudos, maniatados y con los torsos lleno de cortes sangrantes, algo que por supuesto no esperaba.

—Un tipo dijo que venía a por el libro, yo le dije que nos enseñara la pasta y él me pidió verlo antes, se lo dejé y en ese momento entraron otros cinco más con porras y cadenas y comenzaron a darnos. Maricones de mierda, no pudimos defendernos. —Hizo un nuevo intento vano por desatarse, lleno de rabia.

—¿Hace mucho? —se oyó la voz de Rachel aproximándose a ellos.

—¿Quién eres tú? —preguntó el jefecillo intentando ocultar con su insolencia la vergüenza que le provocaba estar desnudo y humillado ante una mujer.

—La dueña del libro que vosotros robasteis. —Se notaba aplomo y seguridad en sus palabras.

—Nosotros no lo robamos, solo nos lo llevamos cuando ese tipo se murió. Pero se murió él solito, la coca tiene esas cosas cuando no controlas.

A Dorón le resultaba interesante la actitud retadora y mal encarada del chico, estaba en clara desventaja y aun así no perdía su chulería frente a ella.

—¿Quién más sabía de esta cita? —le preguntó.

—Solo mis *brothers*.

—Pues alguno de ellos ha hablado demasiado. —Miró a los otros dos y estos, sorprendidos y temerosos, abrieron los ojos de par en par y negaron con sus cabezas al unísono.

—A lo mejor fue ella, de las mujeres no te puedes fiar. —El chico no perdía su compostura de macho aguerrido, se notaba que en peores situaciones se había

encontrado.

Rachel se dejó llevar por la rabia que le producían esas palabras y abrió la bolsa de deportes sacando los fajos de dinero que su mano acertó a coger.

—¿Y por eso vine con esto? ¡Estúpido machito! —Ahora sí que había conseguido impresionarles, el chico malo se quedó con los ojos abiertos y la boca en igual estado.

Dorón supo que era el momento de irse, ahora que habían visto el dinero el peligro había crecido exponencialmente. Se giró hacia Rachel, se llevó un dedo a la boca solicitando que se mantuviera en silencio y le guiñó un ojo.

—En vista de que el libro no está será mejor que nos vayamos.

—¿Piensan dejarnos aquí? —preguntó el chico.

—Me temo que sí.

—Estamos sangrando *mama huevos* —insistió el jefecillo con rabia.

—Ya me he fijado, pero no es más que un tatuaje mal hecho que posiblemente cure una antitetánica. —Dorón se aproximó a cada uno de ellos para verlo mejor—. ¡Joder, os han marcado como a caballos! —Aprovechó el instante para retirar las cintas de las bocas de los otros dos; del último, además del grito, salió un tímido agradecimiento al que Dorón no respondió.

—Si nos desatas te ayudaremos a encontrar tu jodido libro.

La invitación no coló, el miedo que Dorón tenía en el cuerpo le hacía pensar que toda precaución era poca.

—Nosotros veníamos a por el libro; si no hay libro, no hay ayuda.

Los tres se retorcieron en su intento por desatarse, sin dejar de mentar la madre de medio mundo para luego cambiar y adoptar una postura más complaciente.

—Amor, *brother*. Ayúdame y te ayudaré —terminó diciendo el chico en un vano intento por parecer calmado y convincente.

—Dame tu número de móvil y otro número al que llamar para que vengan a por vosotros. Es todo lo que puedo hacer.

—Tú también eres un *mama vergas*. No tienes *arrechos*. —De nuevo regresó a su imagen malencarada.

—En ese caso me iré y llamaré a la policía para que sea ella la que venga a desataros.

—Te juro que no tocaremos vuestro dinero si es lo que te preocupa.

—Me aseguraré de que así sea. —Dorón cogió del brazo a Rachel para irse y le pidió el móvil, girándose hacia ellos una última vez—: ¿Me das esos números? —El chico se los dio y Dorón los guardó en la agenda. Antes de despedirse de los tres, recogió las ropas que tenían tiradas y los cubrió con ellas. De uno de los bolsillos del pantalón del chico mal encarado sacó un móvil y se lo colocó en su atada mano derecha—. No lo uses ahora o tus colegas no podrán contactar contigo.

—Cuando cojamos a esos hijos de puta, van a saber quiénes son los Nkas de Ecuador.

—Antes preguntadles por el libro, la pasta sigue aquí. —Señaló la bolsa de

deportes que sujetaba con fuerza Rachel.

Los dos salieron con paso rápido mientras los chicos no paraban de gritar. Dorón habló con su padre para informarle de que iban para allá, se subieron al coche, arrancaron y se alejaron. Antes de tomar el enlace con la M-40, detuvo el coche y llamó a los teléfonos que le habían dado; en uno saltó el contestador, estaba claro que el jefecillo lo estaba usando, en el otro una voz femenina recibió el recado de dónde estaban los tres chicos maniatados, colgó y ya no paró hasta llegar a La Ilustración, donde les esperaba Isaac.

Esta vez estacionó el coche en un *parking* público próximo a la librería, no tenían tiempo que perder y se apresuraron a llegarlo antes posible. Entraron, Dorón colgó el cartel de cerrado y, junto con su padre, fueron directamente a la pequeña estancia que hacía de taller. Se notaba la tensión contenida en el hecho de que ninguno de ellos podía estar sentado.

—Otra vez se nos han adelantado —dijo Dorón rompiendo el silencio.

—Sí, ¿pero quién? —preguntó intrigado su padre.

—Quizá otra banda rival que se enteró del negocio —señaló Rachel dejándose caer en la silla agotada por la tensión que había estado soportando; a su lado colocó la bolsa de deportes con el dinero.

—Es posible, pero hay una cosa que me llama la atención —apuntó Dorón mientras quedaba un instante pensativo ante la atenta mirada de Isaac—: la postura en la que estaban atados los chicos era demasiado precisa, no creo que haya sido fruto de la casualidad.

—Dibújala —le pidió su padre dándole papel y lápiz.

Dorón dibujó la figura de un triángulo en cuyos ángulos inferiores colocó las cabezas de los dos chicos y en el ángulo superior colocó la cabeza del jefe. Cuando hubo terminado, dejó el dibujo sobre la mesa, Isaac y Rachel lo estudiaron con detenimiento.

—Este ángulo —señaló su padre con gran interés marcando la figura del dibujo con el dedo—, ¿hacia dónde se orientaba?

Dorón lo pensó un instante y giró el papel en sentido nordeste.

—¿Estás seguro? —preguntó Isaac solicitando una confirmación por parte de su hijo, que asintió con la cabeza.

—¿Qué significa? —preguntó Rachel mostrando su perplejidad ante la situación.

—La *Trama de los Ángulos*, la figura orientada hacia los polos magnéticos —explicó Isaac dejándose caer abatido sobre su sillón—. El *Necronomicón* ha caído en manos de quienes durante tantos años lo hemos estado ocultando.

Alarmado por las palabras de su padre, Dorón no pudo reprimir su malestar al ver que este no le había contado todo acerca del libro.

—¿Ocultándolo dices? —Apoyó las manos sobre el escritorio de su padre—. ¿A

quiénes te refieres?

—Elías Toledano —dijo Isaac mirando a Rachel—, estaba dispuesto a pagar para que esto no sucediera.

—Estoy perdido. —Dorón se dirigió a la chica—. ¿De qué está hablando?

Isaac no le dio tiempo a responder; conocía muy bien a su hijo y no quería que este se hiciera una idea errónea sobre Rachel y su silencio respecto al libro.

—Creo que tengo parte de culpa en todo lo que está sucediendo —dijo su padre mientras tomaba el dibujo en las manos y lo observaba—. En mi deseo por recuperar el *Necronomicón* cometí una torpeza cuando puse en alerta al círculo de anticuarios, es posible que en ese momento despertase al monstruo.

—Ha podido ser otra casualidad —dijo Rachel en tono condescendiente, intentado rebajar el sentimiento de culpa que acusaba el librero.

—Más que casualidad, me temo que es causalidad. —Hizo un silencio para luego proseguir—: Y si hay alguna posibilidad de recuperar el libro, esperemos que sea ella la que nos lo ofrezca, porque en estos momentos nos hemos quedado sin nada.

—¿Qué te guardas respecto al *Necronomicón* que no me hayas contado? —dijo Dorón preocupado al ver la resignación de su padre.

—Ese libro es un poderoso imán para el movimiento ocultista y quienes se mueven en ese entorno tienen una forma muy particular de entender el mundo.

—¿Quieres decir que unos chiflados del ocultismo, no se sabe cómo, se han adelantado a nuestra cita y nos han robado el libro por un deseo puramente esotérico? —preguntó Dorón cada vez más desconcertado por lo que estaba escuchando.

—Es posible —dijo su padre mostrando una preocupación que hasta ahora había intentado controlar pensando que el libro podía ser recuperado—, pero una cosa es el ocultismo y otra los ocultistas. Te recuerdo que algunos muy conocidos a lo largo de la historia han convertido la ficción más imposible en la realidad más atroz.

Rachel había escuchado alguna vez a su padre Elías Toledano hacer algunas referencias al libro y a la necesidad de mantener oculta su existencia.

—¿Quién supone usted que tiene el libro ahora? —preguntó ella, sabiendo que le forzaría a explicar aquello que le había estado guardando a Dorón celosamente.

Isaac apoyó sus manos sobre la mesa del escritorio, respiró profundamente y miró a ambos, consciente de que lo que iba a contarles exigía una puesta en escena de total seriedad, sobre todo conociendo el carácter pragmático de su hijo y también el de Rachel.

—¿Habéis oído hablar alguna vez de la Libre Orden Transatlántica? —Ambos negaron con la cabeza y él prosiguió—: Es una sociedad secreta que acoge a lo más poderoso y fanático del fundamentalismo conservador de un lado y otro del océano; su objetivo es manejar los hilos del poder en todos los países que puedan, sobre todo en aquellos que ansían y en los que todavía no lo hacen.

—He oído hablar de los Masones, de la Trilateral, del Club Bilderberg... pero esta es nueva para mí —indicó Dorón haciendo gala de su escepticismo.

—A esta selecta sociedad —continuó Isaac sin hacer caso del comentario—, pertenecen señores de grandes emporios farmacéuticos, armamentísticos y energéticos, hombres muy poderosos que viven permanentemente en la sombra y de quienes se dice que su poder es tal que quitan y ponen presidentes.

—¿Qué hace esa gente tan importante en Madrid robando libros? —preguntó su hijo sorprendido al ver la actitud de su padre, al que siempre había considerado un racionalista alejado de confabulaciones y tramas urdidas por divulgadores sensacionalistas propensos a aprovecharse de la ignorancia y credulidad de la gente común.

—Quien en estos momentos está al frente de la Orden se encuentra en Madrid —afirmó Isaac con total seriedad.

—¿Y para qué quieren ellos el libro? —Dorón no dejaba de transmitir en sus preguntas cierto grado de malestar por lo que se le había ocultado.

—Porque ese libro es único. —Su padre dudó entre seguir o callar, pero acabó decantándose por lo primero; sabía que si continuaba ocultándole cosas no haría nada más que alimentar su rechazo, así como su enfado, por no haberle dicho lo que hasta ahora se había guardado—. Lo persiguen desde hace mucho tiempo porque afirman que la edición toledana es la única que contiene la Clave Gematría.

—¿Qué es eso? ¿Un Santo Grial u otra leyenda que añadir para disfrute de la imaginación de los ilusos? —Dorón estaba cada vez más disgustado con lo que oía—. No entiendo nada, hombres ricos y poderosos jugando a encontrar un tesoro y, de por medio, doncellas ladronas, pandilleros asaltados y hasta un cadáver.

Rachel se puso en pie y rompió su silencio.

—El único deseo de mi familia ha sido recuperar el libro. —Se giró y se dirigió a Isaac—. Si usted dice que ya no podremos conseguirlo, se lo transmitiré a mi padre, sabiendo que la noticia le producirá un nuevo dolor. Ya ha sufrido mucho con la traición de Doris.

—Lo siento porque sé el valor que tiene para vosotros —se disculpó el librero mostrando su hondo pesar—, pero me temo que esta vez hemos fracasado.

—Hicimos todo lo que pudimos —dijo ella con resignación—, no se sienta culpable.

—¡Un momento! —exclamó Dorón—. Para mí el caso sigue abierto y, aunque solo sea por decoro, ¿me podéis explicar qué es la Clave Gematría? Conozco la Gematría, la tuve que estudiar en la yehsivá cuando era un chaval, pero eso de la «clave» me desconcierta y ya estoy bastante cansado de ir a ciegas en este asunto.

Isaac miró a Rachel solicitando su conformidad para responder a la pregunta y ella se encogió de hombros en clara muestra de resignación.

—Es un ritual de invocación por el cual se cree que el hombre puede pasar más allá de la esfera de las limitaciones físicas que impone el espacio y el tiempo —le explicó su padre, ya sin mucho deseo de entrar en detalles debido a la frustración que le causaba no haber logrado recuperar el libro.



—No entiendo un carajo —soltó Dorón.

—Los miembros de esa Orden son apasionados ocultistas —dijo su padre decidido ya a dar por finalizado el tema—, y están convencidos de poder traspasar mentalmente la barrera del espacio-tiempo y conocer el futuro próximo con ayuda de esa Clave. En 1971, unos investigadores afirmaron que el libro la contenía. Habían descubierto que un mago toledano de la época llamado Juan de Somoza dio con ella y con los pasos necesarios para alcanzar el conocimiento y visión del futuro, y que intentó ocultarla en un libro que tradujo al latín, el *Codex Arabicus*, la versión toledana del *Necronomicón*. Sabía que ese libro estaba prohibido por todos los gobiernos y religiones del mundo y creyó que sería un buen escondite.

Para cuando Isaac hubo terminado su exposición, el asombro y desconcierto de Dorón habían alcanzado su punto máximo.

—¿Por qué no hay ninguna referencia o información sobre esos investigadores? Yo no he visto nada al respecto en Internet.

—Porque la Orden pagó su silencio a muy buen precio y desde entonces sus miembros buscan el libro incansablemente.

—¿Dices que esos locos son poderosos hombres de negocios jugando a las hermandades? No puedo creerlo. —Buscaba alguna explicación racional en toda esa locura pero no la encontraba.

—¿Por qué te extrañas tanto? Te recuerdo la logia italiana P2 en la que había generales y traficantes de armas, mafiosos y jefes de policía, grandes hombres de negocios y hasta Presidentes de Gobierno. Los pares suelen utilizar este tipo de hermandades. Si te pones a pensarlo fríamente, sucede igual en los templos religiosos de todo el mundo, ya sean iglesias o sinagogas, a unas van los pobres y a otras los ricos. En estas últimas, ¿qué crees que hacen muchos una vez finalizado el culto ceremonial y en pasos perdidos? En esos momentos se cierran más negocios de los que podrías imaginar.

—Yo soy tan escéptica como tú —intervino Rachel—, pero para mi familia ese libro tiene un gran valor emocional, y por eso queríamos recuperarlo.

Viendo el rechazo que producía en ella hablar del tema, Dorón hizo una última pregunta:

—Una cosa más. Si tan importante es el libro para esa gente, ¿por qué no intentaron robárselo mucho antes?

—Porque no sabían dónde estaba. La familia Toledano —señaló Isaac—, siempre ha negado su existencia en los círculos de los entendidos, incluso ha entrado en subastas de falsos ejemplares de esa edición con la sola intención de despistar su búsqueda.

—Ya, y tuvo que venir la doncella a destapar la caja de los truenos —exclamó Dorón—. ¿Por qué no me lo contaste desde el principio?

—Porque conozco tu escepticismo y sé que le habría restado valor a tu investigación.

—Podías haber dejado que eso lo decidiera yo.

Rachel aprovechó el momento para despedirse.

—Me gustaría informar a mi padre lo antes posible y también darle el dinero — dijo dirigiéndose a Isaac.

Él se levantó de su sillón y le dio un sentido abrazo a la chica, quien luego cogió la bolsa de deportes y le pidió a Dorón que la acompañara hasta un taxi; no quería caminar sola con tanto dinero encima.

—Te llevaré a casa, así me quedaré más tranquilo —se ofreció él.

Rachel agradeció el gesto y ambos salieron de la librería hacia el *parking*, donde habían dejado el coche con las prisas.

De camino hacia la casa de Rachel, el pequeño Smart de Dorón se cruzó con un elegante Jaguar con chofer, en cuyo asiento trasero reposaba el Comendador con gesto contrariado.

—¿Quién pudo llevarse el libro?

—No lo sé, señor. Cuando ellos llegaron el ejemplar ya no estaba allí —respondió Luca, que iba sentado junto al conductor.

—Podríamos estar otra vez ante una nueva treta de su dueño —señaló el Comendador.

—La chica llevaba el dinero —señaló el detective—. Lo vi cuando se lo mostró a aquellos chicos atados.

—Entonces alguien más sabe de su existencia, ¿pero quién? Debemos descubrirlo y localizar el ejemplar; y esta vez lo traerás sin importar cómo. —La orden del Comendador era tan tajante que no dejó lugar a dudas.

—Así lo haré.

El coche paró un instante y el detective se apeó. El Comendador se dirigió a su chofer indicándole el próximo destino al que debía dirigirse:

—Vayamos al Club y procura evitar los atascos, esta ciudad sería perfecta si no los tuviera en cada esquina.

El coche se dirigió hacia un bello y cuidado palacete situado en una estrecha calle de Rubén Darío, en uno de los laterales de la Castellana. El Comendador era consciente de la situación en la que había quedado ante aquellos otros señores que con frecuencia le visitaban en Zúrich, en su mansión a orillas del lago. Como importante hombre de negocios que dominaba un extenso conglomerado farmacéutico cuyas patentes mundiales incluían medicamentos de primera línea, vitaminas, cultivos transgénicos y hasta productos agroquímicos, su fuerza era poderosa. Como Gran Comendador de la Libre Orden Transatlántica, esa fuerza se elevaba hasta niveles que pocos en el mundo podían ejercer. Se había comprometido a obtener el ejemplar del *Codex Arabicus* toledano ahora que su existencia parecía confirmarse, y debía cumplir con el compromiso.

Su presencia en Madrid en estos momentos era todo un presagio, estaba allí con el objetivo de adquirir una empresa de investigación en genómica con proyectos tan avanzados que revolucionarían ese campo en los próximos años, pero para él era significativo que fuera en ese mismo lugar y en esas mismas fechas cuando el libro rompió sus cadenas y salió de su encierro. Como ocultista, creía firmemente que esa coincidencia era una señal, una revelación que anunciaba la llegada de una nueva era, un nuevo orden mundial al frente del cual estaría la Libre Orden Transatlántica, con la ayuda de ese valioso ejemplar.

El Jaguar cruzó el umbral de la puerta metálica corredera que se había abierto a su paso y el Comendador fue recibido a las puertas de la mansión por su amigo Pierre, con quien cruzó un abrazo tres veces repetido y juntos entraron en el interior del palacete donde otros cinco hombres, todos ellos elegantemente trajeados, esperaban su llegada; acabados los preceptivos saludos rituales, siguieron al anfitrión hasta una puerta cerrada ante la que se situaron en orden tras el Comendador, quien la abrió, y uno a uno fueron entrando. La iluminación del salón era tenue, pues las largas cortinas de todas sus ventanas estaban echadas, y en el centro de la estancia cuatro columnas de capitel dórico sobre cuyos pilares reposaban cuatro velas encendidas delimitaban un espacio en cuyo interior se encontraba una mesa circular de recia madera con siete cómodos sillones ante los que se situaron de pie. A un gesto del Comendador, los presentes se sentaron, sin duda era la reunión de la Orden que en su momento había sido pedida por el anfitrión. En el centro de la mesa reposaba una Biblia lujosamente encuadernada en piel. Con parsimonia, Pierre, en su calidad de Primer Maestro, dispuso la apertura de la sesión con un ritual que comenzó con el encendido de tres velas mientras convocaba a los presentes a unos momentos de concentración y silencio, solicitando de ellos la disposición de toda su energía y fe para que los objetivos que allí se marcaran alcanzaran el éxito con la ayuda del Creador. A continuación, y a tres golpes de mallete, la sesión quedó abierta y él, debido a su cargo, dio inicio con una breve exposición.

—Hemos sido convocados porque, tras una paciente y larga espera, el anhelado objetivo de encontrar el *Codex Arabicus* tantos años buscado ha dado sus frutos. — Hizo una pequeña pausa—. Sabemos que se encuentra aquí, en Madrid. Es posible, aunque esperamos que no sea así, que en su recuperación nos lleguemos a ver abocados a llegar a extremos de dolorosas consecuencias para su actual poseedor y, ante eso, necesitamos el acuerdo común del Alto Gobierno de la Orden.

—Hemos sabido quién era su dueño, ¿pero conocemos a ese actual poseedor? — preguntó en inglés con fuerte acento alemán uno de los presentes.

—Pronto lo sabremos —respondió en tono tajante el Comendador.

—¿Cómo es posible que alguien más que no sea su dueño pueda conocer el secreto que el libro guarda en su interior? En su tiempo pagamos muy bien por ese

silencio —indicó otro de los presentes en un inglés muy americano.

El Comendador fue mirando uno a uno a los ojos de los allí reunidos, luego señaló con su mano las cuatro columnas que determinaban el sitio en el que se encontraban.

—Durante largos, muy largos y pacientes años hemos esperado este momento, somos los únicos que poseemos los manuscritos y las claves de los difuntos Gerhz y Fritzlane, nuestros apreciados investigadores. Con ellas, podremos descifrar el oculto y secreto conocimiento de Juan de Somoza para superar el espacio-tiempo y obtener la visión del acontecer futuro. Nadie más sabría hacerlo. Yo les aseguro que no tardaremos en tenerlo con nosotros.

—Todos confiamos en ello, pero los acontecimientos en el mundo exigen premura, nuestro control sobre estos es cada vez menor —apuntó otro miembro.

—Es cierto —intervino Pierre—, hemos iniciado guerras con la plena confianza de ganarlas y cada vez está menos claro que podamos lograrlo. También hemos apoyado a candidatos a Presidentes en Latinoamérica u Oriente Medio que luego han perdido ante pseudos-revolucionarios que tienen la osadía de enfrentarse al *status quo* del mundo civilizado.

—Y hemos permitido —dijo otro mirando con firmeza al Comendador—, que países que suponen ellos solos la cuarta parte de la población del planeta acaben haciendo medicamentos genéricos de bajo coste saltándose el valor de nuestras patentes y rebajando nuestros beneficios.

—Sí, no hemos hilado muy fino en estos últimos tiempos —respondió el Comendador—. Pero todo eso lo podremos rectificar y encauzar bien en cuanto tengamos el libro y descifremos el enigma de la clave. Con ese conocimiento nos podremos adelantar a los acontecimientos y, si tenemos que apoyar futuros planes o candidatos, lo haremos aunque parezcan contrarios a nuestros intereses; nuestro dinero les facilitará el camino pero también nos hará dueños de sus decisiones.

—Disponemos de poco tiempo —apuntó Pierre—, por eso debemos apremiarnos en conseguirlo.

—A todos los aquí presentes nos consta el inmenso deseo que nuestros Hermanos, a uno y otro lado del océano, tienen por descubrir la clave. Nos gustaría que fuera de forma tranquila, pero si ha de ser de otra manera respaldaremos los medios que puedan ser usados en su recuperación —señaló el americano—. Pero no olvidemos que el libro no debe sufrir daño alguno.

—¿Estamos seguros de que es el *Codex Arabicus* toledano que buscamos? —preguntó el asistente de fuerte acento alemán.

Esa era la gran pregunta. Por las manos de los presentes habían pasado ya algunos ejemplares fraudulentos y necesitaban confirmar que no estaban ante otro caso más.

—Estamos seguros de que esta versión es la que aquel viejo impresor realizó en 1647 como ejemplar único y que Gerhz y Fritzlane describieron tan pulcramente durante la conferencia que nos brindaron hace ahora treinta y seis años, una historia

que aún hoy recuerdo con admiración —indicó el Comendador.

—Felicitémonos por ello —apuntó Pierre y prorrumpió en una salva de aplausos rituales que consistían en dar ligeros golpes con la mano sobre el borde de la mesa y que fueron seguidos por el resto de los miembros—. Ahora, permítanme concluir nuestra sesión solicitándoles nuevamente unos momentos de silencio para la reflexión.

A tres golpes de mallete la dio por concluida y, con el mismo orden en que habían entrado en la sala, fueron saliendo guiados por el Comendador. Posteriormente se trasladaron a otro salón más amplio y bien iluminado de la casa, donde tomaron asiento ante una mesa dispuesta para un ágape en el que deliciosos platos y exquisitos vinos los retuvo hasta altas horas de la noche.

## Madrid

Nada sabía Dorón de esa Orden hasta hoy, por eso al llegar a casa abrió su portátil y comenzó a indagar en Internet todo aquello que pudiera aportarle algo de conocimiento. Mantenía su desconfianza respecto a la autenticidad de *El Libro de los Árabes*, pero su presencia en casa de Rachel le había creado una duda razonable. Le resultaba llamativo que Elías Toledano, un afamado coleccionista capaz de poseer un Cervantes de primera edición, lo guardara junto a esa joya.

El libro no tenía valor en sí mismo para él, nunca lo había visto ni tocado y seguía desconfiando de que no fuera una falsificación muy bien elaborada, pero había llegado el momento de demostrarse que la profesión que ejercía y le daba de comer sí que tenía valor; puede que no se lo hubiera dado hasta ahora, pues nunca se había sentido detective, ni existencial ni convencional, era la pura verdad. Lo achacaba a la lastimosa mediocridad de los *casos* en los que tenía que trabajar con frecuencia, pero ahora tenía un buen caso en sus manos y no debía dejarlo escapar. La recuperación de un ejemplar tan codiciado podría significar un antes y un después en su vida.

Era momento de romper con los sueños y aceptar la realidad pura y dura. Se había pasado los últimos años deseando dar clases en la Universidad, deseando escribir el libro que tanto ambicionaba, deseando acceder a una plaza como profesor de español en el Instituto Cervantes... deseando, siempre deseando pero nunca ejecutando. Ahora se encontraba ante un auténtico reto personal, tenía capacidad y conocimiento suficiente para lograrlo y estaba dispuesto a no dejar pasar la ocasión.

Hasta ahora no le había dedicado la atención precisa y necesaria al caso, incluso había ido a remolque de los acontecimientos. En ningún momento se había adelantado a ellos. De manera oficial tenía un caso y un cliente al que debía dedicar la atención precisa; nuevamente celos, desconfianza y traiciones. Extraoficialmente, debía volcarse en otro caso y su obligación era continuar con la búsqueda y recuperación del libro, siguiendo los pasos hasta donde le llevaran. Desde ese mismo momento tendría una larga noche de *chat* en *chat* entre los círculos ocultistas de un lado y otro del océano, entrando en cuantos foros estimara interesantes, dejando pistas, investigando y provocando. Internet era una extensa red pero se manejaba con gran soltura y estaba seguro de encontrar un hilo del que tirar y deshacer la madeja.

Comenzó su búsqueda en foros Lovecraft pero, vistos unos cuantos, estimó que aquel no era el camino. En ellos, el *Necronomicón* era una leyenda y el debate se centraba en su mensaje diabólico y su iniciación a la locura. Para Dorón, si inverosímil le resultaba la existencia de una Clave Gematría capaz de superar la concepción espacio-tiempo real y poder acceder a la visión del futuro, no menos inverosímil le resultaba aceptar que la lectura de un libro pudiera llevar a la locura. Había escuchado y leído muchas historias respecto a otros libros igualmente malditos, como fue el caso de *El guardián entre el centeno*, de Salinger, del que se dijo que en su interior se encontraban códigos secretos que con su lectura activaban

una parte del cerebro e incitaban a matar. Todo ello solo porque fue el libro de cabecera de algunos famosos asesinos de su tiempo, claro que también lo fue de otros muchos lectores que no asesinaron a nadie.

Era necesario buscar otro camino y decidió lanzarse a navegar en aguas más profundas... No habló del *Necronomicón* sino de *El Libro de los Árabes*, de la edición toledana del siglo XVII, de lo que ese libro podía ocultar. No quiso dar muchas pistas, pues según su padre eran muy pocos los conocedores de la Clave Gematría y quiso probarlo por sí mismo. Es posible que quien supiera sobre ello se hiciera notar ante un igual.

Durante horas pasó de web en web, de una comunidad a otra, del inglés al español y viceversa, hasta que el sueño y sus agarrotados músculos del cuello pudieron más y acabó en la cama.

A la mañana siguiente, Dorón continuó con su labor de seguimiento a Sandra, grabando y apuntando meticulosamente el recorrido y horario; esta vez era una dirección nueva, aunque la hora era la misma, hecho que no le pasó inadvertido. Si, como todo hacía parecer, era una de esas señoritas de compañía, ¿por qué siempre a la misma hora con los clientes? ¿Es que acaso se daba alguna confluencia planetaria que ejerciera un efecto de potencia sexual que a él no le afectaba? Recibió una llamada en su móvil. «¡Qué oportuno!», pensó Dorón al ver quién era.

—Buenos días, Carlos —saludó Dorón a su cliente, adoptando un fingido tono amable y relajado que ocultaba el poco aprecio que le despertaba.

—Buenos serán para ti.

Por el tono de la voz y el escaso encanto que desprendía, Dorón supuso que no había pasado una buena noche, o bien resultaba tan impresentable como parecía.

—¿En qué te puedo ayudar a estas horas de la mañana? —preguntó Dorón controlando las ganas de mandarle a ese sitio donde van los *comemierda*.

—Dame información, que para eso te he contratado —le exigió Carlos.

No cabía duda, su simpatía era verde y en algún momento de su existencia se la había comido un burro, dejándole huérfano de tan necesario atractivo.

—En eso estoy —le respondió—, pero hasta que no tenga la información suficiente para convertir mis hipótesis en pruebas demostradas no podré decirte nada.

—Déjate de filigranas verbales y consíguelas cuanto antes.

—Descuida, en cuanto las tenga te llamo. Ahora siento tener que colgar pero voy conduciendo y no quiero destinar mis honorarios a pagar multas —dijo Dorón en su deseo de dar por terminada la conversación.

—Pues instala un manos libres, que no son tan caros —le espetó Carlos.

—Lo tendré en cuenta. Adiós. —Cerró su móvil y continuó con la vista clavada en el edificio donde estaba Sandra.

Cada vez le gustaba más la idea de que esta le estuviera poniendo los cuernos no

por amor, que habría tenido un punto romántico: chica con novio rico quiere a chico pobre y ambos deciden jugársela al patán; sino por un puro carácter comercial: chica guapa decide explotar sus encantos porque le va la fiesta antes de casarse con tonto rico del pueblo.

Los minutos pasaron hasta que ella apareció por la puerta; Dorón cogió su mochila, se bajó del coche y continuó el seguimiento a pie, la vio entrar en el metro y tomar la línea 6, y se subió en el mismo vagón que ella pero separado por dos puertas. Durante el trayecto observó a Sandra intentando encontrar en ella un gesto, una actitud que ayudara a descifrar la razón de la doble vida que mantenía por las mañanas. Moverse en metro con su carpeta de apuntes no correspondía con el arquetipo de señorita de compañía a domicilio que puede llegar a cobrar doscientos euros por servicio, ni tampoco los lugares hasta donde la había seguido daban la impresión de alojar a clientes dispuestos a gastar ese dinero periódicamente; todo resultaba un tanto discordante.

Recordaba haber oído durante su época universitaria algunos relatos acerca de chicas estudiantes que, en sus ratos libres, se convertían en acompañantes de lujo de señores mayores o deportistas famosos y se decía también que cobraban un pastón, pero nunca llegó a cruzarse con ninguna y tampoco tuvo oportunidad de ver ningún BMW Z4 aparcado frente a la facultad.

Durante el recorrido la estudió meticulosamente; tenía un aspecto dulce, algo *lolita*, pensó, posiblemente un factor que, sin duda, le ayudaría a encajar en los deseos de los señores a los que visitaba. Sin embargo, su mirada resultaba limpia y su actitud sencilla, muy lejos de esas otras agresivas o felinas que se esforzaban por proyectar esas otras chicas que aparecían como invitadas en los programas rosas de televisión, obligadas por contrato a contar con qué famoso se habían acostado o a qué jugador de élite le habían hecho una felación en los lavabos de la discoteca de moda, para luego construir entorno a ello un acalorado debate de «interés público» lleno de morbo y desvergüenza. A más osadía de la chica invitada, más recorridos por cámaras y platós.

A simple vista, Sandra distaba bastante de parecer eso. Por otro lado, ese Carlos novio suyo parecía un tipo pudiente, de los que le regalan la tarjeta de El Corte Inglés a su chica para que se vaya a pulirla de vez en cuando y evitar así verse obligado a acompañarla durante las compras. ¿Por qué entonces su actividad mañanera de visitas a señores? Algo no encajaba.

Sandra se apeó en la estación de Ciudad Universitaria y recorrió a pie la Avenida Complutense hasta llegar a la Facultad de Derecho. Dorón la seguía a cierta distancia. Cuando ella entró en el edificio él aligeró el paso con el tiempo justo para ver el



momento en que hablaba con otra chica en el descansillo de la escalera y recibía unos papeles. Posiblemente fueran apuntes de las clases a las que no asistía por visitar a don Ramón y compañía, pensó Dorón tomando nota de la escena, luego la vio perderse escalera arriba, seguramente hacia alguna de sus clases siguientes. Ya había visto suficiente por hoy, regresó de nuevo al metro para recoger su coche. Era hora de conocer a algunos de sus clientes y don Ramón, el del ático, le parecía adecuado.

Junto a Derecho estaba Filosofía y Letras, su facultad; se detuvo frente al edificio en el que pasó los mejores años de su vida. Mantenía la esperanza de regresar como profesor porque era su verdadera vocación, pero continuaría firme respecto a su reflexión de la noche anterior y a la decisión de convertir su profesión actual de detective en un fin en sí misma y no un medio con el que sobrevivir. Si algún día llegaba la anhelada llamada de la docencia, lo dejaría todo para arrojarse en sus brazos, pero como ilusión vana ya no le servía.

Por la tarde pensó en pasarse por La Ilustración, pues la búsqueda durante la pasada noche de alguna pista que le permitiera encaminar su investigación sobre el libro había sido infructuosa. Disponía de decenas de referencias en Internet respecto al *Necronomicón* pero muy pocas respecto al ejemplar de *El Libro de los Árabes*. No estaría de más hablar de ello con su padre y tenía algunas preguntas que hacerle.

Lo encontró catalogando un ejemplar del siglo XIX de Desiderius Erasmus Roterodamus, más conocido por Erasmo de Róterdam.

—*Moriae ecomium*. Elogio de la locura. ¿Cómo lo has conseguido? —preguntó Dorón con admiración.

—Lo normal en estos casos: su dueño falleció y sus hijos prefieren el dinero. Lo estoy arreglando, ya tengo un comprador interesado en él.

—Un gran humanista —recalcó Dorón abriendo el libro y leyendo un párrafo.

—Demasiado para su época, por eso acabó su obra inscrita en el índice de Libros Prohibidos de su tiempo —dijo Isaac.

—Es lo que sucede cuando te pilla entre dos bandos enfrentados, reformistas y cristianos, y no te quieres mojar, como es de esperar acabas repudiado por ambos —apuntó Dorón.

—No estaba obligado, las dos posturas eran intransigentes y la intransigencia nunca se ha llevado con el humanismo —dijo Isaac rebatiendo el argumento expuesto por su hijo, luego se interesó por el estado de los Toledano—. ¿Sabes algo de Rachel?

—Es tu cliente, no el mío —apuntilló Dorón con una ácida sonrisa—. Supongo que seguirá muy afectada, como toda su familia. Les roban un libro valioso y descubren que les traiciona su doncella, a la que consideraban de la familia. ¡Menuda sorpresa!, es para dejarte hundido.

—Una traición siempre afecta; es una violación de la fidelidad y lealtad que debes a una persona y, cuanto más próxima a ti sea, más fuerte es el dolor que produce.

—«Amo la traición, pero odio al traidor», dijo Julio César, sin saber que él la sufriría en sus carnes —parafraseó Dorón.

—La historia está escrita a base de traiciones —matizó Isaac—. ¿Sabes cuál es el libro que más casos de traición cita? —No esperó a la respuesta de Dorón—. La Biblia.

—Por cierto, ahora que hablamos de libros, ¿crees sinceramente que nunca volveremos a saber de ese ejemplar? —preguntó Dorón, intentando percibir en su padre algún signo que le ayudara a encontrar un vestigio por donde seguir la investigación.

—Si está en manos de quien creo, dalo por hecho —su respuesta fue categórica.

—Me resulta difícil, hasta imposible diría yo, pensar que un grupo de poderosos hombres de negocios ansíe un libro que oculta una clave con la que puedes ver el futuro. ¡Vamos!, de novela juvenil si me apuras —sentenció Dorón con acritud—. Solo pensarlo ofende mi inteligencia.

—Entiendo tu postura, incluso la comparto. Pero lo cierto es que ese libro tiene un importante valor emocional para la familia Toledano por razones que solo a ellos les incumbe...

—Y que tú conoces —señaló Dorón cortando a su padre e intentando provocar que este hablara de su cliente, pero sin mucha fortuna.

—Eso no es un asunto que pueda incumbirnos.

A Isaac nunca le había gustado hablar a nadie de sus clientes, ni siquiera a su familia. Como anticuario de libros sabía que el secreto y la discreción eran normas de obligado cumplimiento en su trabajo, por eso incluso dosificó lo justo la información ofrecida a su hijo en cada momento.

—Está bien —dijo Dorón con resignación—, no hablaremos de tu cliente, pero hablemos del libro. ¿Es cierto que el *Necronomicón* estuvo prohibido por las autoridades de muchos países? —Sabía la respuesta porque durante su investigación en Internet lo había leído en varios foros, pero aun así quiso saber hasta dónde llegaba la seguridad que su padre tenía sobre la autenticidad del ejemplar robado.

—Y por todas las ramas eclesiásticas también —recalcó Isaac.

—¿Qué posee el libro que lo hace tan prohibido?

—Entre otras cosas —Isaac se quitó las gafas y las guardó en el bolsillo superior de su chaqueta—, una colección de fórmulas mágicas para invocar a los demonios y a otras fuerzas diabólicas. Recuerda su título original.

—*Al Azif* —indicó Dorón—, que designa los sonidos nocturnos de los insectos.

—Pero que en árabe antiguo representa los aullidos del demonio y explica cómo esos nombres tienen una fuerza especial que no se ve y que reside principalmente en el hecho de que son ininteligibles para la mente consciente y, por consiguiente, están especialmente adaptados para penetrar en el subconsciente y destruirlo.

—¿Por eso dicen que su lectura puede llevarte a la locura? —le admiraba que su padre estuviera tan puesto en ese tema—. Tú tuviste el libro aquí y todavía no te noto síntomas de demencia senil. —Vio en la expresión de su padre un gesto poco amistoso que le obligó a disculparse de inmediato—: Lo digo sin querer molestar en absoluto.

—Pues molestas absolutamente —se expresó Isaac con desagrado—. Y te recuerdo que el libro está escrito en latín, lengua muerta de la que yo penosamente poseo escasos conocimientos.

—¿Dónde ha quedado el racionalista que yo tanto admiro? —dijo en un intento por compensar su metedura de pata. Había temas que según suman los años, crecen las canas y emergen las arrugas, se convierten en tabú, y la demencia senil o el Alzheimer eran de esos.

—Yo también lo considero una soberana tontería —respondió Isaac—, pero recuerda que el libro fue solo una treta más de su autor para esconder lo verdaderamente valioso: la Clave Gematría.

—Ahora que lo dices, voy a charlar con mamá, seguro que ella tendrá una buena explicación cabalística para esa clave tan deseada —dijo Dorón saliendo de la librería. Se dirigió a su coche a recoger una bolsa.

Con la llave que siempre llevaba, Dorón abrió la puerta de la casa de sus padres, se dirigió a la cocina y halló a su madre sentada a la mesa con unas cartas de tarot extendidas y un libro abierto; tomaba notas sobre un bloc de hojas, y a su izquierda tenía una taza de té. Sin levantar la vista del papel sobre el que escribía, saludó a su hijo.

—¿Te importa si uso la lavadora? —preguntó él mostrando una bolsa con ropa sucia que llevaba en la mano.

Anne le vio allí plantado frente a ella, hecho ya un hombre del que se sentía orgullosa, viviendo solo pero necesitado de mantener el lazo familiar.

—¿La tuya no funciona?

—Sí —respondió Dorón—, pero esta la deja mejor.

—Ya —señaló su madre volviendo a sus apuntes—. Ponía ahí, luego la lavaré con cosas de tu padre que tenía pendientes hasta que pudiera llenarla.

Dejó la bolsa donde le indicó y se sentó también a la mesa.

—¿Me invitas a un té o estás muy metida en la lectura?

—Sírvete —le dijo su madre—, la tetera está caliente, pero si te vas poner del mío necesitarás calentarla un poco más.

Dorón encendió la placa de vitrocerámica sobre la que estaba colocada la tetera.

—Sigues con tu fidelidad al té blanco —dijo Dorón abriendo el cuenco de porcelana en el que su madre guardaba el té en rama.

—Es el que más me gusta —dijo ella mientras consultaba en un libro el

significado y posición de los naipes abiertos sobre la mesa.

—¿Porque te gusta o porque crees firmemente en sus poderes rejuvenecedores?

—Ambas cosas. Y además de estar bien, tiene tanta vitamina C y E como dos zumos de naranja, así que eso que gano.

Dorón rellenó el infusor con una ligera cantidad de té en rama justo en el momento en que pitaba la tetera; lo introdujo en la taza, le añadió agua y lo dejó reposar por espacio de dos minutos, tiempo suficiente para que el líquido adquiriera el aroma de las hojas con todas sus propiedades. Por último le añadió un palito de madera con una pequeña bolita de azúcar morena en su punta y esperó a que se deshiciera para utilizarlo como removedor.

Después de tantos años de verla encerrarse en la cocina con sus cartas de tarot, su libro de *La Cábala* y sus apuntes, ese momento le pareció distinto a todos los demás, resultaba un instante ajeno al tiempo. La recordó cuando era niño, sentada en ese mismo lugar repasando los ejercicios de sus alumnos mientras él hacía su tarea de la escuela; solo faltaba su hermana danzando inquieta alrededor metida en soliloquios con sus muñecas. Recordar esas imágenes le producía un efecto relajante y valioso después de la tensión sufrida con los casos de Sandra y el libro.

Estaba allí no tanto para lavar su ropa, que bien podía hacerlo en su casa con su lavadora, sino para hablar con su madre acerca de las dudas que le acosaban sobre todo lo oído respecto al libro en los últimos días.

—Mamá, ¿puedo preguntarte algo?

—Sabes que no me gusta leer las cartas a nadie, solo las estudio —respondió Anne pensando que se refería al tarot.

—Hay momentos en los que necesito escuchar tus palabras y este es uno de ellos.

—Me gusta lo que has dicho, pero eso significa que no meditas con frecuencia; tantos años enseñándote y ahora, que es cuando más provecho puedes obtener, lo abandonas —le recriminó ella maternalmente.

—Lo hago mamá, lo hago —movió el palito de madera dentro de la taza y dio un ligero sorbo a su té.

—Pero no a diario, como siempre te he dicho. Ven mañana y haremos antes un poco de yoga. —Le observó con detalle, se frotó las manos y extendió una en dirección a Dorón sin llegar a tocarlo—. Hasta siento tu tensión.

—¿De verdad estás tan convencida del poder de las palabras? Ya sé que lo hemos hablado muchas veces, pero sabes lo pragmático que soy —le dijo, queriendo entrar en harina respecto a sus dudas.

—Soy una estudiosa de *La Cábala*, ¿sabes por qué? —le dijo Anne sonriendo—. Porque el lenguaje es creador y *La Cábala* contiene todos los textos, todas las combinaciones que pueden darse para crear otros mundos y otras realidades.

Dorón tenía claro el convencimiento de su madre, era el suyo el que le preocupaba. Encontraba una lógica en sus palabras pero no acababa de distinguir bien si era solo producto de su cultura hebrea.

—Los lamas —terció él—, dicen que el nacimiento del lenguaje fue el verdadero nacimiento de la humanidad. Según ellos, los sonidos no son lo que constituye una conversación, son la fuerza que te lleva a la creación de una imagen en tu mente.

—Buena razón tienen —señaló su madre abandonando lo que estaba haciendo para dedicar su atención a las reflexiones de su hijo; estaba allí para eso y no quiso decepcionarle—. La pregunta sería, ¿en qué espacio y tiempo se halla esa imagen? Porque es de eso de lo que quieres hablar, ¿verdad? De la Clave Gematría.

—Lo siento, me cuesta entender que exista una clave de palabras capaz de llevarte al futuro —dijo Dorón con la vista perdida en su taza de té.

—Hay lenguas que guardan palabras todavía ocultas. Te recuerdo que el hebreo más antiguo no tiene vocales y, por tanto, aún es posible obtener una considerable cantidad de palabras desconocidas.

—Me tranquiliza saberlo —dijo Dorón llevándose una mano al pecho—, porque el libro está en latín.

—¿Ves? Es ahí donde la pragmática te pierde. La clave no tiene por qué ser en latín, ni tampoco en hebreo, puede ser una conjunción de factores capaces de llevarte a otro plano, como el silencio, la soledad, la alimentación, la respiración, el equilibrio del plano físico y del plano espiritual —dijo descansando su torso en el respaldo de la silla y cruzando los brazos al tiempo que se los frotaba—. Además, para tu mayor conocimiento, antiguamente en las comunidades judías existía junto al gran Rabino la figura del *tzadikim* o santón, al que el Altísimo le había otorgado la condición de ejercer el *Olam Ha-Ba* o visión del Más Allá. Hay quien dice que, en algunos centros religiosos que siguen la tradición más antigua y profunda, existen todavía esos santones.

—Entonces, ¿para qué la gematría?

—La Clave Gematría a la que se refiere ese libro es muy avanzada y de eso este otro —le señaló *La Cábala*—; te puede ayudar mucho.

—¿Me puedes avanzar un poco como experta en la materia?

—Haré otra cosa mejor —dijo ella. Se levantó y salió de la cocina para regresar un momento después con un pequeño ejemplar en su mano—. Toma, léetelo, esto te ayudará a entender.

—Lo haré con gusto —dijo Dorón recogiendo el libro—. Bueno, ya que vamos de lectura, ¿me las lees? —preguntó Dorón señalando las cartas del tarot que su madre estaba recogiendo para guardarlas en su tapete de fieltro azul en el que las envolvía.

—Mejor vamos a cenar que ya llega tu padre.

Dorón puso su taza de té en el fregadero y luego abrió uno de los armarios de la alacena del que extrajo una botella de vino; la abrió, cogió una copa y se sirvió. En ese instante regresó Anne.

—¿A tu madre no la sirves? —le preguntó, acercándose al frigorífico y sacando una bandeja que colocó sobre la encimera—. Recuerda *El Cantar de los Cantares*:

Mejores que el vino son tus amores.

Dorón cogió otra copa y sirvió en ella para luego ofrecérsela a su madre.

—¿Qué hay de cena? No me lo digas —dijo echando una rápida ojeada al plato y haciendo muecas de desagrado.

—*Moussaka* —dijo su madre conectando el horno.

—¿Pedimos unas *pizzas* de peperoni? Invito yo.

—Sabes que no es *kosher*.

—¿Cuándo vas a liberar tu estómago de la tiranía de la religión?

La puerta de la casa se abrió y entró Isaac, que se dirigió directamente a la cocina y, al verles a ambos con copas en la mano, se apuntó a la fiesta.

—Ponedme una, voy al baño y vuelvo enseguida.

Arme introdujo el plato dentro del horno y puso el mantel sobre la mesa a la par que Dorón servía vino en una copa para su padre.

—En un cuerpo sano reside un espíritu sano —dijo Anne—. ¿Has olvidado lo que significa la palabra *kosher*?

—¿Es un examen? —preguntó él mientras observaba el cuidado de su madre por los detalles disponiendo la mesa.

—Con nota —respondió ella.

—Apto para el consumo siempre que se siga las normas y preceptos dictados por la Torá. Se permite el consumo de la carne de animales cuadrúpedos si son rumiantes y tienen la pezuña hendida como el buey o el cordero, y algunas aves como la gallina, el pavo o el ganso. También aquellos pescados que tienen a la vez aletas y escamas, y así hasta aburrirse —finalizó Dorón con desgana.

—Se te olvida lo más importante, ¿acaso te parece opresor sacrificar el ganado y las aves de un modo que no sientan *shock* ni tampoco gran dolor? —le reprochó Anne—. Preceptos como ese tienen mucha sabiduría. Cuarenta años andando por el desierto huyendo del faraón debieron enseñarnos algo acerca del cuidado de la comida, ¿no crees? —quiso zanjar Anne.

—Indulgencia debió enseñarnos también —dijo Dorón con ironía—; ¿cómo se puede rechazar el jamón de bellota o las angulas?

Fue Isaac, que en ese momento entraba en la cocina, quien respondió aceptando la copa que su hijo le ofrecía.

—Esos, aunque no los prohibiera La Torá, lo prohíbe su precio.

—¿Ves qué gran sabiduría guarda ese texto? —replicó su madre señalando a Dorón con el dedo.

—Por curiosidad —le preguntó su padre—, ¿qué guarda tu frigorífico en estos momentos?

—Recuerda —respondió Dorón con ironía—. «En la casa del justo hay muchas provisiones, pero en la del impío hay desbarajuste». Mishlei / Proverbios 15:6.

El timbre del horno sonó y mientras ellos se sentaban a la mesa, ella extrajo el plato del horno y lo colocó en el centro.

—Habrías sido un buen rabino —sentenció su madre.

—Si no fuera tan agnóstico —matizó su padre.

—Soy agnóstico y me viene de sangre. Además, ¿qué se puede esperar de una religión que me pide seguir 613 reglas? Otras con 10 ya se les hace pesado a los suyos —protestó con fingida vehemencia, sirviendo más vino en las copas.

—Te recuerdo que esos preceptos están, como decía Maimónides, para eliminar la maldad e inculcar conductas buenas y apropiadas —replicó Anne.

Isaac levantó su copa con la solemnidad que para él tenía siempre un brindis sincero, y más cuando este se hacía en familia.

—*Lejaim!* —exclamó.

—*Lejaim!* —siguieron a coro madre e hijo.

Anne sirvió los platos y comenzaron la cena sin más protocolo. Dorón levantó su mano en un acto bien conocido por su padre. Tanto a Isaac como a su hijo les gustaba jugar con la ironía a base de pequeños chistes; Isaac le dio la palabra ceremoniosamente.

—Un joven judío llega a su sesión con su psicoanalista también judío —comenzó Dorón—, y el joven le dice: «Tuve un sueño muy extraño anoche. Escuchaba a mi madre que me hablaba y hablaba y de repente la vi, ¡y tenía su cara, doctor! Me he levantado, he desayunado un pedazo de tostada y he venido directamente a verle. ¿Qué significa mi sueño?». El psicoanalista le mira fijamente y le espeta enfadado: «¿Un pedazo de tostada, dices? ¿Y llamas a eso un desayuno?». —Los tres rieron con gusto.

—Sé que lo dices por mí —dijo su madre—, pero no me daré por aludida. Ahora seré yo quien os cuente una historia de la familia.

Padre e hijo chocaron las palmas de sus manos en una clara muestra de triunfo; nuevamente habían conseguido que Anne les amenizara con uno de sus relatos.

—No menospreciéis el valor de las mujeres, ni enaltezcáis vuestra condición de hombres como seres superiores, porque al fin y al cabo un hecho hay que es irrefutable, nosotras podemos prescindir de vosotros para procrear, solo necesitamos un sencillo esperma, que por cierto cada vez es más escaso, mientras que vosotros necesitáis un óvulo en el que fecundarlo y un vientre en el que alojarlo, y para eso el vuestro no sirve.

—No divagues —dijo Dorón ansioso por escuchar el relato—, ve al grano. ¿A quién vamos a conocer hoy?

—Ya que siempre andas renegando de los preceptos, te contaré lo que ocurrió con Yacob Haleví Bratzlav, un judío piadoso de Tsyblí, un *shtetl* o poblado de gente pobre y campesina cercano a Pereyaslav.

—De donde procede nuestra familia —comentó en tono jocosos Dorón, sabiendo que provocaría la reacción inmediata de su padre.

—La mía no —sentenció Isaac—, yo soy sefardí.

Anne, como siempre, pasó por alto sus palabras y comenzó el relato, al que llamó

Los 613 mitzvot:

*Eran los inicios del siglo pasado cuando estos hechos ocurrieron. Yacob Haleví Bratzlav ocupaba una humilde casa en el pequeño poblado de Tsyblí, con su mujer y sus cuatro hijos, tres de ellos varones más la pequeña Estela, de apenas seis años. Como a la mayoría de los judíos del lugar, no se les permitía poseer tierras propias, pero él había acordado el arriendo de un pequeño terreno que dedicó a la siembra y cultivo de patatas.*

*A pesar de no ser culto, era hombre amante de la música, un klezmer que fabricaba algunos instrumentos propios y tocaba la flauta y el violín. Solía sentarse por las tardes después del trabajo a tocar melodías que se sabía, o bien improvisaba a ver qué salía. Por demanda de otros miembros de la comunidad, fabricó más instrumentos y llegaron a componer una klesmorin, una pequeña orquesta que amenizaba las festividades compuesta por tambores, chelo, flauta, clarinetes, violines, guitarras y fifes.*

*Yacob Haleví era un buen hombre, vivía de forma recta y acataba la ley. Además de las labores del campo, fabricaba ricos quesos que vendía en el pequeño mercado del pueblo. Después de haber hecho su Daven en Shemona Esray, las bendiciones con las que abría el día a muy temprana hora, iniciaba su faena ordeñando sus dos vacas, una era Bahama Olenka, dócil y tranquila a la que solo le faltaba hablar, y la otra Almoona, que significa viuda, porque esta segunda se había emparejado en su tiempo con un buey de un poblado cercano con el que no tuvo muchos más encuentros porque un triste día desbarrancó tirando de un carruaje de pesada carga y allí mismo murió.*

*Cada mañana hablaba con ellas, les acariciaba el morro y les pedía con ternura que le alegraran el día con una buena provisión de leche. Luego, tanto su mujer como sus dos hijos mayores elaboraban los quesos en un pequeño cobertizo que habían levantado a un costado del corral, donde disponían los moldes y procedían al cuajo, secado y embalaje en rústica tela de saco.*

*El secreto de sus ricos quesos estaba en añadirles suero de patata y cubrirlos finalmente con polvo de patata seca, así quedaban más compactos. Todo esto era realizado en el más estricto procedimiento kashurt para que luego pudiera ser considerado kosher y, por tanto, apto para su consumo por el resto de la comunidad judía.*

*Cumplía con la enseñanza y recitaba la Shemá tres y cuatro veces al día como frummer que era y respetaba los preceptos, usaba traje con tallit y su chaleco de tefillin estaba compuesto de 600 flecos, en las esquinas 8 hileras y 5 nudos que sumados hacían los 613 mandamientos que debe observar un buen judío según La Torá. También se hacía tocar su cabeza con la yarmulka.*

*Dos veces por semana, antes de la Minchá, su oración al caer la tarde, Yacob recorría los barrios más humildes, incluso fuera del ghetto, y repartía lo que había*



sobrado de la venta entre lisiados, huérfanos y enfermos. No importaba que los beneficiados no fueran judíos; eran personas necesitadas y eso era suficiente para él.

Algunas noches invitaba a los vecinos y amigos a tomar té y les brindaba un concierto que por supuesto era bien recibido por todos, incluidas Almoona y Behama Olenka. Si era verano, la reunión se alargaba y la música podía escucharse mirando las estrellas. Pero no así en las crudas noches de invierno, con el cielo completamente gris por el manto de nubes que solían descargar una espesa nieve que caía sin cesar y que, con frecuencia, era acompañada de heladas que obligaban a retirar de las ventanas y cornisas de la casa carámbanos de hasta cinco y seis centímetros de grosor.

Se cambiaba de muda tres veces por semana, dos si era invierno, porque lavarla y cuidar de que esta no se congelara y rompiera mientras secaba no era tarea fácil para su pobre esposa. Eran tiempos en los que la gente humilde no podía permitirse el lujo de perder una camisa blanca de oración. Se aseaba como manda la ley del Señor para saludar al día y se iniciaba en las labores de la granja.

La vida era siempre dura, pero el verano en el shtetl era reconfortante. El verde pasto llenaba los montes y en las veredas de los caminos nacían preciosas flores silvestres como camomilas blancas y amarillas, lavanda, cinerarias, margaritas y amapolas. Nacían sin orden ni concierto, sin que nadie las plantase o lo pidiese; eso era lo más hermoso, ellas brotaban y se convertían en un deleite para los ojos.

Muy por el contrario, cuando caían los meses de invierno, además de venir cargados de nieve también venían cargados de fuertes impuestos promovidos por el Zar que los Cosacos se encargaban de cobrar solicitando un extra si el poblado donde lo pedían era un shtetl.

Esos soldados violentos, borrachos y pendencieros decidían pasarse algunas veces por allí y exigir, con su peculiar modo y manera, un impuesto «no reglamentado». Quien se negaba a pagarlo era pasado a sable sin más miramientos, y quien no podía hacerlo corría igual suerte. En ocasiones sustituían el acero por la soga, pues para ellos resultaba un entretenimiento colgar a un pelirrojo con crenchas y verle expirar mientras recitaba sus últimas oraciones. De esta forma, todos los demás judíos pagaban cuanto tenían ahorrado para no seguir el mismo camino.

La mujer de Yacob siempre guardaba un dinero por si alguna vez aquellos bárbaros aparecían. Y eso fue lo que sucedió una negra noche en que fueron sorprendidos con su llegada. Cargados de alcohol y violencia, sacaron al pobre Yacob de su casa en presencia del resto de su familia, y entre risas e insultos le propinaron patadas y lanzaron escupitajos. Su esposa les suplicó, les rogó que lo dejaran, les ofreció el dinero que tenían y quiso darles sus dos vacas, pero ellos solo buscaban diversión.

*Sin piedad alguna, lo colgaron y lo dejaron atado al mismo árbol que en verano les daba sombra. Yacob sucumbió y dejó de moverse.*

*Los Cosacos robaron todo cuanto encontraron y se fueron con el mismo ruido con el que habían venido. Tras ellos, todo quedó en silencio. Uno de los hijos corrió y tomó por las piernas a su padre ahorcado, elevándole como pudo mientras el otro cortaba la cuerda; con ayuda de la madre lo bajaron y lo depositaron en el suelo, pero la sorpresa fue mayúscula cuando vieron que Yacob aún vivía.*

*La noticia corrió como reguero de pólvora por todo el poblado y hasta vino el Rabino de la comarca para verificar que Yacob había sobrevivido al ahorcamiento. De hecho, cuando llegó a la casa este se encontraba comiendo matzots con quesos de su propia elaboración y un puñado de uvas con un deleite que le sorprendió.*

*El hecho fue considerado un gran milagro, era la primera vez que sucedía algo así y muchas familias de víctimas podían dar fe de ello, por lo que el Rabino no pudo menos que reconocer la buena nueva. Yacob había sobrevivido al ahorcamiento de los cosacos y se encontraba en buen estado salvo por la horrible marca en el cuello que la soga le había dejado y una ligera inclinación izquierda de su cabeza. Todo superficial, estimó el Rabino al ver cómo Yacob hablaba, comía y sobre todo se mostraba de muy buen talante.*

*En los días sucesivos, la familia Halevi Bratzlav tomó la decisión de marchar a Polonia; el viaje sería largo, tendrían que abandonar todo lo que habían logrado levantar a base de mucho esfuerzo, pero no quisieron exponerse a una nueva razia de la que con toda seguridad no volvería a disfrutar de la suerte que había tenido esta vez.*

*Habían oído que en la ciudad de Varsovia los judíos eran un poco mejor tratados, se les permitía hacer su vida e incluso podían estudiar en la universidad como todos los demás, salvo que tenían prohibido caminar sobre la acera y debían hacerlo por la calle como los semovientes. Eso sería un mal menor si se comparaba con la crueldad de los pogromos llevados a cabo por los cosacos.*

*Yacob negoció la venta de los pocos bienes que tenían, así como sus aparejos y la «receta secreta» para la elaboración de los quesos. El rabino pasó nuevamente por su casa y preguntó qué haría con las dos vacas lecheras.*

*«Quiero dejarlas debidamente colocadas, pero solo las venderé el miércoles, antes no pueden venderse».*

*«¿Por qué no?», preguntó extrañado el rabino.*

*«Porque así lo dice la Ley del Señor».*

*El Rabino se fue a su casa y buscó el libro de las leyes, pero no encontró ninguna regla que impidiera vender animales en otros días que no fueran miércoles, no obstante pensó que había que buscar más y que seguramente Yacob obraba con tino; cómo no hacer caso de un hombre siempre tan observador de los preceptos y sobre*

todo que había dado muestra de que el Señor le amaba, pues luego de ser ahorcado sobrevivió.

Pasaron los días y Yacob mostró un conocimiento tan exhaustivo de la Ley que un séquito de fieles tomaban debida nota a la puerta de su casa.

«En domingo», decía él, «no se pueden comer fresas porque son dulces y el Señor prohíbe este manjar en nuestro primer día de trabajo de la semana. Cuando dé a luz la mujer de un Rabino jamás se podrá hacer los honores con flores o miel. Prohibido queda ese mismo día si el nacido es niña tomar manzanas con miel, y si es niño habrá que llevar el regalo cubierto en piel de cordero».

La gente que escuchaba con atención preguntaba qué leyes eran esas y Yacob las referenciaba con su número correspondiente.

«La 425», indicaba, «si dudáis id a verlo en el Libro de los Mandatos».

Mientras esto hacía, una mujer entrada en años y en carnes sintió un desmayo y pidió un té para pasar el sofoco, pero Yacob preguntó su edad.

«Cuarenta y cinco», respondió una vecina de la desmayada.

«Pues entonces no deberá ingerirlo, porque después de las tres de la tarde la Ley prohíbe el uso del té en aquellas personas que hayan pasado los cuarenta y estén entradas en carnes».

La mujer sofocada abrió los ojos y se repuso al instante, luego cogió su bolso y se marchó de allí preocupada y ofendida por lo que había escuchado en boca de quien a la muerte había despistado y se dirigió a casa del Rabino; quería saber en qué parte y por qué la ley impedía tomar té a las mujeres mayores de cuarenta.

El Rabino estuvo buscando acuciado por la señora, que no paraba de exigirle respuesta, hasta que cansado de su impertinencia le solicitó paciencia y tiempo para encontrar la respuesta.

«Yo la buscaré y se la notificaré», dijo el Rabino con templanza, «pero es casi seguro que dicha ley existe si él lo dijo, es un hombre piadoso y buen conocedor».

Unos cuantos vecinos más de Tsyblí decidieron emprender el viaje y emigrar a Varsovia junto con Yacob, pero antes de iniciarlo les dijo que tenían que llevar un calzado de piel de vacuno y enfundar sus pies en buena lana, algo que todos interpretaron de forma prudente; luego continuó señalando que las mujeres que hubieren dado a luz recientemente les estaba prohibido emprender el viaje en forma alguna hasta pasados los cuarenta días del alumbramiento, y mucho menos dar el pecho a los bebés sobre medio de transporte en marcha.

Las gentes se sintieron confundidas y empezaron a buscar en los libros dónde se decían o señalaban tales mandamientos, pero no los encontraron y nuevamente fueron con el Rabino, quien cansado de tanta búsqueda se dirigió a casa de Yacob con el firme propósito de descubrir de dónde partía tanta sapiencia.

«¿Dónde dices que está escrito eso?».

«Versículo 460: “Prohibido que ninguna mujer viaje con un niño de pecho”», respondió, para luego continuar: «Versículo 261: “Prohibido lavar las barbas si estas se hubieren congelado en las montañas”. 536: “Jamás se beberá vino si se toma pan con miel en la tarde de los miércoles habiendo sol en el cielo”».

El Rabino, bastante perplejo por el aplomo con el que respondía y declamaba la Ley, tomó nota y fue inmediatamente a la casa de estudio del Séder a buscar entre los mandatos dónde se decían o señalaban tales reglas, pero no las encontró. Aun así continuó buscando porque en algún lugar deberían estar escritas. Yacob las había recitado con tanta seguridad que resultaba difícil no creerle.

Volvió al día siguiente, la noche antes de la partida para el largo viaje a Varsovia. Yacob ya tenía todo dispuesto. Tocó su violín y se hizo acompañar de los miembros del Klesmorín, tocaba la melodía tan delicadamente que al Rabino no le quedó duda de que si él lo decía, en algún sitio debía estar escrito. Pero de repente paró.

«No puedo seguir tocando el violín porque hoy comí dátiles y si se come dátiles no se debe tocar el violín», exclamó.

«Yacob, creo que dicha regla no existe, jamás he escuchado que estuviera prohibido tocar el violín si se ha comido dátiles», señaló el rabino sorprendido.

«¡Sí, está prohibido!», le increpó Yacob perdiendo el talante tranquilo y dócil que había mostrado hasta ahora. «Lo recuerdo bien».

Ante tal actitud el Rabino le desafió.

«¿Dónde figura semejante regla?».

«La 141 dice que se prohíbe tocar cualquier instrumento de cuerda si antes se ha ingerido dátiles».

«Estás mintiendo, Yacob, no hay nada así escrito».

Todos los allí presentes estaban aturridos por la escena que ante sus ojos se estaba dando. Yacob recuperó la calma.

«En ese caso, demuéstreme que no lo es».

«Lo haré», contestó el Rabino, y luego, dirigiéndose al resto del grupo, añadió: «Mientras tanto podéis seguir comiendo dátiles con naturalidad».

Por si fuera o no cierto, ninguno de los presentes lo hizo y se excusaron alegando que ya estaban saciados. Yacob cambió el violín por otro instrumento de viento y el resto del grupo sustituyó también los de cuerda por acordeones y flautas; era la última noche que pasarían en Tsyblí, al amanecer se irían con destino a Polonia.

Pasó el tiempo y nunca se pudo saber si el Rabino acabó encontrando la prohibición con la que dar la razón a Yacob o bien ponerle en su sitio. Lo que sí se supo con el tiempo es que Yacob logró llegar a Varsovia y asentarse con su familia en el barrio judío cerca de los cementerios, en la calle Mlynarska, que era donde se acababan instalando todos los que provenían de Ucrania y donde la miseria se hacía más patente con familias hacinadas en cuartuchos húmedos en los que llegaban a convivir doce o quince miembros.

*Todos en la ciudad hablaban de un hombre piadoso que había perdido la cordura en un ahorcamiento en Tsyblí y que, en lugar de que su mente divagara por extraños recovecos, solía recitar los 613 preceptos que en su locura había creado; desde luego era su ley. Un ser tan sensible y humilde como él tenía un solo entender, que no era otro que servir al Señor.*

*Los chicos que corrían a la vera del Vístula solían bromear cantando esta canción batiendo palmas:*

*«Chain Yankel es Yacob el klezmer de Chelm y loco a la vez, que dicen fue ahorcado una vez y dos de tres y ahora parece comer muy bien.*

*Chain Yankel no quiere venir, él tiene sus reglas las cuenta también que dicen fue ahorcado una vez y dos de tres y ahora parece comer muy bien.*

*Clap, clap, clap, aplaude otra vez, repite conmigo lo que diré:*

*Velas no, jamás encender, si llueve afuera pues no escampará.*

*Es viernes y no debes ver, tu sombra reflejada en un ningún cristal.*

*No, no debes tomar tazón de té, si más de cuarenta has de tener.*

*Mal está comprar o vender para ganar si lo has de hacer un jueves de nisan.*

*También prohibido debe quedar, escuchar baladas en el portal.*

*Quiero reír o quizá llorar al ver a Chain Yankel por mi lado pasar.*

*Allí viene, se llama Yacob y dicen que fue ahorcado una vez o dos.*

*Ama a los niños y corre con ellos calle abajo, salvo los días de trabajo.*

*Chain Yankel es Yacob, el klezmer de Chelm y loco a la vez que dicen fue ahorcado una vez y dos de tres y ahora parece comer muy bien».*

Anne terminó su narración recordando algunas otras que, si bien no eran reglas de la Ley, se respetaban como tales.

—Lo cierto es que todavía mi madre solía tener miedo de silbar por las noches porque Yacob decía que atrae al demonio; o de barrer la casa cuando se va el sol porque se va el dinero, o de poner la escoba tras la puerta porque entra la mala suerte, o de pasar debajo de una escalera porque se va el amor.

—O besar al novio después de tomar sal —indicó Isaac entre risas.

—Por supuesto —apuntó su esposa—, es mejor besarle siempre después de haber tomado galletas de jengibre y azúcar morena.

—Así cualquiera —replicó su marido.

—Jamás se deben poner caracolas de mar en las casas con mujeres solteras porque se quedan sin casar —siguió Anne.

—Las mujeres hermosas no deben verse en el espejo después de las doce en las noches de luna llena, porque Lillith les roba su belleza —apuntó Isaac.

—Por eso en casa los cubríamos —dijo su esposa.

Dorón se mantuvo en silencio, admirado ante aquel duelo artístico entre su padre y su madre.

—¿Quiere eso decir que puedo yo también invocar preceptos que puedan convenir a mis intereses, sabiendo que nadie se va a acordar de los 613? —preguntó Dorón.

—Eso hoy día no sería posible —indicó su madre—, porque rápidamente iría al ordenador y los buscaría obteniendo la respuesta en segundos. La tecnología también es una buena aliada.

—Es una pena, por un momento pensé que podría ser más listo que la ley.

—Más listo es posible, más sabio imposible —indicó Anne.

—Es hora de irse a la cama —dijo Dorón levantándose de la mesa y mirando su reloj—, mañana nuestra existencia, con o sin preceptos, deberá seguir su camino —estiró los brazos y se desperezó con lentitud. Antes de despedirse se dirigió a Isaac—: No he abandonado la búsqueda del libro, de manera que si te llega algún chisme, dímelo, yo sigo buscando.

Su primera intención fue dirigirse a casa, pero durante el trayecto Madrid le pareció hermosa y seductora. Si el fin de semana la noche madrileña se convertía en un torbellino de sexo, alcohol y Rock&Roll, la de los martes era misteriosa, sugerente y divertida, solo para elegidos. A esas horas la movida estaría por Jardines o Caballero de Gracia, donde seguramente encontraría a sus amigos; no eran los del barrio, ni los del colegio o de toda la vida, sino esos otros que propicia la complicidad al amparo de la noche golfa y gamberra.

No tenía prisa y quiso recrearse con la ciudad iluminada y en relativa calma, subió conduciendo hasta coger la Gran Vía desde la misma Plaza de España. Coincidió con la hora de salida de los espectáculos musicales que ahora ocupaban la calle y la habían convertido en el Broadway madrileño. Ya no era necesario visitar el West End londinense para ver un musical de calidad, ahora en ese mismo tramo se podía elegir entre tres o cuatro diferentes. Mientras un semáforo en rojo le retenía parado, observó la gente y pudo apreciar con gusto cómo los madrileños seguían considerando ir al teatro un acto social de postín para el que adornarse y lucirse.

Madrid es una ciudad donde la semana tiene siete días y diez noches, un lugar donde pueden conjugarse y llevarse en armonía desde el ambiente más *cool*, hasta el más *freaky*. Todo cabe y además se respeta. Aquí la movida va por barrios: Chueca, Malasaña, Castellana, Lavapiés, Latina... y así hasta perderse. También va en función de cómo se tenga el cuerpo en el momento. Él no era de ideas fijas, ni de una sola tribu, le gustaba frecuentar ambientes dispares donde la oferta pudiera deparar sorpresas agradables. Había noches en que le gustaba ver a sus conocidos y otras en las que el cuerpo le pedía salir de *doctor Livingston, supongo*, como él lo definía.

En su primer garito se encontró, en plena *jam session*, con un buen directo de un grupo de músicos enfrascados en un *rhythm and blues* más que respetable. En la barra coincidió con Charly, monologuista que solía actuar periódicamente allí y que

disponía de una frescura insuperable para describir las escenas de la vida cotidiana desde la perspectiva del desenfado; era capaz de convertir un viaje en metro a las ocho de la mañana de un día cualquiera, en un viaje espacial alrededor de la Tierra. Al cabo de un rato, se habían sumado Sergio y Leticia, cada uno de mundos diurnos distintos y bien separados pero que la noche unía.

Mucho se habla de Madrid y si bien no posee puerto de mar, sí puede vanagloriarse de disfrutar de un ambiente porteño en toda regla en el que la gente llega y se integra de inmediato, nadie pregunta de dónde eres ni adónde vas; estás y eso es lo que importa. No se exige tener una bandera, una lengua, un destino en lo universal, solo se pide que participes, que sumes, que aportes ese kilo de creatividad que llevas dentro y lo compartas con el resto, porque en la noche madrileña se ve aquello que más tarde se verá en la calle, en el metro y en el resto del país.

Alguien de entre los presentes fue invitado a subir y le ofrecieron una guitarra. Con ese punto de timidez que tiene quien sabe que posee un don pero le falta confianza, se acopló con los músicos y se dejó caer con un sonido que arrancó aplausos de todos, incluida la propia banda.

Las dos horas que pasó allí se fueron deprisa, pero a Dorón le gustaba alternar y cambiar. Su siguiente parada era otro bar próximo de ambiente muy diverso; esa noche había *performance* y allí estaban sobre el escenario Delia, Dalia y Dulia, las Virtudes Ocultas, un trío de drags con estética *Barbie* y plataformas que montaban un *show* escandaloso, provocador e irreverente en el que castigaban con crudeza a los machos muy machos. Solían contar con la complicidad del público y en alguna ocasión hasta Dorón, amigo de ellos, había sido el blanco de sus comentarios deslenguados. Eran tres jóvenes con ganas de expresarse que, por la mañana y con pocas horas de sueño, tendrían que incorporarse puntualmente a sus respectivos trabajos como muchos otros de *los* que aplaudían.

Se encontró con Mara en la barra; seguía estando espléndida y más con el disfraz de gata felina que llevaba: una malla de látex que le cubría por entero de pies a cabeza y que dejaba resaltar todas las curvas de su cuerpo; en la comisura de su boca unos finos bigotes felinos que habrían sido la envidia de Nech. Pero, como nada es perfecto, también estaba pegada a su novia, que no le quitaba el ojo de encima; un breve cruce de besos y palabras con ambas y acordaron verse más tarde en la fiesta de disfraces.

Junto a la barra se fue creando un grupo al que iban sumándose y restándose gente conocida. Fue un rato agradable con conversaciones distendidas en las que repasar deseos y proyectos, intercambiar información y opiniones sobre lo último que se había degustado, visto o leído. Conversaciones intrascendentes que no hacían daño y de las que muchas veces surgían interesantes propuestas y hasta proyectos ilusionantes. Era una forma de tertulia adaptada a los nuevos tiempos en la que no se pretendía arreglar el mundo sino que, más bien, se soñaba con diseñar uno nuevo.

La fiesta de disfraces era en la otra punta de la ciudad. Cruzó la Plaza de Cibeles,

siempre en pose majestuosa para dar satisfacción a los cientos de fotógrafos que diariamente la immortalizaban. La vista que él siempre recomendaba era la que podía tomarse desde la reja del jardín del Cuartel General del Ejército; permitía un encuadre que integraba la fuente de la Cibeles, el Palacio de Comunicaciones y, al fondo, en la parte alta, la Puerta de Alcalá. Subió el Paseo de la Castellana hasta pasar el Santiago Bernabéu y estacionó en el primer lugar que halló libre cerca de la sala a la que iba.

No es que fuera carnaval o que tuviera que existir una razón de peso para organizar una fiesta de disfraces un día entre semana, era simplemente una excusa más para divertirse y pasarlo bien. No llevaba disfraz y Mara le pintó un bigote que no sabía si podía ser de Hitler o de Chaplin, pero por si las dudas le pidió uno doble y se decantó por Groucho.

Buena música, buena gente y buen ambiente, todo en su justo punto. Pasadas las seis de la mañana ya se comentaba cómo sería la siguiente fiesta, aunque nadie sabía cuándo ni dónde sería. Como siempre, la sorpresa estaría por llegar.

Se habló de una más privada y con contraseña en otra parte de la ciudad, se dividieron en los coches y para allá se fueron. Era un piso bajo en pleno centro. La clave era la correcta y la puerta se abrió. Se encontraron con un largo pasillo donde a ambos lados había pequeñas salitas en las que grupos reducidos asistían a mini *jam sessions* de estilos muy variados: pop, indie, hip hop. Al fondo había un enorme salón diáfano en el que otra gente bebía y bailaba con la música electrónica que un Dj iba mezclando.

El ambiente era variopinto pero predominaban los mirones. Algunas caras conocidas, las pocas, y muchas que veía por primera vez. Se decantó por la salita donde había escuchado de pasada a un grupo hip hop. Sus letras eran potentes y su puesta en escena estaba bastante lograda. Lo mejor de todo es que parecían auténticos y honestos, y posiblemente lo fueran. Le gustaba esa música porque en sus letras los cantantes hablaban de sus buenos y malos rollos, y soltaban lo que pensaban sin más, sin adornos salvo para que rimara.

Una de las chicas con las que fue a esa casa pasó a despedirse; miró su reloj, eran las ocho de la mañana, una buena hora para arrancar el día. Había cenado con sus padres, asistido a una *jam session* de amigos, disfrutado de una *performance*, se había divertido en una fiesta de disfraces y escuchado a un grupo hip hop más que respetable. ¡Todo eso en la noche de un martes cualquiera! ¡Qué ciudad! Como para no quererla, pensó Dorón de camino a su casa.



## Mraz

Ya tenía el plan para conocer a don Ramón. Pensaba llevarlo a cabo esa misma mañana, por eso se dirigió a la ducha y, sin esperar a que el agua caliente llegara, se desnudó y entró; en cuanto comenzó a resbalarle por el cuerpo, se estiró y tensó como un resorte, estuvo a punto de salir de allí a la carrera y gritando pero comenzó a notar cómo subía la temperatura y se mantuvo firme hasta sentirse despejado.

Quería aprovechar el día y, para ello, era necesario tener las pilas bien cargadas; exprimió dos naranjas y se tomó el zumo, luego peló un plátano, una manzana y una pera y por último se tomó un yogourt griego; el té y la tostada los tomaría en un bar más tarde y ya puesto en faena.

Dorón visitó un par de tiendas próximas a la Puerta del Sol especializadas en uniformes de empresa y se hizo con una camisa y pantalón de color azul marino, salió de la tienda con ambas cosas puestas y, ya en el coche, extrajo de su mochila una pegatina con un logotipo que había copiado y retocado con *Photoshop* en su ordenador el día anterior y se la colocó a la altura del pecho.

Dejó el coche aparcado a unas cuantas calles del portal de don Ramón; no quería tener problemas, así que tomó sus debidas precauciones. Caminó por la acera y pasó junto al edificio sin decidirse a entrar en él. Con un rápido vistazo, vio que no estaba el portero y no lo dudó; se dirigió con decisión hacia las escaleras, las subió de dos en dos hasta sentirse más seguro y, cuando llegó frente a la puerta que buscaba, presionó nuevamente la pegatina contra la camisa, respiró y llamó. La puerta no tardó en abrirse; al otro lado se encontraba un señor mayor, encorvado y un poco abandonado en su vestir. Antes de que pudiera decir algo, Dorón se presentó:

—Toca lectura del contador —dijo mostrando su más agradable sonrisa y señalando la pegatina de la camisa.

El viejo no abrió su boca, dejó la puerta abierta y se encaminó por el pasillo, Dorón entró y le siguió hasta la cocina.

—Todo tuyo —le dijo el señor, señalando uno de los armarios situado debajo del fregadero, luego se perdió por el pasillo dejándole allí solo.

Dorón observó la cocina algo desordenada pero con solo unas tazas en el fregadero, no se veía un excesivo uso de la misma, más bien parecía una cocina de paso; a lo mejor aquel ático no era más que un «picadero» en el que recibir chicas a domicilio. Abrió y cerró el armario intentando hacer el mayor ruido posible, luego se fue hacia la habitación donde había visto entrar al viejo. Se encontró en un salón iluminado por un gran ventanal con terraza convertido en estudio de pintura, a la derecha un par de caballetes vacíos y a la izquierda, otro más sobre el que reposaba un cuadro de dimensiones mayores y al que don Ramón daba pequeñas pinceladas.

—Es preciosa —dijo Dorón desde la puerta—, me recuerda a...

—*La Venus del Espejo* —cortó el viejo de forma áspera.

—Sí, pero le falta el angelito que lo sujeta.

—A Velázquez le encantaban esas gilipollices, yo las detesto.

Sin duda don Ramón era uno de esos señores que se habían declarado en permanente estado de enfado y malhumor. Dorón intentó prolongar la visita con una conversación interesante para el viejo, o al menos eso creyó.

—Recuerdo la vez que lo vi en la National Gallery, en Londres —dijo el chico sin quitar la vista del lienzo—, estuve un cuarto de hora con la mirada perdida en el cuadro.

—No conozco Londres, yo prefiero París —su tono seguía siendo seco y distante, sin tregua para la relajación.

—En aquel tiempo yo estudiaba allí.

—¿Y para eso te ha servido? ¿Para leer contadores de agua? —Miró a Dorón sin indulgencia.

—Todos los trabajos son dignos —fue lo primero que le vino a la cabeza, sabiendo que a un viejo como don Ramón semejante frase le escocería.

—Eso solo lo dicen quienes nunca han limpiado un retrete, ni siquiera el suyo —clavó sus ojos en el chico—. ¿Limpias tú el tuyo?

—Sí lo hago, vivo solo desde hace años —dijo en un vano intento por arrancar un gramo de compasión en ese artista ya caduco—. ¿Es tan guapa la chica como en el cuadro? —preguntó escrutando cada centímetro de la figura de la joven desnuda reflejándose en el espejo.

—No lo sé, para mí es solo alguien que posa.

—¿No habla con ella? —preguntó Dorón en un claro gesto de asombro por la respuesta.

—No suelo intimar con las modelos, si las conoces luego te encariñas y acabas repitiéndote en los cuadros.

—Como Julio Romero y su mujer morena —percibió que había tocado fibra en aquel viejo porque su mirada se volvió un puñal.

—No blasfemes —le dijo blandiendo uno de sus pinceles, luego miró su reloj—. ¿Has terminado con lo tuyo? Porque ella está a punto de llegar y no quiero mirones en mi estudio.

—¡Oh! Sí, muchas gracias. —Aunque ya tenía lo que había ido a buscar, no pudo resistirse a hacerle una última pregunta señalando el cuadro—: ¿Lo tiene ya vendido o puedo comprárselo?

—Mejor ve y adquiere una de esas litografías de Velázquez, seguro que te sale más barato.

—Hablo en serio, si lo pone en venta dígamelo.

Aquella oferta surgida de forma espontánea por parte de Dorón había producido en el pintor un efecto balsámico que de inmediato se transformó en una actitud menos hostil.

—Cuando vengas el mes que viene te lo diré; y ahora ya sabes dónde está la puerta. —Le dio la espalda y siguió removiendo el pincel en su paleta.

—No lo olvide, porque yo no lo haré —dijo Dorón antes de despedirse y marcharse.

Nada más salir de la casa de don Ramón se quitó la pegatina de la camisa y bajó la escalera sin preocuparse ahora por la presencia del portero. Había visto lo que quería y se encontraba feliz. No había daño ni engaño en lo que Sandra hacía por las mañanas, salvo que su novio Carlos estimara que posar desnuda para pintores decadentes fuera un hecho imperdonable y no un recurso estudiantil con el que sacarse un extra y llegar a fin de mes.

Algo en su interior le movió a querer conocerla, aunque sabía que no era lo reglamentario en ningún caso. Si lo hacía, se vería obligado a extremar sus precauciones en su seguimiento para no ser reconocido, pero tiraba más su curiosidad y había algo en ella que le inducía a tomar decisiones que rompían con las normas del estricto método aprendido durante el curso.

Decidió esperar a que Sandra llegara, se introdujo en su coche y se acomodó dispuesto a pasar allí las próximas dos horas, tiempo de posado que dedicaba al viejo. Sacó de su mochila el libro que le había dejado su madre para que aprendiera algo más sobre gematría y su lectura le envolvió de inmediato.

La sesión de hoy solo duró una hora, porque la chica salió del portal a toda prisa y Dorón se volvió a ver en la obligación de dejar el coche allí y seguirla a pie. Nuevamente le llevó hasta la Universidad, la vio entrar en su facultad y dirigirse hacia la cafetería; eran las 11:40 de la mañana y seguramente no entraría en clase hasta las 12:00. Ella tomó una bandeja sobre la que depositó un *croissant* y una taza con doble de café con leche, pagó y se fue a sentar en una de las pocas mesas libres; al fondo, un grupo de estudiantes tenían montada su timba privada y la cosa parecía ir en serio.

Dorón cogió otra bandeja, se dirigió a la barra, pidió un té con la bolsita aparte y con determinación se plantó en la mesa vecina a la que ocupaba Sandra, se saludaron cortésmente y Dorón se sentó, abrió su mochila y extrajo una de sus bolsitas de té que colocó dentro de la pequeña tetera con agua hirviendo, la dejó reposar un instante, luego agitó la bolsa unas cuantas veces y aspiró el aroma que desprendía. Guiada posiblemente por el olor a cardamomo de la infusión, o por la parsimonia que Dorón infundía a su ritual, Sandra le miró, momento que él aprovechó para entablar conversación.

—¿Te conozco? —preguntó Dorón con su sonrisa rompehielos.

—No, me confundes —le devolvió ella la sonrisa para luego volver su vista al libro que había comenzado a leer.

—¡Ya está! —exclamó él con entusiasmo—. En el cuadro, en casa de don Ramón,

¡claro!

—¿Conoces a don Ramón? —Sandra se llevó la mano al pecho de forma instintiva para cubrirse.

—Eres la Venus del Espejo. Aunque sin duda mucho más guapa al natural.

—Gracias. —Su voz estaba quebrada por la vergüenza de haber sido vista desnuda aunque fuera en un cuadro.

—No te preocupes —le indicó Dorón en un intento por transmitirle serenidad y confianza—, no conozco a don Ramón, es que el otro día cuando subí a su estudio a llevarle un encargo —mintió—, vi aquel cuadro y me llamó mucho la atención. ¿Eres modelo profesional?

—Solo a ratos. —La sequedad de la respuesta denotaba incomodidad, el libro que sujetaba abierto con su otra mano se cerró de improviso producto del nerviosismo y Dorón acertó a leer el título: *Othelo, el moro de Venecia*.

—Entre clase y clase, supongo. —Dorón se sirvió el té en su taza y le ofreció a ella.

—Más o menos. —La chica rechazó la invitación.

—Está muy rico. —Se lo estaba ofreciendo de corazón, le habría gustado disponer de otra excusa que resultara menos embarazosa para ella con la que entablar conversación, pero no la había.

—Aroma sí que tiene, pero estoy tomando café. —De nuevo volvió a centrarse en su libro, intentando dar por terminada la conversación.

—¿Tu novio es celoso como Othelo? —la pregunta provocó el revulsivo que Dorón esperaba en la chica, esta le dirigió una seria mirada.

—Si quieres saber si tengo novio, te diré que sí lo tengo, pero no es celoso.

—Ese fue un caso de celos patológico —dijo él mientras señalaba el libro—, y aunque Shakespeare lo escribió hace más de cuatro siglos, es igual a los que vemos cada día en los periódicos. —Hizo un gesto con su dedo pasándolo por el cuello y simulando un cuchillo.

—Te he dicho que no es celoso. —Ella comenzaba a mostrarse molesta y contrariada con la situación.

—Entonces sabrá lo del cuadro. —Estaba tensando la cuerda sin saber en qué momento podría romperse.

—Sí, lo sabe. ¿Tienes algún interés especial en ello?

—Schelling decía que los celos son siempre el producto de un desbordamiento de los sentidos por ausencia de la razón —dijo mientras tomaba su taza y le daba un ligero sorbo, esperando que el recurso de utilizar a terceros rebajara el nerviosismo de ella.

—Disculpa mi ignorancia, ¿quién es Schelling y qué tiene que ver conmigo?

—Fue un exponente del idealismo alemán del siglo XIX, pero a pesar de considerarse un romántico reconocía que fuera de la razón no había nada.

—Deberían enseñar eso a todos los violentos de género que andan por ahí sueltos,

quizá así decidieran alterar el orden de sus actos: primero matarse ellos y luego pensar en matarlas a ellas.

—Bueno, ahora ya conoces a Schelling, pero a mí no me conoces. —Se disponía a presentarse, pero ella no le dio opción.

—Y será mejor que siga siendo así. —Sandra miró la hora de su reloj y se levantó de la mesa.

—Claro, no hay problema —dijo Dorón intentando bajar la tensión que él mismo había provocado—. Una última curiosidad —ella se giró intrigada—: si no eres modelo, ¿a qué te dedicas? Mejor dicho, ¿estudias, trabajas o sales en la tele?

—Todo menos lo último —dijo ella con una tímida sonrisa en la cara.

—Lo intuía, lo del posado es para llegar a fin de mes.

—Chico listo, sí señor —se giró y se alejó mientras él la seguía con la mirada.

Se quedó en la mesa reflexionando; el caso estaba claro, no había cuernos de por medio, pero si recogía en su informe la actividad mañanera de la chica, ese novio del pleistoceno seguramente rompería el compromiso y posiblemente algo más. Se veía en él al chulo de mano larga que mientras es novio la domina y cuando está casado la suelta de arreón a las primeras de cambio.

Sandra tenía carácter, se notaba, por eso le resultaba cada vez más extraño esa relación. ¿Por qué arriesgarse a romperla posando desnuda? ¿Acaso el tipo además de chulo era rácano, o era una estrategia para no parecer codiciosa hasta después de la firma ante el altar? Fuere lo que fuere, no era de su incumbencia; su obligación profesional era informar a su cliente, para eso le había contratado. No obstante, algo en su interior frenaba dicha obligación. ¿Quién era él para alterar los planes fraguados entre dos personas? Si Sandra era la buena chica que parecía, ese listillo se llevaría una joya; y si resultaba ser una lagarta dispuesta a casarse y luego expoliarle, al menos se lo habría currado a su manera sin cometer daño alguno. Ser modelo era un trabajo tan decente como otro cualquiera, aunque al novio pudiera no parecerse así.

Metido en este nuevo soliloquio llegó a su casa, allí la duda se disipó en el mismo instante en que entró. Le vino a la mente una cita del sabio poeta libanés Khalil Gibran: «Aquellos hombres que no perdonan a las mujeres sus pequeños defectos, jamás disfrutarán de sus grandes virtudes». La deseó suerte en su objetivo y dio el caso por finalizado. Llamó a su cliente y acordaron verse en el café de Bellas Artes a la mañana siguiente, temprano. Se disponía a cerrar y archivar la carpeta del caso, pero quiso echar un último vistazo a las fotos de la chica; abrió una a pantalla completa y se quedó un largo rato observándola.

Tenía pendiente enviar al periódico su próximo relato y la inspiración le vino en ese momento. En un ejercicio de disciplina que le llevó su buena tarde, lo escribió y le puso por título *La musa y el celoso*; firmó con el seudónimo de Frank Arouet, como era su costumbre, y lo envió por *e-mail* al señor López esperando llegar todavía a tiempo de que este no cumpliera su sempiterna amenaza de convertir la columna en

espacio publicitario.

No es que la colaboración estuviera bien pagada, pero le obligaba periódicamente a un ejercicio de narrativa que, de otra forma, no haría. A ese acuerdo habían llegado el día en que Dorón le envió una serie de relatos breves basados en los casos en los que trabajaba; tanto el estilo como la forma gustaron en el periódico, en especial su capacidad para describir el espíritu de la ciudad y dotarla de una fantasía que era bien recibida por los madrileños, como muy bien expresaban en sus cartas a la redacción.

No obstante, su deseo más íntimo era escribir su libro, aunque en ese apartado llevaba tiempo bloqueado y, tras un considerable número de intentos fallidos, había abandonado el proyecto hasta que la inspiración hiciera acto de presencia; como decía Picasso, cuando llegara le cogiera trabajando.

Estaba cansado y quería dormir, pero antes de irse a la cama revisó el correo. Entre la larga lista de *e-mails* basura que diariamente recibía y que ofrecían desde Rolex de imitación hasta Viagras, Valium y bonos para jugar en los casinos *on line*, encontró uno que le llamó la atención por el sugerente título del asunto: «El libro te ha elegido como su guardián, debes recuperarlo. Mraz». Inmediatamente recordó ese nombre, era el *nickname* de alguien con quien había mantenido un breve cruce de mensajes en uno de los foros en los que había estado entrando estos días atrás; no recordaba bien en cuál de ellos, pero sí se acordaba de no haber hecho referencia a la pérdida del libro. Lo abrió; contenía unas breves líneas que indicaban que el libro se encontraba en Madrid y que le había elegido para recuperarlo de las manos en las que ahora se encontraba. Respondió al mensaje intentando dar la impresión de no saber interpretar a qué se refería y esperó, pero no obtuvo respuesta, así que se puso a buscar intentando recordar en qué foro se había cruzado con ese tal Mraz.

Un momento después recibió un *e-mail*; le citaba en el Messenger, Dorón aceptó y se encontró con él.

«El libro que estás buscando no está en poder de la Libre Orden Transatlántica como crees», fue el primer mensaje que recibió.

«¿Nos estamos refiriendo al mismo libro?», preguntó Dorón intentando hallar alguna pista que le llevara hasta Mraz, que parecía saber más de lo que aparentaba.

«Déjate de juegos, ambos estamos hablando de la edición toledana», el tal Mraz sabía muy bien de qué estaba hablando.

«Si no lo tiene la L. O. T., ¿quién lo tiene?», Dorón había decidido apostar fuerte, quería saber hasta dónde llegaría la persona que estaba detrás de ese *nick*.

«Investiga sobre la secta *Kromto*, su líder se hace llamar Ubaste», le indicó Mraz.

«¿El hijo de Binui? ¿El Señor de los Espíritus según Lovecraft?», señaló Dorón acompañando el mensaje con un emoticono carcajeante.

«No te lo tomes a risa, es una secta peligrosa y su líder es un fanático con las manos manchadas de sangre», mencionó Mraz.

«¿Dónde puedo encontrarle?», preguntó Dorón esta vez sin emoticonos de por medio.

«Esa será tu labor, si le encuentras, encontrarás el libro. Recuerda, tú eres el único que puede recuperarlo».

Mraz salió del Messenger igual que había entrado: de prisa y sin avisar.

A Dorón aquella conversación *on line* le había parecido completamente surrealista, pero quien se escondía detrás de aquel alias parecía conocerle y eso le preocupaba un poco; siempre había sido el vigilante y ahora tenía la sensación de ser el vigilado. No obstante, y a pesar del cansancio, decidió no perder tiempo e inició su búsqueda por la red sobre todo lo referente a la secta *Kromto* y ese líder Ubaste.

## Ritual de sangre

Poco faltaba para que oscureciera en aquel monte serrano donde un cielo cerrado y gris, casi negro, amenazaba con una fuerte tormenta, los chispazos de luz dentro de las nubes anticipaban por segundos el estrépito de un trueno cuyo eco retumbaba en todo el lugar. Dentro de la pequeña ermita abandonada y herrumbrosa, separada del camino y resguardada por una densa arboleda de pinos, no faltaba la iluminación debido a las decenas de velas encendidas y repartidas en torno a la losa que en un tiempo sirvió de altar para misas blancas y que ahora estaba siendo profanada con un ritual negro y sangriento. Sobre ella yacía el cuerpo de una joven desnuda cuya respiración se extinguía lentamente llevándose la vida, y a la que no se le podía ver el rostro por estar cubierto con un capuchón. En torno a ella, un corro de cuerpos también enfundados en túnicas negras y con los pies descalzos invocaban en latín el texto que el maestro de ceremonias iba entonando siguiendo la lectura de un libro que otro sujetaba cuidadosamente entre sus manos enfundadas en guantes negros como si fuera un atril viviente.

No había rostros a los que acudir para ver la expresión de sus ojos ante la escalofriante escena que se estaba dando y observar si sufrían o gozaban con ella, las amplias capuchas de sus túnicas lo impedían; ocultos en las sombras, llevaban a cabo el sacrificio macabro y asesino del cuerpo desnudo que convulsionaba agónicamente dejando escapar gemidos entrecortados pues le habían quitado la posibilidad de gritar con fuerza.

Acabada la ceremonia y con el cuerpo caliente ya cadáver, el maestro dio orden de enterrarlo donde la naturaleza no pudiera mostrarlo nunca. Cuatro de los presentes cogieron el plástico sobre el que yacía y lo sacaron sigilosamente de la ermita, lo llevaron a una fosa algo profunda que habían abierto de antemano y lo arrojaron a su interior; luego, cada uno provisto de una pala, arrojaron tierra acompañada de grandes piedras para impedir que una riada lo devolviera a la superficie. Cuando hubieron terminado, colocaron discretamente encima de la fosa el manto de musgo que cuidadosamente habían arrancado antes de cavar y empujaron sobre ella una gran roca. Nadie diría que allí había un cadáver enterrado.

En el interior de la ermita, el líder del grupo repartía las órdenes a unos y a otros sobre lo que debían hacer para dejar el lugar con el mínimo rastro de su presencia allí. Por último, recibió de uno de ellos una bolsa de paño negro bien atada en cuyo interior iba el libro utilizado durante la ceremonia. Se repartieron en los coches y se alejaron del lugar.



## Viaje a Toledo

De nuevo la ciudad amanecía con llovizna, pero las nubes que cubrían el cielo no presagiaban grandes aguaceros sino que eran más bien del tipo de lluvia que los madrileños conocían bien y definían como «calabobos», y de la cual había que resguardarse con paraguas o gabardinas dejando para los confiados el camino libre hacia la trampa de acabar empapados en poco tiempo.

En otra parte de Madrid, Sandra despertaba. Se había quedado a dormir en casa de su novio; en ocasiones lo hacía, aunque esta vez no había sido el caso. La noche pasada habían ido de copas con otros amigos y al final, ante el deplorable estado etílico que presentaba Carlos, ella tuvo que conducir su BMW. El sonido de la alarma de su reloj deportivo de muñeca la había despertado, eran las 7:30 de la mañana; medio dormida, extendió la mano y palpó el suelo buscando sus bragas, que encontró justo debajo de la cama, se las puso como pudo y se levantó; no tenía tiempo de ducharse si quería asistir a la clase de derecho procesal que impartía uno de esos profesores madrugadores que nunca faltan.

De pronto se vio en el espejo y se dio cuenta, de inmediato se quitó las bragas, volvió a la cama, se agachó y encontró otras blancas, esas sí que eran las suyas porque las rojas que se había puesto por error no eran de ella. Sin miramientos e impulsada por la rabia zarandéó al chico todavía profundamente dormido.

—¡Despierta! —gritó moviendo violentamente el cuerpo de Carlos.

—¿Qué hora es? —respondió este de mala gana sin abrir siquiera los ojos.

—¿Qué hacen estas bragas debajo de tu cama? —Había una fuerte carga de ira contenida en las palabras de Sandra.

—Serán tuyas —dijo él con desidia para luego girarse y darle la espalda.

—Si hay algo que las mujeres conocemos bien son nuestras bragas. —Le enseñó las blancas—: Estas son las mías. —Luego le enseñó las rojas—. ¿Y estas de quién son? —Poco a poco, Sandra notó que solamente le embargaba la rabia de haber sido traicionada, pero no sentía el dolor de la humillación de ser engañada cuando se quiere de verdad.

Conocedor del carácter de ella, Carlos intentó hacerse el dormido esperando que se desesperara por la hora y tuviera que marcharse, y se puso perezosamente la almohada sobre la cabeza, pero ella se la quitó y la tiró al suelo; no estaba dispuesta a dejar pasar el hecho.

—Serán de la chica de la limpieza —dijo en un intento por parecer gracioso, luego le arrebató las bragas rojas y las lanzó lejos de la cama, le cogió la mano y la llevó a su entrepierna por encima de la sábana—. Mira cómo me has despertado. — Su miembro estaba rígido.

—¡Eres un cabrón! —Detalles como esos eran los que habían provocado en ella la pérdida de interés e ilusión por la relación, no obstante decidió continuar en su papel de víctima y apretó la mano con todas sus fuerzas arrancando a Carlos un grito

de dolor.

—¡Y yo qué sé de quién son! —Se retorció sobre la cama y le clavó una mirada violenta, había conseguido despertarle y en su cabeza todavía retumbaba el sonido machacón de la música house de la noche anterior.

—¿A cuántas chicas has traído a esta cama? —Ella se vestía con rapidez sin quitarle la vista de encima, explotando al máximo su victimismo.

—Si es momento de confesiones, ¿dónde vas tú por las mañanas? —le dijo mientras levantaba la sábana y se tanteaba la parte dolorida.

—Eso a ti no te importa ni te afecta.

—Pronto lo sabré —gritó él—, y entonces seré yo quien haga las preguntas. —De nuevo recuperaba el aire de superioridad manifiesta que por momentos había perdido al ser descubierto.

—Tú ya no preguntarás nada porque hemos terminado. —Recogió su bolso y desde el umbral de la puerta de la habitación le señaló las bragas rojas—. ¿Esos eran tus viajes de negocios? —Si no tuviera que seguir en su papel de ofendida, hasta se habría ido con una sonrisa poco más que indiferente, se dirigió a la puerta pero antes de salir pudo escuchar la sentencia prepotente de Carlos:

—Volverás; todas vuelven.

Esa fue la última frase que oyó Sandra y a la que no quiso replicar; llevaba tiempo mareando la idea de dejarle pero, como a toda mujer que toma una decisión así, le preocupaba la reacción que pudiera tener él. Vio en esta disputa la oportunidad que le brindaba para ser la mártir de la película y no pensaba desaprovecharla. Salió de la casa, evitó esperar el ascensor y bajó las escaleras tan rápido como pudo; una vez en la calle y consciente de que la estaría observando por la ventana, en un gesto de altivez enderezó el cuerpo, levantó la mano con el dedo corazón apuntando al cielo y se marchó sin mirar atrás; hoy disfrutaría de la clase por muy tempranera que fuese.

Por su parte, Dorón tenía una cita en su oficina-café para dar el caso por cerrado. Aunque llegaba con cierto retraso no le importó, conocía el valor que Carlos daba al tiempo ajeno y supuso que llegaría incluso más tarde que él; pero se equivocó, nada más entrar en el salón de la cafetería le vio sentado en la que era su mesa.

—Al parecer hoy sí que has sido puntual —le señaló Dorón mientras tomaba asiento en la silla que había frente a él.

—Por el contrario tú no, de manera que vamos a lo que vamos. ¿Qué has descubierto?

—Hemos acordado que no le dirás nada a ella; si llega a descubrir que has contratado un investigador para seguirla te dejará irremediadamente.

—Claro, no lo haré —su actitud reflejaba nerviosismo—. ¿Me quieres decir ya qué hace las mañanas en que no está?

Dorón contuvo todos los movimientos de su cuerpo quedando estático, inexpresivo, distante. Carlos le miró con extrañeza y hasta tuvo el impulso de moverle con la mano.

—Trabaja para una ONG.

—¿Qué estás diciendo?

Dorón recordó el relato escrito para el periódico y se ajustó a él.

—Visita a ancianos en sus hogares y, por cierto, le pagan fatal.

—Si es una ONG, ¿qué espera? —La actitud de su cliente parecía ahora algo más relajada—. Continúa —le pidió.

—Eso es todo, ¿qué querías oír? ¿Que te engaña con otro?

—Hombre no, pero tenía que aclarar mis dudas. ¿Y qué hace con ellos?

—Les lee libros, los somete a un poco de terapia, luego los seda a calmantes, les roba las pocas joyas que les quedan y se va. —Había dicho todo eso de un tirón y con tal frialdad que la cara de Carlos se descompuso.

—¡No jodas! —Su rictus era todo un poema.

—Además es buena, todavía no le ha demandado ninguno. —El cuerpo del joven se desmoronó sobre la silla con los ojos abiertos como platos. Dorón decidió no continuar más por ese camino, ya se había divertido lo suficiente—. Es broma, ¡reacciona!

—Tronco, me lo has dicho tan serio que me lo he llegado a creer.

—¿Esa es la confianza que tienes en tu novia? —Le hizo un gesto de desaprobación—. Lo tienes claro. Es una buena chica.

—Es una idealista soñadora, ¿cuándo se dará cuenta que la realidad es otra y que esas cosas de la solidaridad no son más que cuentos?

—Discrepo, no hay que abandonar esos «cuentos», como tú los llamas, solo porque hayan sido deshonrados por gente sin pudor. Por cierto, —extrajo un sobre de su mochila—, esto no es broma ni tampoco un cuento.

El chico abrió el sobre y leyó sin mucho interés la hoja que venía dentro; era una factura, sacó un sobre de su chaqueta y se lo entregó a Dorón que lo abrió y contó los billetes que había dentro sin sacarlos.

—Asunto concluido —dijo el chico mientras se levantaba y le ofrecía la mano que Dorón estrechó con una sonrisa.

—A tu disposición —respondió mientras le veía marchar, momento que aprovechó Rodolfo, el camarero, para aproximarse a la mesa—. ¿Te lo ha abonado? —le preguntó Dorón, señalando el café de Carlos.

—Ese es de los que nunca pagan. Como todos los nuevos ricos, van tan cargados de tarjetas que luego no llevan metálico ni para un café.

La cita de la tarde le tenía preocupado y quería hacer algo antes de pasar a por Rachel, de manera que se disculpó con Rodolfo, pagó la cuenta y dejó una buena propina, consciente de que agradecería el detalle.

Cerrado el caso, a Dorón le sobrevino el bajón clásico que solía darle cuando los finalizaba. Seguía abierto el del libro, pero con ese se encontraba en blanco, solo disponía de un garganta profunda del que no se fiaba pese a que daba la sensación de que sabía lo que decía. No había descubierto nada de valor sobre la Libre Orden

Transatlántica que, según Mraz, no tenía el ejemplar y mucho menos sabía de esa secta denominada *Kromto*. Estaba vacío y, lo que es peor, se sentía igual. Decidió llamar a Rachel y contarle lo poco que había descubierto; quizá supiera algo más que todavía no le había dicho. Habló con ella y esta le citó en la puerta de su casa. Treinta minutos después, Dorón detenía el coche en doble fila frente al portal de la chica. Mientras esperaba a que bajara, la puerta del garaje del edificio se abrió y de allí salió un Mercedes plateado a cuyo volante iba Rachel. Dorón se sorprendió al verla; ella paró también en doble fila y se bajó.

—Deja el tuyo en el garaje, hoy vamos en el de mi padre; me pone de los nervios verte con semejante tamaño metido dentro de ese minúsculo coche, es como si fueras enlatado —dijo ella.

Pese a la extrañeza que le provocaba un comportamiento tan inusual, Dorón estacionó el coche siguiendo sus indicaciones, luego salieron y se dirigieron hacia el Mercedes; él se fue hacia el asiento del acompañante pero ella le señaló la otra puerta.

—Conduces tú —dijo—. Vamos a Toledo, te invito a un café.

—Como digas —indicó Dorón sin salir de su asombro ante tan improvisada invitación. Estaba completamente descolocado porque era la primera vez que Rachel entraba en la distancia corta.

No encontraron mucho tráfico a esa hora y tardaron poco en llegar a la que fuera ciudad cuna de tres culturas y sede de la Corte por algún tiempo durante el siglo XVI, cuando Felipe II decidió trasladarla a Madrid.

A un costado de la Plaza de Zocodover encontraron un *parking* público donde dejaron el coche. Comenzaron el paseo por la calle del Comercio y se adentraron de lleno en el casco antiguo de la ciudad, y llegaron hasta la Catedral, una hermosa joya del gótico iniciada en el siglo XIII y finalizada doscientos años después. Rachel prefirió seguir caminando; quería visitar la antigua judería, así que continuaron calle arriba. Esa parte de la ciudad era la que más le gustaba a Dorón, a pesar de que sus estrechas callejuelas estaban ahora ocupadas por tiendas con las puertas flanqueadas por pesadas armaduras metálicas que imitaban la Edad Media y escaparates decorados con atractivos estuches de perlas Majórica, exquisitas figuritas de Lladró y una extensa colección de espadas y joyería toledana, tan apreciadas por turistas nacionales y extranjeros. La calle llevaba directamente hasta la Cuesta de San Juan de Dios, donde se levantaban la Casa de El Greco, el Museo Sefardí y la Sinagoga de Tránsito por ese orden y, unos metros más allá, la Sinagoga de Santa María la Blanca.

Dorón le iba mostrando los rincones de la ciudad repletos de historia, exponiéndole sus misterios; quería sorprenderla con su grandeza como se sorprenden quienes la visitan.

—Toledo, junto con Córdoba —indicó él con el entusiasmo propio de quien siente la tierra como suya—, son ciudades donde floreció el saber gracias a que se supo mantener el equilibrio entre las distintas culturas de la época: la cristiana, la

árabe y la judía. Fíjate en su arquitectura; en Toledo, como era de mayoría cristiana, predominó el gótico, en cambio en Córdoba, que era de mayoría árabe, se impuso el estilo mudéjar.

—Qué suerte tuvieron ambas; la judía no pudo imponerse en ningún sitio —dijo Rachel en un tono agrio que Dorón no supo interpretar bien.

—Nosotros no llegamos como conquistadores, por eso no impusimos nada. Nuestra presencia en esta ciudad se remonta al siglo IV después de Cristo, la integración y el asentamiento fueron tan positivos que *Sefarad*, como así la llamaban nuestros antepasados, llegó a convertirse en la tierra prometida.

—Luego, si los judíos eran tan iberos como los que más, ¿por qué no disfrutaron de los mismos derechos que el resto? —preguntó Rachel. De niña nunca entendió las explicaciones que le daba su padre sobre la humillación, el expolio y la expulsión a que fueron sometidos los judíos por el mero hecho de tener una condición cultural y religiosa distinta a la oficial, y así se lo expresó a Dorón quien, como de costumbre, recurrió a los sabios, aunque no sabía si con Rachel ese método funcionaría. Era un recurso que utilizaba con frecuencia porque se había dado cuenta de que, cuando deseaba que algo fuera aceptado por otros, no había nada mejor que ponerlo en boca de algún personaje de la historia por el que se sintiera gran respeto, entonces el pensamiento cobraba vigor y se aceptaba con complacencia.

—Blaise Pascal, francés y gran matemático al que estoy seguro conocerás por su famoso *Principio* que con tanto empeño nos obligaban a aprender en el colegio, escribió que los hombres nunca hacen el mal con tanto placer como cuando lo hacen por convicciones religiosas —dijo intentando calmar la tensión de Rachel y convertir el viaje en un grato paseo.

—Ven, quiero que veas algo —dijo Rachel cogiéndose del brazo del chico y guiándole por una empedrada calle de la antigua judería hasta llegar ante una casa de dos pisos con balcón adornado con macetas en flor, unos geranios de colores blanco y violeta intensos que perfumaban el aire.

Allí parada se quedó en silencio un instante. Dorón no quiso romperlo con alguna frase tópica o chiste a destiempo y esperó a que ella dijera algo.

—Cuando la Inquisición declaró enemigos acérrimos a los judíos, aquellos que no fueron expulsados tuvieron que convertirse —explicó Rachel ante un intrigado Dorón.

—Y ser bautizados —añadió él.

—Además, tuvieron que cambiarse de nombre...

—Sí, muchos de ellos —interrumpió Dorón en su deseo por demostrar estar al tanto de la historia—, adoptaron el gentilicio de la ciudad en la que vivían.

—Nuestro apellido, como sabes, es Toledano —dijo Rachel mirándole esta vez a los ojos.

—¡Claro! —exclamó Dorón con asombro—. Gentilicio que proviene de Toledo.

—Lugar en el que se imprimió el libro en el siglo XVII —continuó ella sin dejar de

mirarle fijamente—. Según mi padre, nuestros antepasados por aquellas fechas poseían una de las mejores imprentas que había en esta ciudad.

El asombro de Dorón había ido creciendo a tal grado que su caída mandíbula inferior le había dejado con la boca abierta.

—¿Estás intentando decirme que quien lo imprimió fue uno de tus antepasados?

—Te lo estoy afirmando —expresó ella con autoridad suficiente para no dejar dudas al respecto.

—¡Joder! —El chico se dio cuenta de su exceso e intentó corregirlo—: Perdona, pero es que me he quedado de piedra.

—En esta casa —dijo ella mirando la fachada—, estaba situada la imprenta. Espero que ahora puedas entender por qué significa tanto para nosotros ese libro.

Dorón, que siempre había pensado que solo era un valioso ejemplar más para un coleccionista como Elías Toledano, acababa de darse cuenta de por qué Rachel se había esforzado tanto en recuperarlo.

—¿Y lo de la Clave Gematría? —preguntó Dorón, en cuyo pensamiento comenzaron a agolparse una pregunta tras otra.

—Es una soberana estupidez expresada por un par de investigadores locos que pareció hacerse eco entre unos excéntricos *milmillonarios* aficionados al ocultismo y que seguramente ahora ya tengan el libro —indicó Rachel con un deje de desprecio e impotencia en sus palabras.

—Pues, ahora que lo mencionas, te diré que tengo información de un garganta profunda que lo desmiente, pero no sé cómo contrastarla.

La noticia llamó la atención de Rachel, que recorrió la calle con la vista y la detuvo ante una cafetería próxima a ellos.

—Te dije que te invitaba a un café, ¿no?, pues voy a hacerlo ahora, vamos.

Tiró nuevamente del brazo de Dorón y entraron en el lugar, buscaron una mesa que estuviera recogida y algo separada de las ocupadas y se sentaron; de inmediato apareció junto a ellos el camarero, ella pidió un café solo y él un té con la bolsita aparte.

—¿Quién te ha dicho que el ejemplar no lo tiene la Libre Orden Transatlántica? —preguntó enseguida Rachel.

Dorón sabía que lo que iba a contarle no tenía mucho sentido, por eso la dispuso antes con intención de rebajar posibles expectativas que despertaran ilusiones y no pudieran ser cumplidas.

—He seguido investigando acerca del libro por mi cuenta; como no sabía por dónde tirar, me he pasado unas cuantas noches entrando en foros y *chats* preguntando y dejando pequeños rastros sobre el libro solo para entendidos. Hace un par de días, un tal Mraz, un *nickname* detrás del que se oculta alguien a quien no conozco, me dijo que el libro lo tenía una secta de locos llamada *Kromto* al frente de la cual estaba un tal Ubaste.

Dorón hizo una breve pausa antes de continuar, quería saber hasta qué punto

calaba en Rachel lo que le estaba contando.

—¿El Señor de Binui? —preguntó Rachel más perpleja si cabe.

—¿No dijiste que no habías leído el libro? —Dorón intentó pillarla en un renuncio.

—Y no lo he hecho, no sé latín como tú pero sí conozco el *Necronomicón*. Cuando mi padre me contó la importancia del libro, también investigué al respecto. ¿Puedes continuar?

Dorón notó su impaciencia y siguió con su exposición.

—El tal Mraz parecía estar bien informado sobre el ejemplar y eso me llamó la atención porque según mi padre pocas personas conocen ciertos detalles de *El Libro de los Árabes*; necesitaría haberlo visto antes. Me dijo que el libro me había elegido como su guardián, que yo tenía que recuperarlo.

Dorón creyó que con esa explicación desaparecerían todas las ilusiones de Rachel, si él estuviese en su lugar, con lo que acababa de contar se habrían desvanecido de inmediato.

—¿Has podido averiguar algo sobre esa secta? —preguntó ella sin comentar siquiera las últimas palabras de él.

—Le puse un *e-mail* a garganta profunda pero no he recibido respuesta, temo que deberé continuar con mi búsqueda nocturna en la red. —Dorón sentía tensa a Rachel y decidió preguntar—: ¿Te incomoda esta ciudad o es mi sensación personal?

—Me incomoda un poco, es cierto que tiene una rica historia, pero también lo es que hubo mucha injusticia, sufrimiento y dolor y quienes más pagaron por ello fueron los judíos.

—Va en la sangre de quienes habitan esta tierra y aunque no es a partes iguales, hay una leyenda que te sorprenderá. A espaldas de la Catedral, cerca de donde hemos pasado, hay una pequeña plaza con un pozo coronado por un hermoso arco metálico; en ese lugar que hoy llaman el Pozo Amargo lloraba de pena la judía que llevaba tu mismo nombre, Rachel, porque su padre había dado muerte a su amante cristiano.

—Si de cuentos se trata yo te contaré uno donde el que muere no es un cristiano —dijo ella dando un sorbo a su café y comenzando su narración, a la que llamó *El converso de Toledo*.

*La historia hace referencia a un piadoso judío converso de Toledo llamado Don Lorenzo Tomé de Villadiego, hidalgo y hombre rico, de gran bondad y sentido común, que se vio obligado a abjurar de su fe judía y, por consiguiente, bautizarse en la fe cristiana para así poder mantener las posesiones que fueron el fruto de sus largos años de trabajo y del cual se aprovecharon en no contadas ocasiones algunos duques, marqueses y ciudadanos de toda clase dejándole de pagar encargos; unos porque en su condición de nobles no consideraban que debieran hacerlo y otros porque no podían.*

*Como la vida le sonreía y esos pequeños descabros no alteraban en gran*

medida su fortuna, no puso nunca mayor reparo y con simpatía y elegancia los convertía en favores de amistad. Parecía feliz, pero en lo más profundo de su corazón anhelaba la fe judía en la que había nacido y vivido toda su vida. Muchas eran las noches que se despertaba con desasosiego.

Una mañana, al abrir los ojos, se dijo que dejaría de lamentarse por ello y que, en vista de que las dos religiones eran buenas, tomaría de ellas lo mejor para sí mismo y para los demás. Se convertiría en una persona con dos almas distintas en un solo cuerpo verdadero. Por un lado se levantaría llamándose Lorenzo Tomé de Villadiego, y por otro se acostaría siendo Pinshos Shlomo Ben Judá. Por la derecha mantendría los hígados cristianos y por la izquierda su corazón judío.

«Si hoy es viernes», se dijo, «antes de que se ponga el sol me iniciaré en Shabat y haré el reposo. El domingo que descansan los cristianos, seguiré gozando de licencia para no levantar la fiesta del asueto; a fin de cuentas, cumpliré con la ley de ambas y gozaré de sus beneficios con un descanso que comenzará el viernes en la tarde y finalizará al inicio del lunes.

Cuando sea Semana Santa comeré solo pescado en viernes de cuaresma, siendo cristiano en la mañana, pero al inicio de Shabat podré comer nuestra adafina y seré judío en la noche. En los meses de Nisan y próximo al Pésaj guardaré la Ley como buen judío y comeré solo matzos ácimos, pero en la noche como buen cristiano podré comer pan dulce bien horneado. Habré cumplido así con ambos preceptos y estaré a bien con las dos religiones».

En su desvarío, Lorenzo Tomé de Villadiego fue más lejos y pensó ya en las grandes ventajas que tendría celebrar el Bar Mitzvá y la Primera Comuni3n, pues a ambos les seguía un pequeño ágape. «De igual forma, cuando sea Janucá decoraremos el Belén con luminarias navideñas, jugaremos con la seviv3n, nuestra peonza de cuatro lados, y degustaremos manzanas fritas bañadas en miel; más tarde esperaremos la llegada de los tres Reyes Magos y así las fiestas serán más largas y animadas». Recordó ese viejo dicho de «quien a dos amos sirve con uno queda mal» y estimó que en su caso sería todo lo contrario. A dos amos serviría y doblemente beneficiado saldría al cumplir con igual deseo y pasión ambas encomiendas.

Pensó en el resto de festividades y en cómo combinarlas. «En Shavuot, que será Pentecostés, celebraré la vendimia, y en Rosh Hashana, que es nuestro nuevo año, aunque no coincida en fechas con el cristiano también lo celebraré. Igual sucederá con Iom kipur, nuestro día del perd3n, aquí también saldré doblemente favorecido porque como cristiano lo pediré todos los días y cuando llegue Kipur seré doblemente perdonado».

Así lo pensó y puso en práctica desde ese mismo Shabat. Cerró su negocio, no recibió



a nadie más para asuntos de trabajo y dio descanso a sus empleados. El viernes y el sábado cumplió con los preceptos de varón que imponía la ley mosaica, incluido la preparación de una suculenta adafina o puchero de cocido sin carne de cerdo que mantuvo caliente durante el sábado para poder cumplir así con la prohibición de encender nuevo fuego o cocinar en Shabat.

El domingo cambió de rito y asistió a la iglesia a misa matinal e hizo como cristiano el acto de la confesión, hecho que le pareció muy de su gusto por lo cómodo que resultaba obtener el perdón de manera tan pronta y solo por contarlo a un sacerdote. Declarar arrepentimiento sincero, cumplir penitencia y quedar absuelto con el alma pura y limpia hasta caer de nuevo en el pecado, todo en tan poco tiempo. ¡Y pensar que como judío debía esperar hasta Kipur! Ahora entendía por qué sus amistades cristianas caían con frecuencia en la pereza, la gula, la lujuria, la envidia o la avaricia y siempre se sentían perdonados por el Creador.

El cambio que sufrió Lorenzo Tomé de Villadiego incluyó su ropaje y costumbres. Como cristiano debía descubrirse al entrar en la iglesia, mientras que como judío debería cubrirse la coronilla con su kipá si hubiera podido asistir a la sinagoga, cerrada a cal y canto desde el edicto. Mayor problema fue encontrar solución a lo del calzado, pues mientras que para el judío debía ser humilde para el cristiano era ostentoso.

Cuando Lorenzo Tomé era Pinshos Shlomo iba ante el Señor caminando por la calle sin utilizar carruaje y con ropa humilde y sencilla. Como cristiano, debía ir opulento, recargado en joyas y con zapatos de piel; así tendría mejor sitio en la iglesia y dispondría de mayores bulas.

Su ocurrencia fue conjugar ambas cosas como venía haciendo ya, y consideró conveniente usar un zapato de tela o espardeña humilde en el pie izquierdo y otro de piel trabajada en el derecho. Nuevamente, creyó encontrar el equilibrio en la fe: de ahora en adelante se compraría ropa lujosa para asistir a un culto y celebraría el otro con ropa humilde en su casa.

A medida que tomaba conciencia de su dualidad, mayores beneficios le encontraba y más entusiasmo le ponía al asunto; incluso comenzó a pensar en tener dos mujeres, como hacían algunos nobles; una la oficial, que había bendecido la Santa Madre Iglesia, y otra que desconocía esa misma Santa Madre. «Es pecado», pensó, «pero una confesión seguida de un sincero arrepentimiento en el momento volvería a dejarme limpio nuevamente y ya se sabe que la carne es débil».

A tal grado comenzaba a llegar su locura que ya pensó en el morir. ¿Cómo sería enterrado?, se preguntaba, ¿como judío o como cristiano? Y sopesó ambas a ver cuál le convenía. Para el primero se utilizaba un sencillo sudario, sin joya alguna ni pertenencias de ninguna clase, y se colocaba la espalda sobre la tierra pues polvo somos y en polvo nos convertiremos. Para el segundo debía ir vestido con sus mejores galas, en un féretro de madera lustrada y tallada y acompañado de sus buenas joyas. «Será que al Señor le gusta ver siempre a sus hijos bien vestidos y

arreglados», pensó y se decidió por lo segundo con ciertos cambios.

Dicho y hecho, Lorenzo Tomé se presentó en la catedral y empezó por pagar el precio de su ataúd así como aquellos honores que deseaba que se le hicieran cuando fuera enterrado; lo hizo por ser costumbre que los hombres nobles pagaran de antemano sus funerales. Solicitó que fuera con todo lujo, música incluida, flores y un digno ropaje que desde ahora empezaría a confeccionarse para que fuera el más hermoso de cuantos se hubieran visto. Las joyas que luciría las iría obteniendo a partir de ese momento. Pero, siempre en su locura, solicitó que todo fuera considerado en el lado derecho de su cuerpo, pues el lado izquierdo sería enterrado como un judío, cubierto solo por un sudario, y la parte izquierda del lujoso ataúd sería cortada para que su espalda tocara la tierra.

Comenzó a comprar ropa preciosa y cadenas de oro con medallones para lucir los días de rezo y festejos religiosos cristianos, se hizo con calzado finamente labrado en piel de cabra, y encargó otros de alguna piel traída del extranjero perteneciente a algún animal exótico. Eso sí, siempre para un solo pie, el derecho. Para el otro, como era costumbre en fiestas Judías, el calzado sería humilde.

Este tipo de peticiones dio que hablar a comerciantes, empleados y vecinos, y el comentario general era que había perdido la razón. Hasta sus sirvientes empezaron a considerar las excentricidades de Don Lorenzo como cosa extraña comparadas con su otrora rectitud. Verle vestido la mitad de una forma y la otra mitad distinta, con las crenchas de un lado y pulcramente peinado del otro y con un calzado fino en un pie y el otro humilde, no hacía sino despertar recelos de su cordura. Igual rezaba el rosario por las tardes, que hacía el kiddush y bendecía panes y vino.

Su familia comenzó a considerar que no se encontraba bien, pero pensaron que sería cosa pasajera, que en breve un buen día se levantaría y todo volvería a ser como antes. No fue así para la Santa Inquisición, que se personó en casa de don Lorenzo Tome llamándole por el nombre de Pinshos Shlomo para arrestarle bajo los cargos de comportamiento hereje y poseso del diablo.

Sus fieles sirvientes se opusieron a que se lo llevaran detenido, pero Don Lorenzo apareció para su perjuicio con un pie calzado en bota y el otro en alpargata, una crencha saliendo de su cabeza por el lado izquierdo y unos rizos cuidadosamente recortados en el derecho. Su ropaje pareciera el de un saltimbanqui, mitad una cosa y mitad otra. Fue conducido a los calabozos, donde a diferencia de otros reos pidió que le llevaran un sacerdote y un rabino, este último difícil de encontrar después del edicto y que la familia hizo traer de Portugal con el permiso debido. A ambos les dijo que moriría por intentar congraciarse con las dos religiones. «¿Dónde cometí error», se preguntaba, «si solo quise hacerlo bien con ambos lados?».

Cuando llegó el día del juicio, Pinshos y Lorenzo Tomé, los dos en uno, se defendió diciendo que él solo cumplía con las dos leyes con rigurosidad y seriedad hasta el último precepto, que de todo se sentía gustoso y orgulloso pues nunca había fallado a ninguna de las dos religiones como el más piadoso de los hombres y, que si

*existía un Dios cristiano y otro judío, en algún lugar del más allá se estarían peleando por su alma, pues había sido el más correcto y cumplidor de sus hijos.*

*Pinshos Shlomo fue torturado para extirparle el mal del cuerpo y murió en la hoguera como otros muchos inocentes de su época que fueron condenados por la Santa Inquisición por el único pecado de ser judíos y no poder olvidar sus raíces al haberse visto obligados a convertirse por fuerza a la fe cristiana o abandonar para siempre lo que desde su nacimiento les correspondía.*

Dorón se mantuvo atento y silencioso durante la narración del cuento, embobado por la historia y por la ternura con que Rachel lo contaba; si alguna duda tenía respecto al valor simbólico que para ellos, los judíos, tenían los cuentos, con aquel acto de Rachel, tan parecido al que veía con frecuencia en su madre, aceptó de buen grado que en un mundo donde la frontera del espacio y el tiempo había sido borrada de un click gracias a Internet, mantener viva la literatura oral seguía siendo necesario e imprescindible.

—Ha sido un cuento precioso —dijo Dorón conmovido por el relato.

—Y también muy doloroso. A saber cuántos más de los que se quedaron no acabaron volviéndose locos ante tanta persecución, injusticia y despropósito.

—El Edicto de Expulsión fue una gran infamia, pero al menos que se sepa este país no deportó judíos durante el Tercer Reich como hicieron otros, entre ellos Francia —apuntó Dorón.

—No creo que la historia de España hubiera podido aguantar una segunda bajeza, con la primera fue suficiente. Fueron mucho miles de españoles los que salieron expulsados de su propia nación solo por ser judíos, y muchos de los que quedaron sufrieron como sufrió Pinshos Shlomo o Lorenzo Tomé, como más gusto te dé en llamarle.

—Los tiempos han cambiado y al menos la historia ha vuelto a poner las cosas en su sitio —expresó Dorón.

—¿Eso crees? Mi padre es un buen hombre y un buen judío, sigue los preceptos, ama a su país y contribuye a su progreso, algo que no hacen otros muchos que le critican y se arropan con la bandera hasta para dormir, y aun así todavía hay quien opina que esta no es su tierra.

—Bueno, es cierto que vivimos un rebrote de antisemitismo...

—¿Un rebrote? ¿Acaso alguna vez se fue? —cortó abruptamente ella—. No seas ingenuo, ya eres mayorcito para ello.

Dorón también había sufrido en ocasiones el insulto y el sarcasmo por el hecho de ser judío; no como una muestra de racismo, eso sus compatriotas lo dejaban para los moros, sino de antisemitismo, pero nunca le afectó mucho, lo consideraba una condición propia de la intolerancia y el miedo que las sociedades tienen por las culturas de las minorías. Quizá en Rachel había sido distinto.

De camino al coche, Dorón entró en una pastelería cuyo escaparate era un

prodigio de decoración seductora con figuritas de monjitas creadas con mazapán que simulaban el trabajo de elaboración de los dulces, amasando, horneando y decorando esas delicias; solicitó dos cajas y eligió para cada una de ellas igual cantidad de todo lo que fue seleccionando, unos pocos mazapanes rellenos de cabello de ángel, unas marquesas, algunos empiñonados y unos pocos pasteles de gloria. Una vez envuelta primorosamente cada caja, entregó una a Rachel y él se quedó con la otra. Ella agradeció el detalle.

—¿Eres *goloso*?

—Un poco —dijo Dorón disculpándose, pero ella mantuvo su mirada firme sobre él—. Vale, soy bastante goloso. ¿Y tú?

—Las chicas no podemos permitirnos esa condición —respondió ella pasándose la mano libre por la cadera y la nalga—. Luego todo se acumula aquí y deshacerte de ello se convierte en un calvario.

El regreso a Madrid, fue igualmente rápido y fluido, apenas encontraron retenciones a la entrada de la ciudad. Cuando llegaron al garaje cambiaron el Mercedes por el pequeño Smart y salieron a la calle, ella se apeó pero quedó apoyada sobre sus codos en la ventanilla bajada.

—Tú no eres de las que usan el beso para despedirse —dijo Dorón estrechando la mano que Rachel le había ofrecido.

—Solo cuando me he acostado con la persona —respondió ella con una sonrisa en su cara.

—Eso tiene solución —indicó Dorón, viendo cómo Rachel movía negativamente la cabeza sin perder su dulzura—. Mensaje recibido, no lo volveré a intentar.

—¿Tan pronto te derrotas? —fueron las palabras de ella antes de darse la vuelta y encaminarse hacia el portal con su bolsa de dulces de Toledo en la mano.

Dorón la vio alejarse pero no arrancó hasta que la puerta del portal se cerró y ella se perdió en su interior. Definitivamente era un pedazo de mujer y si había alguna posibilidad de acabar revolcado entre sábanas, no la dejaría escapar.

Se consideraba miembro del selecto club que estima que existen hombres y mujeres dispuestos a aceptar que pueden ser solo amigos y sin compromiso aunque hayan compartido cama y secretos en repetidos momentos, y quizá Rachel también fuera socia del mismo. Carecía de pasión por los deportes y rechazaba los gimnasios, pero debido a su constitución poco propensa a engordar aún siendo un consumado *gourmet*, su casi metro noventa le procuraba cierto éxito entre las mujeres; sobre todo en los bares de copas de su barrio, plagados de guapas estudiantes erasmus y receptivas a aceptar una relación que durara lo que duraba su beca. Tomó el camino de su casa con el ánimo de llegar y encontrar algún mensaje de Mraz que pudiera ayudarlo a recuperar el libro. Ahora que conocía el valor familiar del mismo, lo consideraba un acto de obligado cumplimiento hacia Rachel Toledano.

## El encuentro

En la parte noble de la ciudad, en la zona de los Jerónimos frente al Retiro, el Comendador había recibido en su ordenador las fotos del ritual de sangre llevado a cabo en una abandonada ermita de la sierra próxima a Madrid. Habían sido enviadas a una cuenta de correo electrónico de la que pocos tenían conocimiento y eso le llamó la atención. La dio de alta cuando conoció que el *Necronomicón* de Toledo había sido robado y solo la utilizaba para recibir noticias por parte de los anticuarios de libros a su servicio que había puesto a trabajar en busca de información que le permitiera hacerse con el ejemplar.

Las fotos mostraban el cuerpo yacente y desnudo de una chica con la cara tapada por un capuchón y el pecho grotescamente marcado con símbolos sangrantes que le resultaron conocidos. En una de ellas se podía ver un libro cerrado con el título de *Codex Arabicus*, y acompañando a las fotos figuraba un breve texto en el que se indicaba una fecha, hora y lugar para un encuentro. Su mayordomo le anunció la llegada de Luca Caviani, a quien había mandado llamar. Un pequeño gesto de su mano fue suficiente para que el mayordomo desapareciera y regresara instantes después en compañía del detective, que quedó parado en silencio en medio del salón esperando una indicación del Comendador.

—Dentro de este sobre —estiró la mano y se lo ofreció al recién llegado—, están los datos de quién tiene el libro; ve a la hora y lugar señalado, cerciérate de que lo tiene y hazle la oferta.

—Si la rechaza, ¿hasta dónde puedo llegar? —preguntó el detective.

—Hasta el final, sin dudar —respondió en un tono imperativo el Comendador.

Luca Caviani sabía lo que eso significaba; se retiró y salió de la casa por la puerta de servicio como era su costumbre y también la exigencia de su jefe. Una vez en su coche, abrió el sobre, lo leyó y vio su reloj, por último revisó escrupulosamente su Beretta 92 de 9mm y su navaja de la misma marca y marchó a la cita a ciegas que le había ordenado.

Llegó con tiempo suficiente para dar un par de vueltas a la zona y apuntar las matrículas de todos los coches aparcados en el lugar; era el estacionamiento del parque del Campo de las Naciones, un lugar muy frecuentado por deportistas, vecinos asiduos, policías de ronda y algunos ejecutivos tomándose un relax en su trabajo. Un lugar demasiado concurrido para llevar a cabo una acción rápida, además ni siquiera sabía con quién iba a encontrarse aunque eso le importaba más bien poco, él tenía un objetivo y eso era lo único que ocupaba su cabeza.

Un coche se paró justo en el sitio indicado y a la hora indicada, en su interior dos hombres miraron su reloj y luego repasaron el escenario con una rápida mirada; Luca se había percatado cómo a una cierta distancia otro coche también había llegado con

otras dos personas pero ninguna de ellas se había apeado, supuso que iban juntos y tomó sus precauciones.

Con paso tranquilo y seguro se aproximó al lugar de la cita y, cuando ya estaba cerca del coche que acababa de llegar, los dos ocupantes le vieron y bajaron; el que ocupaba la plaza del conductor se mantuvo a resguardo junto al vehículo, el otro avanzó hacia él, no llevaba nada en sus manos y eso no le gustó mucho, inmediatamente se percató que era un encuentro de tanteo y que seguramente no traía el libro.

No hubo siquiera presentaciones.

—¿Te manda el Comendador?

—Digamos que me ha pedido que venga, parece que tenéis algo que él desea poseer y está dispuesto a pagar bien —respondió Luca sin dejar de mirar al conductor y de pasada al otro coche estacionado cerca de allí.

—Es muy generoso tu señor —dijo el desconocido luciendo una sonrisa gélida en su rostro.

—Mi cliente, él es mi cliente, no mi señor, ni mi amo, ni cualquier otra mierda que se te ocurra; solo mi cliente.

Luca Caviani se las había tenido que ver con tipos realmente duros a lo largo de su vida cuando ejerció de policía en Salerno, ciudad vecina de Nápoles, hasta que fue trasladado a Milán; allí abandonó la Guardia di Finanza y montó su propio despacho de detectives trabajando para un solo cliente en todo el mundo, el Comendador.

—¿Por qué no ha venido él?

—Porque para estas cosas estoy yo. ¿Puedo ver el libro? —Luca quería cerciorarse de que no estaba allí para perder el tiempo.

—Solo lo verá el Comendador cuando esté dispuesto a pagar.

Tanta insolencia despertó en el detective el deseo de lanzarse sobre el cuello de ese imbécil y pasar su navaja Beretta de parte a parte hasta que de la yugular comenzara a manar sangre como si fuera una fuente, pero se contuvo.

—¿Cuánto quieres? —preguntó Luca.

—Eso quiero decírselo yo mismo al Comendador. Llámale.

—¿Le conoces? ¿Os han presentado antes? —preguntó con sorna Luca ante la insolente petición de aquel tipo.

—He dicho que le llames o no volverá a saber del libro y tú serás el culpable.

—¿Sabes de quién estás hablando? —Luca quiso saber hasta dónde llegaba el conocimiento del individuo respecto a su jefe.

—Sé que desde hace mucho tiempo busca afanosamente el libro que ahora tengo, y eso es más que suficiente.

—Hazlo o nos vamos en este mismo instante —amenazó el individuo con los ojos que parecían a punto de salirse de las órbitas.

Luca notó que la tensión subía por momentos y no quiso arriesgarse; conocía el interés de su jefe por lo que ese idiota poseía. Sacó su teléfono móvil y contactó con el Comendador, le expuso las exigencias y aceptó hablar con él. Luca le cedió el móvil sin despegar su mirada de los movimientos que hacía mientras hablaba.

—Cómo sé de su existencia y de la del libro no tiene en estos momentos ningún valor, digamos que lo sé y es suficiente —dijo el desconocido al Comendador—. Yo también tengo mi propia secta, aunque por supuesto no tan importante como su Libre Orden Transatlántica. —Al otro lado de la línea, el Comendador escuchaba a aquel cretino tratándole de igual a igual.

—Quiero el libro, si realmente lo tiene —fue tajante el Comendador.

—Usted sabe que lo tengo y quiero un millón por él —expuso el desconocido.

—¿Para eso me molesta usted, quien quiera que sea? —le increpó el Comendador—. Sabe bien que ese libro no vale ni la mitad de lo que acaba de pedir, negocie con mi enviado y no moleste más.

—Usted será muy rico y poderoso, pero yo tengo lo que tanto ansía y ahora está en mis manos, subo la cantidad a dos millones y si me da una orden más como si fuera su empleado no verá el libro jamás.

—Si eso pasa, usted lo pagará con su vida —sentenció el Comendador.

Al oír aquello, el individuo arrojó el móvil entre unos setos del jardín y se dirigió a Luca en tono retador.

—Dile a tu jefe que me quedo con el libro; ya no se vende.

Se introdujo en el coche justo en el momento en el que el otro automóvil, aparcado cerca, se aproximaba derrapando, luego ambos vehículos aceleraron y desaparecieron de allí. Luca se dirigió al lugar donde había visto caer el móvil, lo encontró y se cercioró de que seguía funcionando, maldijo la insolencia de ese bastardo y se juró *vendetta* en cuanto pudiera tomársela.

## Gematría

Antes de llegar a casa, Dorón pasó por el mercado de La Cebada; le apetecía comprar unas exquisiteces y darse una cena homenaje a cuento de nada, después de todo ya llevaba el postre de dulces toledanos. Le encantaba ese mercado, no solo porque estuviera cerca de su casa, sino porque era un adicto a ellos. El trajín de sus pasillos, las conversaciones a voz en grito, las fingidas disputas de puesto a puesto que siempre acababan en chistes y chascarrillos, y el mimo y cuidado con que cada tendero exponía sus productos convertía aquello en un arco iris de colores, olores y sabores a cada cual más atrayente. Ese mercado era uno de los más antiguos de Madrid, su primera construcción se inició en 1870 siguiendo el modelo del de Les Halles, en París, a base de hierro y cristal, pero en junio de 1956 fue derribado y se construyó en su lugar este, que seguramente no tardarían en reducir a escombros un mal día para hacer algún supermercado de esos clónicos, donde nadie grita ni te llama por tu nombre.

Aprovechó para comprar unas setas de temporada, unos espárragos frescos de la Campiña de Guadalajara y unas alcachofas de Navarra con las que hacerse una parrillada y acompañar unos lomos de merluza asada al aceite de oliva con ajito y perejil bien picados y unas gotas de limón. Pasó después por su bodega preferida, repleta de una gran variedad de vinos y añadas que surtía a restaurantes, y eligió un Clos María del 2005, un blanco de crianza del Priorato con el que no fallaría, en palabras de su bodeguero.

Abrió la puerta y le extrañó no ver a Nech parado con la cabeza levantada y el cuello estirado recibéndole, como era su costumbre. Dejó las bolsas sobre la barra americana de la cocina, abrió el frigorífico y extrajo una botella de agua que guardaba para cuando deseaba enfriar un vino, la vertió en la cubitera y colocó en su interior el que acababa de comprar, lo dejó reposar mientras se cambiaba de ropa, se ponía cómodo y preparaba la cena.

Le gustaba cocinar porque asociaba la cocina a recuerdos gratos de su niñez, era allí donde solía mantener largas conversaciones con su madre mientras esta preparaba la comida, y no fueron pocas las ocasiones en las que se vio convertido en improvisado pinche dispuesto a lavar, batir y sobre todo a probar los manjares que de allí salían. Le encantaban las historias que le contaba, las consideraba llenas de fantasías aunque ella siempre señalara que eran ciertas. En alguna ocasión él mismo se había planteado escribirlas y confeccionar un hermoso libro de relatos breves.

Plantado ante la tabla y cuchillo en mano, lavó, peló y troceó las verduras, las colocó sobre la plancha de la cocina y las roció con unas ligeras gotas de aceite de oliva virgen y un pellizco de sal gorda, luego preparó los lomos de merluza y elaboró el aliño de aceite, ajo, perejil y limón. Mientras todo cogía su punto, dispuso la mesa



cuidadosamente. Por último tanteó el vino y consideró que estaba en su punto de frío, se sirvió un culín con el que abrió boca, aspiró su aroma, intenso, profundo; lo bebió, buen cuerpo, un vino atractivo, buena elección. Todo estaba dispuesto para el homenaje, todo excepto la inoportuna llamada del móvil que siempre desquicia. Miró el número y esta vez reconoció al emisor; llamaban *del* periódico, pensó abrirlo, pero una rápida mirada a la mesa le hizo desistir, era un homenaje por nada, «y esos homenajes se respetan», pensó él.

Fue una cena larga y minuciosa, con un masticar tranquilo y reposado, el paladar limpio y renovado después de cada envite al vino y todo ello amenizado por la Sinfonía N.º 9 en Mi Menor del Nuevo Mundo de Dvorak. ¡Sublime!

Se tomó un pequeño reposo y, aunque el cuerpo le pedía cama, su cerebro le exigió conectar el ordenador y entrar en su correo a ver qué había de nuevo antes de reiniciar la búsqueda de alguna pista que le llevara hasta el libro. Tenía un *e-mail* del periódico pidiéndole que al día siguiente por la tarde pasara por allí, intuyó que el señor López deseaba un nuevo relato sobre algún tema en concreto y, como periodista a la vieja usanza, le gustaba comentar sus encargos en persona. También había uno de Mraz que Dorón abrió de inmediato; las fotos del aquelarre le estaban llegando. Eran imágenes que podían estremecer a los ingenuos, pero él no las dio demasiada importancia, sabía el gusto de esas sectas por las representaciones sanguinolentas donde la salsa *ketchup* corría a raudales. No se veían caras que poner a esa especie de imitadores de demonios sin guadaña rodeando un cuerpo desnudo de mujer sobre el que habían tatuado toscamente figuras que a Dorón le resultaron familiarmente parecidas a las que vio en los Nkas. Ese detalle le resultó inquietante.

Entre ellas una le llamó la atención: la portada de un libro con el título *Codex Arabicus*, de inmediato las imprimió.

Juntó con las fotos había una nota de Mraz: «Ellos son *Kromto*. Sierra de Gredos, cerca de allí levantan su templo. Búscalo, el libro pide ser rescatado».

Seguía sin gustarle el estilo críptico de los mensajes de garganta profunda, pero agradecía mucho la información que le enviaba.

Observó las fotos que había impreso y se puso a navegar en la red intentando encontrar alguna noticia sobre posibles agresiones a chicas en los últimos días, buscó en las hemerotecas de los diarios pero solo encontró referencias a grupos neonazis que habían agredido a muchachas de estética indie y les habían tatuado a cuchillo cruces gamadas y salvajadas de ese estilo; nada de alguien que hubiera sido raptada y le hubieran tatuado símbolos satánicos. No obstante, aquellas fotos eran un buen punto en el que apoyarse para su investigación.

El cansancio que hasta hace unos momentos le ocupaba el cuerpo desapareció y Dorón se volcó en la búsqueda de aquel lugar profanado. Apuntó en un papel posibles palabras claves o *metatags* que los motores de búsqueda de Google y compañía pudieran interpretar para acotar al máximo los resultados. Eran muchas las ermitas diseminadas por la Sierra de Gredos y que, aunque solo eran visitadas durante las

fiestas del santo o santa que guardaban, seguían en activo; él se interesaría por las que estuvieran abandonadas o en desuso. Poco a poco las referencias aparecidas fueron reduciendo el número hasta limitarse a unas pocas y tomó nota de su localización. Por último buscó un mapa de carreteras locales de la zona, lo imprimió, trazó una ruta que las incluyera y se propuso visitarlas.

De todas las fotos recibidas, seleccionó aquella que mostraba más detalle del interior de la ermita y con el *Photoshop* eliminó las figuras que aparecían hasta dejar solo el espacio en el que sobresalía el presbiterio abovedado y semiderruido. Con eso tenía suficiente para encontrarla.

Por la mañana, Dorón aprovechó para pasar a recoger la ropa que su madre le había lavado, aunque decidió no hacer referencia alguna a las fotos porque le parecía innecesario. No pasó siquiera por la librería, entró directamente al portal del edificio y llamó a la puerta; como esperaba, fue su madre quien le abrió.

—¿Vienes a por tu ropa? —preguntó ella cruzándose un beso con su hijo.

—Vengo.

—Eso es que no tienes nada decente que ponerte.

Le dio un repaso de pies a cabeza antes de perderse en el pasillo camino de la habitación de Dorón y regresar con una bolsa en la que iba la ropa lavada y planchada, su hijo la revisó.

—Mamá, te agradezco infinito el esfuerzo, pero es necesario que entiendas que los vaqueros no se planchan con raya al medio, más bien no se planchan y punto. Se estiran repasándolos con fuerza sobre el marco de una puerta y te quedan geniales.

—¿Por el marco de una puerta? —preguntó asombrada Anne sin saber a qué se refería su hijo.

—Mira, así. —Dorón cogió el pantalón vaquero, agarró una de las perneras desde la boca hasta la cintura, la colocó presionando sobre el marco de la puerta y la pasó con fuerza de parte a parte un par de veces, luego repitió la acción con la otra pernera ante el espasmo de su madre.

—Tanto trabajo para que esforzados ingenieros idearan las planchas y sales tú ahora con esta tontería —dijo su madre aún con expresión de asombro.

—La moda ha cambiado mamá, la raya solo en los trajes. Por cierto —dijo entregándole la caja de dulces—, te traje esto, son de Toledo y son *kosher*.

Anne cogió la caja, la abrió y vio los dulces, no pudo resistirse y tomó uno que primero olió con los ojos cerrados y luego mordió paladeando el bocado lentamente.

—Maravillosos, no pueden ser de otra forma si son de Toledo —dijo la madre con una expresión de placer en su rostro—. Me podías haber invitado si fuiste de paseo.

—Realmente me invitó Rachel, quería mostrarme sus raíces.

Anne transformó el gesto convirtiéndolo en una expresión picarona y de complicidad que su hijo atajó de inmediato.

—Mamá, ni lo pienses.

—Es una chica muy inteligente, ingeniera creo. Muy valiosa.

—Y judía —apostilló Dorón.

—Ahora que lo dices... —añadió la madre dejando la frase a medio terminar.

—¿Por qué te obstinas en elegirme esposa? Además, como señalaba Ortega y Gasset, hay quien ha venido a este mundo para amar a una sola mujer y, consecuentemente, no es probable que tropiece con ella.

—Muy sabio sin duda —expresó su madre, que durante sus años de docencia había tenido que exponer en innumerables ocasiones la figura del filósofo—, pero en tema de mujeres no tenía ni idea como os sucede a casi todos, por no decir a todos.

Dorón sabía que sus esfuerzos por evitar la actividad casamentera de su madre estaban destinados al fracaso, formaba parte de su esencia judía inaccesible al desaliento, de manera que cambió de tema en un claro intento de evasión.

—He leído el libro que me prestaste y tengo algunas dudas, ¿me las puedes aclarar?

—Por supuesto, pero antes quiero que mandes a paseo por un rato tu lado racional.

Anne salió de la cocina y regresó momentos después con sus elementos de estudio de *La Cábala* y ambos se acomodaron en torno a la mesa de la cocina.

—Comienza recordándome el valor de la Gematría dentro de *La Cábala*.

—¿Qué estudiaste entonces durante tu estancia en la *yeshiva*?

—Mamá, han pasado veinte años, ¿no puedes ser un poco más indulgente?

—Está bien, comenzaré por recordarte que *La Cábala* no es solo el Libro Místico de los Judíos, como lo llaman vulgarmente quienes poco o nada saben de ello; es también la base que sustenta en mayor o menor medida los preceptos, leyes y orden en el terreno de la espiritualidad.

Anne adoptó el papel de maestra de escuela que había ejercido con orgullo durante muchos años ante sus alumnos.

—Dímelo como si yo fuera un alumno neófito al que debes hacer entender el tema, no me veas como tu hijo o como un judío obligado a saber de ello —dijo él queriendo dar un sentido de oficialidad al momento.

—*La Cábala* debemos distinguirla en cuatro estados: *La Cábala* dogmática, compuesta por los libros de la *Torá*, *Sefer Yetsirá*, *Bahir* y *Zohar*. *La Cábala* práctica, que hace referencia a la magia y que habla de la elaboración de amuletos, talismanes, conjuros, enchiridiones, grimorios y pantáculos. *La Cábala* literal, en donde se destacan los conocimientos de Gematría, *Notaricón* y *Temura*. Y finalmente *La Cábala* no escrita, en esta última no hay palabras, todo es interno y, si quien busca la enseñanza ha llegado a ese nivel, su conocimiento se revela y su maestro es su «yo» interno; por eso no hay palabras, nada está escrito. Claro que a ese estadio solo llegan los grandes iluminados y esos se pueden contar con los dedos de las manos y te sobrarían algunos. Ahí es donde se alcanzaría a entender la Clave Gematría, diríamos

que sería la llave que da acceso al conocimiento pleno que transforma a la persona en un visionario.

—¿No te resulta todo esto un poco fantasioso? —Había ido con su madre buscando luz y se estaba encontrando con más confusión.

—Cuando se comienza a estudiar *La Cábala* todo resulta así y tiene una razón: el conocimiento no se da de pleno, se da una parte, la otra tiene que buscarla el alumno que realmente la persiga.

—Ya, pero centrémonos en la Gematría —solicitó inquieto su hijo.

—Como te he dicho antes, la Gematría forma parte de *La Cábala* literal y lleva en sí misma la clave del todo el conocimiento.

—¿Cómo es eso?

—La Gematría es muy importante en la magia ceremonial porque estudia la relación de valor que hay entre las letras del alfabeto y el número que corresponde a cada una de ellas. Si ponemos por caso el alfabeto hebreo, la letra «*Alef*», que es la A, tiene el valor correspondiente al número 1, «*Bet*» que es la B, al 2 y así sucesivamente. El valor de una palabra o un nombre estaría conformado por la suma de los valores numéricos de sus letras hasta reducirlo a un número primo.

—¿Qué importancia tiene eso?

—Para quien no es iniciado posiblemente ninguna, pero para quien tiene conocimiento ese número sí tiene relevancia. Einstein tenía una cierta predilección por el 9, un número que, multiplicado por cualquier otro y sumados sus valores, siempre acaba en sí mismo. Multiplica 9 por 5 o por 22 o por 37; pongamos como ejemplo este último, el resultado es de 333. Si hacemos la suma de sus valores  $3+3+3$ , el resultado es 9.

—Como muestra matemática es interesante, pero no le encuentro mayor interés —dijo Dorón mostrando en su rostro un ligero gesto de indiferencia.

—¿Y si te dijera que el número de respiraciones de una persona cada 24 horas es de 25 920 veces, que sale de la multiplicación de  $18 \times 60 \times 24$  y que, reducido a su número primo, es 9?

—No sería más que una anécdota —continuó Dorón con su escepticismo.

—Bueno, pues esa misma cantidad de 25 920 es exactamente el número de años que precisa el sol para transitar por las doce constelaciones que conforman el zodiaco, lo que los astrónomos llaman la eclíptica. Como ves, nada es casual, todo en el cosmos está influido por un ritmo.

—Me dejas perplejo —señaló Dorón sin borrar de su cara su escepticismo—. ¿Podemos seguir con la lección?

—¿Ves?, yo soy consciente de ese ritmo, tú no.

—Háblame del Notaricón.

—Es la formación de las palabras secretas que tienen un poder en sí mismas. Para crearlas se utilizan las iniciales que las definen, es algo parecido a los acrónimos y un buen ejemplo puede ser «Amén».

—Esta de secreta tiene poco, es quizá una de las más utilizadas en el mundo — señaló Dorón.

—Conocidas sí, pero pocos son los que realmente saben su significado. Proviene del hebreo *Adonai Melekh Namen*, que significa: «Aceptamos lo que nuestro Señor dice». Aunque no lo sepamos, todos al decir esa palabra estamos diciendo eso.

—Interesante. —El gesto de Dorón comenzó a cambiar—. ¿Qué me puedes decir de la Temura?

—Es el método que se utiliza para lograr que una palabra o frase —continuó Anne con su exposición—, se escriba como se escriba, de derecha a izquierda o viceversa, de arriba abajo o a la inversa, sea siempre la misma.

—Se conocen como *palíndromos* —indicó Dorón—, pero todo el mundo las llama capicúas, lo cual es un error porque eso es solo para los números.

—Cierto. Esas palabras o frases se utilizan para hacer talismanes o amuletos y dotar de vida a objetos que son inertes.

A Dorón todo aquello comenzaba a llamarle la atención, su madre había conseguido embelesarle.

—¿Quieres decir que la Clave Gematría puede ser una especie de *mantram*...?

—Capaz de abrirte la mente —le interrumpió ella— y observar todos los planos existentes en sus cuatro dimensiones. Podemos «ver» las tres que hacen referencia al espacio: altitud, longitud y latitud, todo ocurre entre esas tres paredes, la cuarta dimensión es el tiempo y la pregunta sería cuándo ocurre: ¿ahora, hace un instante o está por suceder?

—Una frase, una palabra. ¿Así de sencillo lo pones?

—Si fuera sencillo todos lo conoceríamos, si pocos lo saben es que será bastante difícil.

—Imposible, si me permites decirlo.

—Se dice que cuando Adán y Eva fueron expulsados del paraíso, un ángel, que pudo ser Metratón, sintió tanta tristeza de verlos marchar con el peso del pecado que les dio en secreto la clave para regresar sin que el Creador que todo lo ve pudiera ver eso, «guardad estas palabras, meditadlas y cantadlas con fuerza y amor, y volveréis». Luego, él mismo le pidió a Shekinah, otro ángel tan bello que se dice es la representación femenina del Creador, que fuera y los cuidara siempre para que nada les sucediera; algo parecido a lo que hacen las buenas madres. Por eso decimos, los que estudiamos *La Cábala*, que Shekinah siempre ha estado en la Tierra, es el único de la alta jerarquía de ángeles que vive entre nosotros, que adora a las familias y que es quien vigila y ayuda a las mujeres. Yo sí creo que esas palabras existan, como posiblemente exista también esa Clave Gematría tan deseada, pero mi enseñanza no llega a tanto.

—Me encantan tus cuentos —dijo Dorón con una sonrisa.

—¿Quieres escuchar uno relacionado con las enseñanzas?

Dorón echó un vistazo a su reloj, sabía que sobre gematría ya estaba todo dicho,

pero tenía tiempo y una invitación así no podía desperdiciarse de ninguna de las maneras.

—Soy todo oídos Anne comenzó su relato, al que tituló *El Aprendiz de Mago*.

*Corría el año 1231 y en la ciudad de Sibiu, en pleno centro de Rumanía, vivía acompañado de su joven discípulo un conocido y reputado mago, Reb Yisroel Ben Storch, conocido como el Santón de Silesia, hombre justo, estudioso y gran conocedor de La Cábalá, hacedor de gematrías, grimorios, pentáculos, enchiridiones y sanador de cualquier mal menor pues, según se decía, solo con mirar a una persona podía saber qué le aquejaba y dar con la cura.*

*Comentaban también que quitaba hechizos y entuertos, y que tenía conocimientos profundos de alquimia, astrología y medicina. Podía hacer llover de igual forma que hacer subir el fuego, apuntaban que era capaz de convertir la nieve en piedras preciosas, transmutar el oro o hacerse invisible en pleno día, pero su verdadera especialidad era alejar fantasmas.*

*Se aseguraba que había obtenido los favores de un noble caballero llamado Dacio el Grande por haberle alejado uno que le había sido enviado por un sacerdote de la Galia, un mal servidor de su religión que, interesado en quedarse con sus bienes incluido esposa, no se tocó el corazón en enviarle un espíritu descarnado del más allá que, no encontrando paz en su otro mundo, se dedicaba a hacer la vida imposible en este a todos los que vivían en el castillo del gran señor. Igual rompía cristales a media noche con enorme estruendo, que quemaba cortinas o provocaba tornadillos de hollín en las chimeneas, dejando todo negro como el carbón. Otras veces ponía los muebles de cabeza y hacía reventar las arañas de luz de cristal de Bohemia provocando una lluvia de pequeños cristales que pinchaban como alfileres.*

*Es sabido por los estudiosos de la materia que existen diversos tipos de almas en pena; están los chocarreros, los atormentantes, los densos y los amorfos. Estos últimos, que pueden tomar la forma de cualquier cosa que se les presente, son los llamados dybbuk o infernales, eligen objetos para tomar forma y allí se quedan; sus preferidos son las guijas aunque no rechazan las mesillas de tres patas, a las que suelen hacer bailar, y las corazas de latón causando gran horror a quien las ve. Esta última forma es más característica del Golem porque con apariencia humana andan, corren, montan a caballo y se presentan en contiendas.*

*Con la llegada del descarnado, la situación en el castillo se había hecho intolerable. Durante las noches que decidía hacer de las suyas, los estruendos, sollozos, rechinares y golpes de muebles se oían en todas las estancias, no dejando dormir y atemorizando a sus inquilinos quienes, a la mañana siguiente, además de levantarse cansados, debían dedicarse a limpiar y arreglar todos los destrozos que había producido. Pero si el temor era malamente soportado por siervos y señor, lo que realmente dolía eran los cardenales por todo el cuerpo con que amanecían, acompañados de una angustiosa sed y el pelo encrespado imposible luego de*

dominar, síntomas claros de haber sido tocados por él.

Por todo ello, servirse de un descarnado y enviarlo a torturar la vida de las personas era una acción infame y pérfida como pocas, no solo por el daño que se hacía sino porque con ello se manipulaba la voluntad de unos seres errantes y atormentados que solo buscaban su luz para alcanzar el descanso eterno. Eso fue lo que hizo el sacerdote de la Galia, que decía poseer algunos fantasmas más atrapados en el sótano de su campanario y atados con cadenas de conjuros y agua sacra. Una receta que, a pesar de su aparente sencillez, resultaba extremadamente difícil de llevar a cabo, pues debía colocarse una cadena en agua sacra extraída de un pozo el primer día de luna llena de aquellos meses que no llevaran la letra «R», luego debía dejarse reposar por espacio de siete días y sus correspondientes noches, de forma que la cadena se concentrara de energía y atrapara al fantasma colocándosela en el tobillo nada más apareciera tras haberle invocado con las palabras mágicas correspondientes. Cómo conocía dichas palabras el sacerdote no es difícil de entender, pues de todos es sabido que el clero siempre ha poseído la mejor colección de ejemplares secretos de artes mágicas, de forma que este había estudiado bastantes de ellos y había conseguido dominar a los espíritus en su beneficio.

Con la presencia del fantasma en el castillo, el sacerdote pretendía declarar demente al noble caballero y hacerse con sus bienes, entre los que se encontraba su esposa, que se había convertido en su cómplice y con la que, según decían las lenguas de doble filo, mantenía amores concupiscentes a espaldas del noble señor.

Cerca estuvieron de conseguirlo de no ser por la inestimable ayuda del Reb Yisroel Ben Storch que se personó en el castillo y en cuestión de una hora, entre charlas y arreglos con el fantasma, no solo logró hacerle desistir de continuar en su empeño por hacer daño, sino que lo liberó y le hizo encontrar la luz. Todos los presentes fueron testigos de aquella luz cegadora seguida de viento que alejó el mal para siempre.

Ante semejante muestra de poder, pareciera que el viejo Reb era capaz de dominarlo todo, aunque algo se le escapaba y no era otra cosa que la tozuda insistencia de su joven ayudante, Todor Leib Bathaus, por conocer los secretos de La Cábala y las artes de la alta magia. Pero le había señalado que hasta no alcanzar la edad de treinta años no le transmitiría dicho conocimiento por existir el riesgo de que enloqueciera si lo hacía antes.

A pesar del temor que despertaban las palabras del anciano maestro, el joven aprendiz no dejaba pasar momento oportuno para reclamar más conocimiento cuando era enseñado.

«¿Por qué quieres ser cabalista?», le preguntaba el Reb.

«Para conocer la fórmula que transmuta el oro, para alcanzar a hacerme invisible, para hablar todas las lenguas».

«Pero eso no se logra de la noche a la mañana».

«Maestro, tengo veintidós años, no creo que pueda esperar ocho más».

«Pues deberás hacerlo y con ello demostrar que serás un buen cabalista y que harás uso juicioso de ese conocimiento».

El joven Todor era un muchacho inteligente que había estado al cuidado del Reb desde muy temprana edad, pues le recogió al quedar huérfano. Aprendía con rapidez, conocía las mezclas exactas de la albahaca con la linaza para cataplasmas, manejaba con soltura los tiempos de cocción del eucalipto y, junto con dos cuartas partes de alcohol y una de miel, sabía preparar un jarabe que limpiara la garganta, así como otras pócimas más.

Ahora se encontraba sumido en el estudio del Tarot. Por las tardes, el maestro le pedía que describiera uno a uno los tres primeros arcanos y le explicara la posición de cada uno de ellos en la constelación a la que pertenecían, las coordenadas y el planeta que regía, las tatwas correspondientes y el horario de oración. También le solicitaba explicación del porqué se presentaban de tal manera, los colores de sus vestiduras y la posición de las manos, la letra del alfabeto hebreo a que pertenecía cada arcano, color que le dominaba, rayo cósmico y ángel que lo custodiaba. Todo esto pedía el maestro saber de memoria y a conciencia.

Todor había aprendido y memorizado toda la pléyade de ángeles, sus jerarquías, tronos, virtudes y principados, la posición correcta de las chackras sobre el cuerpo y el valor de los elohims con sus rayos poderosos en sus gamas de color. Su maestro le hizo conocer las esferas bajas, los demonios y sus nombres secretos, las categorías según su grado de maldad, las brujas, hechiceras, lilliths, cubos, súcubos, dybbuk y gilgul.

Con frecuencia el viejo mago pedía para ambos realizar ayunos antes de elaborar una poción mágica y hacer meditación por las tardes antes de que cayera el sol, mirando al horizonte y repitiendo palabras secretas que le iba enseñando. Con todo, conocía gran parte de la teoría pero nunca había realizado por sí mismo práctica alguna ya que, según su maestro, le quedaba el último peldaño, o más bien el primero en la mística, «la vía secreta», las poderosas palabras mágicas que abrían el camino al iniciado. Todas esas palabras se encontraban en un libro que el Reb Yisroel custodiaba siempre.

Una tarde llegaron a su puerta cuatro sirvientes del viejo Juttel Bauer que vivía en Carpos, a más de treinta leguas de allí, para decirles que su señor se encontraba muy enfermo, temían que fuera el cólera y que muriera pronto y pedían que fuera a verle cuanto antes. La pandemia que asolaba Europa había llegado hasta allí, se hacía necesario tratarle. El maestro les dejó descansar, dieron de comer y beber a sus caballos y se dispuso a prepararlo todo para el largo viaje, mandando a los sirvientes de regreso y por delante para que tranquilizaran al enfermo diciéndole que



él llegaría en poco tiempo. Antes, les dio unas breves instrucciones para que fueran llevadas a cabo nada más llegar a la casa, les pidió que dispusieran de ocho metros de tela, que hirvieran toda el agua que usaran tanto para beber como para limpiar y cocinar, que tuvieran preparadas tres arrobas de sal y la mitad de azufre. Él saldría en cuanto hubiera dispuesto todo lo necesario para la cura. Aunque cansados de la larga cabalgada que se habían dado, bebieron una infusión de té con hierbas y miel que el viejo preparó e iniciaron nuevamente el camino de retorno a la casa de su amo.

Mientras buscaba sus pócimas, mandó al ayudante enganchar cuatro caballos al carro y preparar comida y agua para iniciar el viaje cuanto antes. Recorrer la distancia hasta la casa del viejo Bauer por aquellos caminos de difícil trazado, sorteando peligrosos riscos y veredas a las faldas de los Cárpatos, les llevaría al menos dos días. Empaquetó cuidadosamente todos los enseres necesarios y se hicieron al camino.

Durante el viaje, Todor aprovechó para insistir en su deseo de alcanzar el conocimiento que le tenía prohibido a riesgo de quedar loco. En el silencio de la noche, roto solo por el ruido del carruaje, el anciano tuvo un presentimiento.

«Todor, si algo me sucediera...».

«¿Qué le puede suceder maestro?».

«Lo que hubiera de ser», respondió secamente. «Quiero que ante todo tengas sensatez y demuestras a todos que estás preparado para el relevo».

«¿Cómo puedo estarlo si usted no me ha enseñado la vía secreta?», le reprochó su joven aprendiz.

«Si bien eso es muy importante, no lo es más lo que hasta ahora has aprendido. Sabes curar a este enfermo que vamos a ver en Carpos, serás tú quien logre reponerle».

«Pero es cólera y de eso nadie se repone, ya escuchó a sus sirvientes».

«No creo que lo sea, pero si así fuese, también sabrás qué hacer y cómo proceder».

«¿Qué presente, Reb?».

No hubo respuesta y continuaron el camino, pararon lo indispensable para dar de comer y beber a los caballos y siguieron adelante hasta que, a punto de caer la noche, avistaron las primeras luces de un poblado; buscarían acomodo para ellos y los animales y proseguirían al amanecer. No pudo ser, pues debido a su condición de judíos nadie les dio posada ni cobijo. Una extraña mujer de aspecto estremecedor con la que se cruzaron les comentó que había un noble, el Conde de Valaquia, que seguramente querría acogerlos, era hombre de dinero y también hospitalario que tenía por costumbre abrir sus puertas a los viajeros. Al viejo Reb aquello le dio mal presagio y recelando de la información recibida decidieron continuar, ya encontrarían resguardo en el camino.

No se habían alejado siquiera media legua cuando cuatro jinetes con los rostros

cubiertos con sus negras capas les dieron alto y les hicieron bajar, el anciano obedeció sin rechistar y desde ese mismo instante comenzaron a infligirle golpes y estocadas, exigiéndole todo lo que de valor llevara. Ante semejante tortura, Todor se aterró tanto que huyó corriendo todo lo que sus piernas dieron, abandonando a su suerte a su maestro en manos de aquellos malhechores. En su carrera volvió a cruzarse con la extraña mujer y aunque la apartó de un fuerte empujón, escuchó su risa cruel, se giró y la vio danzar con saltos que superaban su altura hasta quedar flotando en el aire; sin duda era una bruja, lo que tantas veces había oído mencionar a su maestro se mostraba ahora de forma aterradora. Corrió tanto que creyó estar atravesando la cordillera, cuando su cuerpo no pudo más cayó de bruces desmayado.

El sol de la mañana le despertó, sin saber cuánto tiempo había pasado allí tendido, se incorporó como pudo y alcanzó a llegar hasta un pequeño riachuelo donde se refrescó, recordaba con claridad lo ocurrido con aquellos cuatro asaltantes y su maestro, aun así, regresó al lugar tomando todas las precauciones posibles. Cuando llegó, vio el carruaje destrozado y los enseres esparcidos por la tierra, pero tanto los caballos como su Reb habían desaparecido, se sintió perdido y cubriéndose el rostro con las manos por el desasosiego se mantuvo inerte unos minutos, luego respiró hondo y comenzó a recoger todo lo que pudo, algo de comida, hierbas, medicamentos y, para su suerte, detrás de un matorral vio oculta la bolsa de su anciano protector. La recogió y abrió para ver qué podía quedar que fuera de utilidad, y su sorpresa fue grande, pues dentro estaba el libro de los secretos más profundos, el que tanto deseaba y por el que tanto rogó e insistió. Todor lo abrió y lo ojeó con temor, los ruidos del lugar le sacaron de su ensimismamiento y volvió a guardarlo, dentro también encontró una pequeña bolsa de cuero anudada, la desató y una vez más volvió a sorprenderse: en su interior había unas monedas de oro y una pequeña piedra preciosa. Al parecer, el viejo consiguió tirar la bolsa al matorral y quizá debido a la noche los maleantes no pudieron encontrarla.

Se marchó para pedir ayuda, pensó primero en el poblado cercano pero recordó a la mujer convertida en bruja y desistió, igual que rechazó regresar a Sibiu por estar muy lejos. Finalmente se decidió por continuar y llegar a Carpos, quizá su maestro se hubiera salvado y huido en esa misma dirección.

Hambriento y agotado de tanto caminar, paró solo para comer algo de lo que había podido recuperar, unos cuantos frutos secos y algunas hojas de hierba que él conocía como buen reconstituyente. Mientras descansaba abrió el libro; los dedos le quemaban por hacerlo y empezó a leer: «receta para hablar con los pájaros», «cómo convertir un tigre en mono», «receta para que una mujer quede embarazada», «sortilegio para atraer las lluvias», «forma y manera de evitar plagas en la siembra», «cómo comunicarse con los ausentes»... Pensó que eso era lo que necesitaba y sin dudarle se puso a la labor de llevar a cabo el sortilegio que le

permitiera hablar con su maestro. Pronunció las palabras viendo al norte una y otra vez, pero nada sucedió. Se sintió incapaz y hasta llegó a pensar que las recetas allí descritas eran incompletas para de esa manera asegurarse que solo el anciano maestro pudiera hacerlas.

Llevado por el cansancio, se quedó dormido y fue en ese instante cuando Reb Yisroel Ben Storch se le apareció.

«Todor, esto fue lo que pasó cuando huiste», le dijo.

El muchacho pudo ver todo lo que ocurrió: vio a los cuatro jinetes negros atravesando el corazón del viejo con una espada para luego extraerlo y llevarse el cuerpo atado a un caballo.

«Hiciste bien en escapar y lo has hecho mejor dirigiéndote a Carpos, lleva la curación al enfermo, esa es tu misión».

Se despertó abruptamente, asustado por lo que había soñado y, haciendo caso a lo escuchado, se incorporó y se puso a andar nuevamente con el rumbo señalado.

Después de casi tres leguas de marcha escuchó un ruido a su espalda, se giró y vio cómo se aproximaba una carroza blanca tirada por seis caballos y conducida por dos cocheros que paraba a su lado, alguien desde dentro le observó y saludó con cortesía y manera. La cabeza de un caballero se dejó ver.

«¿De dónde es usted?», preguntó el desconocido sin bajarse.

«De Sibiu».

«¿A dónde se dirige?».

«A Carpos, a curar a un enfermo».

«Pronto caerá la noche y el camino se hará peligroso, suba», le dijo abriendo la puerta del carruaje.

Ya dentro, Todor palideció del asombro; había una mujer, la más hermosa que hubiera visto jamás, delicada como una flor, con ojos grandes y brillantes que dejaba caer con gracia, y vestida con una capa azul sobre una túnica blanca. Junto a ella, el caballero que le había invitado a subir.

«Soy Mihai Kanir y ella es mi hija Stella».

Todor, cohibido por la impresión de ver por primera vez en su vida una mujer tan hermosa, apenas encontró palabras para presentarse.

«Soy Todor Leib Bathaus, discípulo del maestro Reb Yisroel Ben Storch, y voy a Carpos».

«Pues ha tenido fortuna, hacia allí nos dirigimos», señaló el comerciante.

No vio impedimento en llevarle y durante el viaje explicó que aquellos parajes no eran recomendables porque según las gentes del lugar existían pájaros humanos que volaban como los murciélagos y capturaban a sus presas para luego dejarles sin sangre. También habló de ladrones que después de robar a sus víctimas las mataban cruelmente. Todor excusó hablar mucho aduciendo ser de pocas palabras. Por precaución no quiso contar lo que le había sucedido a su maestro, lo haría cuando llegara a casa del enfermo. Además llevaba el dinero y las pertenencias del Reb,

alguien podría llegar a pensar que pudo matarle para quedárselas.

Mientras el señor seguía hablando y explicando su trabajo como comerciante, la mujer guardaba silencio pero le lanzaba discretas miradas.

Entrada la noche llegaron a Carpos y Todor fue cordialmente invitado a la casa pero declinó el ofrecimiento aduciendo la importancia de su visita, en un acto más de cortesía el carruaje paró frente a la casa de Juttel Bauer y el joven aprendiz se despidió agradeciendo la ayuda recibida. Nada más entrar solicitó ver al enfermo, los cuatro sirvientes preguntaron por el Reb Yisroel y él indicó que no tardaría, se había adelantado debido a la urgencia y quería prepararlo todo para cuando llegara.

Pidió a los sirvientes todo lo que su maestro les había encargado comprar para la curación. Sacó sus pócimas y empezó a trabajar. Al momento de ver al paciente comprobó, tal como le había dicho su maestro, que no tenía el cólera, algo notorio tan solo por el olfato. El viejo le había enseñado a percibir e identificar hasta 124 olores distintos. Siempre decía que cuando se ve a un enfermo, solo con percibir el color de la piel y el olor de su cuerpo se podía llegar a saber el mal que tiene.

«Un problema menos», pensó Todor y se inició primero en la prevención. Con ayuda del agua hervida solicitó lavar la casa y todos los utensilios de comida, a continuación puso en remojo de sal y alcohol todas las pertenencias que había tocado el enfermo y por último pidió hacerlo extensivo para todos los que allí vivían.

Lavaron la casa en suelo y paredes con una mezcla de amoníaco, sal y vinagre, y con el azufre hicieron un fuego en el que quemaron las prendas y ajuar usado por el enfermo. Con los ocho metros de tela nueva se envolvió al viejo Bauer para que entrara en sudoración y se repasó la estancia con sahumero de incienso para provocar el estado febril. Más tarde, se quemó toda esa tela y mandó colocar pequeñas cantidades de azufre en las esquinas, rendijas, puertas y ventanas de la casa.

Una vez cumplida la tarea de curación, y agotado por el esfuerzo, pidió ir a sus aposentos; los sirvientes le dijeron que podía escoger entre dormir con ellos o alojarse en la posada «El Danubio» donde habían reservado para los dos pues esperaban también al maestro. Todor, deseoso de descansar tranquilo, aceptó la segunda opción.

Al llegar fue recibido por el hostelero que le acompañó hasta su aposento donde tenía preparado un baño de agua caliente, cuando quedó solo se desvistió y se sumergió en el recipiente donde se mantuvo relajado por largo rato. En la cama continuó con la lectura del libro de los secretos hasta quedarse dormido. Otra vez su viejo maestro volvió a aparecer.

«Lo has hecho muy bien, eso esperaba de ti, pero debiste haberte quedado en la casa del enfermo. Es necesario que abandones este lugar».

La imagen del Reb se desvaneció cuando un ruido fuerte le sacó del sueño, alguien llamaba insistentemente y con desesperación a la puerta de su habitación;

medio somnoliento preguntó quién llamaba de esa forma y si era humano o descarnado.

«Soy yo», dijo una voz de mujer en un grito reprimido, «abra por favor».

Todor se incorporó rápido y abrió, quien enfrente estaba era una mujer joven tocada por un mantón y con un generoso escote que se advertía debajo del pañuelo que la cubría. Llevaba un bolso de viaje y sin solicitar permiso alguno entró y cerró la puerta tras ella.

«Señora no puede usted hacer eso», dijo el muchacho.

«Ayúdeme, necesito que me cobije y oculte esta noche».

«Pero yo no puedo...».

«Huyo de mi padre», le interrumpió ella, «un hombre malvado que me ha vendido a unos gitanos. No quiero irme con ellos», y al decir esto último su voz se quebró.

El joven la sentó sobre la cama, puso la maleta al lado de la mesita de noche y le ofreció un vaso con agua. Pidió a la intrusa que le explicara con detalle su situación, ella así lo hizo, se despojó del pañuelo y dejó al descubierto los encantos que antes solo se perfilaban. Le explicó entre sollozos que su padre era un hombre viciado por el juego, el alcohol y otras perdiciones y que cuando había llegado a casa le había pedido que arreglara sus cosas, tirando de ella entre empujones y patadas la había llevado ante un grupo de gitanos y la había vendido. Este grupo viajaba por todo el país conformando un circo de saltimbanquis, malabaristas y bailarinas entregados a la magia, la adivinación y la buenaventura, pero también en secreto hacían hechicería. Esa noche tenían pensado salir rumbo a Transilvania y en el momento en que todos estaban recogiendo sus carrromatos, ella consiguió escapar.

Había deambulado por la ciudad y, habiendo escuchado que un joven sanador de Sibiu había obrado el milagro con el viejo Juttel Bauer salvándole del cólera y que se encontraba en la posada, decidió recurrir a su ayuda y allí estaba ahora.

«Déjeme usted pasar la noche aquí para que nadie me encuentre, mañana mismo me marcharé, solo le pido eso».

«¿Qué dirá el hostelero si se entera? ¿Qué será de mí?».

«Nadie se ha dado cuenta, señor. Subí corriendo cuando nadie me veía».

«No debería hacerlo, pero tampoco puedo negarle ayuda ante una situación de fuerza mayor», dijo Todor. «Puede usted quedarse».

De nuevo otra llamada volvió a hacer retumbar la puerta, era el hostelero que llamaba. Desesperado hizo que la chica se metiera debajo de la cama y ocultó como pudo el bolso de viaje cubriéndolo con las mantas. Respiró profundamente y abrió.

«¿Qué ha sido tanto ruido?», preguntó a la par que entraba candil en mano escudriñando la habitación.

«Disculpe usted pero soy un hombre nervioso y como mi misión consiste algunas veces en luchar contra fantasmas, duendes, íncubos, súcubos y otras criaturas de las tinieblas, me veo en la necesidad de ahuyentarlos con gritos y estrépito».

«¿Ha encontrado fantasmas aquí?», preguntó entre sorprendido y asustado el

hostelero.

«Afortunadamente no, creo que todo ha sido una fea pesadilla producto del cansancio y la tensión».

«¿Quiere que le haga subir una infusión?», preguntó ya más dócil y sumiso.

«No será necesario, de paso le pido que mañana no se me despierte temprano, estoy débil y necesito dormir mucho para reponer fuerzas y seguir con la curación de mi enfermo».

«Sí señor», dijo el posadero retirándose ahora con cortesía y sumisión.

Momentos después hizo salir a la chica de debajo de la cama y se la ofreció para su descanso, él acabó durmiendo en el suelo sobre una sencilla manta, estaba tan agotado que a pesar de la incomodidad durmió profundamente.

Cuando a la mañana siguiente abrió los ojos la realidad se le echó encima y sobresaltado vio en su cama la mujer que dormía, se asomó por la ventana y observó a la gente caminando por la calle, la luz de sol anunciaba casi el medio día y él debía visitar a su enfermo, pero estaba asustado.

Antes de despertar a la chica abrió su libro y leyó buscando un conjuro que le sacara del aprieto, el de la invisibilidad sería el más adecuado para este caso, pensó. Lo encontró pero carecía de todo lo necesario para realizarlo; eso era lo delicado de la magia, que uno debía poseer todo lo que se solicita o no tendría valor. La receta pedía una capa de tres metros de vuelo que hubiera pertenecido a un noble, debía estar ribeteada en hilo de oro y ser de color negro o azul oscuro. Imposible conseguirlo.

Metido en la lectura no percibió que la chica despertaba.

«¿Qué hace usted?», preguntó ella al verle con el libro entre las manos.

«Estudio».

«¿Qué estudia?».

«Magia».

«Entonces, ¿es verdad que es usted mago?».

«Lo intento, por ahora solo eso».

«¿Ha pensado usted cómo hacer para salir de aquí sin que nadie me vea?».

«En ello estoy. Lo primero que haré será bajar a comer y aprovecharé para subirle algunos alimentos, seguramente estará hambrienta, luego intentaré desviar la atención del hostelero fingiendo un altercado, ese será el momento en el que usted saldrá y se irá corriendo».

«Me parece bien», dijo ella que aprovechó para presentarse: «Me llamo Sacha».

Todor estaba tan preocupado que no respondió, simplemente salió de la habitación. En el comedor le aguardaban desde hacía tiempo los cuatro sirvientes de Juttel Bauer.

«Nuestro señor le espera desde temprana hora», dijo uno de ellos.

«¿Piensa ir a la casa?», preguntó el otro.

«Ese es mi deseo», contestó Todor, «pero en cuanto coma algo. Podéis marchar y

*esperarme allí».*

*«El señor nos ha ordenado esperarle el tiempo que haga falta y eso haremos», puntualizó el que parecía mandar más.*

*Comprendió el chico que no podía deshacerse de ellos de ninguna forma y aun así pensó continuar con su plan. No estaba solo en la taberna, había algunos otros comensales y eso facilitaría su plan, cuanto más gente hubiera, menos se notaría la huida de la chica. Recaló en un hombre mayor sentado en un rincón que observaba todos sus movimientos, afortunadamente no tenía apariencia gitana.*

*Todor comió con ganas lo que el hospedero le fue sirviendo y acabó pidiendo una ración más para guardar de reserva por si el hambre volvía. Este así lo hizo. No paraba de pensar cómo provocar un escándalo que generara revuelo suficiente hasta que dio con la idea, fingiría un posible incendio. Regresó a la habitación y lo comentó con Sacha, le ofreció la comida para que la guardara en su bolso y cuando estuvieron preparados salió al pasillo y comenzó a gritar que había fuego y que la posada se incendiaba. Como había previsto, el pánico comenzó a cundir y todos comenzaron a gritar que había fuego aunque nadie lo veía. Pero cuando la chica intentó correr por el pasillo el hombre taciturno del comedor la tomó del brazo y le gritó:*

*«¡Pérfida! He visto de donde salías. Todos a mí», gritaba el hombre con fuerza, «este forastero ha intentado robarme a mi hija».*

*El hostelero que subía con dos pesados jarrones llenos de agua para apagar el fuego se dio cuenta del engaño. Los cuatro sirvientes de Bauer también subieron, en sus rostros se podía percibir el enfado y el enojo por la conducta de Todor.*

*«Nadie se mueva de aquí hasta que no venga la guardia», gritó el posadero. «¡Pronto, hacedla traer!».*

*No había transcurrido un día y una noche de estancia en Carpos y Todor ya había pisado los calabozos del poblado bajo la acusación de corrupción y abuso de una mujer. Desde su celda gritaba su inocencia, pero nadie le escuchaba.*

*Más tarde, el carcelero le indicó que tenía una visita y acto seguido entró Mihai Kanir, el comerciante.*

*«Yo no he hecho nada», declaraba Todor, «solo he sido víctima de un malentendido. La chica puede explicarlo».*

*«Explíquemelo usted primero», dijo el recién llegado.*

*Todor le contó el relato de lo sucedido y el comerciante vio en él sinceridad y verdad, se comprometió a buscarle de inmediato un letrado que pudiera prestarle ayuda para que ese mismo día exigiera a las autoridades un careo público, puesto que la chica aseguraba haber pasado la noche con él y estar embarazada.*

«¿De mí?», gritó Todor con asombro y cólera. «No es posible, nunca la he tocado».

«Pues ella ha dicho al juez todo lo contrario». Mantuvo la mirada fija en el abatido muchacho, hizo un silencio y exclamó: «¡Tienes la fuerza, apóyate en ella!».

El caballero marchó reiterándole su ayuda y colaboración para el buen esclarecimiento del caso.

Cuando de nuevo volvió a quedarse solo, encerrado en el calabozo, deseó que su maestro se le apareciera de cualquier forma, en sueños, despierto, vivo o del más allá. Se sentía tan abandonado que no disponía de valor para salir de ese embrollo. En su desesperación preguntó al guarda que le custodiaba cuál era el castigo por lo que decían había hecho, la respuesta no produjo mayores ánimos. Si no se casaba con ella, suponiendo que el padre así lo demandara, sería enviado a realizar trabajos forzados a Moldavia por algunos años. También podría saldar cuentas con la justicia alistándose en los ejércitos reales por espacio de nueve años, y sirviendo en contiendas.

En su desesperación no dejaba de pensar en la forma de demostrar su inocencia y aclarar que, durante la noche que pasó con la chica, no hizo nada impúdico ni pecaminoso. ¿Por qué mentía ella? ¿Qué miedo le atenazaba? Nada se le ocurrió y entonces pensó qué pobre resultaba creer en ese instante que podía haber sido el mago que tanto ansiaba, cómo pudo llegar a pensar en ello cuando la realidad le estaba demostrando que ni siquiera era capaz de resolver un enigma como aquel.

Llegó la hora en que fue llamado a declarar y esperó contar con la ayuda que le ofreció el comerciante; si no salía a relucir la verdad al menos pediría al letrado que intentara reducir la condena. Al entrar a la sala pudo ver a Stella sentada junto a su padre en la tribuna, también estaban los cuatro sirvientes de Jutter Bauer, además del posadero con su mujer y sus dos hijos y un sinfín de curiosos que él estimó en más de medio pueblo aunque no lo fuera. Le sentaron en una silla junto a Sacha y su padre.

La sesión fue abierta por quien hacía las veces de secretario y a continuación se leyó la denuncia: «Una joven del poblado de nombre Sacha Mivescu había sido engañada con argucia infinita por un forastero de nombre Todor Leib Bathaus, que decía ser discípulo del maestro Yisroel Ben Storch, a quien todos conocían como el Santón de Silesia. Con artimañas y engaños había desposeído a la chica de su más preciado tesoro, habiéndola dejado esperando el fruto de aquel infame acto y, en un intento por eludir su responsabilidad, nuevamente y a través del engaño, quiso deshacerse de ella. Afortunadamente el padre de la joven, Iliu Mivescu, pudo percatarse del hecho y denunciar el ultraje».

Cuando esto fue dicho, Todor buscó los ojos de Sacha demandando una explicación pero ella, lejos de mirarle, comenzó a llorar ocultando el rostro con sus manos y consiguiendo condoler aún más a gran parte del auditorio allí presente para desdicha del muchacho. También buscó la mirada de Stella, posiblemente le



declararan culpable y necesitaba decirle con sus ojos que era inocente, ella movió sus labios transmitiéndole un mensaje que supo captar: «¡Tenía la fuerza, en ella debía apoyarse!». Es cierto se dijo, podría y sabría vencer aquella conjura.

Llegó el turno de su defensa y le fue concedida la palabra para su alegato. Todor se puso en pie y miró con seguridad y aplomo a cada uno de los miembros del tribunal antes de iniciar su defensa:

«Señores aquí presentes, he sido vilmente acusado de un daño que no he cometido en la persona de una mujer a quien presté ayuda y socorro porque así ella lo pidió. Llamó a mi puerta con urgencia y dijo haber escapado de una troupe de gitanos a la que había sido vendida por su padre, un hombre que, como aquí pueden observar, la tiene atemorizada y amenazada con quién sabe qué castigo si no mantiene la acusación contra mí. De otro modo, no consigo entender su proceder», apuntó mirando fijamente a Sacha. «No he venido hasta aquí para engañar a mujer alguna, sino para salvar la vida de un enfermo, tarea en la que he puesto todo mi empeño y energía».

«¡Miente bellaco!», gritó el padre de la desconsolada chica. «Yo la vi salir de su aposento con mis propios ojos mientras urdía una mentira para sacarla y evitar hacerse cargo».

Los presentes en la sala dejaron escapar a coro una exclamación de asombro ante tan certera afirmación no exenta de grandilocuente representación.

«Si como usted dice, yo estoy faltando a la verdad, exijo de ella una prueba que demuestre a la sala que yo miento. Dice que hemos mantenido relación carnal, por tanto habrá visto mi cuerpo desnudo y con toda seguridad habrá tomado debida cuenta de la marca corporal que todos los judíos llevamos y que nos distingue del resto desde nuestro nacimiento, Si ella puede señalarla sabrán con seguridad que he yacido con ella y disfrutado del pecado, si se equivoca, quedará claro que todo ha sido una difamación y una calumnia contra mí, de la cual soy inocente».

La sala era un hervidero de cuchicheos y comentarios, todas las miradas se centraron en la joven Sacha que parecía pensar la respuesta, pero fue su padre quien al oído le dio instrucciones acompañándolas con una feroz mirada que aterrorizó a su hija. Ella acabó poniéndose en pie y, con voz trémula y entrecortada por el llanto, dijo haber visto un tatuaje próximo al ombligo de una letra que los judíos llamaban Jai y que usan para su protección contra los malos espíritus, pues más tarde le vio leyendo un libro de magia.

«No es mi intención desdeñar a esta mujer, que estoy seguro de que no actúa por voluntad propia, sino por el temor que le produce su infame padre, a quien sí deberían castigar en justicia», dijo Todor y luego, dirigiéndose a Sacha, apuntó: «Si es cierto que está usted embarazada, este es un buen momento para dar el nombre y seña de quien realmente lo hizo, y si fue por amor menos deberá temer porque este siempre triunfa sobre el engaño y la maldad. Yo por mi parte no he podido ser porque no tengo en mi cuerpo esa señal con la que usted me dota», se levantó la camisa y

mostró su cuerpo al resto de la sala. «Por el contrario, sí dispongo de la que me hace diferente al resto de los no judíos, pero esa se la mostraré solo a quien preside este tribunal si así lo estima necesario y que no es otra que la circuncisión que nos es practicada por el moyel a los ocho días de nuestro nacimiento y con la que viviremos el resto de nuestra vida. Para nosotros forma parte de nuestra unión con el Altísimo y es el “sello del Señor” con nuestro pueblo».

Visto que su cuerpo no llevaba señal alguna, no se estimó necesario ir más allá y Todor quedó libre. La rabia y la ira del padre eran tan patentes que la asustada hija acabó por confesar públicamente, arrojándose a los pies del tribunal.

«Ayúdenme señores, tengan piedad, mi padre me matará si regreso, él no aprueba mis amores con Alfred Salaj, el hijo del hostelero aquí presente».

En ese momento, el señalado llegó hasta ella y tras abrazarla, la ayudó a ponerse en pie apuntando con un dedo retador al padre de la chica, que no aceptó el envite y se mantuvo allí parado y en silencio.

Ambos jóvenes explicaron que se amaban casi desde la infancia y que ella había solicitado a su padre en numerosas ocasiones que diera su permiso para el casamiento, pero no lo había concedido por tener planeado venderla para pagarse sus vicios como así había hecho hacía dos noches. Viendo el amor que su hijo tenía por Sacha, el posadero accedió a correr con los gastos de la boda y aceptarla en la familia, liberándola así de su malvado padre, a quien toda la sala desdeñó.

Puesto en libertad, a Todor le fueron devueltas sus pertenencias y se dirigió directamente con Juttel Bauer acompañado por los cuatro sirvientes ya con mejor cara. Al llegar le encontró con muy buen semblante, animado y con buen apetito, estaba sentado en su cama y continuaba tomando la pócima que le había preparado disuelta en los dos litros de agua que debía beber cada día durante los siguientes siete. Agradecido y bien recompensado, el joven aprendiz se despidió y marchó.

Antes de iniciar su viaje de regreso a Sibiu visitó la casa de Mihai Kanir, el comerciante, por nada del mundo se perdería una última imagen de su preciosa hija Stella, quería agradecerles a ambos la confianza que habían depositado en él. Allí fue cordialmente acogido y agasajado, después de un buen festín llegó la hora de su partida, la chica de sus amores le entregó un regalo consistente en un pequeño cofre plateado en cuyo interior iba una piedra exquisitamente tallada con incrustaciones de pequeños rubíes. Sorprendido por tan maravilloso regalo, no estimó adecuado aceptarlo pues consideraba no haber hecho nada para merecerlo, pero padre e hija le dijeron que se lo otorgaban por haber demostrado ser un joven inteligente y responsable. Dispusieron también de un carruaje y seis caballos que le llevarían hasta su destino. Todor recibió el abrazo del caballero y el de su hija, este último lo guardaría para siempre en su corazón, le hubiera querido decir en ese instante que la amaba, pero ni la fuerza, ni las palabras necesarias salieron de su boca y todo quedó en una intensa mirada que Stella pareció entender, pues a ella sí le salieron convertidas en la mejor de las melodías.

*«Tened un viaje placentero joven mío, yo siempre estaré con vos aquí», dijo señalando su corazón.*

*La carroza partió de regreso a Sibiu y su pensamiento fue ocupado por su bello amor durante gran parte del recorrido hasta quedar vencido por el sueño. Bruscamente los caballos se detuvieron y él despertó sobresaltado, asomó su cabeza y vio que se encontraba en el mismo lugar en el que él y su maestro fueron asaltados.*

*«Apéate rápido, aquí te quedas».*

*«¿Por qué me hacéis esto? Está a punto de caer la noche y aquí fue donde me asaltaron», exclamó mientras obedecía, temeroso de mayor mal.*

*«Nuestra misión aquí termina, esas son nuestras órdenes», contestaron los sirvientes del caballero que creyó tener por amigo fiel.*

*Esos dos, pensó, son cómplices de los jinetes malhechores que cruelmente mataron y robaron a su Reb, ahora posiblemente vendrían por él y correría la misma suerte. Un fuerte golpe le fue asestado en la cabeza y le hizo perder el sentido, no tuvo sueños, ni encuentros, solo un limbo negro y silencioso del que no podía despertar.*

*De repente, sin saber cuánto tiempo había pasado, abrió los ojos y allí estaba su maestro Reb Yisroel Ben Storch intentando despertarle con ligeras palmadas en la cara.*

*«Todor, hijo, despierta».*

*Se incorporó abruptamente, ¿acaso era un sueño lo que estaba teniendo? Extendió su mano y tocó a su maestro que esta vez no desapareció, recorrió con la vista el lugar y allí mismo vio que estaba el carro con sus cuatro caballos y el resto de los enseres.*

*«¡Usted aquí!», dijo con gusto y alborozo. «Maestro he tenido un sueño espantoso, aquí mismo le vi morir de forma horrible...».*

*«Nada de lo que has vivido ha sido un sueño», le interrumpió el viejo, «todo ello ha sucedido en realidad, pero en un mundo paralelo a este, el mundo de la Magia».*

*«Entonces, si vi todo esto destruido y a usted muerto, ¿por qué ahora lo veo bien?».*

*«Lo que tanto deseabas ha llegado, ha sido tu Iniciación, has transitado por las 22 cartas del Tarot. Has visto representado al Loco cuando huiste acosado por el miedo. Has sido el Iniciado, cuando encontraste el libro, viste el Emperador cuando apareció Mihai Kanir, viste también a la Sacerdotisa en su hija Stella. El Carro blanco de seis caballos, el Ermitaño que te viste obligado a ser cuando quedaste solo, la Torre, la Muerte, el Diablo, tu descender al infierno de la prisión acusado de un delito que no cometiste, los Amantes a los que ayudaste a encontrar la felicidad, el Juicio, la Fuerza, la Rueda de la Fortuna con tu éxito producto de la inteligencia y la razón en tu buena defensa, y de nuevo el Mundo, la Rueda del Sámbara, el volver a empezar. Lo has hecho bien y te felicito, ahora estás preparado para iniciarte en la Magia y tengo la certeza de que llegarás a ser incluso mejor que tu maestro».*

«Eso nunca», indicó con humildad Todor sorprendido de la explicación que estaba recibiendo. «¿Pero para qué una prueba tan dolorosa?».

«Así es como los magos viven su iniciación, recorriendo los escenarios en los que demostrar su fuerza y su valor, es el mundo paralelo de la magia».

«¿Pero por qué me enamoré de Stella?».

«Porque es la Madre Divina que llevas dentro, tu parte femenina. Tu integración con ella ha equilibrado tu polaridad».

«¿Y qué hay de las visiones que tuve cuando los cuatro jinetes de negro le sacaban el corazón?».

«Necesitaba dejarte solo para tu más importante enseñanza. Los cuatro jinetes eran estos mismos caballos», dijo el viejo Reb señalando los que tiraban de su carro, «tomaron la forma de los hombres de negro y también la de los cuatro sirvientes de Juttel Bauer».

«Estoy desconcertado, maestro».

«Ya se te pasara cuando lo asimiles. Pero ahora es tiempo de regresar a casa, tenemos un largo camino por delante. Has pasado la gran prueba y te has ganado el derecho a estudiar el Libro de la Magia».

Los dos subieron al carro e iniciaron el regreso a Sibiu. Todor iba pensativo y callado, le embargaba la emoción de haberse convertido en estudioso de la Magia. Con sigilo metió la mano en su bolso de viaje y encontró dentro la caja plateada, el regalo que en el mundo paralelo de la magia, y no en sueños, le dio Stella, la abrió y vio que la piedra tallada era una imagen diminuta de sí mismo. El maestro vio su expresión y le explicó.

«Ese será tu amuleto, deberás colgártelo al cuello por siempre porque es la llave que te abrirá la puerta al Nuevo Mundo. Recuerda que el espacio y el tiempo que veas no son únicos, que hay otros más».

Aceptar aquello último que su maestro le dijo fue la clave que le permitió alcanzar la sabiduría, la tolerancia y el respeto a lo largo de su vida.

Anne finalizó el relato con la mirada perdida en el libro de *La Cábala* que aún mantenía abierto.

—¿Lo has entendido? —preguntó.

—La razón también me hace sabio y tolerante —dijo Dorón haciendo gala de su escepticismo—. No obstante he de decirte que ha sido muy bonito, no me cansaré de pedirte que un día decidas reunirlos todos en un libro y los publiques.

—Quizá lo haga, pero no será nunca antes que tú. ¿Te quedas a comer?

Esa respuesta sí que fue un golpe bajo del que su hijo tardaría en reponerse.

—Agradezco tu invitación pero ahora tengo un poco de prisa —dijo cogiendo la bolsa y despidiéndose de su madre con un sonoro beso en la mejilla.

—No olvides que iniciamos *Pésaj* y que te quiero ver aquí arreglado y perfumado —le requirió su madre—. Luar trae un amigo y quiero que se lleve una buena imagen

de la familia.

—Pides mucho pero haré el esfuerzo —apuntó él cerrando la puerta y desapareciendo tras ella.

Desde su casa hizo una llamada telefónica a Rachel para darle cuenta de las fotos recibidas y de sus planes de recorrer la sierra mañana, a los cuales se sumó. Dorón, que ahora entendía en toda su magnitud el valor que el ejemplar buscado tenía para los Toledano, comprendió que debía integrar a Rachel en sus investigaciones, por lo que no se opuso pero sí puso una única condición: irían en su coche, por mucho que Rachel lo considerara una coqueta lata de sardinas al estimar que no era el coche apropiado para dos personas que superaban el metro ochenta. ¡Con lo contento que estaba con su Smart! Solo le veía ventajas para una ciudad como Madrid, cada vez más ocupada por los monstruosos 4×4 tan de moda entre lo más *fashion*. Para él era la perfecta muestra de una ostentación hortera y egoísta incapaz de considerar el planeta como una hermosa herencia que dejar a los hijos y nietos.

## La confidencia

Disponía de poco apetito, por eso no quiso quedarse a comer en casa de sus padres, de forma que se limitó a calentar el pescado que le había sobrado de la cena de ayer y acompañarlo con una sencilla ensalada de escarola, tomate y aceitunas negras bien aliñada. Cuando hubo terminado, se sentó cómodamente en el sofá del salón con su taza de té en una mano y un libro en la otra; todavía quedaba tiempo para un ligero descanso antes de su cita con el señor López.

Llegó al periódico con la hora justa y saludó a Natalia, la recepcionista, quien le indicó que tenía una visita esperándole.

—Ahora no puedo, tengo un *e-mail* de ayer del señor López citándome a las cinco —dijo Dorón a la chica.

—Te lo envié yo, no es el señor López quien te espera, es ella —dijo señalando a una chica sentada al fondo, en el *hall*.

Dorón se giró y la vio; era Sandra, aquello sí que era una sorpresa, de inmediato se dirigió hasta ella.

—Hola —saludó Dorón haciendo gala de su sonrisa cautivadora y extendiendo la mano, que fue rechazada por la chica—. Tengo entendido que me buscas.

—¿Eres Frank Arouet? —preguntó Sandra mostrándole el periódico por la pagina en la que estaba publicado el relato de *La musa y el celoso*.

—No, ese era el nombre real de Voltaire, yo solo lo utilizo como seudónimo —respondió Dorón notando una cierta agresividad en el plante de ella, ahora de pie frente a él.

—¿Es así como te inspiras para tus relatos? ¿Metiéndote en la vida privada de las personas y haciéndola pública? —la excitación de la chica subía por momentos, igual que su tono de voz.

—¿Podemos salir un momento y tomar un café aquí al lado? Con gusto te lo explicaré, es lo menos que mereces.

Dorón no quería tener una escena en el periódico, nadie sabía de su actividad como detective y quería que así siguiera siendo; Sandra recogió su bolso y salieron. En la cafetería, Dorón pidió un doble de café con leche para ella y un té para él.

—¿También sabes cómo me gusta el café? —dijo ella con asombro y enfado.

Dorón supo que su «deformación profesional» le había vuelto a jugar una mala pasada y rápidamente quiso explicarse respecto al relato.

—No soy periodista, soy un simple colaborador del periódico que escribe relatos. Tampoco me dedico a seguir a la gente por capricho, es mi trabajo.

—¿Tu trabajo? —preguntó la chica sin entender lo que él decía.

—En realidad soy investigador privado, a eso me dedico. En tu caso fue tu novio quien me contrató para que te siguiera por las mañanas. Por cierto —dijo Dorón

pasando sus dedos por entre los cabellos y tomando conciencia de lo que podía venírsele encima—, si ese novio tuyo también lo ha leído me parece que estoy en un buen aprieto.

—No te preocupes tanto por él —dijo ella con desgana—, ese no lee ni las instrucciones del champú.

—Gracias, me tranquiliza saberlo.

—Además, ya no es mi novio.

—Si he tenido algo que ver, te pido disculpas, nunca fue mi intención alterar vuestros planes.

—¿Qué planes?

—No sé, los de boda o los que fueran por lo que andabas con Carlos.

—No tuviste nada que ver en ello. La verdad es que no sé todavía cómo pude estar con él, era un patán de los pies a la cabeza.

—Que conste que lo has dicho tú.

Dorón sentía cómo Sandra se iba relajando.

—Me ha divertido mucho tu relato. Supe que se refería a mí porque en nuestra última pelea me dijo que dejara de hacer el idiota y no perdiera el tiempo cuidando viejos. No le entendí ni tampoco me importó, todo lo que quería era perderle de vista; pero cuando lo leí, descubrí a qué se refería y no pude evitar reírme a pesar del cabreo que me provocó sentirme vigilada. Incluso he pensado en demandarte, pero antes quería saber quién eras.

—Espero que ahora que me conoces abandones la idea, me meterías en un lío y hasta podría perder mi licencia si mi cliente llegara a enterarse de que mentí en su informe.

—No lo haré, sería una pena perder los buenos ratos que me procuran tus relatos, me gustan.

—Eso merece un detalle por mi parte, ¿te apetecen unas tapitas de bacalao rebozado que quitan el sentido?

—¿A estas horas?

—He comido temprano, poco y recalentado. Además, las llevo clavadas aquí —dijo señalándose la cabeza—, desde hace días y este es un buen momento para quitarme el antojo.

—Bueno, tampoco tengo nada mejor que hacer —dijo ella levantando los hombros.

—¿Pues a qué esperamos? —sentenció Dorón Tomaron un taxi que les llevó por Atocha para bajar por Imperial y parar en la pequeña plaza de Puerta Cerrada esquina con Cava Baja. Entraron en un minúsculo bar a la antigua usanza donde el olor a fritanga de bacalao lo impregnaba todo, pidió cuatro piezas y dos vinos, el camarero repitió el pedido a voz en grito y sirvió los dos vinos de una de las frascas que tenía a mano. Se sentaron y el plato con el pescado no tardó en llegar.

—Aquí donde ves este sitio tan poco *cool*, como dicen ahora los *fashion*, en

domingo solo entras repartiendo codazos y más vale que vengas cargado de paciencia —dijo Dorón ofreciendo una pieza de bacalao rebozado a Sandra y tomando él otra.

—¡Está de muerte! —exclamó ella.

La expresión tan espontánea de la chica hizo sonreír a Dorón. Llevados de tan buen ánimo dieron cuenta de las cuatro piezas y él propuso ir a otro lugar cerca de allí donde degustar una cecina de León rehogada en aceite de oliva virgen y perejil que ella aceptó gustosa. Fue salir de un bar para entrar en otro y continuar con el sagrado ritual del tapeo.

—Me encantan las tapas, qué gran invento —dijo Dorón recreándose en los platos.

—¿Conoces su origen real? —preguntó ella.

—Tiene tantos. Unos dicen que fue deseo de Alfonso X que era de poco comer y pedía que le sirvieran pequeñas porciones, otros apuntan que Alfonso XIII la puso de moda. Pero, conociendo a los españoles, me inclino por la que señala que fue instaurada por orden de Fernando VII.

—¿Instaurada a cuento de qué? —preguntó Sandra con extrañeza.

—Los correos del rey tenían la dispensa de parar en las fondas y beber sin pagar para seguir el camino a caballo —explicó él—, pero el rey se hartó de que llegasen tarde y borrachos con sus mensajes por todo el reino y ordenó que les pusieran una pequeña porción de queso o chorizo con pan que colocaban en un plato encima de la jarra de vino a modo de tapa.

—Me la creo más, siendo como somos.

Con el hambre saciada y la sed calmada abandonaron el bar para dar un agradable paseo por el viejo Madrid que tanto maravillaba a Dorón.

—Este es mi barrio —señaló él mientras caminaban por la pequeña calle del Nuncio—. Tiene joyas que la gente no sabe, por ejemplo esta —dijo señalando la entrada de un casón a su costado derecho—; es la iglesia de San Pedro el Viejo, uno de los templos más antiguos de Madrid, obviamente no lo parece hoy, pero ya se la mencionaba en el Fuero del año 1202. Esos pequeños escudos con el león y el castillo que ves ahí arriba son los únicos existentes en todo Madrid anteriores a los Reyes Católicos. Y en ese campanario —señaló la torre—, estuvo una famosa y potente campana que sonaba para conjurar los nublados, previo pago eso sí, de una módica cantidad por parte de los labradores.

—Siempre hemos sido algo judíos —dijo Sandra.

—Yo soy judío del todo —dijo Dorón que se paró un instante para ver la reacción de la chica.

—¿Judío, judío? —preguntó ella con asombro ante la sonrisa de Dorón que veía cómo sus mejillas tomaban un tono rojizo.

—Nadie es perfecto, qué se le va a hacer —dijo él en tono jocoso.

—Pero tú eres de Madrid —dijo con extrañeza Sandra.

—Soy madrileño, español y judío, como tú eres... ¿de dónde?



—De Salamanca —dijo ella.

—De Salamanca, española y cristiana según tu cultura, ¿o es qué todos los judíos debemos ser de Jerusalén, todos los cristianos de Roma y todos los musulmanes de La Meca? —señaló Dorón acompañando su pregunta con un gesto de incredulidad por el comentario de Sandra.

—Discúlpame, he quedado como una ignorante, pero es que con respecto a ese tema lo soy.

Sandra supo que su comentario había sido improcedente, pero él, que ya había sufrido innumerables veces esta misma situación, la vio turbarse e intentó restarle importancia.

—No soy banquero, tampoco prestamista, mucho menos científico, ni por supuesto rabino. Mi nariz no es aguileña, mi pelo no es rizado y mi estatura es anormal incluso para mí mismo.

—Ahora que lo dices, ¿Dorón tiene algún significado?

—Significa «regalo de Di-s» y viene del griego Theodoro. Lo utilizaron mucho los judíos sefardíes que se asentaron en Siracusa o Salónica cuando fueron expulsados de España por el Edicto de los Reyes Católicos.

—La verdad es que, de hecho, eres el primer judío que conozco en persona.

—Tampoco vamos con el carné en la boca, a lo mejor conoces más y no lo sabes —señaló Dorón.

—Una vez vi una película en la que salía una boda judía y me gustó.

—Pues mira, en estos días tengo un *Bar Mitzvá*.

—¿Qué es eso? —preguntó Sandra llena de curiosidad.

—Significa «hijo de los preceptos» o «de los mandamientos» —explico Dorón—, se suele hacer a los doce o trece años y señala el tránsito en el que dejamos de ser niños para hacernos maduros y poder ejercitar nuestros derechos para participar en la vida religiosa.

—¿También hay eso para chicas? —preguntó ella con gran curiosidad.

—Claro, pero entonces se llama *Bat Mitzvá*, incluso lo celebran antes porque creemos que alcanzan la madurez antes que nosotros.

—Un inteligente punto de vista —dijo ella con cierta admiración por el matiz ofrecido.

Sandra miró su reloj y con una sonrisa se dirigió a Dorón.

—Bueno, a lo mejor tienes más cosas que hacer —dijo ella.

Dorón, que hasta ese momento no se había percatado del paso del tiempo, interpretó la frase como una cordial despedida.

—Toma —dijo él sacando una tarjeta de visita de su bolsillo—, ahí tienes mis datos. Si algún día me quieres llamar y te apetece comer o cenar juntos, estaré encantado; he pasado un rato muy agradable.

Sandra tomó la tarjeta y soltó una carcajada que le salió muy natural.

—Mola eso de detective existencial, ¿por qué?

—Dejemos eso para otra cita.

Sandra se mantuvo un instante en silencio con la tarjeta en la mano, por el semblante de su rostro Dorón supo que meditaba algo, pero era su primer encuentro y no la conocía como para hacer más preguntas personales, ya la había seguido suficientemente en su momento.

—¿Puedo pedirte un favor? —preguntó ella en un tono que denotaba cierta inseguridad.

—Puedes —dijo él queriéndose mostrar complaciente.

—Solo si dispones de un rato —se excusó Sandra con timidez.

—Eras tú la que hace un momento te estabas despidiendo —indicó Dorón.

—Ahora invito yo —dijo ella señalando el café del Nuncio a cuyas puertas se encontraban Entraron, se acomodaron y pidieron café para ella y té para él. Dorón notaba cómo a Sandra le costaba arrancar, lo había visto muchas veces en sus clientes e intuyó que el favor tenía algo que ver con su oficio.

—¿Necesitas un detective existencial? —preguntó Dorón intentando aportar unos gramos de comicidad que ayudaran a rebajar la tensión.

—Verás —dijo todavía insegura—, comparto piso con una chica que se llama Dominicque, es belga y además de compañeras somos muy buenas amigas, más bien es mi mejor amiga. —Sandra observó a Dorón, que la miraba atentamente, este se mantuvo callado y ella continuó—: Hace unos días se fue a una fiesta y desde entonces no ha vuelto, he llamado a Miguel, el chico con el que fue, y me ha dicho que conoció a un fotógrafo de modas que la invitó a que le acompañara a Marruecos como ayudante y que esa misma noche se fueron de viaje. Desde entonces no sé nada de ella, su móvil no contesta y ni siquiera pasó por casa a recoger ropa.

—¿Dijo el chico cuando volvería? —preguntó Dorón.

—Escuchó que regresaría en un par de semanas —indicó ella—, al parecer el reportaje era en el Atlas, en Marruecos.

—¿Sabes quién organizó la fiesta?

—Fue un botellón de su facultad, estudia Bellas Artes con una beca Erasmus.

—Vamos a hacer una cosa —señaló Dorón intentando tranquilizarla—; mañana me doy una vuelta, pregunto aquí y allí entre sus compañeros y luego te digo algo, ¿te parece?

—La verdad es que estoy muy preocupada. Había pensado poner una denuncia, pero no soy familiar directo y después de lo que me dijo ese chico no creo que me hicieran caso.

—En casos como este, mis honorarios los cobro en cafés y paseos.

—Acepto, dijo ella —un poco más risueña y relajada por haber podido compartir su preocupación con alguien que pudiera ayudarle, miró por el ventanal de la cafetería la estampa que le ofrecía la estrecha calle con su escalinata serpenteando entre las casas—. No está mal tu barrio, aunque me gusta más el mío.

—Es agradable, pero este guarda más historia —matizó Dorón sin caer en la

cuenta de que volvía a delatarse.

—Olvidé que lo sabes todo sobre mí —replicó ella con un mohín de fingido enfado.

—Solo sé lo que vi y te diré que me gustó —dijo él.

—¿Incluso el cuadro? —preguntó ella sin mirarle a la cara en un gesto que denotaba un toque de vergüenza pudorosa.

—Eso lo que más, ¿sabes que quise comprarlo? —indicó él.

Ahora sí, sus miradas se cruzaron y Sandra dejó escapar una media sonrisa con la que agradecer el gesto.

Pasaron la tarde conversando de muchos y variados temas, incluido el referente a la condición de «detective existencial» que tanto había llamado la atención de Sandra. A ella le sorprendió el cúmulo de factores resultantes en un personaje como él: Doctor en filosofía, detective existencial, judío, madrileño y escritor de relatos. A Dorón le cautivó la determinación de ella respecto a su futuro, tenía claro que quería ser juez y llegar lejos en la judicatura, y visto su empeño estaba seguro que lo lograría. La velada había resultado muy agradable, pensó en ir al teatro a ver la obra de Neil Labute, pero desde el mismo momento en que Sandra bajó del coche y la vio desaparecer en su portal, el caso del libro vino a su primer nivel de recuerdo.

Nada más llegar a su casa se sentó frente al ordenador esperando encontrar un correo de Mraz como así fue; lo abrió y leyó: «Observa todo lo que pase a tu alrededor porque todo tiene relación, nada es fortuito ni coincidente por azar». «Esta especie de garganta profunda tiene un estilo que ya no se lleva», pensó Dorón mientras observaba nuevamente el mapa con su periplo de mañana por la sierra en busca de la ermita abandonada.

Se mantuvo despierto navegando en la red buscando cualquier referencia a *Kromto* que le ayudara a poner caras a esas sombras negras que aparecían en las fotos recibidas; eso podría ayudarle a encontrar alguna pista más concreta que la que ofrecía Mraz. Fue un esfuerzo baldío, solo halló unas cuantas páginas con mucha fantasía ocultista y poca relación con el caso. Se encontraba perdido y su informante no daba señales de vida esa noche. Llevó el ordenador a su habitación y lo dejó encendido por si en un momento dado entraba en el Messenger.

Se tumbó en la cama e intentó dormir pero no pudo. La misma pregunta le asaltaba una y otra vez, ¿cómo era posible que alguien en el siglo XVII, por muy estudioso que fuera de las matemáticas, la astrología y, por qué no, de la magia descubriera una clave con la que visualizar el futuro y nada se supiera al respecto? Mucho se había hablado de Nostradamus y de otros famosos visionarios que habían surgido a lo largo de la historia, incluso la propia Iglesia Católica tenía la suya en la Virgen de Fátima, que reveló el fin de la primera guerra mundial, la aparición de Rusia como potencia mundial y atea y el inicio de la segunda guerra mundial.

De igual modo se preguntaba cuál sería el interés de la L. O. T. por hacerse con el libro. ¿Acaso pretendían jugar a la lotería conociendo los números de antemano? Le parecía todo tan inverosímil.

En otra parte de Madrid, en el amplio salón del Comendador, Luca exponía los detalles de su encuentro con Ubaste, líder de la secta *Kromto*, y cómo este se había negado a vender el libro.

—Usted dígame qué debo hacer y no se preocupe de lo demás, yo me ocuparé de todo.

El Comendador, que había escuchado el detallado informe, ya tenía prevista la estrategia para recuperarlo. Sería un poco más lenta que el simple acto de comprárselo a ese loco como creyó en un principio.

—Lo primero que deberás hacer es dar con el templo que dicen estar levantando, les observarás y te cerciorarás de quién lleva el libro.

—Daré con el templo y se lo quitaré —dijo Luca seguro de poder hacerlo.

—¡No! —exclamó el Comendador mostrando por primera vez ante el detective un punto de temor en sus ojos. La breve conversación telefónica mantenida con ese líder psicópata le había permitido darse cuenta que estaba ante un loco impulsivo capaz de destruir el valioso ejemplar solo por satisfacer su ego—. El libro no debe sufrir ningún daño —inmediatamente compuso su figura.

—Tendré cuidado en ello —indicó el detective dando a sus palabras la seriedad y seguridad necesaria.

—Harás algo mejor —dijo el Comendador—, obsérvalos y busca el elemento más débil de esa secta, aquella persona que pueda ser fácilmente manipulable. Síguele y descubre todo lo que puedas, después le presionaremos para que sea quien nos lo traiga.

—Lo haré —dijo Luca percibiendo en la actitud de su jefe la gran importancia que daba al ejemplar.

—¿Tienes alguna idea de cómo dar con el lugar?

—Apunté las matrículas de sus coches —señaló confiado el detective—. Pronto tendré direcciones.

—Recuerda, ese libro no debe sufrir daño alguno —insistió el Comendador centrándose en unos papeles que había sobre su mesa, acto que el detective supo interpretar dando por concluido el encuentro.

Luca Caviani habría preferido que le autorizara a cargarse a ese fanteche de Ubaste. Tenía grabado en su mente el desprecio que le hizo en su primer y único encuentro y se la había jurado. De momento seguiría las indicaciones recibidas al pie de la letra; luego, cuando tuviera el libro en su poder, se lo haría pagar caro por su cuenta.

## El templo

El cielo de Madrid volvía a ser claro y luminoso porque las últimas lluvias habían limpiado el ambiente. Dorón recogió a Rachel y tomaron rumbo a la Sierra de Gredos dispuestos a seguir el plan de ruta que había elaborado, el viaje fue rápido y pronto se adentraron en la provincia de Ávila, a las faldas de la abrupta cadena montañosa. Camino de la primera ermita pasaron junto a uno de los muchos monumentos dispersos, perdidos y olvidados que tiene España a lo largo y ancho de su geografía, eran cuatro animales pétreos conocidos como los Toros de Guisando. Su origen era una incógnita y su sentido aún lo era más, pero entre sus múltiples leyendas, a cuál más inverosímil, había quien situaba en ese lugar el auténtico centro peninsular por latitud y longitud de acuerdo al Meridiano de Greenwich y lo establecía como lugar de fuerte carga esotérica. Lo comentó con Rachel.

—Entonces estamos en el buen camino —dijo ella viendo las figuras desde el coche.

—Nos aproximamos a la primera ermita —indicó Dorón señalando con su dedo una pequeña edificación a la que se accedía por un camino de gravilla.

—Entiendo tu amor por este coche y lo útil que debe ser en la ciudad persiguiendo gente, pero no dejo de pensar que de un momento a otro se va a desarmar en estos caminos —apuntó Rachel echando hacia delante su cuerpo queriendo ver por donde pasarían las ruedas del vehículo. Dorón observaba su angustia con cierto punto de comicidad.

Llegaron a las puertas del lugar y ambos descendieron del vehículo; antes de nada, Rachel inspeccionó las ruedas asegurándose que estaban en su sitio y no faltaba ninguna. Dorón, con fotocopia en mano, se introdujo dentro de la ermita y comparó el interior; aquella no era, Rachel cogió la hoja y con un rápido vistazo llegó a la misma conclusión.

Continuaron con la ruta hasta la siguiente edificación, que tampoco correspondió. De camino a la tercera ermita tuvieron que atravesar un pueblo y justo a la salida, frente a la estación, encontraron el desvío que les adentraba en una zona arbolada de pinos, la siguieron poco más de un kilómetro hasta dar con ella. Nada más observar su interior Dorón supo que era la misma que figuraba en la fotocopia, la inspeccionó cuidadosamente sin encontrar rastros de sangre o señales de violencia como los mostrados en las fotografías, en cambio sí había cera esparcida por el suelo y señales de pisadas con pies descalzos.

—Es esta —dijo Dorón pasando la hoja a Rachel.

Ella la tomó y observó con detenimiento, comparó y corroboró lo señalado. Salieron y dieron una vuelta por el sitio sin encontrar nada que llamara su atención; todo parecía normal y propio de un lugar como aquel, a su derecha había un estrecho camino por el que continuaban pisadas pero esta vez los pies no iban desnudos.

—Espérame en el coche —dijo Dorón a Rachel y acto seguido se adentró por el

camino poniendo en práctica todos los conocimientos de criminalística recibidos durante su formación como detective, anduvo unos cien metros y se acabó topando con una cerca y un cartel anunciador muy claro: «Propiedad privada. Prohibido el paso».

Dorón tuvo un presentimiento pero antes de que decidiera hacer caso omiso del aviso y saltar dentro escuchó a su espalda la voz de Rachel que se aproximaba, esperó a que llegara.

—Si es esa la ermita, ¿qué más estamos buscando? —preguntó Rachel viendo sus intenciones.

—No lo sé, pero en cuanto lo encuentre te lo digo. Sería mejor que regresaras al coche y me esperaras. Voy a cometer un delito que se castiga con multa, pero si lo hacemos los dos pareceremos una banda y el delito será mayor.

—Pues me apunto a eso último —dijo Rachel mientras Dorón se encogía de hombros.

Ambos saltaron la cerca y siguieron el camino. Mientras ella perdía la vista entre las copas de los árboles admirada por su frondosidad, él no levantaba la suya del suelo buscando un rastro que le llevara hasta algún sitio susceptible de ser punto de reunión y lo encontró, se separó del camino y subió por una pequeña ladera hasta un terreno en el que la vegetación se mezclaba con grandes bloques de piedra. No vio nada extraño hasta que la voz de la chica le sacó de su concentración.

—Ven, sube —le pidió ella desde lo alto de una de las rocas.

Dorón vio la expresión de asombro en su rostro y se encaramó a lo alto junto a ella que le señaló con su dedo justo el sitio donde acababa de estar sin ver nada raro. Ahora desde allí arriba las piedras dibujaban una figura geométrica compuesta por un rectángulo en cuyos vértices se elevaban pequeños obeliscos.

—Son las cuatro piedras cardinales que marcan la dirección de los cuatro vientos tal y como rugen en sus estaciones —explicó Dorón—, simbolizan claramente un templo ceremonial bastante parecido al que vi en Internet cuando buscaba información respecto al *Necronomicón*. —Tomó su móvil y fotografió el espacio desde diferentes puntos, revisó las imágenes antes de guardarlas—. Esto es lo que buscamos, es necesario que mi padre las vea, necesito que me lo confirme. —Tomó a Rachel del brazo y la ayudó a descender—. Ahora que lo hemos descubierto, este no es un sitio seguro para nosotros, tenemos que salir pintando de aquí.

Con la atención puesta en cada ruido que se daba a su alrededor, el paso acelerado y el corazón mucho más, regresaron a toda prisa sin despegar la vista del frente deseando que el coche siguiera en la soledad en la que lo habían dejado. Cuando alcanzaron a llegar se subieron en él, Dorón arrancó y se alejaron de allí. Los dos iban en un estado de excitación que les impedía siquiera despegar los labios y expresar el temor que les invadió al descubrir el templo. Al pasar por el pueblo vieron una cafetería junto a la estación y estimaron prudente parar y tomar algo para relajarse antes de regresar a Madrid.

Entraron y se sentaron en una de las mesas; Rachel comenzó a hablar del hallazgo pero Dorón la cortó.

—Háblame de tu vida en París, lo otro lo comentaremos en el coche cuando nadie nos pueda oír.

Rachel observó con un rápido vistazo el local y quienes se encontraban dentro y, aunque no reparó en nada extraño, entendió sus recelos.

—Es más bien monótona y repetitiva, no salgo mucho salvo para ir al cine o disfrutar de alguna exposición.

—¿Sola o en compañía? —preguntó Dorón queriendo aprovecharse del momento de distensión para romper la barrera que Rachel mantenía levantada siempre en torno a su intimidad.

—Creo que ya podemos regresar a Madrid, ¿no te parece?

Su pregunta era más bien una orden que no admitía tardanza en su cumplimiento, Dorón se encogió de hombros y abrió las manos disculpándose sin palabras ante el sorprendido camarero que atendía la barra. Subieron al coche y tomaron la carretera de regreso a la ciudad.

## Serena

En aquella zona del barrio de Salamanca donde los jóvenes de ambos sexos se uniforman con camisas y polos Tommy o Ralph Lauren, la presencia de Serena destacaba con su pelo negro, sus oscuras ojeras pintadas a propósito y sus labios también de un intenso color morado. Cubriéndola toda llevaba un abrigo largo hasta los pies que, abierto, dejaba entrever una camiseta entallada también negra y mallas del mismo color enfundadas en unas botas de tacón igualmente *negras*. Su aspecto gótico despertaba los recelos de las elegantes señoras de cuidada figura que a esa hora paseaban por sus calles. Entró en uno de los portales y tomó el ascensor hasta el tercer piso, tocó el timbre de la puerta marcada con la letra C y un joven la recibió haciéndola pasar apresuradamente.

—¿No te habrá seguido Ubaste? —preguntó este sin disimular su temor.

—No soy tan importante para él —dijo Serena.

—Pero es un paranoico.

Ambos fueron a una habitación donde se encerraron y se dejaron caer sobre la cama.

—Tenemos que hacernos con el libro pronto, el muy capullo quiere vendérselo al Comendador —mencionó Serena con desprecio.

El chico, al escuchar lo que Serena decía, se levantó de la cama violentamente lanzando puñetazos al aire sin poder contener su ira.

—¡El libro es de todos! —dijo casi a voz en grito—. Pertenece a nuestra secta, todos nos arriesgamos para quitárselo a esos sudamericanos de mierda.

—Ya, pero se considera el líder y está convencido de que le pertenece —dijo ella con sarcasmo logrando aumentar la rabia del chico—. Sentado en su trono, el libro es su corona —señaló mientras se esforzaba por quitarse el abrigo hasta que lo consiguió y lo arrojó sobre una silla dispuesta a los pies de la cama.

—¡También es nuestro! —exclamó él con ostensible gesto de enfado.

—Por eso mismo, porque también nos pertenece, se lo vamos a quitar —dijo ella con una seductora sonrisa invitando al muchacho a sentarse a su lado.

—Y luego, ¿qué?

—Luego se lo venderemos nosotros al Comendador y nos largaremos lejos con la pasta. ¿Qué te parece Canadá? —dijo ella tomando la mano del chico y obligándole a sentarse junto a ella.

—Para ti todo es fácil.

—Y para ti también lo será —indicó Serena mientras acariciaba suavemente con sus dedos la bragueta del pantalón del joven.

—¿Cómo se lo vamos a quitar? —preguntó él, ya en un tono más relajado, mientras Serena se situaba detrás y comenzaba a abrirle el cinturón del pantalón.

—Yo te diré cómo lo haremos.

Serena metió ambas manos dentro y hurgó hasta liberar el centro del placer del



muchacho, comenzó a manipularlo suave y lentamente, arrancando al chico reprimidos gemidos de placer.

—¿Cómo llegaremos al Comendador? —preguntó con la voz entrecortada por el gusto que Serena le estaba provocando.

—Basta de preguntas —sentenció ella—, estoy caliente y tú me pones así.

Serena saltó de la cama, se situó de rodillas entre las piernas del chico y hundió su cabeza entre ellas, este se dejó caer de espaldas sobre la cama con la mirada perdida en el blanquecino techo de su habitación.

Dos horas después, la puerta C del tercer piso volvió a abrirse, Serena salió acompañada por el joven que esta vez no tomó precaución alguna, juntos esperaron el ascensor.

—Si conseguimos quitarle el libro seremos ricos, puedes estar seguro —dijo Serena—. Yo contactaré con el Comendador, conozco su *e-mail*, se lo he visto al gilipollas de Ubaste en su correo. Tú estate preparado, lo haremos pronto.

El ascensor llegó y Serena lo retuvo para acariciar nuevamente la entrepierna del muchacho preocupado porque algún vecino pudiera verles.

—Es mejor que te pires ya, si mi madre te ve puedo tener problemas —dijo él, empujándola dentro del ascensor.

—¿Te la vas a llevar también a Canadá? —preguntó ella con sorna.

Las puertas se cerraron y el chico regresó al interior de su casa.

Un piso más arriba y agazapado en la escalera se encontraba Luca tomando nota de la escena. Parecía que no solo él consideraba a Ubaste un perfecto gilipollas, su propia gente también lo pensaba y hasta tenían intención de robarle el libro. Esa conversación había equilibrado en justicia la paciente espera y vigilancia a que había sometido el coche del chico; fueron varios los paseos que tuvo que darse escaleras arriba cada vez que alguien joven entraba en el portal, pero cuando vio llegar a la chica supo que su destino era la puerta C del tercer piso, y no se equivocó. Ahora solo tenía que seguirla y le llevaría hasta la dirección de Ubaste.

## Dominicque

En el pequeño taller de La Ilustración, Isaac observaba con detenimiento las fotos en el móvil de su hijo mientras todos sus gestos eran escudriñados por Dorón y Rachel.

—Sin duda es el templo que figura en el grabado de «Las Piedras Mágicas», pero esto lo han podido sacar de otro libro y no del nuestro —dijo moviendo dubitativamente su cabeza—. Indican una relación con el *Necronomicón*, pero no necesariamente con *El Libro de los Árabes*.

—¿Y esta otra? —Dorón le ofreció una fotocopia de las que recibió de Mraz y en la que se podía apreciar la portada de un libro con el título *Codex Arabicus*.

Cuando Isaac la vio sus ojos se abrieron todo lo que sus párpados daban de sí, del cajón de su escritorio extrajo una lupa de aumento con la que ayudarse y analizó la imagen concienzudamente.

—Es nuestro ejemplar —dijo finalmente.

—¿Estás seguro? —preguntó Dorón.

—La última vez que me lo trajo tu padre para su cuidado y revisión —se dirigió a Rachel—, acordamos incluir en la portada algunas marcas y señas que solo nosotros sabríamos, de esa manera, si volvía a desaparecer, podríamos reconocerlo y evitar caer en el engaño ante una posible falsificación.

Rachel se sentó en la silla y su aspecto tomó un color un poco más vivo.

—Al menos sabemos que está cerca —dijo más tranquila.

Dorón pensó si mostrar o no a su padre las otras fotos que Mraz le había hecho llegar, finalmente consideró que debía conocerlas, las extrajo de la mochila y las depositó encima del escritorio ante la sorprendida mirada de Rachel, que parecía no estar de acuerdo con lo que acababa de hacer.

—Junto con esa, también llegaron estas otras.

Isaac fue viéndolas una a una sin decir palabra, un silencio respetado por los dos que ni siquiera se cruzaron mirada alguna. Dorón mantuvo su cabeza agachada y la mirada perdida en las vetas de la madera que cubrían el suelo del taller.

—¿Te suena Hannah Arendt? —preguntó Isaac a su hijo, mientras dejaba las fotos sobre la mesa y se recostaba en su sillón quitándose las gafas y pasándose la mano por la cara intentando tomar conciencia de lo que había visto.

—¿La filósofa discípula de Heidegger? —preguntó extrañado Dorón, que no entendía por qué hacía semejante referencia.

—También fue periodista —replicó Isaac para explicar por qué la traía a cuento en ese momento—. Le tocó cubrir el juicio del nazi Adolf Eichmann y, escuchando lo que allí se dijo, se acabó preguntando por qué solo la buena gente es capaz de tener mala conciencia cuando hace el mal, mientras que a la mala gente eso le resulta un fenómeno extraño que no parece ir con ellos.

—Llevaba toda la razón —expresó Rachel.

—Estas fotografías me la han recordado. Desconozco quiénes son, pero tienen el

libro y ni siquiera saben lo que tienen. Lo están usando para invocar el mal, o mejor dicho para hacerlo, si ese cuerpo sangrante es de verdad —expresó Isaac recostando el suyo en el respaldo de su silla.

—Seguramente todo sea una representación teatral, a esos grupos les priva hacer estas estupideces. Pero escuchándote me surgen muchos interrogantes que deberé ordenar adecuadamente si quiero llegar hasta el ejemplar —señaló Dorón comenzando a dar vueltas dentro del pequeño habitáculo—. Y el primero de ellos es, ¿cómo sabía Mraz por dónde estaba el templo?

—Posiblemente tu garganta profunda sea uno de ellos —respondió su padre.

—Y tuviste la fortuna de coincidir con él en ese *chat* donde lo encontraste —apuntó Rachel.

—Bien, pero si es un arrepentido, ¿por qué es tan abstracto en sus mensajes? Podía haber sido más específico y señalarme el lugar en vez de marearnos con su búsqueda. Además, ¿por qué no coge el libro y nos los trae? Sería lo más fácil —indicó Dorón.

—Esa secta a la que tú subestimás es peligrosa, desconozco si las fotos muestran un cadáver o una simple escenografía teatral macabra, pero te recuerdo que de los cuerpos de esos chicos a los que les hicieron esas mismas señales a cuchillo sí brotó sangre.

—También los pudieron haber matado y no lo hicieron. Son locos, pero saben que eso es cruzar la línea.

—Entonces, ¿por qué sentimos tanto temor cuando descubrimos el templo? —preguntó Rachel.

—Porque si en ese momento nos hubieran descubierto, también nos habrían tatuado a nosotros, ¿te parece poco temor?

—Me dijiste en Toledo que tu informante te había llamado «el guardián del libro» —dijo Rachel—, es posible que no quiera arriesgarse y por eso busca que seas tú el que lo recupere. Debemos descubrir quién es Ubaste.

—Vale, ¿tienes alguna idea de por dónde puedo tirar? —cuestionó Dorón moviéndose como león enjaulado—. Nuestro caminar hacia el libro es lento; esta noche presionaré a Mraz y le preguntaré cuándo es su próxima reunión. Aunque ahora no da señales y eso me preocupa.

Isaac miró su reloj y se levantó del sillón dando por terminada la charla, señaló las fotos sobre la mesa y se dirigió a su hijo.

—Recoge eso y llévatelo. Sean o no reales, me habría gustado no haberlas visto, pero quiero que me mantengas al tanto de todo. —De salida pasó su brazo por la cintura de Rachel—. Aunque no tengo estómago para la cena, estás cordialmente invitada —le dijo.

—Se lo agradezco —dijo ella—, pero prefiero dejarlo para otro mejor momento. El viaje a ese lugar también me ha dejado mal cuerpo.

Se despidieron y Dorón la llevó a su casa. Él tampoco se sentía con ganas de

nada. Cambió su cómodo sillón ergonómico por la cama y dejó su ordenador conectado por si Mraz hacía acto de presencia; no fue así y el sueño le sobrevino pronto.

Con intención de cumplir la promesa hecha a Sandra, por la mañana y viendo que seguía sin respuesta de su garganta profunda quiso aprovechar el tiempo, cogió su coche y se dirigió a la Facultad de Bellas Artes a ver qué podía sacar sobre Dominicque Leclerq y su espontáneo viaje al Adas marroquí. Fue directamente a la cafetería; de siempre ha sido el sitio en el que suelen acampar los que conocen todas las movidas y saben pelos y señales de unos y de otros. Echó un rápido vistazo y observó una mesa con un grupo de chicos y chicas de aspecto *indie*, se aproximó, saludó y preguntó por Dominicque.

—¿La conoces? —le inquirió desafiante una sin venir a cuento.

—Soy un buen amigo suyo y desde hace una semana no sé nada de ella, hago un curso en filosofía y he querido pasarme para ver si alguien me podía decir dónde puedo encontrarla. Algunos de ellos la conocían y no tuvieron reparos en hablar.

—Yo la vi en la fiesta de la luna —mencionó uno.

—Sí —dijo Dorón intentando dar la sensación de estar al tanto—, la del botellón.

—¿No serás su chico? —preguntó nuevamente la muchacha de antes.

—Comparte piso con mi chica y conmigo —respondió él de inmediato.

—Pregunta en su clase, creo que hay un tronco con el que tiene algo que ver.

—¿Dónde?

—En el segundo piso, al fondo del pasillo, si no está allí busca en el estudio.

Se despidió, no parecía que pudiera sacar nada más de ellos; miró su reloj, la clase en la que estuvieran no tardaría en terminar. Se dirigió a una de las máquinas expendedoras, extrajo un zumo de naranja y subió a donde le habían indicado. En el pasillo se cruzó con un par de chicas a quienes preguntó por la clase de los del último año, le indicaron un par de puertas y aprovechó para preguntar si conocían a Dominicque, una de ellas le señaló el aula y le dijo que preguntara por Miguel, él podría decirle más. Era el mismo nombre que había mencionado Sandra, ¿es posible que fuera también el tronco con el que tenía algo que ver? Si así era, ¿cómo se marchó con el fotógrafo?

Las puertas de las clases se abrieron y en un instante el pasillo se convirtió en un trasiego de gente formando corrillos, Dorón echó un vistazo al interior de una de las aulas y preguntó por Miguel a un alumno que salía en ese momento, este se giró y señaló a un chico de cabellos negros, esperó a que saliera y le abordó en el pasillo.

—¿Miguel? —preguntó con la sonrisa de trabajo en su rostro.

—Sí.

—Soy Dorón, amigo de Sandra y Dominicque. Verás, hace días que no sabemos de ella y Sandra en particular está un poco preocupada, hago un curso en filosofía y me he pasado por aquí a ver si tú sabías algo con que poder tranquilizarla.

—Estuvimos juntos en la fiesta el otro día, pero de pronto ella vino a despedirse y me dijo que se iba en ese mismo momento con un fotógrafo a Marruecos, como su ayudante.

—Pero es tu novia, ¿no?

—¡Qué dices! —soltó el chico extrañado por el comentario—; está muy loca para ser mi novia, es una amiga y a veces salimos juntos pero nada más, va a su aire.

—¿No conocerás por un casual el nombre de ese fotógrafo?

—Ni siquiera le vi, solo vino, me lo dijo y se despidió.

—¿Y las clases? —preguntó Dorón recorriendo con la vista el pasillo y la gente.

—¿Conoces algún sitio en Madrid mejor que el Atlas marroquí para inspirarte y pintar? —La lógica de su respuesta-pregunta le pareció a Dorón suficiente para no seguir por ahí.

—Es que no se llevó nada —indicó Dorón buscando algún resquicio que pudiera parecer incongruente y fuera de sentido.

—Tampoco necesitas mucho en el desierto, y lo que quieras lo encuentras en Marruecos más barato. Yo también me hubiera largado al instante, pero a mí no me invitaron —sentenció Miguel encaminándose hacia las escaleras—. Lo siento tronco, pero llego tarde —se disculpó y se fue, unos pasos después se giró hacia Dorón—. Dile a tu amiga que no se preocupe, se lo debe estar pasando tope, dijo que vendría en tres semanas.

Dorón le vio perderse junto a otros alumnos, poco a poco el pasillo comenzó a perder su concurrencia, sacó su móvil y llamó a Sandra pero le saltó el contestador automático, dejó un recado pidiéndole que le devolviera la llamada y supuso que estaría en clase o posando.

El Comendador citó a Luca a primera hora de la tarde, había tenido una mañana bastante activa recibiendo la visita de sus consejeros, que se habían trasladado desde las oficinas centrales en Zúrich. Como era su costumbre, prefería recibirlos en su casa antes que en un despacho o sala de juntas que no fuera la suya y aunque podía disponer de las instalaciones que la empresa poseía en Madrid, no había hecho acto de presencia por ellas, ni lo haría. No había venido a supervisar nada aquí, había venido a comprar.

Las negociaciones con la compañía especializada en genómica se habían alargado más de lo debido y ya iban por un segundo borrador de propuesta. En otro momento, y conociendo su estilo, se hubiera plantado y habría presionado hasta niveles que solo él sabía hacer, pero el hecho de sentir próximo el libro otorgaba a su estancia en la ciudad un valor de mayor relevancia. Estaba seguro de hacerse con ambas cosas, libro

y empresa, lo antes posible.

Luca llegó a la hora señalada y el mayordomo le hizo pasar al salón donde estaba el Comendador, que esta vez le invitó a sentarse en uno de los mullidos sofás de piel, quizá por las buenas noticias que le había adelantado por teléfono. Hasta se dignó servirle un coñac, actitud que dejó perplejo al detective pues nunca antes había actuado así su jefe.

—Entonces tenemos ya la persona que nos traerá el libro —dijo mostrando una actitud condescendiente con su detective.

—Más, señor —expresó con buen ánimo Luca—, son dos las personas dispuestas a robar el libro. —Narró la conversación escuchada entre los dos chicos y su intención de hacerse con el ejemplar—. Tienen su *e-mail* y en cuanto lo consigan contactarán con usted y se lo ofrecerán.

—Parece que todo el mundo tiene mi *e-mail*, y yo que lo consideraba privado. ¿Cómo son? —preguntó el Comendador queriendo saber a quién tendría delante llegado el momento; no quería más sorpresas como la de Ubaste y estaba pensando negociar él directamente.

—Dos jóvenes, ella es algo tétrica, toda de negro, un poco «Morgana» —dijo él haciendo comillas con sus dedos—. Él parece un niño bien del que posiblemente sus padres ni se enteren qué hace o con quién anda.

—¿Cuánto dinero quieren? —preguntó el Comendador llevándose después la copa de coñac a sus labios y dando un ligero sorbo.

—Creo que aceptarán lo que usted les ofrezca. No parecen muy astutos.

—Si consiguen traerme el libro, es que lo habrán sido. No subestimes nunca a nadie —indicó a Luca, aunque este más que una indicación lo consideró una recriminación—. ¿Crees que puedan lograrlo?

—Ella es codiciosa y no parece tener muchos escrúpulos, vi cómo trataba al chico y pude darme cuenta de que le manipula a su antojo. Luego la seguí hasta una casa y averigüé que es allí donde vive con ese tal Ubaste, aunque a él no pude verle.

Al Comendador las palabras de Luca le habían provocado una grata sensación, en especial el perfil que había descrito de la chica. Quiso saber más de ella.

—Quiero que la sigas, hazme un informe detallado de sus movimientos y luego te pediré que la traigas a mi presencia. No quiero más sorpresas con el libro.

La reunión había terminado. El detective dejó su copa sobre la mesa, se levantó y se disponía retirarse cuando el Comendador, en otro rasgo absolutamente ajeno a lo habitual, le felicitó por su trabajo; esta vez se sabía muy próximo al libro y esa sensación le provocaba unos gramos de afectividad inusuales en él. Treinta y seis años habían tardado en descubrir dónde estaba *El Libro de los Árabes* al que un buen día se refirieron los investigadores Gerhz & Fritzlane proclamando que ese ejemplar único contenía la Clave Gematría.

Fue en aquella invitación que les hizo el exclusivo círculo ocultista del que ahora era Comendador para que dieran una conferencia sobre sus investigaciones respecto a

lo que ambos llamaron la Clave Gematría, una preciada combinación de letras y números que daban como resultado la creación de sonidos que, articulados y ordenados correctamente, permitían con su pronunciación y en absoluta concentración que la persona alcanzara un estado mental desde el que acceder a la visualización futura del mundo, con la posibilidad tantas veces anhelada de conocer los acontecimientos antes de que estos pudieran darse. La exploración sensorial de la «cuarta dimensión» no como un lugar separado del espacio tridimensional sino como una dimensión temporal que solo puede recorrerse hacia el futuro.

Aquellos investigadores estaban convencidos de la existencia del ejemplar de *El Libro de los Árabes* y lograron convencer de ello a los miembros de la Orden que, entusiasmados con la idea, compraron el silencio de ambos a muy buen precio, financiando la búsqueda del ejemplar y las investigaciones posteriores hasta que los dos especialistas quisieron hacerlas públicas; pero murieron antes en extrañas circunstancias nunca del todo aclaradas. Ahora ya no era un anhelo, el libro existía y él tenía en su poder todas las notas y estudios que ambos historiadores hicieron y por las que pagó una apreciable cantidad a sus herederos. Con ayuda de esa valiosa información, y una vez obtenido el libro, descubriría la Clave.

Conocer el futuro era poseer el mayor poder sobre la Tierra. Muchas de las decisiones que él y otros poderosos grupos habían tomado en los últimos tiempos habían acabado en fracaso. Una guerra contra Oriente que estaban perdiendo, un país ocupado militarmente del que no sabían cómo salir y que ya estaba costando demasiado, un continente latinoamericano levantado y del que surgían gobernantes opuestos a sus decisiones, un país asiático que en muy poco tiempo detentaría un poder difícil de doblegar y un comienzo de guerra fría con el país de siempre en la que ellos tenían la tecnología y el otro poseía la energía. Eran demasiados elementos desmadejados, si la Clave Gematría podía ayudar a arreglar ese desbarajuste, lo haría.

Dorón se citó con Sandra y acordaron verse frente a la entrada del Museo del Prado, debajo de la estatua de Velázquez. Pasados unos minutos de la hora convenida llegó al lugar de la cita en el que ya se encontraba Sandra sentada a los pies de la estatua con un libro entre las manos. Ella sí era de las que saludaba de beso y recordó el comentario de Rachel al respecto.

—Solo me he retrasado cuatro minutos —dijo él intentando transformar la frase en una disculpa.

—No pasa nada, mi autobús ha tardado poco y el lugar es encantador, de manera que ni cuenta me he dado.

—Tomo nota, ya sé que te gusta llegar antes de la hora, me congratulo de ello —dijo Dorón—. Además, estamos justo debajo del autor del cuadro que pinta don Ramón —esta vez Sandra no se turbó como la vez pasada, sino que adoptó la pose que el pintor le exigía en sus sesiones elevando su cabeza y ladeándola un poco—. A

ver qué día posas para mí.

—¿Pintas, esculpes o sales en la tele? —preguntó ella arqueando sus cejas con un gesto de complicidad que Dorón supo interpretar al instante.

—Muy sagaz —dijo él.

—¿Dónde vamos? ¿Tienes algún plan? —preguntó Sandra dispuesta a pasar la tarde juntos.

—De principio podemos ir aquí cerca —señaló Dorón indicando el rumbo sur del paseo—. ¿Conoces el Jardín Botánico?

—¿Querrás creer que llevo en Madrid dos años y todavía no lo he visitado? —señaló Sandra otra vez avergonzada por la confesión que acababa de hacerle.

—No me sorprende —dijo Dorón—, muchos madrileños no lo han pisado nunca. Yo siempre que busco un lugar tranquilo donde sentirme bien recurro a él.

Llegaron hasta la puerta y Dorón se dirigió directamente a la taquilla; eran dos euros por persona lo que costaba y los pagó con gusto, otras veces pagaba más por cosas que eran claramente desagradables. Entraron y tomaron el camino de su izquierda, rumbo a los estanques, hasta situarse frente al majestuoso Pabellón Villanueva, un invernáculo de 1781 que más parecía un palacio que un invernadero. Sandra estaba impresionada.

—¡Es precioso! —exclamó con vehemencia ante el paisaje que se abría a sus ojos.

—Pues todavía lo habría sido más si un ciclón no hubiera derribado casi 600 de sus árboles —señaló Dorón.

—No recuerdo haber oído la noticia —dijo ella con asombro.

—Es comprensible, fue en 1886.

Sandra sonrió ante el comentario burlón de Dorón.

—¿A quién debemos tanta belleza?

—A Carlos III.

—Como casi todo en Madrid, por lo que veo.

—Él fue quien reformó la ciudad —dijo Dorón—; antes de él esta villa asustaba de sucia y maloliente.

—Tu amor de madrileño te ciega.

—¡Qué quieres! —exclamó Dorón—, él mandó limpiar las calles, canalizar el agua, recoger las basuras... Aunque tampoco los propios madrileños supieron acoger bien estos cambios. ¿Sabes qué dijo lleno de ingenio? —Sandra se encogió de hombros— «Mis vasallos son como niños: lloran cuando se les lava». —Sandra lanzó una carcajada.

—También a su reinado se le llamó el Despotismo Ilustrado —interrumpió ella sorprendiéndole con su atinado apunte.

Tomaron el paseo principal hasta la terraza de los cuadros, una serie de parcelas cuadradas en las que se podían apreciar colecciones de plantas ornamentales, medicinales y aromáticas que se convertían en una delicia para la vista y el olfato por



su variedad de colores y olores, eran como cuadros impresionistas llenos de luz. Encontraron un lugar donde sentarse y se acomodaron, dispuestos a dejar pasar el tiempo.

—He estado leyendo un poco sobre los judíos —dijo Sandra—, y me llama la atención por qué sois tan denostados en todo el mundo. Dicen que no sois de ningún país, ni de ninguna tierra.

—Quienes se expresan así lo hacen para excusar un antisemitismo irracional. Decía Einstein: «Si mi teoría de la relatividad es exacta, los alemanes dirán que soy alemán y los franceses que soy ciudadano del mundo. Pero si no, los franceses dirán que soy alemán, y los alemanes que soy judío».

—No será tu caso, eres madrileño por los cuatro costados —dijo Sandra, que en tan solo dos salidas había percibido el amor que tenía por su ciudad—. También he podido percibir, por lo que he leído en Internet, un factor de cierta envidia hacia vosotros.

—Será porque entre todos los judíos repartidos por el mundo apenas llegamos al uno por ciento de la población del planeta y, sin embargo, reunimos el 26 por ciento de los premios Nobel. Cuando se habla de nosotros se manejan emociones, no razones —expresó Dorón adoptando una actitud que Sandra interpretó incómoda.

—Si te molesta que hablemos de esto cambiamos de tema. Es que para mí es nuevo y quiero aprender —comentó ella.

—Me gusta más hablar de la cultura judía que de cómo nos ve el mundo; con lo primero aprenderás cosas interesantes, con lo segundo continuarás ignorándolas. Por ejemplo, ahora, para tu mayor conocimiento, festejamos *Pésaj*.

—¿Cómo has dicho? —preguntó ella con ansias de conocer.

—*Pésaj* —repitió él—, es una festividad que solemos disfrutar en familia.

—¿Cómo es? —preguntó—, me has dicho que de esto sí te gusta hablar.

—Me encantará cultivarte como a las flores —le sonrió abriendo la mano y señalando el jardín que les rodeaba—. Nos recuerda la liberación del pueblo judío de la servidumbre del faraón en Egipto.

—Lo de Moisés y el desierto —dijo ella.

—Con ese señor tenemos nosotros un contencioso.

—¿Por qué? —preguntó Sandra con asombro.

—Porque durante cuarenta años condujo al pueblo judío por el desierto para acabar llevándole al único lugar de Oriente Medio en el que no hay petróleo —dijo Dorón con semblante serio.

Sandra se quedó un instante descolocada, pero al final no se pudo contener y soltó una explosiva carcajada.

—Perdón —se disculpó ella entre risas.

—Es un chiste —dijo Dorón—; para eso te lo he contado, para que te rías. Nos encanta reírnos de nosotros mismos.

—¿Cómo celebráis *Pésaj*?

—Es una festividad de carácter íntimo y muy llena de simbolismo, es una de mis preferidas. Se come y se bebe muy bien, eso sí, cuidando determinados preceptos, siendo el más importante evitar todo contacto con cualquier tipo de pan o harina fermentada. En esos días no comemos nada que contenga levadura.

—Muy interesante, sigue contando.

—En los primeros días, porque dura siete, solemos reunirnos con invitados y llevamos a cabo el ritual de *Séder* en el que se relata la historia del Éxodo.

—¿Qué es el ritual de *Séder*? —preguntó ella absorta en lo que Dorón le contaba.

—Es un acto muy bello compuesto de quince pasos, pero como es muy largo lo dejaremos para otro día.

—Yo tengo tiempo —dijo ella.

—Prefiero contarte que he estado en la Facultad de Bellas Artes y he hablado con otros chicos y chicas que vieron a Dominicque en esa fiesta. Luego he hablado con ese Miguel y me ha dicho que no te preocupes, que posiblemente no pueda comunicarse contigo porque se lo esté pasando muy bien.

—Es posible, pero no se llevó nada y ninguna mujer viaja al menos sin sus bragas y sus cosas personales. Además, últimamente la sentí un poco rara.

—Miguel dice que es muy loca y que va a su aire.

Dorón no sabía que había pronunciado una palabra tabú; la única que no debía asociarse a Dominicque en presencia de Sandra, los ojos de ella se encendieron.

—No conozco a Miguel, pero es un bocazas y desde este momento te digo que no me cae bien —le espetó sin disimular su malestar—. No vuelvas a decir que Dominicque está loca, podría ser cualquier cosa menos eso —Dorón estaba sorprendido por la reacción—. La vida de esa chica no ha sido un camino de rosas, al contrario, ha sido más dura que la que podamos haber tenido muchos de nosotros en los peores momentos, pero es una superviviente al dolor, puedes estar seguro.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó Dorón con cierta curiosidad.

—La primera compañera de piso que tuve se marchó becada y busqué otra con quien compartirlo, ella fue la más rápida en responder al anuncio. El hecho de ser belga me gustó, así conocería otras costumbres. En una primera impresión me pareció más bien pija y despreocupada, como si el dinero no le importara porque le sobrara; accedió a pagar su parte correspondiente y no puso objeción a la fianza que le pedí. Cuando llegó con sus cosas no le faltaba de nada, moto, buen móvil, portátil, muchos libros y un armario lleno de zapatos.

—Vaya, voy conociendo tus valores —apuntó Dorón con una media sonrisa.

—Dominicque es una persona con sus manías, como las tenemos todos, pero con quien se puede convivir en armonía. Además de compañeras de piso, nos hemos hecho muy buenas amigas y un día, en un momento de intimidad, me contó algo que me dejó realmente tocada. No se lleva bien con su padre a pesar de ser este quien corre con todos sus gastos, y de su madre recuerda pocas cosas ya que la perdió cuando apenas tenía cinco años. Es hija única porque, según dice, su padre no quiso

tener más, es un empresario con varios negocios a los que dedica todo su tiempo.

—¿Cómo acabó en Madrid? —preguntó Dorón.

—Los dos últimos años de carrera quería hacerlos en España y se vino a la Facultad de Bellas Artes, aunque lo que realmente quería era irse de su casa y aquí viene su secreto que espero te ayude a comprender por qué no está tan loca ni es tan impulsiva como la pinta ese idiota.

—Te escucho —dijo Dorón con seriedad.

—Una noche estábamos tiradas en el salón hablando de nuestras cosas. En uno de esos ataques etílicos tontos que te coges porque sí, me contó en confianza cómo recordaba a su madre; según ella era un hada preciosa, la pintó como las que describen los cuentos de princesas y bosques encantados. La recordaba de largos cabellos rubios con diademas de flores, ojos brillantes pintados de azul purpurina, vestidos largos, ligeros y vaporosos. Solía levantarse muy temprano e ir a buscarla a su cama, la despertaba llenándola de besos y juntas se iban a recorrer el jardín de la casa en busca de aventuras; a veces era tan temprano que incluso se adelantaban al amanecer. Me contó que le decía que estaban allí para ver salir a los gnomos y recibir las estrellas de la noche que habían recogido para ellas por ser las princesas de ese bosque encantado. Según le contaba su madre, ese era el trabajo de los pequeños hombrecillos: atrapar las más luminosas para dárselas y que ellas dos las convirtieran luego en fantásticos collares, pendientes, broches y pulseras como las que adornan a las princesas de los cuentos y las hacen resplandecientes y hermosas. Juntas se lo pasaban en grande, decía Dominicque, ella tenía solo tres años y todas aquellas estrellas las guardaba en el cofre mágico que le regaló una vez.

»Era muy feliz disfrutando con todas aquellas fantasías y creyendo cada una de sus palabras, recordó el olor a rosas frescas que siempre acompañaba a su madre porque le gustaba ponerse muchas en el pelo y en la ropa cuando iba a su habitación y se acostaba junto a ella. Dijo que entre sueños percibía el suave olor de su piel y el latir del corazón como si fuera el tic tac de un reloj.

»Otras veces la levantaba temprano de su cama y la subía al piano de cola blanco que tenían en el salón de la casa y allí tocaba para ella mientras se desperezaba hasta conseguir hacerla bailar.

»Desayunaban en el jardín con la decoración que su madre improvisaba y en el suelo, sobre un mantel, ponía fruta, yogurt, queso y otras cosas; sobre uno de los árboles colocaba las rebanadas de pan colgando de unos hilos como si fueran campanillas y la jarra con el zumo la depositaba sobre un atril para que cayera como si fuera una fuente. Una vez, la mamá decidió que era un buen día para pintar la casa y con esa idea se pusieron en la faena, dibujando en las paredes del salón todo aquello que se les ocurrió, pintaron flores, caballos, arco iris, gnomos, hadas, estrellas... Les llevó toda la tarde hasta que llegó su padre que, al ver aquello, montó en cólera; entonces Dominicque se asustó y las dos corrieron al jardín a esconderse. Recuerda que estuvieron allí durante horas y cómo aquella vez su madre le contó que era la

reina de las hadas y que si alguna vez tenían que separarse, no se preocupara porque ella estaría a su lado cuidándola siempre, aunque no la viera.

»Una noche, cuando ella dormía, una ambulancia llegó a la casa y se llevó a su madre, no la volvió a ver jamás; su padre le dijo que se había ido al cielo para siempre. Tiempo después su cofre mágico le fue mostrando la realidad que aquella mujer llena de sueños nunca quiso ver, las estrellas relucientes no eran más que piedras.

»Pasados los años, su padre decidió contarle la verdad; su madre sufría de esquizofrenia y tuvieron que internarla en un centro de reposo porque temieron por la niña cuando descubrieron que, por las noches, se la llevaba a un bosque cercano a la casa que ella llamaba su jardín, con gran peligro para ambas. Murió poco después a causa de un paro cardíaco.

»Para Dominicque, la imagen de su madre fue siempre la de un hada, con ella llegó a ver estrellas entre sus dedos, vio gnomos caminar por el bosque, escuchó la música más hermosa del mundo y hasta llegó a tocar el arco iris. Fue un mundo maravilloso que solo pudo gozar en su compañía porque cuando regresó a ese bosque nada de aquello volvió a suceder, la música del lago se apagó y ni siquiera pudo sentir igual el perfume de las flores.

Sandra terminó su relato encogida de hombros y con los ojos húmedos.

—Parece que fue un tierno ataque etílico —dijo Dorón conmovido—. Me disculpo por la falta de tacto.

—Dominicque sabe lo que es la locura —señaló Sandra—, puede ser impulsiva pero no está loca, por eso no me cuadra su actitud.

—No te preocupes, si vemos que en unos días no aparece iremos a ver a un amigo; fue mi profesor y es teniente de policía, nos ayudará, aún hoy me considera su mejor alumno, aunque la verdad es que no sé por qué.

Estas palabras tranquilizaron a Sandra que se puso en pie ofreciendo su mano a Dorón para ayudarlo a levantarse.

—¿Tan viejo me ves? —preguntó haciéndose el ofendido.

—En ningún momento te he preguntado la edad —dijo ella entre risas.

—Y ni te molestes en hacerlo —cortó tajante.

—Eres peor que nosotras —replicó Sandra con sorna.

—Al menos a vosotras os queda el recurso de la «cierta edad» —señaló Dorón—. ¿Sabes quién era Lord Byron?

—Tampoco soy tan inculta, estudio leyes pero también leo otras cosas —dijo ella haciéndose la ofendida.

—Fue un poeta provocador, mordaz y, según dicen las malas lenguas, adicto al opio —apuntó Dorón—; él decía que no había nada más incierto que una mujer de cierta edad.

—Muy propio de un misógino que siempre humilló a las mujeres —sentenció Sandra.

—Vaya, parece que le conoces bien, ¿sabes qué escribió de epitafio a la muerte de su esposa? —Sin esperar respuesta Dorón se puso a declamar—: Mi esposa aquí yace/Dejadla yacer/Ahora descansa / Y yo, también.

—Un imbécil, no hay duda —volvió a sentenciar Sandra—. ¿Me invitas a tu casa?

La pregunta le pilló desprevenido, era la que le hubiera gustado hacer él, pero esta vez la chica se le adelantó sin previo aviso, no obstante se repuso de inmediato.

—Creí que no me lo ibas a pedir nunca —dijo Dorón con sorna.

—Esa es otra frase que nos toca decir siempre a nosotras —recalcó ella apuntándole con el dedo.

—Quizá mi lado femenino sea más notorio de lo que yo pensaba —indicó él tomándola de la mano.

Salieron del Botánico y pararon un taxi, tenían ganas de estar a solas y algo más. Fue un preliminar largo y sin prisas en el que ambos se repasaron el cuerpo al milímetro; agotaron los besos, si es que se pueden llegar a agotar alguna vez, desgastaron las yemas de sus dedos repasando y frotando aquí y allí. Cada uno de ellos se dejó la lengua en la piel del otro. Hubo sudor, gritos, espasmos y sexo, mucho sexo, tanto que duró hasta casi el amanecer.

A ella le hubiera gustado quedarse, dormir un leve instante y desayunar allí, habría sido la noche perfecta, pero tenía que seguir posando para llegar a fin de mes y seguir estudiando para llegar a ser juez, ambas cosas inapelables.

Dorón se ofreció a llevarla a su casa, donde se dieron un último y prolongado beso.

—¿Habrá una segunda vez? —preguntó Dorón.

—Dios dirá —dijo ella saliéndose por la tangente.

—Si lo dejamos en sus manos, con lo poco que dicen que le gustan estas cosas, lo vamos a llevar bastante duro —indicó él con gesto contrariado.

—A lo mejor te sorprende —apuntó ella abriendo la puerta del portal y entrando, para despedirse finalmente con un ligero movimiento de su mano.

De nuevo en casa y a pesar del agotamiento provocado por tanto y tan placentero ejercicio, se instaló frente al ordenador recordando que debía intentar contactar con Mraz, de inmediato le remitió un *e-mail* exigiéndole mayor colaboración si quería que recuperara el libro, le solicitaba el día y la hora de la próxima reunión en el templo que estaban levantando; no obtuvo respuesta, como venía sucediendo. Quizá ya no quería seguir colaborando o se había arrepentido de hacerlo. El día comenzaba a clarear y la luz entró por el ventanal e iluminó la buhardilla. Pensó en irse a la cama pero lo desestimó, sabedor de que en cuanto se dejara caer en ella, el sueño le vendría y acabaría perdiendo la mañana. Se decantó por el sofá, también era cómodo para una cabezadita pero incómodo para un sueño largo y prolongado tomando en consideración su casi metro noventa. En cuanto se hubo acomodado, cerró los ojos y en un instante quedó profundamente dormido.

Fueron dos horas de sueño interrumpidas con frecuencia por la necesidad de cambiar de postura, a cual más incómoda de todas cuando se tienen sus dimensiones. El aviso del *Outlook* anunció la entrada de un mensaje, el sonido entró en su cabeza y le despertó. Se incorporó no sin esfuerzo y fue al ordenador, era el mensaje que esperaba, lo abrió y se sorprendió, no había texto, solo adjuntaba un fichero que Dorón extrajo con cierta cautela temeroso que pudiera contener algún troyano destinado a destrozar su disco duro. El fichero contenía una noticia de periódico en la que se informaba sobre la fecha y hora en que tendría lugar un eclipse parcial de sol que sería apreciado con claridad en toda España. Rápidamente lo interpretó; ya estaba aprendiendo a descifrar los enigmáticos mensajes que Mraz le enviaba. El suceso astronómico tendría lugar dentro de muy poco. Era necesario comenzar a preparar un plan para asistir a ese ceremonial sin ser visto.

## La alianza

El informe de Luca sobre Serena y su relación con Ubaste provocaron el deseo del Comendador por mantener un encuentro con ella lo antes posible. El detective se puso manos a la obra siguiendo a la chica, pero esta vez propició que ella pudiera darse cuenta de su presencia; su jefe así se lo había pedido porque quería saber cuál sería su reacción, si se asustaría y huiría o bien se pararía y le haría frente. Según fuera el caso el encuentro tomaría un sentido u otro.

Ella entró en un portal y momentos después la siguió Luca, cerciorándose antes con un rápido vistazo a uno y otro lado de la calle de que todo estaba en calma, se situó frente a la escalera agudizando el oído para situar la presencia de la chica, pero no escuchó nada; subió unos pocos escalones y, cuando quiso darse cuenta, a pesar de su rapidez de reflejos, Serena había salido de debajo del rellano y se había colocado a su espalda con un machete de montaña presionando su columna vertebral.

—¿Quién eres? ¿Otro puto violador del ascensor? —preguntó ella de forma amenazadora mientras empujaba su machete cada vez con más fuerza contra el cuerpo de Luca que sentía cómo la fría punta del arma penetraba su ropa y llegaba a tocar la piel.

—Soy un enviado de alguien que quiere conocerte y hacerte una oferta muy generosa por tus servicios.

—Explícate mejor o me guardarás esto en tu espalda —añadió Serena presionando aún más el cuchillo y obligando a Luca a curvar su espinazo.

—El Comendador quiere verte.

La frase desconcertó a Serena y por unos segundos bajó la guardia, tiempo suficiente para que Luca consiguiera zafarse del cuchillo y reducir a la chica que, aún desarmada, siguió haciendo frente al detective.

—¿Por qué debo fiarme de ti? —preguntó ella con los puños levantados ante Luca, que le cerraba el paso a la calle puñal en mano.

—Porque te conviene. Conoce tus intenciones respecto al libro y quiere ayudarte —señaló él devolviéndole el machete que ella inmediatamente cogió para volver a blandírselo—. No temas, puede ser muy beneficioso para ti y tu amigo.

Luca sonrió al decir esto último para luego cederle el paso y salir, de inmediato tomaron un taxi hacia la casa del Comendador que les esperaba con impaciencia.

Nada más llegar, el mayordomo les guio hasta el salón, allí estaba él sentado ante su escritorio sumido en la lectura de unos documentos.

—Gracias Luca, déjanos a solas —dijo sin despegar la vista de lo que estaba haciendo.

Después de comprobar el carácter de la chica y sabiendo que iba armada, el detective no estaba muy de acuerdo con esa orden pero no dijo nada; salió, cerró las puertas tras de sí y se quedó allí cerca por si debía entrar de forma inmediata.

—¿Sabe quién soy? —preguntó mirando con firmeza a Serena y dando una ligera calada a su habano.

—Nadie nos ha presentado, pero supongo que es usted el Comendador —respondió ella con soltura y sin amilanarse.

—Usted tendrá un nombre —indicó él en un deseo por dar al encuentro un carácter más personal.

—Serena.

—Siéntese señorita Serena, no tema —dijo señalando una de las sillas que había al otro lado de su escritorio.

—¿Debo temerle?

—Muchos lo hacen —respondió él fijando su mirada en ella, que se la mantuvo en actitud desafiante—. Me gusta su osadía.

—¿Por qué estoy aquí?

—Digamos que por negocios. Usted pretende hacerse con algo que me interesa y yo estoy dispuesto a pagar muy bien por ello si me lo trae.

—¿Cómo de bien?

—Estaríamos dispuestos a aceptar la oferta que rechazamos a ese tal Ubaste que vive con usted.

A pesar de estar frente al Comendador, ella seguía manteniendo su desconfianza y recelo; no le gustaba nada que supiera tanto de ella.

—¿Qué le ha llevado a pensar que yo quiera robar ese algo?

—Lo sé y eso es suficiente, pero si albergaba alguna duda usted me la ha resuelto finalmente —dijo el Comendador—. Cuando le he dicho qué estaba dispuesto a pagar bien, usted podía haber preguntado qué era ese algo o simplemente negarlo, pero no, su interés ha sido cuánto —sin darle tiempo a que Serena pudiera argumentar, le lanzó la pregunta—: ¿Tiene alguna idea de cómo hacerlo? Tengo entendido que él se ausenta de la casa con frecuencia.

—Siempre lo lleva consigo, pero no se preocupe, tengo mi plan —respondió ella.

—¿Puedo conocerlo?

—Usted límitese a tener preparado el dinero que, por cierto, todavía no me ha dicho de qué cantidad estamos hablando.

—Si tanto le preocupa ese detalle solucionémoslo ahora, ¿le parece bien el millón? Es la cantidad que pide su líder. Además, en cuanto usted me entregue el libro, les ayudaré a usted y a su amigo a salir del país y les pondré en un aeropuerto seguro desde el que podrán volar a Canadá sin contratiempos y con el dinero.

Serena sonrió, se daba cuenta que el Comendador lo sabía todo acerca de ella. Si hubiera querido traicionarla frente a Ubaste para ganarse nuevamente su confianza y comprarle el libro, lo habría podido hacer. Pero allí estaba, negociando con ella y



dispuesto a pagar.

—En un par de días tendrá usted el libro, puede estar seguro.

—Y usted su dinero y mi ayuda, puede estar segura.

Las puertas del salón se abrieron y apareció Luca.

—Acompañe a la señorita y llévela adonde le indique —ordenó el Comendador.

—No se preocupe, sé ir sola —dijo ella dándose la vuelta y cruzando su mirada con la del detective, a quien lanzó una cínica sonrisa que no fue correspondida.

—Por cierto —señaló el importante hombre de negocios antes de que saliera—, ¿cómo supo ese novio suyo lo del libro?

—No es mi novio, es mi amante —respondió ella girándose—; bueno, uno de mis amantes, y su padre es uno de los marchantes que trabajan para usted —le señaló con el dedo.

—Vaya, qué pequeño es el mundo —dijo él aspirando el humo de su habano sin moverse de su escritorio.

Luca acompañó a Serena hasta la puerta del portal siendo observados por el vigilante jurado desde su cabina. No hubo una sola palabra de despedida entre los dos y el detective la vio alejarse con paso resuelto, «Llegará lejos», pensó recordando el desparramo que tuvo frente al Comendador.

Media hora después llegaba al apartamento que compartía con Ubaste, justo en el instante en que este, sentado frente al escritorio, cerraba cuidadosamente el libro *Codex Arabicus*. Las cortinas de las ventanas estaban echadas y, repartidas por toda la estancia, una profusión de velas encendidas iluminaba tenebrosamente el rostro del líder de la secta que dominaba las mentes y voluntades de sus acólitos, con la clara excepción de la chica. Para esta última imperaba más la codicia que la sumisión.

—¿Dónde has estado? —preguntó en el mismo tono intimidatorio que usaba con todos los miembros del grupo y que provocaba escalofríos en ellos.

—Dímelo tú que sabes tanto —respondió ella acercándose al escritorio con el deseo de ver el ejemplar que pronto le resolvería la vida, extendió la mano con intención de tocarlo y sentir su tacto, pero él se la retiró bruscamente.

—No llevas guantes —señaló Ubaste.

—Da igual, aunque me los ponga no me lo dejas ver nunca.

—¿Acaso sabes latín? —preguntó en un claro gesto de menosprecio hacia la chica, sin que esta se inmutara lo más mínimo.

—¿Cuánto dices que nos pueden dar por él?

—Mucho, pero no está en venta —sentenció Ubaste—. Sé que este libro contiene algo muy valioso, pero no lo he encontrado todavía.

Serena se dejó caer en el sofá extendiendo su cuerpo y apoyando sus puntiagudas botas negras de charol sobre el respaldo.

—Con el dinero que nos dieran podríamos irnos a Haití montar una secta y ser fuertes y poderosos —pretendía despertar en él la ambición de poder que sabía le perdía.

—Lo ves muy fácil para no haber estado nunca en Haití. Este libro ya me hace poderoso aquí.

Serena estimó que era un buen momento para generar en él la desconfianza respecto al Comendador. Cuando ella le quitara el libro, desaparecería y se iría lejos. Pero conociendo el carácter psicótico de su amante, quiso apuntar al Comendador como único culpable del robo.

—¿Y si decide quitártelo antes?

Ubaste se levantó y se aproximó a ella, con suavidad puso su mano enguantada en la garganta y comenzó a apretar con sus dedos, pero Serena no hizo nada salvo fijar sus oscuros ojos en los de él; sentía como el aire le faltaba pero se mantuvo fría y controlada.

—¿Qué insinúas? —preguntó Ubaste tomando una de las velas con su otra mano libre y mirando la llama fijamente—. A lo mejor decido quemarlo antes.

Ella supo que su dardo había dado en la diana y extendió la mano hacia la bragueta del líder para comenzar a frotarla, él retiró la mano del cuello y la fue bajando hasta el pecho, frotando y pellizcando los duros pezones que crecieron debajo del ajustado *body* negro de la chica. Se arrodilló, y tomando una de las puntiagudas botas, se la llevó a su bragueta y extrajo su miembro erecto. Con una malévola sonrisa, ella comenzó a girar la pierna lentamente, clavando el tacón sobre el trozo de carne. Una de las manos de Ubaste acarició la piel de las altas botas, la otra impuso un ritmo ascendente y descendente sobre su punto de placer. Sus ojos se cerraron, su cuerpo se tensó y la respiración entrecortada reprimió el grito hasta dejarlo convertido en un bufido animal. Finalmente quedó quieto. Serena siguió tendida en el sofá sin borrar de su cara la expresión segura que solo el poder entiende.

—Ahora tengo que salir —dijo él incorporándose y tomando el libro—, vendré tarde.

—Antes límpiala —dijo ella señalando su bota. Ubaste ni siquiera respondió, salió de la casa con rumbo desconocido mientras ella cambiaba el rictus que había estado manteniendo por otro en el que la ira lo ocupaba todo—. ¿Dónde lo guardas, cabrón? —su pregunta quedó sin respuesta en el salón. No esperaba más, el robo sería durante el ritual del eclipse.

Decidió tomarse un baño y prepararse, le apetecía pasar la noche de fiesta recorriendo todos los clubes a los que solía ir y tener una imagen divertida que recordar cuando estuviera en Canadá.

## Placer on line

Dorón fue de visita a la librería y de paso a comer, tenía apetito y también una gran pereza que le quitaba las ganas de ponerse a cocinar. La puerta tardó en abrirse, su padre se encontraba en el taller con un cliente al que mostraba un par de libros, esperó merodeando por las estanterías hasta que ambos salieron. Isaac despidió a su visitante con un apretón de manos.

—¿Venta cerrada? —preguntó Dorón.

—Así es. ¿Tienes noticias sobre el libro?

—Me encuentro a la espera de información de mi garganta profunda, le he pedido el día y la hora de la próxima reunión en ese templo.

No quiso decirle que ya disponía de esos datos, sabía que si lo hacía acabaría preocupándole.

—¿Tienes algún plan para recuperarlo?

—Lo tengo, aunque no era mi deseo llegar a usarlo —dijo Dorón.

—¿Puedo saber cuál es?

—Todavía no, te opondrías a ello.

Isaac le miró con recelo, conocía bien a su hijo y sabía que lo que acababa de decir no contenía buenas intenciones.

—No vayas a hacer nada sin consultárselo antes a Rachel, no olvides que es su libro y tiene derecho a tomar las decisiones.

—No lo olvidaré.

—¿Te quedas a comer?

—Creo que sí.

—Pues sube y díselo a tu madre, ahora voy yo.

Dorón llamó a la puerta y su madre abrió un instante después.

—Creí que era tu padre, que se había vuelto a dejar las llaves.

Dorón entró y cerró la puerta pero antes de seguir camino de la cocina Anne le frenó.

—¿Ya has olvidado tus deberes? —su hijo abrió nuevamente la puerta, tocó suavemente la *mezuzá* colgado en el dintel y recitó una corta frase apenas audible—. Eso está mejor —dijo Anne con un gesto de aprobación.

—No sé por qué insistes si sabes que no me mueve la fe.

—Pues entonces que te muevan las tradiciones, son nuestro legado. ¿Seguro que tienes *mezuzá* en tu puerta?

—Sí que la tengo, ¿no lo recuerdas?

—La última vez que fui solo vi a ese simpático gato callejero que tienes, pero no la *mezuzá*.

—Nech, mamá, el gato se llama Nech y además de simpático es un buen oyente, aguanta todos mis soliloquios con mucho interés.

—Me cercioraré de que la tienes. Espero una invitación formal tuya, no me

gustaría ser de esas madres que visita a sus hijos sin avisar con el fin de «fisgar» cómo van sus vidas.

—No te hace falta, con el tercer grado a que me sometes cada vez que vengo es suficiente.

—Es necesario que pongas la *mezuzá*, hazme caso

—La tengo por dentro, en el dintel interior de la puerta, hay mucho talibán pululando por el mundo —recalcó Dorón sabiendo que esa respuesta haría mella en ella.

—¿Por qué dentro?

—El que me regalasteis lleva las «tablas de la ley» en plata bruñida, ¿tú crees que eso no es un imán para los ladrones o simplemente para algún vecino caprichoso?

—Tal vez tengas razón —contestó Anne—. ¿Ese barrio tuyo es seguro?

—No existe otro mejor. Es de lo más auténtico que hay en Madrid.

En la cocina su madre siguió con lo que estaba haciendo momentos antes de que él llegara.

—¿Con qué estás liada? —preguntó viendo los cubiertos de plata extendidos sobre la mesa.

—Limpio la vajilla para el *Pésaj*.

—¿Ves? En cuestión de tradiciones para eso estás tú, que lo haces muy bien.

—Y cuando yo no esté, ¿quién lo hará?

—Luar, por supuesto.

—Por cierto, viene y trae invitado.

—¡No me lo digas! —exclamó Dorón haciéndose el sorprendido—. ¿Un francés?

—¿Puedes ser más explícito? —preguntó Anne fingiendo desconocimiento. Sabía que sus hijos se contaban todo entre ellos.

—Es enólogo, o por lo menos eso me dijo hace tiempo en un *e-mail*. ¿No te lo ha contado?

La pregunta de Dorón llevaba su pequeña dosis de veneno, quería demostrarle que él sabía más.

—Lo puedes hacer tú —dijo Anne mientras recogía los cubiertos limpios y los guardaba separados de los que todavía no lo estaban. Tenía que poner la mesa, pronto subiría Isaac.

—Intenta desarrollar una variedad de cepa de Cavernet Sauvignon en Israel y Luar le está ayudando con técnicas para retener el agua en las vides.

—Suena interesante —señaló su madre.

—Tanto que me apetece un vino —remató él.

La puerta de la casa se abrió y su padre entró encontrando a ambos en la cocina.

—No séde qué habláis, pero sírveme otro.

—Luar viene para *Pésaj* y trae un amigo que es enólogo —dijo ufana.

Isaac se frotó las manos con gusto y levantó su copa.

—Eso merece un brindis por ella. ¡Lejaim!

Padre e hijo se sentaron mientras Anne ordenaba la mesa.

—¿Qué tal va todo con Rachel? —preguntó su madre a Dorón a la vez que le ponía su plato.

—Querrás decir con el libro.

—He dicho bien lo que he dicho.

—¿Incluía eso buscar el ejemplar? ¿O es la letra pequeña del contrato? —dijo Dorón mirando a su padre.

—Por mí podemos cambiar de tema —apuntó él.

—¿No hay una mínima chispa de luz que me haga concebir esperanzas? —dijo ella sentándose a la mesa mientras Isaac miraba su copa en un esfuerzo por mantenerse al margen del terreno en el que se volvía a adentrar su esposa—. No tengo a mi hija cerca para hablar de estas cosas, ¿no podéis ser un poco más benévolo y darme el placer de una conversación chismosa?

—Podemos cotillear de otro, no sé, alguien de la tele o simplemente un conocido.

—Eso no le excitaría lo suficiente —dijo su padre con cariño.

Conocedora de las escasas posibilidades que tenía ante su hijo, y de la pobre ayuda que su marido le prestaría, adoptó una postura suplicante que hizo su efecto.

—Anda, sincérate un poco —le rogó.

—No voy a negar que es guapa y que me gusta su compañía, pero a lo mejor ya tiene compromiso.

—De eso nada, rompió hace poco. Por eso está en Madrid, la desaparición del libro ha sido una coincidencia nada más —apuntó ella con absoluto dominio de la información.

Dorón la miró sorprendido.

—¿Te interesa trabajar conmigo? Podrías ser una buena investigadora.

—Me conformaría con ser una buena abuela para mis nietos.

Dorón no quiso continuar más hablando sobre Rachel ni sobre ninguna otra chica que llevara aparejada la palabra niños. Isaac sabía la indisposición que el acoso de su madre causaba en Dorón y se decidió a terciar.

—Nicholas Chamford, un excelente escritor de su época, dijo que la mujer es como la sombra; si la huyes, sigue; si la sigues, huye.

—Está bien —aceptó Anne de mala gana—, no volveré a preguntar.

—Qué bueno —sentenció Dorón—. ¿Comemos? —Anne dejó traslucir un gesto de desencanto.

—Dejadme que os cuente el último —dijo Isaac—, así rebajamos tensiones. Este va por ti —le dijo a ella—. Samuel entra en casa muy contento y le dice a su esposa: «voy a cerrar un negocio que si sale bien nos vamos por un mes a Israel». La esposa le pregunta: «¿Y si sale mal?». Y Samuel responde con pesadumbre: «Nos vamos para toda la vida».

El chiste había logrado su objetivo, los tres rieron y brindaron.

—Ahora te toca a ti —señaló Dorón a su madre.

Anne vio la oportunidad de explicar a su hijo el oficio de casamentera dentro del judaísmo y no la desaprovechó iniciando el relato de un cuento que así llamó ante el asombro del chico, que cruzó con su padre una mirada fugaz solicitando auxilio y a la que Isaac no respondió, se moría de ganas por ver la lección que su esposa le preparaba.

—Existía en toda comunidad judía una casamentera a la cual llamaban *shadchen*, ella era la encargada de buscar y conformar parejas que pudieran casarse y lograr buenos matrimonios. Como es sabido, casarse y tener descendencia forma parte de los primeros principios o preceptos que debemos cumplir todos sin excepción —dijo Anne viendo a Dorón—. El Señor lo dejó claro: «Creced y multiplicaos». —Dorón no quiso responder—. ¿Quién sino te leerá el *kadish* a tu muerte?

—Hecho esta breve introducción, de la que me doy por enterado, ¿puedes comenzar con tu relato?

—La casamentera era en general una experta en los asuntos de mujer y solía heredar el oficio de su madre o de algún pariente próximo, aunque en algunas comunidades también era oficio de los propios rabinos. Ahora bien, si existía señora mayor viuda y sin hijos que necesitara el trabajo, se le concedía de inmediato para que de esta forma pudiera ganarse un dinero del que vivir. Su aspecto era siempre bien cuidado y solía acompañarse de una bolsa en la que llevaba su más preciado tesoro, su libro de notas, citas, encuentros y desencuentros, fotos, si se daba el caso, y un listado de sus clientes junto a los que añadía un valor del uno al diez según fueran las posibilidades que ofrecía.

Con su sombrero y sombrilla para hacer frente a las inclemencias del tiempo, por pasarse gran parte del mismo en la calle, iba y venía de una casa a otra desarrollando su menester en parte periodista por no decir cotilla y en parte relaciones públicas por no decir chismosa.

Las chicas en edad casadera la veían pasar y soñaban con que se detuviera en su puerta con alguna buena nueva para ellas. Si paraba en una casa con más hembras que varones el revuelo era monumental, entre gritos, las chicas se arremolinaban para escuchar la propuesta que traía y que esta coincidiera con sus más íntimos deseos, o en caso contrario, fuera suplida por la de un príncipe azul que las convirtiera en princesas.

La labor de una casamentera no era cuestión menor pues muchos de los futuros hogares y nacimientos dependían de ellas. Se llegó a decir que el Señor las había dotado con la capacidad de realizar *haskamot* o acuerdos de carácter casi divino, ya que escrito estaba que cuarenta días antes de que un bebé naciera, en el cielo se le emparejaba ya y era tarea de la *shadchen* reunirlos en la Tierra. Así que dicha tarea fue siempre muy respetada.

Muchas se vanagloriaban de haber casado a decenas de parejas y los hijos de estas tenían la consideración de medallas que ostentaban en su haber. «Allí va ese médico» decían, «yo hice *chasseneh* con sus padres». Incluso se les asignaba un sitio

especial en la Sinagoga.

El ángel Shekinah, encarnado en su aspecto más femenino, es el predecesor de todas las casamenteras y adora las uniones, las bodas, y bendice el *Shabat* ya que esta festividad no deja de ser una *Mitzvá* de la mujer; ella es el camino hacia el Árbol de la Vida. Hasta su propio nombre, Sekinah, es del que nace *schechinah*, la matrona, y *chasseneh*, la boda.

—Dicho todo lo anterior, comienzo mi relato —señaló Anne.

—¡Por fin! —exclamó Dorón—. Ha sido toda una cátedra acerca de una de mis más hondas pesadillas.

Anne hizo caso omiso al comentario de su hijo e inició su cuento de *La Casamentera*.

*Existía en Boryspil, un pequeño pueblo cercano a Kiev, una casamentera de nombre Freda Mandel Baum, que a sus sesenta y tres años ya llevaba veintisiete con el cargo oficial deshachchen. La vida no había sido fácil para Freda, se había casado a los diecisiete con Yussel Nowalsky y a los dos años de matrimonio se había quedado viuda. Para mayor dolor, su único hijo solo llegó a vivir hasta los quince años, enfermó de cólera cuando una severa epidemia azotó la zona y dejó a su paso gran cantidad de muertos, si bien entre la comunidad judía su impacto fue menor gracias a las estrictas reglas de limpieza que siempre se habían llevado en el manejo de los alimentos, hecho este que en más de una ocasión llegó a provocar que fuéramos acusados de generar los males y conocer los remedios. Siendo Freda la casamentera del poblado, jamás ninguna pareja se le había escapado; llevaba concertadas ya más de cincuenta y seis bodas, treinta y dos nacimientos, ningún divorcio y centenares de curas a mujeres con menopausia y dolores de vientre, esto último arreglado con infusiones de caléndula y té de hinojos en medidas que sabiamente combinaba con manzanilla, cominos y mucho perejil en las comidas.*

*Un buen día vino a ella una mujer que se hacía acompañar de su hija, pidieron consulta y expresaron su deseo.*

*«Querida shadchen, mi esposo y yo le pedimos un marido para nuestra hija Sarah Feigel Sender», dijo la señora recién llegada, «tiene casi diecisiete años y es tiempo ya de que el amor toque a sus puertas, pero ningún chico la pide en compromiso y ni siquiera se le acercan, dicen que porque es fea pero nosotros sus padres la conocemos bien y le podemos asegurar que es una chica maravillosa. Estamos dispuestos a entregarla con una buena dote, es nuestra única hija y todo lo que tenemos será para ella».*

*Freda, que ya contaba con mucha experiencia, dio un rápido recorte a la chica, pareciera ser tímida y recatada en exceso pues se hacía vestir de cuello alto y sombrero de tul con el que iba tocada y ocultaba su rostro, le pidió que se descubriera y se mostrara como era. Cuando lo hizo, la shadchen no pudo contener su desagrado, no era para menos, la chica estaba como a medio hacer, una nariz*

*larga perfilada, ojos marrones y redondos, corte de rostro delgado, alargado y anguloso. Una por una sus facciones eran aceptables, pero juntas no hacían buen conjunto. A lo mejor los mismos ojos en un rostro redondito con mejillas sonrosadas pasarían por ser aceptables, pero precisamente en esa cara, todo junto carecía de armonía, era como una melodía mal tocada, una tarta a medio cocer. La chica carecía realmente de los dones demandados por los hombres. Buscó de arriba abajo intentando encontrar en ella una gracia que ayudara a su trabajo, pero a su entender no tuvo fortuna.*

*«¿Cómo colocaré yo a semejante muchacha?», se preguntó para sus adentros. «¿Quién de todos mis clientes podría estar interesado en ella?».*

*De momento nadie le venía a la cabeza. Ni siquiera querrían semejante trato los viudos o los hombres mayores que debido al exceso de trabajo habían dejado los asuntos de boda para más tarde hasta que el tiempo se les había echado encima.*

*«¿Podrá ayudarnos?», preguntó la madre con resignación y escasa dosis de esperanza.*

*«Muévete, camina», ordenó la mujer a la chica. Esta se dirigió hacia un estante de libros. Carecía de gracia tanto parada como en movimiento y además parecía estar ausente de allí. Sarah Feigel cogió uno de los libros y lo abrió. «¿Te gusta Dostoievsky?».*

*«Sí», respondió ella, «pero me gusta más Tolstoi y sobre todo Mark Twain».*

*«¿Por qué?».*

*«Porque es gracioso y divertido, los personajes de sus libros tienen mucha humanidad».*

*«También los de Dostoievsky la tienen», apuntó la shadchen.*

*«Claro», intentó excusarse la chica para no contravenir la opinión de quien podía ayudarle, «pero prefiero Tom Sawyer».*

*Las dos siguieron hablando de libros y Freda descubrió que era una amante de la literatura. Ya había encontrado una cualidad. La charla se fue haciendo más prolongada y pudo ver que también amaba la poesía, la música y toda clase de manifestación artística. Sarah le comentó que pedía los libros por correo directamente a Kiev ya que en Boryspil le era imposible conseguirlos.*

*«¿Qué otras cosas te gustan?».*

*«El ballet, nada me hubiera gustado más en la vida que ser bailarina».*

*Freda quedó con la boca abierta al escuchar tamaño deseo. Aquel cuerpo desgarbado, de piernas flacas y torcidas soñaba con el baile.*

*«¿Por qué te gusta?», quiso ahondar más en tan extraño gusto.*

*«Porque la música es lo único en esta vida que puede llevarme a otro mundo lejos de este. Si pudiera bailar en lugar de caminar seguramente sería más armoniosa y menos patosa».*

*«Es verdad», intervino la madre. «Muchas veces la encontramos en su habitación bailando y se pone de puntas sobre los dedos gordos de los pies, alza sus brazos*



haciendo un arco y se mueve como los ángeles».

«Interesante», contestó la shadchen que seguía sin salir de su asombro. Intuyó que podía haber sitio para la esperanza en aquella chica a pesar de su aspecto poco atractivo. Con ciertos arreglillos la presencia física podría mejorar. Un delineado de cejas, el pelo mejor arreglado, un toque en sus mejillas y podríamos aproximarnos al milagro pensó, pero sin llegar a él, había que ser realista.

Acordaron una nueva visita donde les daría debida cuenta de sus gestiones ante posibles mozos casaderos. La chica y la madre se despidieron, esta última algo más esperanzada que cuando había llegado.

A solas la casamentera analizó el escenario que se le presentaba. La chica era fea, eso no se discutía, pero resultaba sensible e inteligente, de eso tampoco cabía duda. Sería necesario por tanto conocerla más a fondo, quizá había que verla bailar. Su madre dijo que lo hacía armoniosamente aunque costaba trabajo creerlo.

Los días transcurrieron y la casamentera viajó a los poblados cercanos de Brovary, Borowkow y Lviv. Este último tenía fama de ser un sitio donde vivían gentes de posibles, se decía que allí tenían su casa de campo algunos ricos para su descanso solariego. Seguramente, pensó Freda, apreciaran a las chicas cultas y sensibles. En los tres sitios realizó su tarea y expuso el perfil de Sarah como el de una doncella culta e interesada en las bellas artes aunque apuntando, para que nadie se llevara a engaño, su poca agraciada belleza. Los chicos de los dos primeros poblados tenían más interés en chicas robustas, de prominentes tetas propias de nodrizas con abundante leche de pecho para amamantar hijos y que además tuvieran caderas anchas que les garantizaran parir sin grandes complicaciones. La mayoría de ellos eran artesanos, campesinos, ganaderos o comerciantes y además de una esposa pensaban también en el futuro de sus negocios. Por tal, la descripción de Sarah no encajaba ni por aproximación. Para los más finos, los de Lviv, el aspecto era importante y si no había belleza exterior, no había interés.

Por otra parte, el tipo de chicas como Sarah no era muy solicitado entre los miembros varones de la Comunidad en Boryspil. ¿Para qué querían una mujer que leyera libros, le gustara la música y supiera bailar ballet? Ellos buscaban una mujer que les diera hijos sanos, remendara la ropa y tuviera buenas manos para lavar, que supiera cocinar bien y que la mañana previa al Shabat, amasara la harina para hacer los halots. Como intuyó la casamentera en su momento, ninguno de los chicos, ni tampoco de los mayores, se sintieron interesados siquiera en conocerla.

Los días pasaron y madre e hija hicieron una nueva visita a Freda para conocer sus gestiones. Las noticias fueron desalentadoras pero esta agregó que no había que desesperar. Después de todo el Señor es grande y seguro que la ayudaría a encontrar un hombre interesado en sus virtudes. Ella era la mejor shadchen del lugar y jamás había dejado soltera sin colocar con éxito. Todos aquellos que juntó, prevalecían y

tuvieron buenos hijos, incluso algunos con cargo, por lo que el prestigio que le precedía invitaba más al ánimo que al desánimo.

Una tarde llegó Sarah de visita. Esta vez la chica no llevaba gorro y lucía un pelo castaño hasta la cintura lacio y fuerte, con sus chispeantes ojos marrones no parecía tan fea a la luz del resplandeciente sol.

«Sé que mis padres le han puesto en un compromiso».

«¿En un compromiso, dices?».

«Sí, sé que intentar casarme va ser tarea difícil si no imposible».

«Difícil es, para qué engañarse, pero imposible no».

«Vengo a proponerle un negocio en el cual podemos ganar las dos».

Aquella frase despertó el recelo de Freda y le pidió mayores explicaciones. Nunca había aceptado ser cómplice de los manejos que las chicas pudieran querer hacer con respecto a sus posibles pretendientes.

«¿A qué tipo de negocio te refieres?».

«Dígale a mis padres que necesita llevarme a Kiev, que el hijo de un Rabino me quiere conocer».

«Estaré mintiendo y yo no hago eso».

«Es cierto, pero tiene un propósito bueno y eso lo convierte en una mentira piadosa. La semana próxima el Ballet de Kiev va a representar “El Lago de los Cisnes” y nada en la vida me haría más dichosa que verlo. Si lo hace yo le estaré por siempre agradecida. Luego, como sé que no soy agraciada y tampoco deseable, aceptaré aquel pretendiente que usted traiga y no le pondré objeción alguna sea el que fuere».

La shadchen quedó sorprendida no solo de la demanda y propósito de la chica, sino de su sinceridad y solo por eso aceptó de buen grado, así ella también podría disfrutar y olvidarse por unos días de su tarea. Después de todo no se hacía daño a nadie.

En la fecha prevista, Freda acudió a casa de Sarah y habló con los padres. Les dijo que tenían que hacer un viaje a Kiev para visitar al hijo de un Rabino que estaba interesado en conocerla. La madre de la chica se emocionó al grado de llegar a las lágrimas, ya se imaginaba compartiendo familia con un Rabino y encima de Kiev. De forma que accedieron sin la menor objeción y además añadió una buena cantidad de dinero para los gastos del viaje.

Antes de partir, la casamentera puso en práctica todos sus conocimientos para conseguir mejorar el aspecto de la chica: depiló cejas, arregló el cabello, levantó el color de las mejillas, acentuó la cintura y elevó los hombros de la muchacha. No es que consiguiera gran cosa pero en algo mejoró y ambas partieron rumbo a Kiev.

Lo primero que hicieron nada más llegar fue ir al teatro a comprar las entradas para la representación. Tanto era el deseo de Sarah por tenerlas que no puso atención al joven que esperaba junto a la taquilla y se coló.

«Lo siento señorita, pero estoy yo antes que usted», dijo él con mucha cortesía.

«Es posible, pero es propio de caballeros ceder el paso a las damas», respondió ella sin dedicarle mucha atención y buscando a través del pequeño ventanal la presencia de la taquillera.

«Dos entradas para el Ballet de Kiev», pidió con prestancia.

«¿Puede ser de platea?».

«Solo me queda una libre».

A Sarah pareció venirle el mundo encima, angustiada levantó la vista al cielo y luego miró suplicante a la casamentera.

«Quizá yo pueda ayudarla si me deja», intervino el chico.

«Mantenga su compostura caballero, esto no es asunto suyo». Estaba nerviosa y veía perder la posibilidad de ver realizado su sueño.

«Cómprala para ti», dijo Freda viendo su deseo casi incontrolado. «Y a mí cómprame otra donde quede libre», Sarah suspiró aliviada.

«¿Puedo invitarlas a nuestro palco? Esta noche solo se ocuparán dos de sus seis butacas», se ofreció el joven interviniendo nuevamente a pesar del desaire recibido.

Antes de que la chica volviera a regañarle, la casamentera aceptó.

«Estaremos encantadas si no es molestia para usted».

«¿Asistirá usted también o sigue dispuesta a sentarse sola?», preguntó el joven dirigiéndose a Sarah, que quedó perpleja ante la actitud de la casamentera.

«Iremos las dos con mucho gusto, señor», intercedió nuevamente Freda adelantándose a la posible respuesta indebida de su pupila.

El chico solicitó las entradas de su palco y le ofreció las dos a Sarah, que tímidamente extendió su mano para tomarlas mostrando una forzada sonrisa producto de la vergüenza que le producía el trato tan desconsiderado que le había dado momentos antes. Ella guardó las entradas en su bolso con la dicha reflejada en su rostro.

«¿Puedo invitarles a un té?».

Ellas aceptaron y los tres entraron en el café que había en la calle Vladimirskaia a un costado del teatro que además era bombonería y se podía degustar uno de los mejores kvass de la ciudad. Yuri Yurchenko, que así se llamaba, era un joven de buena cuna que desde el primer momento mostró interés por Sarah. Hablaron de la música y del ballet y el joven acabó alabando su belleza para mayor sorpresa de la chica y aún más, si cabe de la casamentera, que le costaba pensar que hubiera hombre alguno que viera semejante cualidad. Podía encontrarle otras quizá valiosas, pero esa le parecía imposible.

Ambos jóvenes charlaron animadamente sobre literatura, arte, música y especialmente de ballet con tanta pasión que pareciera que el resto del lugar estaba

de más, incluida Freda, que observaba asombrada cómo dos almas gemelas sin suerte ni porvenir se habían encontrado accidentalmente.

Los dos jóvenes hablaban sin parar sobre «El Lago de los Cisnes» y de su autor, Tchaikovsky, de cómo pudo componer una obra tan bella en un tiempo en el que solo se aceptaba música de corte nacionalista y militar de cómo los hermanos Rubinstein, músicos judíos de familia acomodada y fundadores de los Conservatorios de San Petersburgo y Moscú, lograron abrirle las puertas a la libre creación y expresión de la música en la Rusia de aquel momento.

«¿Puedo saber dónde vives?», preguntó Yuri con delicadeza.

«No somos de Kiev», intervino la shadchen queriendo atajar cualquier atisbo de posible relación entre ambos jóvenes que fuera más allá de la simple cortesía. «Somos de la Comunidad Judía de Boryspil y estamos aquí solo para ver la función. Mañana regresaremos».

«¿Sería posible verlas antes de su partida?».

«Querido Yuri, ha sido usted muy amable y cortés con nosotras y se lo agradecemos, pero sabe bien que debido a que no es usted judío, no podrá aspirar a nada más que este simple encuentro que el azar ha deparado».

«En ese caso», dijo dirigiéndose a la chica, «solo deseo que la función de esta noche sea de tu agrado y la disfrutes». Y antes de despedirse añadió: «Tu belleza me ha cautivado, pero tu sensibilidad y pasión lo han hecho aún más».

Freda y Sarah se hospedaron en una sencilla pensión de ambiente familiar de nombre Bolshaya Morskaya, en la calle Vozdvyzhensy, que era regentada por una viuda judía de Odessa a quien la casamentera conocía. Además de habitación limpia y cuidada, el precio incluyó también la comida, kosher por supuesto.

En la tarde, mientras se preparaban y arreglaban para la función, Sarah no dejaba de ser un manojo de nervios y fue Freda la que dispuso cómo iría vestida y arreglada. Eligió una falda y blusa en color crudo para evitar que se notara demasiado su delgadez. La hizo tocarse con un pequeño sombrero y guantes. La cara bien despejada y el pelo recogido en un moño bien dispuesto. Un poco de rubor en las mejillas y brillo en los labios consideró que serían suficientes para destacar los encantos que, a fin de cuentas, parecía tener y que ella difícilmente encontraba. La belleza, pensó viéndola, es algo que a unos entra por los ojos y a otros por el corazón.

En la entrada del teatro les fue indicada la escalera a la primera planta. Allí fueron recibidas por un bedel que les mostró el camino hasta el palco correspondiente y les entregó el programa así como un pañuelo de encaje bordado de regalo y un abanico labrado en fina madera oriental.

Maravilladas por el esplendor del teatro, comentaban la privilegiada vista que tenían del escenario y lo afortunado que era Yuri al contar con un palco, aunque no

entendía muy bien por qué no estaría hoy allí. Con el tercer y último aviso indicando que la función comenzaría en breve, dos señoras casi ancianas entraron en el palco antes de que el telón se levantara, saludaron con cortesía y se sentaron. La chica se encargó de las presentaciones y momentos después las luces se apagaron y se inició la representación.

La orquesta irrumpió con fuerza y el corazón de Sarah palpitó de emoción. Lo sabía todo respecto a la obra, la había soñado una y cien veces mientras escuchaba aquella maravillosa fábula, conocía las posturas y los pasos, pero esta era la primera vez que lo veía con sus propios ojos.

En uno de sus portentosos saltos, el bailarín quedó a escasos cuatro metros del palco. Sus músculos tensos, el antifaz ocultando sus ojos y las plumas sobre la cabeza imitando el vuelo majestuoso del ave le hacían excepcionalmente bello. La perfección y virtuosismo con la que bailaba, la plasticidad de sus movimientos acompañando la música se conjugó de tal forma que en ese instante ella se enamoró de aquel cisne con forma humana.

Al final del segundo acto, las luces se volvieron a encender para un breve intermedio y dio oportunidad a que las cuatro mujeres pudieran departir. Sarah era la más entusiasmada y apenas podía reprimir su excitación.

«Es hermoso», dijo la chica, «y el bailarín lo hace perfecto».

«Desde niño, toda su vida la ha dedicado al baile hasta olvidarse de que hay más cosas en este mundo. Si lo sabré bien que soy su abuela. Vea, vea el programa».

Sarah lo abrió y leyó, no había tenido tiempo de mirarlo extasiada como estaba ante la majestuosidad del teatro. Sus ojos se humedecieron y Freda presintió algo en su interior que le hizo abrir el suyo. Junto a la figura del primer bailarín estaba el nombre de Yuri Yurchenko, el mismo que en la mañana había tomado el té con ellas, ahora volaba como los cisnes sobre ese escenario.

«Demasiado tarde», pensó la shadchen, viendo la tristeza y unas pocas lágrimas en los ojos de Sarah que se mantuvo en silencio hasta el final del cuarto acto donde Odette otorga el perdón a su amado Siegfried y aunque el final es feliz el tono de la música resulta trágico, elegíaco. Antes de que las luces se encendieran la chica se levantó, con cortesía y prisa se despidió de las señoras y salió seguida de Freda escuchando de fondo el clamoroso e interminable aplauso del público.

Llegó a la pensión sin decir palabra alguna y se acostó. Ninguna de las dos pudo conciliar el sueño, pero el silencio se mantuvo. Nada más amanecer hicieron sus maletas y regresaron a Boryspil. Ya en casa de Freda y antes de despedirse, Sarah agradeció en el alma lo que la casamentera había hecho por ella. Le había permitido disfrutar de lo que más amaba en la vida, el ballet. Prometió cumplir con su palabra y aceptar a quien con ella quisiera desposarla y marchó para su casa.

Los días pasaron y mientras la madre esperaba con júbilo tener respuesta del hijo del

rabino, la chica guardaba silencio refugiada en el recuerdo. La emoción contenida de antes de su viaje a Kiev había quedado en el olvido; ahora poseía un sueño hecho realidad, el más bello de los cisnes había bailado para ella, qué importaba ya que el resto del mundo la considerara fea. Lo guardaría para siempre en su memoria.

Freda siguió haciendo esfuerzos mayúsculos por encontrar para ella un buen partido, pero los días pasaron y los meses también para desesperanza de su madre que ya había olvidado al hijo del rabino.

Una buena tarde, un hombre alto, musculoso y guapo acompañado de un policía de la ciudad y de un representante del Rabino solicitó hablar con los que vivían en la casa de Sarah. Ella se encontraba en esos momentos en la biblioteca pública del pueblo y al volver se sorprendió del revuelo hallado y pensó que algo malo había sucedido. Corrió y fue a darse de frente con Yuri Yurchenco. El cisne estaba allí, sintió que sus piernas flaqueaban y que a duras penas podía mantener el equilibrio.

Más miembros de la comunidad iban llegando, no querían perderse aquello. ¿Quién era ese hombre?, se preguntaban. Estaba claro que no era judío, era un gentil, un goy. Sarah palideció al ver su mirada.

«Por fin te encuentro, qué difícil ha sido dar contigo».

«¿Para qué me buscabas?», acertó a preguntar cohibida por la presencia de sus padres y de casi media comunidad.

«Porque quiero seguir viéndote».

«¿Por alguna razón?», insistió ella.

«Porque estoy enamorado de ti y quiero saber si tú sientes lo mismo por mí».

«Soy judía, tú gentil, y eso es suficiente para que nada entre nosotros pueda darse».

«Puedes casarte conmigo».

«Tendría que apostatar, mis padres se verían obligados a repudiarme y nunca más podría volver. No puedo hacer eso. Soy lo que soy y lo seré siempre».

«Pero tú me quieres, lo veo en tus ojos y lo siento en mi alma. Eres lo que toda mi vida he deseado tener, una mujer bella, dulce, delicada y sensible».

Los vecinos al oír aquellas palabras no pudieron evitar su asombro, aquel hombre encontraba bella a Sarah, ¿es que acaso él veía algo que los demás no veían?

«No puedo», señaló ella con gran pesar.

«¿Qué debo hacer yo entonces? Dímelo y lo haré».

La chica entró en su casa dejando a Yuri sin respuesta. Sus padres la siguieron y cerraron la puerta. Tanto el policía, como el representante del rabino invitaron al joven a subir a su coche. No había nada que hacer, ella no podía irse y él no podía quedarse. Todos los vecinos le vieron alejarse en su coche, abatido y destrozado.

De inmediato, los padres de Sarah fueron a casa de la shadchen junto con su hija y seguida de todos para pedirle una explicación. Freda Mandel estaba consternada al conocer la llegada de Yuri. Pidió guardar la calma y cuando se dispuso a dar una

*explicación de lo sucedido fue interrumpida por la chica, quien con la sinceridad que siempre le había caracterizado, contó la razón de su viaje a la capital y su fortuito encuentro con aquel hombre a las puertas del teatro, que luego resultó ser la estrella del ballet. La gente no podía creer lo que estaba oyendo. Por último añadió que aunque sabía que ningún hombre de Boryspil, ni de los shtetls o poblados cercanos había querido aceptarla en matrimonio por fea, ella estaba dispuesta a permanecer dentro de los suyos aunque su destino fuera no casarse nunca. Al oír esto su madre lloró y la abrazó con toda la ternura que su corazón pudo darle.*

*La Comunidad encontró en el gesto de aquella joven judía de solo diecisiete años el valor que se les otorga a las mujeres fuertes y con carácter. Había sido incapaz de apostatar a pesar de contar con la oportunidad de convertirse en la esposa de un hombre rico, guapo y famoso, un artista consagrado.*

*La noticia no solo corrió por Boryspil. Sarah era la chica que había rechazado a un shaygets que además era el bailarín principal del Ballet de Kiev. Los hombres que antes no repararon en ella empezaron a interesarse por sus cualidades. Había dado muestras de ser una buena judía piadosa y el hombre que la tuviese como esposa contaría con la plena seguridad de su fidelidad. También era una mujer fuerte, decían otros, había dado muestras de ser digna. Las ofertas de matrimonio comenzaron a llegar. De pronto ella se había convertido en la soltera más deseada.*

*Tiempo después Sarah aceptó casarse con uno de los suyos y seguir siendo una judía piadosa que le dio un buen vivir. Por su parte, Yuri Yurchenko nunca se casó. Terminó sus días como primer bailarín del Ballet de Kiev, siendo su interpretación más consagrada El Lago de los Cisnes. Bailaba como nadie la que fue considerada obra cumbre de ballet del romanticismo.*

*La crítica fue unánime señalando que jamás habría un bailarín que representara mejor aquel ballet.*

*Freda Mandel Baum abandonó su oficio después de haber buscado el mejor pretendiente de la región para Sarah. Ella, que había sido testigo de aquel amor, fue incapaz de volver a sentirse gestora de más bodas. Algunas veces, se dijo, cuando los ángeles juntan parejas en el cielo antes de enviarlas a la tierra, también se equivocan y cometen errores.*

Anne finalizó su relato con un suspiro melancólico y la mirada perdida en el infinito cielo imaginario del techo del salón.

—Entonces una piensa o quiere pensar que existen otras vidas como señala el misticismo judío y que seguramente Sarah y Yuri volverán a nacer de nuevo y esta vez los ángeles no errarán.

—¿Hay algún Yuri Yurchenko que hayas dejado en el camino? —preguntó intrigado su marido.

—Dile que sí, mamá. No rompas el encanto romántico del momento.

—No pienses que todas las mujeres tenemos uno, si así fuera el amor tendría otro nombre.

—¿Cuál sería?

—Resignación, qué sé yo —respondió a su hijo.

La charla acabó derivando sobre cómo sería ese amigo que vendría con Luar en *Pésaj* y sobre qué manjares dispondría Anne para la festividad de esos días.

Terminada la comida, Dorón se excusó de los postres alegando tener una cita en el periódico para hablar de su próximo relato y se fue, no sin antes prometer que iría de traje al *Bar Mitzvá* de Mario.

Dorón visitó nuevamente el centro ceremonial. Equipado como un montañero dispuesto a hacer un *trekking* por la sierra. Llegó hasta el pueblo, dejó su coche en la estación de tren y cargó su mochila a los hombros. Puso su cronómetro a funcionar y realizó el recorrido a pie hasta la proximidad del desvío donde se encontraba la ermita abandonada pero sin llegar a ella. No quería arriesgarse innecesariamente y encontrarse con algún miembro de la secta. Se introdujo entre los árboles y subió por la ladera hasta toparse con la cerca metálica que delimitaba la propiedad privada dentro de la cual se encontraba el templo ceremonial. La saltó y caminó cuidadosamente hasta que divisó la explanada, el recorrido le había llevado veintiocho minutos. Se situó en varios puntos distintos hasta que encontró aquel que consideraba más idóneo para la observación, las piedras y los matorrales de ramas le permitirían camuflarse y observar sin ser visto. Sacó su móvil y fotografió el lugar escogido desde distintos ángulos. No quería olvidarse del sitio y sabía que mañana debería tener en consideración el factor «nervios» que ahora solo padecía ligeramente.

Se sentó sobre las piedras en silencio, no esperaba la llegada de nadie como así sucedió, solo deseaba escuchar el sonido ambiente del lugar y familiarizarse con él. Cerró los ojos y se mantuvo concentrado largos minutos. No quiso pensar ni acordarse de nada, no era un lugar que le resultará gratificante para ello.

Regresó intentando repetir el camino de ida fijándose en los árboles, los helechos, arbustos y piedras que se iba encontrando; quería grabar el camino en su mente para recorrerlo a la carrera por si fuera necesario. Acabó saliendo de nuevo a la carretera unos metros más abajo de donde se había desviado, miró su cronómetro, apenas ocho minutos. Continuó rumbo a la estación, lo que le llevó otros doce por ser camino de bajada. Total veinte minutos, ocho menos que de subida. Una hora y treinta minutos después estaba otra vez en Madrid ya con el cielo oscurecido.

Llamó a Sandra pues si, como ella dijo, en la mano de Di-s estaba la posibilidad de repetir su encuentro, esperaba que el Todopoderoso no se opusiera en este menester a pesar de que sus relaciones fueran más bien distantes. Al otro lado de la



línea la voz de la chica sonaba agradable y sensual.

—¿Repetimos lo de ayer? —preguntó Dorón.

—Me gustaría pero no puedo, tengo exámenes y quiero aprovechar para estudiar a fondo —dijo ella tirando por tierra sus esperanzas.

Si es que cuando las relaciones con «Él» son solo de cortesía y buenas maneras no se puede esperar que surja la complicidad, pensó Dorón mirando al techo.

—¿Qué haces en estos momentos? —preguntó por decir algo y extender la conversación; no quería que Sandra creyera que solo la llamaba para lo «único».

—Estoy en el sofá tirada con apuntes por todos lados y un libro entre las piernas.

Seguro que es de derecho canónico, pensó Dorón visto el escaso éxito que había tenido con su propuesta.

—¿Qué llevas puesto? —preguntó él sin ocultar sus intenciones.

—Una camiseta.

—¿Bragas?

—Por supuesto —indicó ella—, ¿y tú? —Era su turno.

—Camiseta y calzón deportivo, pero estoy por quitármelo.

—Yo también podría quitármelas.

—El mío ya está en el suelo.

Mientras lo decía Dorón se había desprendido de la prenda dejándola caer.

—¿Qué haces ahora? —preguntó ella.

—Muevo mi mano lentamente de arriba abajo, tengo los ojos cerrados y tu cuerpo en mi pensamiento. ¿Sigue el libro en su sitio?

—Ya está en el suelo, ahora es una de mis manos la que ocupa ese lugar, me estoy poniendo muy caliente.

—¿Cómo son tus caricias?

—Intensas, prolongadas. Me he subido la camiseta y también acaricio mi pecho.

—Imagino tu boca donde ahora está mi mano —dijo él.

—Solo pensarlo me sube la excitación, sigue por favor.

Ella le había dado la batuta y estaba dispuesta a dirigir sin límites.

—Me imagino con mi cabeza entre tus piernas, con mi boca en tu boca vertical, con tus manos entre mis cabellos enredando mi pelo con tus dedos, presionándola. Me tomo mi tiempo, te beso en los muslos; me detengo y prolongo las caricias sobre ellos; regreso otra vez a los labios más cercanos a mi alcance e introduzco mi lengua en su interior mientras tus piernas se cierran y encarcelan mi cabeza —hizo una breve pausa, su respiración se entrecortaba.

—Sigue, por favor, no pares —rogó ella.

—Estaré así todo el tiempo del mundo, labios contra labios, en un beso profundo hasta que tu torrente me ahogue, porque me gusta tu sabor, tu olor...

—Me viene —interrumpió ella espontáneamente.

—Lo siento, lo noto, lo sueño —continuó él— me ahoga, me inunda.

El esfuerzo por la tensión del orgasmo provocado en Sandra dio paso a una

respiración profunda y acelerada que excitaba aún más a Dorón. Continuó dirigiendo el recital de placer.

—Ahora siento tus manos donde tengo la mía...

—Lo acaricio con ternura —siguió ella—, lentamente, con suavidad. Bajo mi cabeza y allí mismo inicio las caricias con mis labios depositando sensibles besos. Me envuelve el olor a manzana verde y mi boca se abre para dejarle paso en su interior. Siento el calor, el fluir...

—Y paro, me detengo, tomo tu rostro entre mis manos y beso tu boca para situarme sobre ti y con dulzura lo introduzco allí donde mis labios han arrancado suspiros de placer. Tus manos acarician mi espalda, me muevo en un ir y venir, en un entrar y salir hasta que el movimiento se hace más rápido, más vibrante y entonces, tu volcán y el mío, dejan fluir sus torrentes que chocan, se mezclan y se hacen uno...

El grito de Dorón fue contagioso y Sandra también dio rienda suelta al suyo. Le siguieron unos momentos de silencio que ninguno deseó romper, solo sus respiraciones sofocadas indicaban el esfuerzo provocado.

—Ha sido un orgasmo espectacular —dijo Dorón.

—Para mí han sido dos.

—Puedo llamarte dentro de un rato y colocamos el empate.

—No lo hagas, te expones a perder por goleada. Además, no sé cómo, pero tengo que seguir con lo que estaba. ¡Con lo tranquila y concentrada que me hallaba!

—*Mea culpa*. No te molestaré más... Por hoy.

—Ha sido mi primera experiencia de sexo virtual —se confesó ella—. Yo te llamo cuando termine con el lío de los exámenes —colgó.

Dorón no quiso moverse, su cuerpo necesitaba tiempo para volver a tomar la compostura y sus ojos se cerraron en un ligero sopor.

## *Bar Mitzvá*

La ceremonia del *Bar Mitzvá* de Mario estaba prevista para las diez de la mañana. Pero Dorón, a pesar de contar con tiempo, traía sueño atrasado debido al desgaste de la noche anterior y sus movimientos eran lentos y perezosos. Sacó el perchero a la terraza, cogió su traje del armario y lo colgó en él para que fuera perdiendo el olor a rancio porque así lo sintió al no poder recordar con claridad si fue hace un mes o dos la última vez que se lo había puesto.

Una hora después y con el tiempo justo para llegar a la sinagoga, Dorón estacionaba su Smart en la calle Viriato y se dirigía con paso ligero a la CIM. En el corto trayecto se arregló el nudo de la corbata y se alisó su poblada mata de pelo. Al entrar pasó sus dedos por la *mezuzá* de la entrada y subió al segundo piso del edificio. Ya había un gran número de invitados, algunos de ellos fuera del recinto principal, en coloquial charla esperando a que la ceremonia diera comienzo. Entre ellos estaba su padre a quien saludo echando su brazo por el hombro y dándole un cariñoso apretón.

Dio un rápido vistazo al interior y divisó a su madre junto al resto de la familia. Al fondo estaba el joven Mario vestido con un impecable traje nuevo, su camisa blanca reluciente, corbata y zapatos de estreno; sus miradas se cruzaron y el chico sonrió al verle vestido de traje y corbata. Se cogió las solapas de su chaqueta y le mostró los pulgares, este respondió con igual saludo, estaba feliz era su gran día.

Antes de entrar, cogió una *kipá* del cesto y se la colocó sobre su poblada coronilla. Le sorprendió ver dentro a tanta chiquillería adolescente. Mario había invitado a casi toda su clase; también había algunos a los que notó un poco despistados, posiblemente no eran judíos y era la primera vez que entraban en una sinagoga. Intuyó que eran los amigos del club de hípica al que su empecinada madre le había apuntado cuando todavía no llegaba al estribo del caballo. Ahora el chico era ya un consumado jinete y soñaba con ser el mejor jugador de polo del país.

Anne le recibió con un sonoro beso y un recorte de pies a cabeza. Se la notaba orgullosa de su hijo y más cuando vestía de traje. Dorón repartió su buena docena de besos entre los que allí estaban y momentos después, la ceremonia dio comienzo. Ver a Mario con tanta soltura le hizo recordar el día de su propio *Bar Mitzvá*.

Fue en esa misma sinagoga, recordó cómo durante nueve meses hubo de ir a estudiar a la *yeshiva* de Bravo Murillo porque en aquel entonces era la única que había; qué distinto ahora que los chavales podían elegir entre tres. Estuvo preparando con ahínco todo lo concerniente a su «gran día». Allí arriba, donde ahora se encontraba su sobrino también estuvo él con un *tefillin* que su padre le había regalado y que perteneció a los anteriores primogénitos varones de la familia Benatar, era su primer chal de oraciones. Tuvo que leer en el libro sagrado de La Torá un pasaje en hebreo que resultó cosa poco fácil cuando no se cuenta con experiencia,

especialmente porque el hebreo es una lengua cuneiforme, de signos que se leen de derecha a izquierda, y en el libro sagrado algunas letras están más borrosas que otras. Además, no lleva puntos y obliga a que la entonación sea aprendida para hacerla bien. Tuvo que estudiárselo a conciencia.

Recordó cómo ese día estaba tan nervioso que sintió un nudo en la boca del estómago, hasta llegó a pensar que se le olvidaría todo lo aprendido o que de repente la lengua se le paralizaría y no podría articular palabra alguna. Incluso se le pasó por la cabeza que no podría seguir la lectura porque una misteriosa ceguera le sobrevendría y todo se oscurecería de repente. Había oído de algunos que estando allí en lo alto, frente al sagrado libro, sintieron marearse y ver cómo las letras bailaban inexplicablemente. Pero al fin lo consiguió y desde ese momento se hizo responsable de todos sus actos, podría formar parte ya de una Minyán. Si tuviera que resumir qué fue para él su «gran día» la palabra adecuada sería «solemnidad».

Anne cogió su mano y se la apretó. Dorón la vio con ternura, es posible que estuviera leyéndole el pensamiento y que también ella estuviera recordando aquel instante. Se fijó en el joven Mario empezando la lectura de la parashá Jukát que le había correspondido. Él la repitió mentalmente de forma involuntaria: *Vayedaber Adonay el-Moshe ve 'e l-Aharon lemor. Zotjukat atora Asher-tsivah Adonay lemor daber el-beney Israel veyikju...* Hablaba de la importancia que debe tener la conjunción entre pensamiento y acto consciente y cómo debían estar ajustados a la ley divina respecto de aquellos otros que se realizan de forma automática y repetitiva y que solo persiguen guardar las apariencias. Se requiere mucho estudio, decía la lectura, para la comprensión de La Torá, evítese pues, caer en Abodá Zara porque solo con buenas acciones nacidas del corazón, se cumple.

Bonito párrafo, pensó Dorón y recordó el suyo. Como su *Bar Mitzvá* fue en el mes de Sivan. Él leyó la parashá que hablaba sobre el «conocimiento de la palabra». «El hombre, decía, tiene por encima de todas las criaturas que pueblan la faz de la tierra, la capacidad de hablar y en ese acto transmite parte de sí mismo a quien le escucha, por lo que se hace importante usar la palabra para no hacer daño y ser responsable siempre».

La emotiva ceremonia concluyó felizmente con Mario demostrando que junto a su candidez, poseía una seguridad y aplomo encomiable. A partir de ahora y dentro del judaísmo dejaba de ser un niño. *¡Mazel Tov!* La expresión de júbilo entonada por todos los presentes retumbó en el recinto junto con un clamoroso aplauso. Uno a uno se fueron acercando al chico para felicitarle, momento que aprovechó el rabino para saludar a Dorón.

—Hace tiempo que no te veía por aquí.

—Cosas del pensar —se disculpó él llevándose el dedo a la cabeza.

—Eso está muy bien, pero también es bueno hacerlo con otras personas, suele

enriquecer más. Eres un buen hombre, ven de vez en cuando.

Algunas personas se acercaron al rabino, momento que aprovechó él para hacer lo propio con su primo Miguel, padre de Mario. Ya felicitaría a su sobrino durante la fiesta.

El *brunch* fue en los salones de un hotel próximo a Arturo Soria. Mientras buscaba su nombre en las mesas, se le acercó su padre.

—Me parece que te han sentado en la de los solteros casaderos.

—Qué bien, a ver si así ligo un poco. —Isaac le mostró una sonrisa cruel que sembró la inquietud en su hijo.

Cuando encontró la mesa los solteros resultaron ser dos chicas de apenas catorce años y tres chicos de quince. Buscó la mesa de sus padres y solo encontró la misma sonrisa burlona ahora también en su madre, por lo que desistió moverse.

Si en su *Bar Mitzvá* la música fue con cintas de casete, en estos de ahora la animación corría a cargo de un grupo de chavales, los Macabeos-Badchanim que hacían versiones pop de canciones tradicionales de toda la vida. Más tarde supo que se sacaban su buen dinero amenizando bodas, aniversarios e incluso Brit Milá.

Los chicos bailaban sin cesar, uno tras otro subían al escenario y dedicaban una canción a Mario, seguidamente todos gritaban ¡Mucho Mario, mucho Mario, eh!

Definitivamente, viendo todo aquello aceptó que una nueva generación había entrado con fuerza en la tradición.

Vio una silla desocupada en una mesa próxima y pensó en cambiarse, pero desistió después de percatarse que estaría rodeado de señoras de cierta edad superados los sesenta que le obligarían a comer hasta saciarse, a bailar con ellas hasta agotarse y a escuchar propuestas de matrimonio con sobrinas casaderas. Desistió; seguiría allí entre aquellos adolescentes con la hormona disparada.

Mario se acercó hasta él y se saludaron golpeando sus puños imitando a los cantantes de *hip hop*, era su costumbre.

—Molas de traje —dijo el chico.

—Pues no te acostumbres —respondió Dorón sacando un pequeño paquete y dándoselo—. No sé cómo habrán sido tus otros regalos, pero este es el mío.

—Gracias —lo abrió allí mismo y comprobó que era una navaja suiza oficial con sus herramientas clásicas, además de memoria USB y reproductor MP3 de 2Gb—. ¡Es como la tuya! Mola un montón —exclamó mostrándosela a los otros chicos de la mesa—. Es mi tío y es detective privado.

—¿En serio? —preguntó uno de ellos con asombro; por el contrario las chicas le miraron con desdén y menosprecio.

Qué está ocurriendo con esta generación, ya ni los aventureros despiertan interés en ellas, pensó Dorón cada vez más deprimido ante el escenario que tenía enfrente.

—Entre tú y yo —indicó a Mario—, te has hecho mayor según ellos, pero tronco, te han engañado, tendrás más obligaciones y la hora de llegar a casa en la noche seguirá siendo la misma.

—Eso está por ver, ya lo estoy negociando con mi padre.

—Tipo listo, sí señor.

El chico les dejó para ir a visitar otra mesa donde estaba el colectivo de amigos más escandaloso de la fiesta.

—¿Bailas? —preguntó una de las chicas de la mesa mostrando su dentadura apuntalada por una llamativa ferretería.

—Para qué vas a bailar con este señor que nos han sentado aquí —le señaló en voz baja su amiga—; mejor invita a Rubén que viene guapísimo y luego me lo dejas a mí.

Dorón no pudo más, cogió su silla y se fue a la mesa de sus padres.

—Vengo a que me hagáis un hueco.

—Si estuvieras casado no te ocurrirían estas cosas —dijo Anne.

—¿Cuándo vas a dejar que tu madre te busque esposa? —apuntó una de sus tías.

—No sé que será peor —exclamó viendo la mesa de la que había huido—. Me han hecho sentirme viejo en diez minutos. Los chicos de hoy saben ser crueles cuando se lo proponen.

—Todavía me acuerdo de tu *Bar Mitzvá* —dijo su tía dejando escapar un suspiro de melancolía.

—Nada que ver con estos fiestorros que se montan ahora —señaló Dorón—. Lo nuestro era más íntimo, hasta incluso recuerdo que mi madre nos amenizó la velada con uno de sus maravillosos cuentos. ¿Cuál era?

—El de Baruj Yabolinsky —apuntó su padre.

—No lo recuerdo —dijo tía Esther—. A ver, recuérdamelo, así nos olvidamos un poco de toda esta chiquillería escandalosa.

Anne no se hizo de rogar y sin preámbulo alguno comenzó su relato al que llamó *El chico del violín*.

*Esto sucedió en Tonald, un pequeño poblado del Estado mexicano de Chiapas, al que llegaron desde Praga un padre y sus tres hijos buscando un tranquilo lugar en el que asentarse y rehacer sus vidas. Era mediados de diciembre de 1938 y el ambiente de feroz antisemitismo que volaba sobre Europa hizo aceptar a León Yabolinsky el ofrecimiento que años atrás, cuando enviudó, le hizo llegar su hermano Theodor.*

*Junto con él, viajaron sus dos hijos mayores: Herzel de veinte años, Marcus de dieciocho y el menor, de once, Baruj. A Séfora, la madre, hacía años que una neumonía la llevó a la tumba por la crudeza del que fue su último invierno y el poco comer por la pobreza. En la carta que mil veces había leído León antes de decidirse a emigrar, su hermano le dibujaba en hermosas pinceladas la belleza del lugar. «Es un país muy grande, quince Repúblicas como la nuestra cabrían dentro, su gente es amable y hospitalaria y mires hacia donde mires solo encuentras maravillas, todo parece sacado de la mano de un artista. Verás colores tan vivos que hasta resulta imposible imaginarlos, los olores de sus plantas son tan intensos y dulces que hasta*

empalagan, y la tierra ¡Ay la tierra! Escarbas con su dedo en su interior, depositas una semilla y en tres días echa un brote fuerte y lleno de vida».

Siempre que llegaba a casa y veía a sus hijos mal nutridos, recurría a la carta para darse ánimos suficientes y un día atreverse a levantar el vuelo e irse. ¿Es posible que pudiera existir un lugar en la tierra donde la vida se diera a borbotones entre el desorden y la belleza? Volvía a leer: «Si te digo que aquí llueve casi todos los días, pensarás en un otoño en Praga, pero si además te digo que el sol sale todos los días y que su luz es radiante y dora la piel con minúsculos puntos de oro, te sorprenderás. Muy cerca está el océano inmenso, como todo aquí, a cada paso que das se siente la magnitud todopoderosa del Señor. Pero no es únicamente paisaje, en la gente la risa aflora constantemente, se les ve risueños, su tono al hablar es suave, parece que cantaran. Por todo dan las gracias, por la vida, por el amor, por ser de día y por ser de noche, es su palabra preferida ¿puedes imaginar algo mejor? Es como un oasis en el cansado y largo desierto de la diáspora. Los judíos necesitamos un respiro y aquí hay paz». Todo lo contrario de lo que sucedía en Praga.

Al principio del mes de noviembre de ese año sucedió en Alemania lo que acabó llamándose Kristallnacht, la Noche de los Cristales Rotos, que para muchos judíos fue el presagio de lo que vendría después. La figura de un hombrecillo gris y perverso de nombre Adolf Hitler, recurría a no se sabe qué derecho moral para invadir tierras ajenas y Checoslovaquia no sería la excepción. Aquel hombre llamaba al antisemitismo y a la pureza de la raza aria, y el mensaje calaba hasta tal punto que incluso León, que era un hombre que siempre se había ajustado a la ley recibió el desprecio y la humillación de muchos de sus propios compatriotas. Ahora ya no era un ciudadano checo, era un judío despreciable sobre el que echar las culpas de todos los males.

Lejos quedaban aquellos tiempos en los que Praga era el paraíso hasta el que llegaban judíos de todos lados, incluso el rabino de Lubin, que llevaba la comunidad más importante de Polonia acudía, con cierta frecuencia, a la ciudad. Disponía de la sinagoga más bella jamás construida, Pinkas, que se levantó en el siglo xv y de la que las buenas lenguas llegaron a decir que su fachada tenía un remanente triangular de ladrillos en la parte baja que era un pedazo del templo de Salomón.

Al planear el viaje, el destino le pareció tan lejano que pensó en otros posibles lugares a los que ir; quizá Rumanía o posiblemente Polonia, allí los alemanes no se atreverían a entrar, Europa no lo permitiría. Pero las noticias que llegaban no eran muy alentadoras y aunque el nazismo había prohibido a los judíos el uso de la radio, el boca a oído corría venciendo ríos, cordilleras y fronteras. Y si fueran a Palestina, pensó León. Muchos otros judíos del norte estaban iniciando ese camino con la intención de crear kibutz en los que vivir y trabajar la tierra, pero escuchó que los jeques árabes no veían con buenos ojos esos grupos que empezaban a llegar y ya

pactaban con ese cruel y siniestro mandamás de Alemania la deportación de todos ellos.

Sería Tonalá, donde les esperaba Theodor. Desde ese mismo momento dispusieron todo lo necesario para juntar un dinero con el que llegar hasta ese paraíso. Vendieron cuanto de valor tenían; trabajaron todos sin descanso; comieron poco y mal y trazaron la ruta del viaje. Consiguió los permisos para ir primero a Grecia y luego partir a México, donde presentando las cartas de su hermano invitándole a ir, era suficiente para que le expidieran un visado.

La travesía no sería fácil, había que viajar con billetes de tercera y el Georgius Hamartolus no era un trasatlántico. Zarpó del Pireo y no arribaría al Puerto de la Veracruz, en México hasta cuarenta días después. Para los viajeros de esa zona, la comida consistía en patatas cocidas con berros, aceite de oliva y aceitunas negras, un manjar para los Yabolinsky que respetaban la ley kosher.

Durante el largo viaje, León no dejó de preguntarse si había sido una correcta decisión. En Praga estaba su vida y la vida de sus hijos, igual que antes estuvo la de sus padres, abuelos y algunas generaciones anteriores, pero ahora se alejaba de ella y aunque ya soñaba con regresar, veía lejos poder hacerlo.

Por fin, después de una eternidad viendo solo agua, el barco ancló en Veracruz y de allí tomando un tren y otro llegaron a Tonalá. Todo lo que su hermano le había escrito era cierto, pero le faltó indicar que, acostumbrado a una capital como Praga, aquello le pareció poco más que un poblado, eso sí, de gente humilde pero orgullosa como lo demostró en su tiempo siendo el único escenario chiapaneco en que se combatió por la Independencia de México según supo más tarde.

En la propia estación se hizo entender como pudo y preguntó por la dirección de su hermano Theodor. Para su sorpresa y aturdimiento, este hacía ya unos meses que se había marchado a Nueva Orleans con un grupo de personas de otras partes del Estado que eran como él y se habían establecido allí. Llevados por la simpatía y el cariño de los tonaltecos que les acogieron y les dieron cobijo se quedaron. Tampoco es que tuvieran otro sitio al que ir hasta que el alcalde consiguiera con sus gestiones tomar contacto con Theodor. Al día siguiente Hertel y Marcus ya estaban trabajando en la empacadora de frutas. León debido a que sabía de números y tenía experiencia en el comercio —él dijo ser empleado de tienda y ellos interpretaron que era comerciante— le pusieron de ayudante del contable, y Baruj también ese mismo día fue al colegio.

A punto de cumplir los doce años se sigue siendo un niño pero también se empieza a ser mayor, es el momento de transición en el que todo cambia. La inocencia de la niñez empieza a alejarse y el mundo de los adultos, que antes parecía inalcanzable, se hace más cercano. Los defectos —casi siempre imaginarios— salen de un recóndito recoveco y por pequeños que sean se acentúan de repente. También el



cuerpo se estira y el pelo comienza a salir en sitios donde antes no había. Ese era el momento por el que atravesaba el menor de los Yabolinsky, el momento propicio para su Bar Mitzvá, la celebración de su llegada al mundo de los adultos con todos sus derechos y todas sus obligaciones.

Había comenzado la preparación en Praga y su padre quería que continuara teniéndola aunque fuera en ese pequeño pueblo, respetarían la ley por ellos mismos y aunque se hacía necesario un Minyán o quórum de diez hombres que hubieran tenido su Bar Mitzvá para poder hacer el servicio religioso, ellos mantendrían sus costumbres hasta donde pudieran. Recordó un viejo refrán que decía «nueve hombres por muy santos que sean no hacen Minyán, pero si solo un ordinario más aparece, la cosa cambia», de forma que ya buscaría como poder hacerlo aunque en Tonalá fueran los únicos judíos.

Baruj, ajeno a la situación que se presentaba, solo pensaba en la preparación para su Bar Mitzvá. Su adaptación a la nueva forma de vida estaba siendo fácil y aprendía la lengua con rapidez y fluidez, era un «güerito requetelista», decían los locales, que acostumbraban a llamar güeros a todo el que fuera rubio viniera de donde viniera. También su nombre sufrió una mutación natural, para los más cercanos fue Baruj, pero para el resto era el Yavo, abreviatura de su apellido, resultaba más cómodo y fácil de pronunciar.

Allí la mayoría de los niños eran de origen indígena y de condición muy humilde. Iban a la escuela descalzos salvo aquel que podía contar con algo más de medios, en cuyo caso usaba huaraches, una especie de sandalia elaborada con tiras de mecate y suela de caucho. Baruj, que vestía a la usanza de los más píos, pronto exigió los suyos e insistió ir vestido como sus compañeros; era una forma de integrarse pero aún más de evitar destacar, otra muestra más de que ya dejaba de ser niño, pensó León escuchando las demandas de su hijo. Esto fue el principio, después quiso quitarse la chaqueta, las crenchas y hasta el kipá, a todo lo cual se opuso su padre. El chico tenía sus razones y las exponía con vehemencia:

«Ninguno de mis compañeros lo llevan, soy el único que hace el ridículo».

«Claro, los demás no son judíos. Además recuerda que estamos de paso. En cuanto recibamos noticias de tu tío Theodor nos iremos y allí volveremos a estar entre los nuestros».

«Cuando eso pase, me vestiré como se vistan allí, pero ahora estoy aquí y quiero ser como ellos», pedía suplicante el muchacho.

«Los judíos no enseñamos los pies», apuntó León sin ocultar su malestar.

«Pero iré calzado, solo que con los huaraches que aquí se llevan. No tiene nada de malo ir así».

Baruj era persistente y al final consiguió ir como sus compañeros de clases, calzado con huaraches y en lugar de yarmulka o kipá, un sombrero mexicano en toda regla hecho con ramas de palma. Lo importante para León es que siguiera los preceptos y fuera con la cabeza cubierta para honrar al Señor. En lo que no hubo

manera de negociar, fue en las crenchas, esas se quedaban y no había más que hablar, lo que supuso tener que explicar a sus amigos que las llevaban para recordar siempre que los campos debían ser segados en círculos y así dejar las esquinas para que pudieran ser recogidas por las viudas y los huérfanos, los demás chicos lo entendieron a la perfección como campesinos que eran.

El tiempo pasó y la familia Yabolinsky contaba ya por meses su estancia allí. Baruj estaba a punto de cumplir los trece años y el mundo estaba en guerra. Hitler había invadido casi toda Europa y México había entrado en la contienda después de que dos de sus barcos petroleros fueran hundidos por submarinos alemanes. El chico y sus amigos escuchaban cómo otros mayores hablaban de alistarse en el ejército e ir a combatir a los nazis.

Él también quería hacerlo y lo comentó con su padre. León intentó hacerle ver que los judíos piadosos no creen en la violencia y que jamás entran en guerras porque es pecado matar.

«¿Aún para defender a otros judíos?», preguntaba sorprendido por la respuesta de su padre y recordando sus últimos días en Praga.

«No debe un judío pío creer que con la violencia se termina la violencia», era todo lo que podía responderle y eso no resultaba de gran ayuda para su hijo.

Las opiniones que escuchaba entre sus amigos eran otras bien distintas. De entre todas ellas destacaba la de su inseparable amigo Alfonsito Velásquez, tres años mayor que él, con la piel quemada por el sol, sus ojos rasgados como sus antepasados indígenas y su pelo negro azabache; poseía una ancha sonrisa que pocas veces perdía. Soñaba con alistarse en el ejército, tener un par de botas, un uniforme elegante y luego irse a pelear contra las injusticias de aquel bárbaro alemán de bigote corto y mirada perdida.

«Usaré botas hasta aquí», marcó con su dedo por debajo de la rodilla, «comeré tres veces al día y no tendré que ir más a la carpintería de Don Felipe por las tardes porque además ganaré buen dinero».

La mayoría de los chicos de la escuela de Baruj se veían obligados también a trabajar para ayudar en casa y había temporadas en las que se ausentaban para ir a recoger las cosechas y preparar los campos para las nuevas plantaciones. Muchos no llegaban siquiera a terminar la instrucción primaria.

«No podrás llevar las botas», dijo uno de los presentes a Alfonsito.

«¿Por qué?».

«Porque si no has usado zapatos nunca, los pies te duelen mucho cuando te las pones y no puedes caminar».

«Eso no me pasará, ya he usado zapatos».

«¿Cuándo?», preguntó extrañado Baruj que siempre había visto a su amigo con huaraches.

«Hace años la esposa del alcalde nos regaló zapatos a los chicos de la escuela porque iba a venir el Presidente y yo me los puse aquel día y no me hicieron daño, pero luego nadie llegó y mi madre los vendió porque necesitábamos el dinero».

El otro chico insistía en que no podría porque lo había visto en su familia.

«Mi primo nunca se puso zapatos, siempre iba descalzo y cuando cumplió la edad se fue de soldado; no pudo quedarse porque las botas le hacían mucho daño y no podía caminar».

«No será mi caso», grito Alfonsito ya molesto. «Llevaré botas y un uniforme con muchas medallas. Además, también llevaré una gorra de oficial», apuntó lleno de orgullo y levantando sus hombros.

Para que la discusión no terminara en golpes, Baruj la zanjó afirmando que su amigo acabaría vistiendo como decía. Luego, invadido por la duda sobre lo que su padre había dicho le preguntó a solas.

«Mi padre dice que no debemos matar a nadie, que ese es el mayor pecado y que no está bien, ¿no tienes miedo?».

«No, mi hermano Pedro ya se ha alistado y dice que don Emiliano Zapata nunca se quedó con los brazos cruzados ante la injusticia. Los alemanes son muy poderosos y están matando a mucha gente, si ellos ganan, un día pueden llegar hasta aquí e invadir México».

«Estamos muy lejos de ellos, yo he hecho ese viaje».

«No importa, yo sí pienso luchar contra ellos», aseguró Alfonsito convencido de lo que decía.

En su casa Baruj volvió a insistir con su padre y la respuesta fue la misma. Lo que el cabeza de familia no le dijo es que sabía que Hitler había invadido Polonia y obligado a todos los judíos y descendiente a llevar la banda amarilla con la estrella de David en su brazo, un distintivo excluyente con el que quiso humillarlos antes de su llamada «solución final». Además, ya llegaban noticias que incluían nombres como Treblinka, Auschwitz, Mauthausen y otros más detrás de los cuales no había más que dolor y muerte.

Se aproximaba su Bar Mitzvá y el chico continuaba su preparación ayudado por su hermano Herzel y también de su propio padre que se había comprometido a llevarle a Veracruz donde había una sinagoga en la que celebrarían la ceremonia.

Esa noche Baruj tuvo sueños horribles. Se vio luchando en la guerra junto con Alfonsito, vestidos los dos con el uniforme del ejército mexicano. En ese mismo sueño se encontraron con otros chicos vestidos también de uniforme pero este era sucio, feo y raído, sus expresiones eran tristes, muy tristes. Uno de ellos llevaba un violín y se lo ofreció.

«Por favor, toma mi violín porque yo no lo puedo tener aquí».

«¿Dónde estás?», preguntó asustado Baruj.

«Aquí, en el campo de concentración, si lo ven lo destruirán. Tómalo y llévatelo rápido. Pronto me llevarán a las duchas y luego a los hornos. Si voy a morir quiero

que te quedes con mi violín».

*Se despertó sobresaltado y fue de inmediato a contar el sueño a su padre.*

«Papá, ¿es verdad que hay campos de concentración donde queman a judíos como nosotros?».

*León bajó la cabeza, desconocía cómo su hijo había podido saber aquello y apesadumbrado terminó asintiendo con la cabeza. Pronto iba a ser un hombre y habría que hablarle como tal; comenzó a hacerlo desde ese mismo instante.*

«Te estás haciendo mayor y es tiempo que te hable como tal y sepas la verdad. Tuvimos la fortuna de salir a tiempo de Europa. Ahora hay una guerra horrible en la que se dice que los alemanes están matando a muchos judíos solo por serlo, sin causa ni razón».

«Entonces, ¿por qué no me dejas ir a luchar allí? Tendríamos que hacer algo».

«Colaboramos con la Comunidad Judía de Veracruz con el poco dinero que tenemos para que entre todos ayudemos a que otros hermanos puedan salir de allí y viajen a sitios más seguros. ¿Cómo sabes tú lo de los campos de concentración?», preguntó con extrañeza.

*Baruj le comentó que había soñado con un chico que le quería entregar un violín y le decía que iba a morir en un campo de concentración. Le describió el lugar y añadió que hablaba en yidish, pero él había podido entenderlo todo.*

*León quiso calmarlo y le explicó que esos sueños suelen darse cuando los chicos van a realizar el Bar Mitzvá.*

«Los nervios afloran y se tienen pesadillas, procura encontrar la paz interior y no olvides dedicar tus oraciones a todos los inocentes que están sufriendo y muriendo en Europa».

*La siguiente noche volvió a soñar con el chico del violín que apareció con sus ojos hundidos, su extrema delgadez, la cabeza rasurada y vistiendo un traje a rayas. Este le decía que le había dejado el instrumento en el mercado y que era necesario que fuera a recogerlo; le pedía también que lo tocara el día de su Bar Mitzvá y lo hiciera recordando a los que estaban muriendo en aquellos campos de concentración sin haber podido tener su iniciación.*

«No sé tocar el violín», respondió Baruj.

«Ese día sabrás, verás como tu corazón dictará el movimiento de tus dedos y con la música, todos celebraremos tu Bar Mitzvá como si fuera el nuestro. Será un gran día para ti y también para nosotros». Fue entonces cuando pudo ver al grupo de niños que vistiendo también el traje a rayas le acompañaban. «Si tú lo haces, podremos descansar porque habremos hecho también el Bar Mitzvá. Es nuestro último deseo y tú puedes ayudarnos a cumplirlo».

*Esta vez Baruj no dijo nada a su padre pero sí se lo contó todo a su amigo Alfonsito, quien de forma resuelta y decidida se encaminó hacia el mercado tirando de su temeroso amigo.*

«Si te ha dicho que allí lo podrías encontrar, allí estará y nosotros lo

cogeremos».

*No dieron con el violín así que volvieron a casa.*

*«¿Has visto? Solo fue un sueño», le recriminó Baruj por haberle hecho pasar más miedo que otra cosa.*

*«Mañana regresaremos, estoy seguro de que encontraremos el violín», dijo Alfonsito haciendo caso omiso a sus lamentos.*

*«¿Por qué haces esto?», preguntó asombrado ante la firmeza y seguridad que mostraba su amigo.*

*«Porque en algún lugar de donde tú saliste hace tiempo, hay un chico que está a punto de morir y deberíamos ayudarle. No es solo un sueño, yo sí creo en los espíritus».*

*«Pues yo no», dijo Baruj dispuesto a terminar con aquello.*

*«Mi abuelo antes de morir vino a casa y se despidió de mí en sueños, pidió un vaso de agua porque tenía mucha sed y me dijo “dile a tu madre que esta noche me voy, que no se preocupe pues el Señor me ha llamado a su seno y voy contenta”», contó Alfonsito. «Esa tarde antes de oscurecer recibimos la noticia de que el abuelo había muerto. Era pescador y su lancha se había hundido. Mi madre lloró su ausencia, pero quedó tranquila cuando se lo conté».*

*No logró convencer a su amigo, que a la mañana siguiente se presentó dispuesto a ir al mercado nuevamente. Baruj comenzó negándose pero finalmente acabó accediendo, estaba más tranquilo porque la noche anterior no había tenido sueño alguno y había dormido sin sobresaltos. Pasearon por el mercado observándolo todo hasta que les derrotó el cansancio y acabaron sentados debajo de un árbol resguardados por su sombra.*

*Alguien se acercó a ellos y puso una caja entre sus piernas.*

*«Este es tu regalo», dijo dirigiéndose a Baruj.*

*Cuando los dos chicos levantaron la vista sorprendidos, el muchacho que lo dejó había desaparecido. Ninguno de los dos quiso tocarlo, sabían que no debían aceptar regalos de extraños, pero por otra parte a eso habían ido allí. Finalmente, Alfonsito abrió la caja ante los asustados ojos de su amigo. La sorpresa fue mayúscula para Baruj que decía no creer en espíritus. Dentro de aquella caja había un violín, no era como los que él conocía de Praga, este era más rudimentario y estaba pintado con colores parecidos a los que solían tener los vestidos de las chicas indígenas de la comarca.*

*«Toma, es tuyo», dijo Alfonsito ofreciéndoselo.*

*«¡No!», exclamó. «Mi padre no lo permitirá».*

*«Es tuyo, te lo ha enviado el chico de tu sueño para que lo toques en tu cosa esa que tienes que hacer, por eso no lo voy a dejar aquí. Se lo llevaré a la profesora y que lo guarde ella hasta que te deje tu padre».*

*Esa noche Baruj no quería dormir, temía que el chico del violín apareciera en sueños y así sucedió en cuanto sus ojos se cerraron.*

*«Ya lo tienes, ahora debes tocarlo».*

*«Te he dicho que no sé hacerlo, además mi padre, no me dejará».*

*«Aprenderás, y cuando llegue el momento lo tocarás mejor que nadie».*

*«¿Quién eres?».*

*«Soy Yacob Beruchim y esta noche será la última que pase en Treblinka. No tendré jamás mi Bar Mitzvá, pero tú lo harás por todos nosotros».*

*Al despertar esta vez sí se lo quiso contar a su padre; le encontró en la cocina excitado y feliz, por fin había llegado una carta de su hermano Theodor desde Nueva Orleans.*

*«Iremos con mi hermano, pero antes harás tu Bar Mitzvá como manda la ley, lo prepararé todo en Veracruz».*

*Ilusionado como estaba, Baruj no quiso contarle nada y prefirió correr a la escuela en busca de su amigo. Le comentó el sueño y lo sucedido en casa. Alfonsito dispuso que esa misma tarde se quedara practicando con el violín, solo quedaban dos semanas y en ese tiempo tendría que aprender a toda costa. Fueron en busca del director de la banda municipal y le pidieron que le enseñara. Las siguientes tardes el chico las dedicó a aprender a tocar con un ahínco y ganas que ni él sabía que poseía.*

*Sorprendido el profesor por lo rápido que aprendía creyó que Baruj le había mentido al decirle que no sabía tocar. Alfonsito sin embargo estaba convencido que el espíritu del chico de Treblinka le había pasado sus conocimientos y que este le estaba ayudando. Nada más llegar a casa preguntó a su padre si había alguien en la familia que supiera tocar el violín, ese día supo que su madre cuando era joven lo tocaba como los ángeles pero tuvo que venderlo y ya nunca más se pudo comprar otro. Eso le tranquilizó, no era el único en la familia, posiblemente era un don que había heredado de su madre y no de los espíritus en los que creía su amigo.*

*Entre las canciones que mejor aprendió, una destacaba sobre todas «Dios nunca muere», un precioso vals para violín del músico oaxaqueño Macedonio Alcalá que con frecuencia se escuchaba en las bodas de Tonalá. Era una composición cargada de emoción que hablaba de la desesperación de aquel que empujado por la pobreza tiene que emigrar y dejar atrás la tierra que le vio nacer.*

*Sin apenas tiempo para asimilar los rápidos acontecimientos que se sucedieron, su padre decidió adelantar el viaje y un buen día partieron con rumbo a Nueva Orleans. Atrás quedó el bello mundo que Baruj conoció y que nunca en su vida podría olvidar. Su Bar Mitzvá se hizo finalmente en su nueva Comunidad, junto a su padre, hermanos, tío y demás miembros, fue dos meses después de llegar. Finalizada la ceremonia, el chico pidió el violín a uno de los klezmer que animaban la fiesta y tocó. De sus dedos salió una música tan bella que los presentes rompieron en aplausos y alabanzas. Había cumplido con su palabra, aunque no pudo tocar con el violín que un desconocido le entregó en Tonalá.*

Cuatro años después, una noche Baruj soñó con Alfonsito. Este tocó a su puerta y él le abrió; lleno de júbilo quiso abrazarlo pero su amigo le pidió que no lo hiciera.

«Voy camino de un gran viaje y he parado aquí porque tengo sed».

Fue rápido a la cocina a por un vaso, pero de pronto recapacitó; recordó muchas de las cosas que su buen amigo le había dicho acerca de los espíritus.

«Estás muerto, ¿verdad?», preguntó con el corazón encogido.

«Sí amigo mío estoy muerto y te pido agua sabiendo que nuestra sed es de amor por los momentos dichosos que pasamos en vida, uno de esos momentos fue en tu compañía y por eso vengo a verte de camino a mi destino».

«¿Cómo fue?», preguntó Baruj lleno de dolor.

«Hice lo que quise hacer: me enrolé en el Ejército y me fui con el Escuadrón 201, el Águila Azteca, marchamos a la contienda y luchamos defendiendo a los inocentes, allí me llegó la muerte y me acordé de ti y también del chico del violín y de otros millones de inocentes. No te apenes, fui feliz e hice lo que sentí que debía».

Se despertó sudando, había sido el adiós de su buen amigo Alfonsito Velásquez, un ejemplo de coraje y valor.

Muchos años después, cuando ya era un hombre adulto, decidió hacer un viaje a Tonalá y recordar los hermosos años pasados en ese paraíso. Se presentó en la casa del hermano del que fue su mejor amigo, fue bien recibido y entre los viejos recuerdos, Pedro le enseñó el pequeño altar que tenía en memoria de su hermano. Allí estaban las fotos de Alfonsito vestido con su uniforme militar, sus botas relucientes y su elegante gorra de plato, al lado, la Cruz del Honor. Tenía diecinueve años y mucho, mucho honor en su menudo cuerpo de valiente. Baruj posó sus dedos en la foto a la altura de las botas.

«¡Lo consiguió!», exclamó.

Del altar, Pedro cogió el violín y se lo entregó.

«Me dijo que si alguna vez venía por aquí, se lo diera».

«Era de los dos, mejor déjelo aquí junto a sus cosas».

«No puedo traicionar la promesa a un muerto», respondió el hermano. «Me pidió que se lo diera y se lo debe usted llevar».

Cuando Pedro le entregó el violín le explicó que fue su hermano Alfonsito quien lo compró y que este le pidió que se hiciera pasar por el desconocido que se lo entregó en el parque aquel día. Todo el empeño de su hermano era que Baruj pudiera cumplir la promesa hecha en su sueño. Se lo llevó, no sin antes echarse un tequilita con Pedro a la memoria de su buen amigo.

Con el violín en sus manos, Baruj regresó a su casa y se puso en la búsqueda de información relativa a los muertos en Treblinka. Entre los archivos que tuvo

*oportunidad de ver figuraba un nombre que le hizo recordar, Yacob Beruchim, doce años. Pasado el Iom Kipur, viajó a Polonia y llegó a Treblinka, allí, junto al monumento de grandes piedras levantado en recuerdo del casi millón y medio de personas exterminadas, depositó el violín escrito con los tres nombres: Yacob, Alfonsito y Baruj. Unidos por la música para toda la eternidad.*

Todos los de la mesa aplaudieron tan excelente cuento y el resto de la sala también prorrumpió en aplausos, posiblemente creyendo que se los dedicaban a Mario que en ese momento estaba en pleno baile con una chica. El joven hizo un par de reverencias y agradeció la ovación.

Al finalizar todo, Dorón se ofreció gustoso a llevar a alguna de sus tías en su coche pero todas declinaron la invitación. No se fiaban de un automóvil en el que solo podían ir dos personas.



## El robo

Serena no quiso citarse esta vez en casa del chico; acordaron verse en el interior de un *parking* público de la zona centro; buscaba un sitio al resguardo de mirones y ese le pareció perfecto. Allí se sintió más segura para explicar su plan de hacerse con el libro. No solo temía ser descubierta por libaste, sino ser vigilada por Luca.

—Lo haremos hoy durante el ritual del eclipse.

—No sé si podré —dudó el muchacho.

—He estado con el Comendador en su casa y está dispuesto a darnos más dinero del que daría a Ubaste.

Las palabras de la chica habían dejado estupefacto al muchacho que tardó en reaccionar.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Un millón —los ojos del chico tomaron dimensiones sorprendentes—. Además nos ayudará a salir de aquí sin problemas y con el dinero.

La noticia fue un bálsamo que hizo desaparecer el temor en él. Encendió un cigarrillo y dio una profunda calada para calmar sus nervios.

—¿Cómo fue? Quiero decir ¿cómo contactó contigo?

Serena no quiso explicarle que la había mandado seguir porque eso le pondría nervioso y prefirió no entrar en los detalles.

—Te dije que sería el Comendador el que vendría a buscarnos.

Serena extrajo un paquete de su bolso. Contenía un libro que entregó al chico; al tomarlo este vio extrañado que era un ejemplar de cocina. Descolocado por la situación preguntó.

—¡Te has vuelto loca! —exclamó desconcertado.

—Pesa y mide exactamente igual que el *Codex Arabicus*. Tú eres el encargado de guardar el libro después de las ceremonias. Llevarás este debajo de la túnica y mientras yo le distraigo, tú cambiaras el libro, lo envolverás y atarás en su paño y se lo entregarás a Ubaste como haces siempre, luego esconderás el verdadero.

La expresión de su cómplice fue cambiando a medida que Serena exponía el plan.

—Y cuando todos nos hayamos marchado, regresaré a por él y nos encontraremos en mi casa para ir con el Comendador a recoger nuestro dinero —señaló el chico en un estado de excitación próximo a la euforia—. Me gustaría ver su cara cuando vea el libro de cocina.

—No te recomiendo quedarte a verlo. Prepáralo todo y no olvides llevarlo a la ceremonia.

Ahora déjame cerca de un taxi.

—No hace falta, te llevo yo.

—Prefiero no arriesgarme, a lo mejor Ubaste no está en casa y nos podríamos cruzar con él.

En la primera parada de taxi en la que había uno libre el chico paró y Serena

cambió de coche, dio la dirección al taxista y quince minutos después la dejó en la puerta. El apartamento estaba vacío y sin rastro de él. No le extrañó; era frecuente que desapareciera sin previo aviso, a veces durante varios días, le gustaba recorrer las rutas negras que había en España. Se fue directamente a la ducha y se encerró allí dispuesta a esperarle para no levantar sospechas.

En su buhardilla Dorón preparaba su mochila, había metido su pequeña videocámara y unos binoculares de observación junto con las demás cosas que solía llevar. Aunque los meteorólogos habían anunciado un cielo claro y sin nubes, introdujo también un chubasquero por si acaso; no quería mojar los asientos de su coche porque luego solían tardar mucho en secar y resultaba bastante molesto.

El recorrido al lugar donde se levantaba el templo lo hizo en el tiempo previsto y después de poco más de una hora de carretera dejaba el coche en el aparcamiento de la estación del pequeño pueblo serrano. Con la mochila al hombro y su aparente figura de montañero se separó unos cincuenta metros del camino y marchó en paralelo. Faltaban todavía dos horas para la ceremonia pero quiso tomar sus precauciones para no ser visto ni cruzarse con coche alguno. No obstante y por si acaso esto llegara a suceder se había calado un gorro de lluvia y unas gafas oscuras a fin de complicar su posible identificación.

Al aproximarse a la desviación que debía tomar antes de alcanzar la ermita, giró a su derecha e inició la subida por el sendero que se había trazado y llegó hasta la cerca de alambre. Su capacidad de concentración se elevó, la saltó y pronto tuvo a la vista la explanada de piedras donde se situaba el templo. Todavía no había nadie y decidió acomodarse justo en el lugar elegido en su anterior visita; desde allí observaría todo lo que sucediera. Antes de nada, anuló el sonido de su móvil y lo dejó solo en vibración de aviso, no estimó prudente apagarlo por si tenía que hacer uso inmediato del mismo.

Las primeras personas en llegar fueron una pareja de aspecto más bien gótico vestidos completamente de negro, como no les conocía no supo que se trataban de Ubaste y Serena. Ella se sentó sobre una piedra y encendió un cigarrillo, él se puso a inspeccionar el lugar. Dorón le vio aproximarse cada vez más y temió que fuera a descubrirle. Se ocultó todo lo que pudo, encogió sus rodillas hasta tocar su barbilla y se hizo un ovillo. El ruido de los pasos era claro y perceptible, continuó en esa misma posición casi sin respirar. No sabía por qué debía tener miedo, pero lo tenía. El hombre siguió merodeando cerca por unos instantes, luego cambió de rumbo y los ruidos se hicieron lejanos. Dorón no se atrevió a asomar la cabeza hasta pasado un buen rato, siguió concentrado escuchando todo a su alrededor. Había elegido ese sitio para sentirse más seguro por estimarlo distante del templo y ahora se lamentaba de su decisión. No solo había estado a punto de ser descubierto, sino que lo que hablaban en la explanada llegaba a sus oídos convertido en un ligero murmullo. Pensó en cambiarse y aproximarse más, pero cuando levantó la cabeza y observó el espectáculo que se estaba dando desistió y comenzó a grabar con su videocámara.

El eclipse había comenzado y aunque no podía verlo porque los árboles se lo impedían, notó cómo los pájaros habían dejado de moverse y se mantenían en silencio, incluso la luminosidad del lugar se había hecho más opaca. Contó hasta trece personas, todas vestidas con túnicas negras y capuchas holgadas que impedían verles las caras, formaban un círculo y en el centro uno de ellos con un libro en las manos declamaba algo que Dorón no podía escuchar. Seguramente ese era el ejemplar que tanto andaba buscando aunque no lo podía afirmar con rotundidad porque apenas era un punto y a diferencia de Rachel o su padre, no lo había visto nunca.

La ceremonia, por llamarla de alguna manera, le pareció una ridícula representación teatral. Le costaba entender que personas dotadas con la capacidad que nos diferencia de los demás seres vivos del planeta: la razón, se perdieran en ejercicios de invocación al Diablo, Demonio, Satán, Lucifer, Satanás, Belzebuth, Teufel y otros tantos nombres más esperando respuesta. Al final no era más que una argucia para escudar la maldad del ser humano.

Cuando por fin terminó aquella pantomima satánica comenzaron a despojarse de sus hábitos y Dorón pudo apreciar sus rostros. La sorpresa fue mayúscula, su cuerpo y su mente quedaron congelados por un instante. Si en ese momento alguno de ellos hubiera mirado en su dirección habría podido verle. Deambulando de un sitio para otro, estaba Miguel, el amigo de Dominicque con quien estuvo hablando en la Facultad de Bellas Artes. Un torrente de preguntas fluyeron en su cabeza, ¿era ella alguna de esas chicas? Enfocó su cámara y grabó las caras de todos los presentes lo más nítidamente que pudo. Por qué no le pidió a Sandra una foto de la chica como hacía siempre en todos sus casos; si lo hubiera hecho ahora mismo podría identificarla, y si así fuera, ¿cuál era la razón para inventarse un viaje inexistente?

Abajo en el templo, Miguel recogió el libro bajo la atenta supervisión de Ubaste. Aunque las manos le temblaban se esforzó por controlar su nerviosismo.

—¿Lo guardo como siempre? —preguntó.

El líder, desconocedor de lo que se estaba tramando a sus espaldas accedió.

—Envuélvelo con cuidado y dámelo luego.

Miguel fue a coger el libro pero recibió un fuerte empujón de Ubaste que le hizo caer.

—¡Ponte los guantes! Este libro no puede ser tocado por nadie.

Ese acto acrecentó en el chico el odio que le guardaba desde que se había enamorado de Serena y sabía que no la podía tener por su culpa, algo que ella conocía bien y explotaba aún mejor.

—No le trates así, quién sabe, a lo mejor un día puede llegar a convertirse en líder —dijo ella lanzando una mirada de consideración a Miguel.

—Aquí nunca habrá otro líder que no sea yo ¿lo tienes claro? —espetó Ubaste.

—Clarísimo —dijo ella pasando una mano por la entrepierna de él y acariciándosela mientras con la otra le agarraba de la camisa y le atraía con fuerza

hasta plantarle un beso con tanta furia que consiguió romperle el labio del que comenzó a brotar un ligero hilo de sangre que ella lamió. El líder aguantó el dolor convirtiendo aquel acto de deseo desatado en un frenesí en el que como dos posesos, se lamieron, estrujaron y arañaron con tal grado de fiereza que parecía que fueran a acabar follando allí mismo. Esa visión supuso un revulsivo para Miguel que perdió todo temor. Con decisión se puso los guantes cogió el libro y extendió la tela sobre una piedra para disponerse a envolverlo. De espaldas a ellos, con gran rapidez y maña extrajo el ejemplar de cocina que llevaba y lo cambió por *El Libro de los Árabes*, guardó este y envolvió y ató el que Serena le había dado en su momento.

—Toma —dijo ofreciéndoselo a Ubaste que seguía enzarzado con Serena en una lucha sexual sin ganador claro—. Lo siento pero tengo la vejiga a punto de estallar —añadió llevándose la mano a su entrepierna y disponiéndose a mear allí mismo, lo que provocó la recriminación del líder que se soltó de Serena.

—Ni se te ocurra hacerlo cerca del templo —dijo el líder cogiendo el libro.

Miguel se alejó hasta encontrar un sitio resguardado, sacó el ejemplar cambiado de entre sus ropas, lo metió en una bolsa y lo ocultó entre las piedras, luego volvió con ellos.

—Hoy regresa con él y espérame en la casa —indicó Ubaste a la chica—, yo tengo cosas que hacer.

—Quiero ir contigo —dijo ella seductoramente— así mientras conduces yo me puedo entretener con esto —nuevamente llevo su mano a la entrepierna del líder.

—Lo harás cuando llegue a casa —indicó secamente.

Serena se giró con gesto de enfado y se alejó.

—Llévala a casa —ordenó a Miguel.

El chico echó a andar tras Serena hasta alcanzarla y ambos se perdieron por el sendero seguidos de otros miembros más de la secta.

En cuanto los dos estuvieron solos en el coche, ella, preocupada por las muestras de temor que había percibido en Miguel, preguntó al respecto.

—¿Lo has cambiado?

El grado de excitación y nerviosismo del chico era patente, sus manos estaban tan aferradas al volante y su cuerpo tan adelantado que parecía querer salirse por el parabrisas.

—Sí —respondió escuetamente a la vez que ponía el coche en marcha.

—Regresa a por el libro, yo tomaré el tren. No me llames, espera que yo lo haga.

—Está bien.

En pocos minutos llegaron a la estación.

—Estaciónate allí —señaló un lugar recogido y algo alejado de la entrada.

Serena sabía que venía la parte fácil y no deseaba que el nerviosismo de Miguel le jugara una mala pasada, además tenían que dejar pasar tiempo suficiente para que Ubaste se fuera. El agarrón sexual en el templo y el saber que pronto el ejemplar estaría en sus manos había producido en ella un estado de excitación que

aprovecharía para calmar allí mismo con el chico y de paso calmarle a él también.

Dorón no había querido esperar a que toda aquella pantomima hubiera acabado, ya había visto lo que quería ver y sabía dónde buscar a Miguel, sería él quien le llevaría hasta el libro. Con precaución se alejó del lugar, llegó a la estación y fue directamente a su coche, subió y se recostó sobre el asiento quedando quieto y en silencio, quería deshacerse de la tensión acumulada. Cerró los ojos y recordó las imágenes que había grabado. Se encontraba confuso respecto a Dominicque, pero tenía el presentimiento de que la descubriría entre aquellos rostros. Pasó así un largo rato hasta que de uno de los coches estacionado al fondo del aparcamiento se bajó una chica, la misma que vio llegar con el que parecía ser el líder. El coche arrancó y pasó junto al suyo, Dorón volvió a identificar a Miguel pero puso mayor interés en los movimientos de la chica entrando en la estación.

—A ti ya sé dónde encontrarte mañana —se dijo mientras veía desaparecer al chico en el coche— a ella no y quiero saber quién es —la duda le asaltaba, ¿y si fuera Dominicque?

Cogió nuevamente su mochila y bajó decidido a seguirla, ya regresaría a recoger el automóvil.

Dorón no era el único que había visto la escena, también fue vista por Ubaste que en ese momento pasaba por allí en su coche. Le pareció extraño ese movimiento por parte de la pareja, qué hacían todavía allí y por qué regresaba Miguel otra vez al templo. Guiado de su instinto paró, metió la mano en su bolsa, extrajo el paquete con el libro, lo desató y al ver su contenido se quedó inmóvil, su semblante comenzó a cambiar hasta alcanzar un rojo intenso provocado por la ira que le invadía; arrojó el libro de cocina al asiento y giró el vehículo para seguirle tomando las precauciones necesarias para no ser descubierto. Por encima de todo quería recuperar el ejemplar que ese cabrón le había robado y para ello era necesario saber dónde lo tenía.

Miguel llegó al templo y fue directamente al sitio en el que había escondido el ejemplar que supondría su pasaporte hacia una nueva vida con Serena, por fin el deseo convertido en realidad. Con cuidado extrajo la bolsa de plástico en el que lo había metido. Tan absorto estaba que no se percató de la aproximación de Ubaste hasta que este le golpeó con una piedra en la cabeza y le hizo desplomarse cayendo al suelo. Semiinconsciente, quiso reaccionar pero ya tenía a su agresor encima con una navaja puesta en el corazón. El líder, llevado por un impulso incontrolado, mostró una cruel sonrisa mientras dejaba caer lentamente todo el peso de su cuerpo en ese punto y el fino metal se hundía inexorablemente dentro de Miguel. La hoja de la navaja penetró hasta el puño, entonces la giró lentamente provocando una oquedad por la que la sangre comenzó a manar con fuerza y el chico dejó de moverse. Ni un solo ruido, ni un solo grito; sentado sobre el cadáver buscó con su mirada la presencia de alguien que pudiera haberle visto. Sin perder un gramo de crueldad se irguió,

pateó el cuerpo con extrema violencia buscando una posible mueca de dolor que indicara que podía seguir vivo pero no obtuvo respuesta. Entonces limpió la mano ensangrentada con su camisa negra, guardó la navaja y con cuidado recogió el libro y lo metió dentro de su bolso. Se marchó de allí sin volver la vista atrás.

Dorón había seguido a la chica hasta un portal en el barrio de Argüelles, la vio extraer la llave de su bolso y abrir; esperó a que estuviera dentro y luego corrió hasta la puerta, pegó su cara al cristal y observó la numeración del ascensor hasta que este se detuvo en el cinco. Inmediatamente marcó unas de las letras de ese piso en el portero automático; al otro lado se escuchó la voz de una señora que por su tono debía ser bastante mayor.

—¿Quién es? —preguntó.

—¿Dominicque? —dijo él.

—No, aquí no es.

—¿No vive ahí Dominicque? Una chica morena de pelo negro.

—No, será la del D, no moleste aquí —cortó.

Miró el número del edificio y apuntó todos los datos, calle, número, piso y puerta. Pensó en ir a casa de Sandra para pedirle que le mostrara una foto de su amiga, pero todo se estaba dando de una forma tan circunstancial que le despertaba recelo. Recordó una de las máximas del teniente Navarro en sus clases, «desconfiad de lo obvio, no todo es lo que parece». Miró su reloj y pensó que aún le quedaba tiempo para regresar a por su coche.

En el interior de la casa de Ubaste, Serena esperó su llegada sin éxito, tampoco recibió la llamada de Miguel ni este le devolvió las que ella hizo; comenzó a impacientarse y finalmente decidió ir a buscarle a su casa, ya no soportaba más la espera.

Cogió un taxi y llegó hasta el elegante barrio del chico, pero nada más bajarse fue abordada por Luca.

—¿Todavía me estás siguiendo o te has convertido en mi guardaespaldas? —preguntó ella con gesto adusto.

—Te estaba esperando. El Comendador quiere verte.

—Pues dile que espere, primero voy a recoger mi libro —dijo intentando sortearle para entrar en el portal.

—Si buscas a tu amigo, no está y no vendrá.

El modo tajante de Luca, puso en guardia a Serena que retrocedió.

—¿Qué sabes tú?

—Lo sé —respondió despertando de inmediato las sospechas de la chica.

—Él tiene mi libro y lo quiero.

—No lo tiene ni lo tendrá.

Aquellas palabras emitidas como una sentencia despertó los celos de Serena que

de inmediato dio por hecho que Luca se lo había quitado.

—¿Lo tienes tú? Cabrón, es mío —su mirada destilaba un odio desmedido que convirtió en agresión lanzando un puñetazo a la cara del hombre que este detuvo sujetando el brazo.

Estaban en plena calle y algunas personas observaban la escena con desconfianza, el detective no se quiso arriesgar más.

—El Comendador te lo explicará, vamos —dijo soltando el brazo de la chica y dirigiéndose al coche aparcado al lado.

Serena le siguió y quince minutos después estaban en el salón donde les aguardaba aquel poderoso hombre con gesto contrariado.

—¿Quién tiene mi libro? ¿Por qué este gilipollas dice que Miguel no vendrá? —A duras penas la chica se podía controlar.

—Le pedí que compartiera su plan con nosotros y usted no quiso —dijo escuetamente el Comendador—. ¿Podemos conocer ahora cuál era?

—No hace falta, dentro de un rato tendré el libro y espero que usted tenga el dinero y cumpla su palabra.

El desconocimiento de los acontecimientos por parte de Serena provocó en Luca una sonrisa de menosprecio hacia ella.

—Bien, entonces no tendrá inconveniente en contárnoslo ahora —insistió el Comendador.

—Hemos cambiado el *Necronomicón* y ahora lo que tiene Ubaste es un simple libro de cocina. Mi amigo debe estar a punto de llamarme.

—No lo hará —apuntó con rotundidad el Comendador.

—¿Se lo ha ofrecido a usted sin contar conmigo? —preguntó ella cerrando sus puños e intentando controlar la furia que la invadía.

—El chico está muerto y el libro sigue en poder de ese novio, amante o lo que sea suyo. Créame.

—Se equivoca. ¿Cómo está tan seguro? —la pregunta de Serena contenía la perplejidad que aquella situación le estaba causando.

—Luca lo vio —hizo un gesto con su mano y el detective inició su relato.

—Os seguí a los dos hasta el templo, fuisteis los primeros en llegar; cuando estabais trece, comenzó ese estúpido ritual. Si hubo un cambio de libro, el chico lo hizo muy bien porque yo no lo vi, de hecho me fijé bien cómo se lo entregaba a tu jefe —puso especial énfasis en aportar a la palabra una fuerte dosis de desprecio—. También vi tu escenita sexual, supongo por lo que has dicho ahora que formaba parte del plan para atraer su atención y dar el cambiazo. Luego os vi marchar juntos al chico y a ti y eso me desconcertó un poco, no entendía por qué llegaste con uno y te ibas con otro. Os seguí hasta la estación. El encargo que yo tenía era no perderte de vista y confirmar que serías capaz de hacerte con el libro, pero mi intuición me hizo cambiar de planes cuando vi que tú bajabas del coche y él chico regresaba a vuestro lugar de reunión. No comprendí la maniobra y menos cuando el coche de tu amante

se detuvo un instante cerca de allí para luego girar y seguirle. Supongo que os vio al pasar.

—¿Qué más viste? —preguntó impaciente con el rostro descompuesto.

—Solo como este último golpeaba al chico hasta hacerle caer al suelo y después se le echaba encima para hundir su cuchillo en el cuerpo de tu cómplice. Luego se levantó con la mano ensangrentada y le dejó allí.

—Si estabas cerca ¿por qué no le quitaste el libro en ese momento?

Serena no hacía referencia alguna a la muerte de Miguel, sino al ejemplar que sentía haber perdido.

—Lo hubiera hecho, no le quepa duda —respondió el Comendador—, si usted hubiera confiado en mí y me hubiera contado su plan. A estas horas yo tendría el libro en mis manos, ese tal Ubaste yacería junto a su amigo y usted tendría el dinero porque yo habría respetado el acuerdo. Pero no me lo dijo y Luca no es adivino para saber que tramaba usted y que estaba sucediendo allí.

—Usted tenga el dinero —dijo ella dándose la vuelta para irse, pero el detective se interpuso.

—Quiere una recomendación —le indicó el Comendador—, no regrese a ese piso. Ha tenido suerte de no cruzarse con ese loco, seguramente ya no se fíe y es posible que quiera matarla también. Yo que usted me iría lejos. Además, ahora será Luca quien me traiga el libro —se giró y les dio la espalda.

Luca supo que la entrevista había terminado y abrió las puertas del salón invitándola a salir de allí. La acompañó hasta la calle en silencio como hizo la vez anterior y la vio alejarse, esta vez su paso no era tan firme ni su cuerpo tan erguido.

Serena se dirigió a la casa de su cómplice y llamó al portero automático, fue la madre quien se puso al otro lado.

—¿Está Miguel? Soy una amiga de clase.

—Todavía no ha venido —respondió—, ¿quieres dejarle algún recado?

No hubo respuesta. Había comenzado a anochecer y fuera cierto o no lo que ese detective había contado no pasaría por la casa por precaución. Mañana cogería el primer tren y subiría al templo.

Ubaste sí estaba en el piso y esperaba a Serena, tenía preparada una sorpresa para ella. Sobre la mesa estaba el libro de cocina con el que Miguel intentó darle el cambiazó; sabía que una idea tan simple pero a su vez tan bien realizada solo podía ser cosa de ella. Había escrito un *e-mail* al Comendador ofreciéndole el ejemplar a buen precio y esperaba su respuesta. Era consciente de que no tardarían en descubrir el cadáver y que la policía comenzaría a investigar; tarde o temprano llegarían hasta él. Por eso debía sacar un buen precio y desaparecer, perderse en algún país latinoamericano o incluso africano vía Portugal, donde hacerse con un nuevo pasaporte y adoptar una nueva identidad.

Esperaba respuesta en su ordenador pero esta llegó a través de una llamada a su móvil. Al otro lado de la línea se oyó la voz de Luca.



—¿Tienes el libro? —preguntó el detective sin miramientos.

—Solo hablaré con el Comendador, ya lo sabes.

—Hablarás conmigo si quieres el dinero o no habrá trato. Y si te niegas haré una llamada a la policía para que busquen un cadáver con tu nombre escrito en algún sitio de la Sierra.

Esto último descolocó a Ubaste que pensó que el Comendador le había mandado seguir, guardó un instante de silencio mientras su mente trabajaba a destajo pensando una estrategia que no denotara debilidad, su plan corría peligro de desmoronarse.

—Quiero un millón.

—No te lo pagamos antes y menos lo vamos a hacer ahora. Cien mil es nuestra única oferta y más te vale aceptarla.

—Doscientos mil —dijo en un último ejercicio de presión— o yo mismo le prenderé fuego y te mandaré las cenizas.

Luca sabía que era un descerebrado capaz de hacerlo con tal de salirse con la suya, además el Comendador le había dado margen para la negociación.

—¿Dónde?

—En el Templo de Debot, mañana a las seis de la tarde —se cuidó de elegir un sitio céntrico, abierto pero poco concurrido.

—Lleva el libro.

Luca no tuvo necesidad de exigirle que fuera solo, sabía que no lo haría, posiblemente iría acompañado de sus fieles pero eso a él no le importaba.

—Y tú el dinero.

La comunicación se cortó y Ubaste miró su reloj, seguía esperando la llegada de Serena, quería poner las manos sobre su cuello y apretarlo con fuerza, esta vez no lo hacía con la intención de aumentar el gozo de un orgasmo más intenso como algunas veces hacían. No, esta vez lo haría para oír cómo suena un cuello cuando cruje y se rompe.

Dorón regresó con el coche a Madrid cuando ya había oscurecido. Nada más llegar a su casa encendió el portátil y se conectó al Messenger, luego entró en su habitación se despojó de la ropa y se metió en el baño dispuesto a darse una ducha. Estaba aburrido del disfraz de montañero y de ir y venir de la sierra; se había hecho más kilómetros ese día que en todo el mes si descontaba el viaje a Toledo con Rachel.

El agua caliente cayéndole por el cuerpo le relajó; le hubiera gustado que saliera con más presión, pero era mucho pedir viviendo en el último piso de un edificio tan antiguo. Se conformó con sentirla, el baño comenzó a llenarse de vaho y abrió la ventana, en ese momento recordó el comentario de su hermana Luar y disfrutó con la postal que le ofrecía la cúpula de San Francisco el Grande, mayor que la de Los Inválidos de París o que la catedral de San Pablo en Londres, treinta y tres metros de diámetro y veintisiete años de restauración para poder disfrutarla. Así era Madrid, lenta pero constante.

Cuando sintió que su cuerpo le pertenecía nuevamente por entero y que el olor a

jabón de Marsella rezumaba por todos sus poros, cerró el grifo, apenas se secó y se puso encima el albornoz con el escudo del Waldorf Astoria, no es que se hubiera alojado alguna vez en el gran hotel neoyorkino de Park Avenue con la 49th, lo compró en uno de sus viajes a esa ciudad en un mercadillo chino repleto de falsificaciones.

Sacó de su mochila su videocámara y extrajo la memoria gráfica, la introdujo en su ordenador y comenzó a repasar las imágenes del ceremonial en el templo. Salvo la cara de Miguel, el resto le resultaban desconocidos. Recordó el comentario que hizo Sandra respecto al comportamiento que últimamente había percibido en Dominicque. Es posible que fuera debido a que ahora formaba parte de una secta en la que sus miembros destacaban por la característica de poseer solo dos neuronas y encima peleadas, pensó él. Llamó a Sandra y escuchó su voz al otro lado de la línea.

—¿Otra vez tú? —dijo ella—. Te he dicho que toda esta semana la tengo de exámenes.

—¿Qué llevas puesto? —preguntó él entre risas.

—Más sexo virtual no, por favor.

—La verdad es que te llamo para que me envíes alguna fotografía de Dominicque, se me olvidó pedírtela en su momento.

—¿Te has enterado de algo? —el tono de voz de Sandra mostró preocupación.

—No, tranquila, pero si tengo que buscar a alguien, me gustaría saber qué cara tiene, es lo mínimo.

—¿Sabes algo que no quieras decirme?

—Recuerda que pensaba ir otra vez a hablar con Miguel y quiero saber cómo es ella, no me gustaría parecer un pardillo, no es bueno para mi imagen profesional.

—Te la remito ahora mismo por *e-mail*.

—Cuando termines con los exámenes, nos vamos de copas y nos damos un homenaje —dijo él intentando cambiar de tema y restarle importancia a la llamada.

—Acepto —dijo ella.

Se despidieron y cinco minutos después llegó el correo de Sandra, lo abrió y comparó. La cara de Dominicque era chispeante, vitalista, con la sonrisa fresca y sincera que todos quisiéramos tener en las fotos que nos hacen en vez de esa otra acartonada que se nos pone. Se relajó un poco, había llegado a pensar que pudiera estar metida en la secta de esos payasos.

Entró un nuevo *e-mail*, lo abrió y su corazón se aceleró, era de Mraz, leyó: *El libro cambiará de manos mañana a las seis de la tarde en el Templo de Debod*. Era un mensaje preciso, pero le hubiera gustado que lo fuera más, tenía la impresión de que su informante era uno de esos jóvenes apasionados a los juegos de rol. Observó nuevamente las fotos que había tomado de los miembros de la secta y se preguntó cuál de ellos podría ser su garganta profunda. Recordó entonces otro de sus crípticos

mensajes: *observa todo lo que pasa a tu alrededor porque todo tiene relación, nada es fortuito ni coincidente*. No importaba mucho, mañana a primera hora pillaría a Miguel y gran parte de sus dudas quedarían aclaradas, incluida la del cambio de manos del *Codex Arabicus*.

Pensaba cenar algo ligero e irse a la cama cuando Nech, con su habitual discreción dio muestras de su presencia en el salón con un fino maullido.

—Mi querido Nech, ¿cómo estás?

Bajó su mano para acariciar las barbas del gato y fue a la terraza a echar un vistazo al plato de su alimento, estaba bien surtido pero además del pienso con sabor a buey, en ocasiones le abría una lata de comida blanda que el gato devoraba con ansiedad, este sería uno de esos momentos. Fue a la cocina seguido por el comensal con su cola levantada como si fuera una antena y se la preparó; mientras esto hacía, el gato se restregaba entre sus piernas mostrando su afecto.

—Deberíamos copiar de ellos —se dijo en voz alta— son más agradecidos que muchos de los mortales.

A las ocho y media de la mañana ya estaba en la Facultad de Bellas Artes esperando a Miguel pero este no llegó a su primera clase ni a la siguiente. A las once, aprovechando el cambio de profesor, Dorón se introdujo en el aula donde le había visto el día de su visita y preguntó por él al compañero más próximo.

—¿Ha venido Miguel?

—No le he visto todavía —dijo el chico mirando la silla vacía.

—Nos habíamos citado aquí a las nueve y le buscaba para encargarle un trabajo. ¿Siempre llega tarde a clase?

—No, nunca falla. Es extraño en él.

—Tampoco veo a Dominicque —señaló Dorón haciendo que la buscaba entre el resto de la clase.

—Está en Marruecos de viaje.

—¡Qué suerte! —exclamó haciéndose el sorprendido.

—Es lo que tiene ser tía y estar buena, a los tíos no nos invitan a viajes. Si necesitas a alguien para un trabajo yo también puedo servirte —dijo el chico.

—¿Tienes trabajos que pueda ver? —preguntó Dorón mostrando un fingido interés por el chico.

—Aquí no, pero si me dices dónde, te los llevo y me explicas qué quieres.

—Toma nota —le dio un número de móvil que se le ocurrió sobre la marcha y el chico apuntó. El profesor ya había llegado y él debía salir—. Llámame. Una última cosa, ¿qué tal es Dominicque?

—Es buena, maneja bastante bien la técnica.

—Me refiero como persona.

—Bueno, ahora se junta mucho con Miguel.

Esperó una hora más en el pasillo pero este no llegó. El tiempo corría y si según Mraz el libro cambiaría de manos a la hora señalada, no le quedaba otro remedio que decidirse por su plan B. Cogió el móvil y marcó un número; al otro lado se escuchó una voz de acento sudamericano. Dorón no sabía su nombre y probó suerte.

—¿Quieres ganarte los doscientos mil que perdiste hace poco?

—¿Quién eres tú, *mama vergas*?

—Soy el que llamó a tus amigos para que te rescataran y no a la policía.

—¡Ah cabrón! Te recuerdo.

—Sé dónde encontrar a los que os tatuaron y si recuperas el libro, te pagaré los doscientos mil. ¿Te apuntas? —preguntó Dorón conociendo de antemano la respuesta.

—Como no, *brother*.

—Pero tiene que ser hoy.

—Cuándo y dónde tú digas. Me muero por rajarles la madre a esos hijos de puta.

—¿Sabéis dónde está el Paseo de Rosales?

—Como no, allí comemos los domingos.

Dorón no sabía que esa zona era el sitio donde muchos latinoamericanos se juntaban ese día de la semana para verse y hacer pícnic en grupo.

—Nos veremos en el Paseo de Rosales a las cinco de la tarde, ve con unos cuantos de tus colegas, los que os quitaron el libro son unos ocho o nueve.

—No te preocupes cabrón, esta vez van a conocer a los Nkas de Ecuador y no se van a olvidar de nosotros. Allí nos vemos.

Hubiera preferido no recurrir a ellos, pero no tenía un plan mejor, más bien no tenía otro plan. Llamó a Rachel y se citó con ella en el café de Bellas Artes. Debía explicarle la movida que se iba a producir.

Media hora después Dorón entraba en la cafetería, buscó a Rodolfo pero atendía a unos clientes. Eligió una mesa libre porque su preferida estaba ocupada por una pareja y se sentó a esperar a la chica. No sabía por dónde entrarla para que no pusiera objeción a su plan. En cuanto el camarero le vio fue directamente hacia él.

—Hace días que no vienes ¿caso nuevo?

—No, sigo con uno que me está dando un poco más de problema, pero es posible que lo solucione hoy.

—Si te puedo ayudar...

—Gracias por tu ofrecimiento, tomo nota. ¿Cómo van tus clases? —preguntó Dorón mientras hacía tiempo hasta que llegara Rachel.

—Soy la envidia del resto de los alumnos, hacía años que no era tan feliz.

—Me alegro —Dorón la vio entrar y se levantó—. Ha llegado mi cliente.

Rachel se acercó a la mesa y él aprovechó para presentarsele a Rodolfo; sabía que esos detalles los agradecía. Ambos se estrecharon las manos y el camarero acompañó

el saludo con una reverente inclinación de cabeza; tenía su estilo y era muy de agradecer en estos tiempos en los que los sutiles detalles están en vías de extinción. Les tomó nota del pedido y se fue dejándoles solos.

—Sorpréndeme —dijo ella entrando de inmediato al tema para el que la había citado Dorón.

—Hoy el libro cambiará de manos, es el mensaje que recibí anoche de Mraz. También me dijo que será en el Templo de Debot a las seis de la tarde.

—Está muy cerca de mi casa, incluso lo puedo ver desde mi terraza.

—Eso es lo que quiero que hagas —metió la mano en su mochila y sacó los binoculares que había llevado a la sierra y se los entregó—. Quiero que observes todo, se va a armar una buena y no tengo ni idea hasta donde va a llegar.

—Explícate —pidió Rachel con evidente síntoma de preocupación.

—No sé quiénes van a estar a esa hora en ese lugar, pero yo voy a ir a esa cita.

—Eso es muy peligroso, recuerda lo que hicieron a aquellos chicos a los que quitaron el libro.

—¿Los recuerdas? —preguntó él.

—Claro.

—Pues les he llamado y los voy a llevar. Si recuperan el libro me he comprometido a darles el dinero ¿podrás tenerlo?

Rachel escuchaba atentamente cada una de las palabras de Dorón a la vez que intentaba ordenar en su cabeza el plan que este intentaba explicarle a retazos.

—Mi padre lo tiene en la caja fuerte.

—Pero si no tiene caja fuerte, eso me dijiste cuando estuve en tu casa.

—Ahora sí la tiene y te aseguro que no la abrirías con tu navajita suiza —sentenció Rachel.

Rodolfo llegó con el servicio, y con suma cortesía y reverencia hacía Rachel lo depositó sobre la mesa volviéndose a retirar discretamente.

—El deseo de ellos es vengarse, pero mi labor es convencerles para que antes se centren en recuperar el libro, creo que el dinero será un buen tranquilizante.

—¿Te harán caso? Esos chicos parecen indomables.

—Sé donde viven algunos de la secta, si traen el libro, además del dinero me comprometeré a darles esas direcciones para que luego los visiten si quieren. Lo que necesito de ti es que estés preparada con el dinero y esperes mi llamada. No temas, buscaré un lugar próximo y muy público para evitar posibles trampas.

Dorón no quiso explicarle todo lo que había estado haciendo esos días, ya lo haría cuando recuperaran el libro, pero fue ella la que acabó preguntando.

—¿Sabes ya quién es Mraz?

—Parece que es uno de ellos, pero todavía no he dado con él —no quería extenderse en muchas explicaciones y decidió cambiar de tema eligiendo aquel que sabía que levantaba ampollas en ella—. Tengo entendido que atraviesas una ruptura.

—¿Me has investigado? —preguntó molesta.

—En absoluto, lo mencionó mi madre la otra noche cuando le lleve los dulces que compramos en Toledo. Le dije que había estado contigo y le salió su vena casamentera.

Rachel cambió su semblante y sonrió.

—Casi todos los judíos nacemos casamenteros —dijo con condescendencia.

—¿Tú también?

—De niña lo que más me gustaba era emparejar mis muñecas, podía tirarme días haciendo y deshaciendo parejas.

—¿Era entretenido?

—Seguro que más que jugar con soldaditos —dijo ella.

—Lo mío era jugar a los doctores —señaló él con cierta picardía, pero ella no quiso entrar al trapo, no obstante hizo un último intento—. ¿Hay algún chico ahora? —Rachel arqueó una de sus cejas y se mantuvo en silencio—. Está bien, está bien, es solo deformación profesional —alegó él.

Le habría gustado invitarla a comer y pasar un rato tan agradable como el que tuvieron juntos en ese viaje pero debía prepararlo todo para el encuentro, allí estaría Miguel y ese sería su objetivo, los demás serían cosa de los Nkas. Se ofreció a llevarla y de paso inspeccionar el lugar del encuentro, quería tener fresco el escenario y además necesitaba buscar un lugar posterior para el canje.

La dejó frente a su portal pero antes de que bajara del coche la puso sobre aviso.

—Se va a montar una gorda, veas lo que veas no bajas, solo espera mi llamada.

—¿Y tú?

—No me gustan las peleas, y de valiente no sé si llego al aprobado, de manera que no te preocupes me mantendré siempre a una distancia más que prudencial.

La vio entrar y él buscó dónde estacionar el coche. Luego se dirigió a la explanada del Templo de Debod y vio que los árboles de su derecha ofrecían un buen parapeto. Por último buscó cerca de allí una cafetería que pudiera servir para el intercambio.

A las cinco de la tarde Dorón esperaba dentro de su coche estacionado en Rosales la llegada de los Nkas. Minutos más tarde, varios coches llegaron juntos y se estacionaron, nadie se apeó. Dorón sí lo hizo y se dirigió al que encabezaba la marcha, antes de llegar alguien bajó. Era el mismo jefecillo mal encarado que descubrió atado en la nave abandonada el día que fue a recuperar el libro.

—¿Qué tal, *brother*? —saludó el chico extendiendo su mano y siendo estrechada con fuerza por la de Dorón—. ¿Dónde va a ser la cosa?

—Muy cerca de aquí.

—¿Y el *money*?

—Cuando tenga el libro. Fíate.

—Respeto, tío —dijo el jefe mostrando las palmas de sus manos.

—Una cosa más —indicó Dorón—, sé que les tienes muchas ganas a esos cabrones pero me gustaría que te preocuparas solo del libro. Si lo consigues, cuando me lo des yo te daré algunas direcciones muy interesantes donde podrás encontrarlos y entonces será cosa vuestra lo que hagáis.

—No sé si podré, la sangre tira mucho.

—Y doscientos mil euros también.

—Hablaré con ellos —dijo girando su cabeza en dirección a los coches donde le esperaba el resto de su grupo.

Dorón miró su reloj, faltaba poco para la hora indicada por Mraz.

—Quiero que dejes tu móvil libre —le dijo al muchacho— en cuanto les vea llegar, te llamaré y me gustaría que no tardarais.

—Pues vamos contigo y así te quedas tranquilo —dijo el líder extrañado por la propuesta.

—Dais mucho el cante. Es preferible que esperéis en los coches, ellos no saben que estáis aquí y es mejor que sigan sin saberlo, el factor sorpresa juega a vuestro favor.

—Te acompaño yo solo —insistió el jefe.

Ambos se dirigieron hacia el Templo de Debod, se aproximaron lo más que pudieron ocultándose entre los árboles y sin salir a la explanada, Dorón observó con disimulo. Unos turistas se hacían fotos junto al templo egipcio donado a España por la ayuda prestada en la salvación de la ciudad de Abu Simbel cuando se construyó la presa de Asuán.

Estaba formado por tres espacios en línea: dos portales de piedra y una capilla, todo ello rodeado por un pequeño estanque de agua que pretendía recordar al Nilo. Era el mayor templo egipcio existente fuera de Egipto.

Parecía el movimiento de un día normal, parejas que iban a disfrutar de las vistas que les ofrecía el mirador desde el que se podía ver la Casa de Campo, el teleférico, el Jardín de Rosales... Pero entre esas parejas reconoció algunas caras de las que filmó en la sierra, buscó a Miguel y no lo encontró como tampoco vio a Ubaste.

Sentado en un banco, un hombre con una cartera entre sus manos también observaba y miraba su reloj. Uno de los chicos que Dorón había reconocido sacó su móvil e hizo una llamada, instantes después el líder de la secta llegaba acompañado de otros dos y se dirigía hacia el banco en el que estaba sentado el hombre.

—Nos volvemos a encontrar —dijo como único saludo.

—¿Has traído el libro o quieres ligar? —cortó secamente Luca—, si lo has traído quiero verlo, si no dilo y me voy.

—Yo también quiero ver el dinero —Luca abrió la cartera y le mostró su interior repleto de fajos de billetes—. ¿Y si quisiera contarlos? —apuntó con una malévola sonrisa.

—Lo harás cuando me hayas dado el libro. Ahora enséñalo si lo traes.

Ubaste levantó una mano y uno de los chicos que le acompañaba se aproximó con una bolsa que le entregó. Este sacó de su interior un paquete atado con un cordel, lo desató y retiró el paño de terciopelo negro que lo envolvía, allí estaba el codiciado ejemplar.

Dorón observaba la escena acompañado del muchacho mientras el resto esperaba unos metros más atrás disimulando entre los coches.

—Ahí está el libro, el que viste de negro y lo lleva es el líder del grupo que os lo robó.

Las facciones del rostro del muchacho se comenzaron a tensar igual que cada músculo de su cuerpo.

—Ese cabrón es el que me hizo esto —dijo dándose un golpe en el pecho— me acuerdo de su cara.

Quiso lanzarse e ir a por Ubaste, Dorón lo retuvo como pudo.

—Todos los chicos que hay alrededor son miembros del grupo, no ha venido solo con esos dos.

—Sabes una cosa *brother*, el libro me importa una mierda, el dinero otra mierda y a ese *mama vergas* lo voy a matar —dijo un silbido de aviso y de inmediato todos los demás Nkas se sumaron y se lanzaron en tromba hacía la explanada del Templo de Debod siguiendo a su jefe que fue directo al banco donde estaba su objetivo.

El encontronazo fue brutal, en cuestión de segundos aquel escenario cultural se convirtió en un campo de batalla en el que los golpes llovían por *todos* lados. Los gritos de pavor de los turistas y de algunos otros visitantes ajenos a la pelea dieron paso a las carreras. Ubaste había caído por el puñetazo que el jefe de los Nkas le había propinado en la espalda sin tiempo para reaccionar; el hombre sentado a su lado en el banco rodaba por el suelo enzarzado en la pelea con uno de los muchachos, los miembros de uno y otro bando se repartían en pequeños grupos de dos y tres y se diseminaban por la explanada revolcándose, pateándose con furia, lanzando puñetazos que alcanzaban rostros, pechos y cualquier otra parte del cuerpo al que pudieran llegar.

Dorón observaba entre todo el marasmo al jefe de los Nkas liado con dos chicos de la secta. El hombre del banco seguía en su pelea con uno de los muchachos a la que se sumaron otros dos, y Ubaste, que a pesar del fuerte golpe recibido no había soltado el libro, se había incorporado del suelo y se alejaba a la carrera jardín abajo con rumbo a la calle Ferraz mientras dos de sus correligionarios le cubrían la retirada. Corría todo lo que permitían sus fuerzas, ni siquiera giró su cabeza para ver si le seguían, su mirada estaba fija en la calle por la que avanzaba a grandes zancadas, sorteando



coches, empujando a todo el que obstaculizara su paso hasta que llegó a la plaza de los Cubos. Entonces se paró y miró a su espalda, nadie parecía seguirle. Detuvo un taxi y se subió.

Dorón sí le había seguido y se encontraba agazapado en unos de los pasajes de acceso a la plaza, le vio alejarse, corrió y él también paró otro.

—Siga a ese taxi, aunque le suene de película —dijo al conductor señalando el vehículo entre el marasmo de coches.

—¿Es usted policía? —preguntó el conductor con desconfianza.

—Soy detective —extrajo de su cartera una tarjeta de visita y se la dio al conductor que la leyó rápido y arrancó para intentar alcanzar el coche que su pasajero le había señalado.

—Me la voy a tener que quedar, ya sabe, por si pasa algo.

—Quédesela, es toda suya.

—Algunas veces había oído a otros compañeros que les había pasado algo así, pero a mí nunca. ¿Es un criminal? ¿Un ladrón?

—Es el marido de mi cliente, a ver si tenemos suerte y va a casa de la amante y le pillamos.

—A lo mejor se da cuenta, ha mirado un par de veces para atrás.

—Procure que no se note que le seguimos, si se da cuenta me tumba el trabajo y ya llevó cuatro días pegado a su culo.

—Pero en los semáforos paro ¡eh!

—Si no se le escapa, le doy 50 euros de propina —se comprometió con el taxista.

Siguieron a Ubaste hasta llegar a la esquina con Balmes, donde se paró el vehículo, el taxi de Dorón también se detuvo a una distancia prudencial.

—¿Quiere que le espere? —se ofreció el taxista ya enganchado a la adrenalina al recibir el dinero prometido.

—No se preocupe, ya me encargo yo.

Dorón le vio subir la calle a paso ligero, por un momento su corazón latió con más fuerza, parecía dirigirse a la Sinagoga pero pasó de largo y entró en la Biblioteca Pública Central. Decidió esperarle en la calle, conocía muy bien aquel edificio y aunque su primer impulso fue entrar, sabía que si lo hacía sería descubierto de inmediato, en una biblioteca todo el mundo está a lo suyo y al que llega. No entendía muy bien que podía estar haciendo ahí dentro, supuso que estaría citado con Miguel —al que no había visto— como medida de seguridad. Mientras esperaba sacó su móvil y puso un mensaje tranquilizador a Rachel de quien tenía varias llamadas que no había podido responder centrado como estaba en el seguimiento. La espera fue corta y Ubaste salió en dirección a Argüelles, algo le decía que iba a la casa de la chica con la que llegó al ritual en la sierra.

Fue un ligero recorrido a pie callejeando un poco para llegar al sitio que Dorón pensó, le vio sacar la llave y abrir, nada más perderle dentro corrió hacia el portal para alcanzar a mirar por el cristal y cerciorarse que el ascensor paraba en el quinto

piso. En ese instante sonó su móvil, eran los Nkas.

—Lo siento *brother* pero no pudimos hacernos con tu libro —dijo el jefe de la pandilla— ese cabrón se peló de allí en cuanto comenzaron los golpes. Es un maricón de mierda.

—Yo estoy parado ahora frente a su casa y en cuanto tenga la oportunidad, yo mismo pienso recuperarlo.

—No te preocupes tío, te ayudaremos y además no te cobraremos.

El comentario extrañó a Dorón viniendo de donde venía, no dudó en preguntar.

—¿Por qué?

—Porque ya tenemos la pasta.

—No entiendo.

—¿Recuerdas el tipo que estaba sentado en el banco junto al mamón? Llevaba una cartera y se la quitamos. ¿A qué no sabes lo que llevaba dentro?

—¿Cuánto? —preguntó intuyendo que hablaría de dinero.

—Doscientos mil pavos. Y sabes lo mejor, nos los vamos a quedar.

—Entonces ¿por qué me vas a ayudar?

—Porque ese tío nos la debe y no perdono. Pero ya puestos, recuperamos tu libro.

—Me sorprendes —dijo intentando pelotearle un poco— resulta que debajo de ese *brother* tan fiero, se esconde un colega.

—Ya ves —respondió ufano—. Tú me ayudaste, yo te ayudo. ¿Dónde estás? —Dorón le dio la dirección—. Llegaremos en un rato, tú espera.

Mientras eso sucedía en el exterior del portal, en el interior las cosas eran bien diferentes. Ubaste salió del ascensor y justo en el momento en que abría la puerta de la casa, Luca apareció de un salto saliendo del rellano de la escalera que llevaba al piso superior y colocó la navaja beretta sobre su cuello obligándole a entrar.

—No pensé que fueras tan estúpido y arriesgado como para querer quedarte con el dinero y el libro —dijo el detective cerrando la puerta con su pie sin retirar la punta del filoso metal de la piel del líder—. Muy inteligente eso de organizar una pelea entre tu gente y esa pandilla para que ellos me quitaran el dinero y tú desaparecieras con el libro.

—Yo no monté nada. También a mí me sorprendió verlos.

—Entonces. ¿Quién más sabía de nuestra cita?

—No lo sé, pero si alguno de los míos tiene el dinero yo te daré el libro.

—Claro que me lo vas a dar —dijo lanzando un golpe a la nuca de su oponente que fue a caer contra una mesa que tenía frente a él ocupada por algunas velas negras encendidas.

Ubaste quedó tendido en el suelo. Mientras se reponía introdujo su mano en el bolsillo y sacó su navaja automática, pero antes de que pudiera usarla, Luca le asestó un fuerte puntapié en la espalda cayendo esta vez sobre el sofá retorciéndose del

dolor.

La alfombra comenzó a arder contagiada por las llamas de las velas. El detective repasó la estancia con una rápida mirada buscando el libro, al no encontrarlo propinó un violento puñetazo en el rostro de Ubaste.

—¿Dónde tienes el libro? —preguntó maldiciéndole.

No obtuvo respuesta, el semblante abstraído del líder estaba fijo en las llamas que comenzaban a propagarse por su pantalón; inmóvil, miraba el espectáculo del fuego con una expresión de placer sin atender a las exigencias del detective.

Luca buscó con desesperación el ejemplar y al no verlo, golpeó de nuevo la cara ya sangrante de Ubaste.

—Dime dónde está el libro o dejaré que te quemes condenado cabrón.

Las llamas habían agarrado con fuerza por todo el salón y también en el cuerpo del líder que, para sorpresa del detective, no hacía intento alguno por apagarlas sino al contrario, parecía buscar ser consumido por ellas.

—El libro arderá conmigo —gritó levantando sus brazos como si invocara a algo o a alguien.

—Loco hijo de puta —exclamó el detective viendo ahora sí como el rostro de Ubaste se tensaba por el dolor que las quemaduras le estaban produciendo.

El denso humo de la combustión comenzó a adueñarse del espacio y Luca se giró buscando la puerta para salir de allí. Fue solo un instante, pero suficiente para que el líder de la secta saltara sobre él.

—¡Purifícate! —gritó agarrando al detective por el cuello y lanzando un feroz y profundo alarido.

Luca sintió en su cuerpo el calor abrasador que transmitían las llamas que envolvían en parte al líder. En un acto desesperado golpeo con su cabeza la de Ubaste y se revolvió soltándose como pudo. Todo el salón era ahora una pira que devoraría a ese loco y a él si no escapaba de allí. Corrió hasta la puerta y la abrió, la entrada de aire produjo un efecto de combustión mayor y las llamas arreciaron. El vecino de al lado, que había escuchado los gritos, se encontraba ya en el pasillo y vio salir a Luca con su brazo tapándose la boca entre aquella humareda y corriendo escaleras abajo, desconcertado comenzó a avisar a otros vecinos.

Dorón no daba crédito a lo que veían sus ojos, de las ventanas de uno de los pisos del quinto las llamas salían como lenguas de fuego. El portal se abrió y comenzó a vomitar personas que corrían desorientadas, entre todos ellos vio salir al individuo que estuvo sentado en el banco con Ubaste; al pasar a su lado, las miradas se cruzaron.

—Ya no habrá libro para ninguno de los dos, ese cabrón se lo ha llevado al infierno —dijo Luca.

Dorón le vio dirigirse hacia un coche estacionado unos metros más allá, arrancar y cruzarse con uno de la policía que llegaba en esos instantes. Al fondo se escuchaba ya la sirena de los bomberos mientras del edificio seguían saliendo vecinos

atropelladamente.

La zona fue acordonada y los inquilinos comenzaron a hacer corrillos. Dorón se mezcló entre ellos intentando confirmar lo que aquel hombre le había dicho. Pudo escuchar a una señora quejarse de la pareja del quinto D, siempre con el descansillo oliendo a cera quemada. Otro vecino se encontraba hablando con los agentes y buscaba a alguien con la vista, él intuyó a quien pero siguió viendo y escuchando todo a su alrededor.

Recordó entonces que los Nkas iban en camino y estimó que si aparecían por allí en esos momentos, con toda seguridad despertarían las sospechas, abrió su móvil y los llamó.

—Ya casi estamos llegando —respondió el jefe al otro lado de la línea.

—Me temo que ya no hará falta. La casa de ese tipo está ardiendo y esto está lleno de policías y bomberos.

—Si hay policías no vamos.

—Será lo más prudente —dijo Dorón.

—Y ese tipo, ¿ha conseguido salir o se ha rostizado?

Le gustó la palabra dicha por el jefe, un término muy adecuado para la situación pensó él.

—No lo sé, pero creo que eso último es lo más probable.

—¡Qué fe jodan por cabrón!

—Ya hablaremos —se despidió cerrando su móvil.

Las cámaras de televisión también aparecieron y como por influjo comenzaron a desatarse los chismes y las habladurías, que si la pareja era muy rara, que si parecían vampiros, que si hacían misas negras dentro del piso... Era el momento de irse, la noticia la leería más tarde en Internet.

Debía llamar a Rachel e informarla sin más demora. Si el libro ya no existía, como le había dicho aquel desconocido, ella debía ser la primera en saberlo.

—Me dirijo hacia tu casa a recoger mi coche ¿podemos vernos?

Una cascada de preguntas surgieron de la chica, su tono estaba a medio camino entre el enfado y la preocupación.

—¿Por qué no llamaste? ¿Qué fue lo que pasó? En un momento todo se llenó de policías, de carreras, de gritos, fue dramático. No sabía qué hacer, si llamar a tu padre o qué.

—Espero que no lo hicieras —sabía que no lo había hecho porque de otra forma su móvil estaría repleto de mensajes—. Te lo contaré todo en cuanto llegue, no estoy muy lejos.

Paró un taxi y en pocos minutos estaba en casa de Rachel que le esperaba en el *hall* del portal sentada en uno de los cómodos sofás que había. Fueron a una cafetería próxima y Dorón le contó el seguimiento a Ubaste hasta su casa y como al poco tiempo de entrar comenzaron a salir fuego y humo por las ventanas de su piso. Le habló del hombre que salió del portal, de lo que le dijo cuando se cruzaron, esa

extraña sentencia de que no habría libro para ninguno de los dos podía traducirse como que el ejemplar se había quemado en la casa.

—Tenéis que dar parte al seguro cuanto antes, yo con mucho gusto seré vuestro testigo. Aunque supongo que pondrán el caso en manos de sus mejores peritos siendo tan valioso como era.

—Eso no podrá ser, ese ejemplar no lo teníamos asegurado.

—¿Cómo? —preguntó sorprendido. No era posible que un libro así no estuviera asegurado, esa era la primera recomendación que siempre hacía su padre—. Si como habéis dicho siempre era la edición toledana del *Necronomicón*, entonces era único y su precio también.

Rachel no había dejado de percibir en él desde el principio un poso de escepticismo respecto a la autenticidad del libro.

—Siempre te ha acompañado la duda a pesar de la palabra de tu padre.

—Y penosamente ahora ya nada podrá aclarármela si como todo parece indicar, se quemó en ese incendio.

Dorón sabía el valor que para las personas tienen todos aquellos nexos que les unen a su pasado, pero en el caso de los judíos esa particularidad era siempre más notoria después de haber arrastrado por el mundo la condición de pueblo errante por obligación. Conocía bien la importancia que tenía la llave de una casa que ya no existe, la pequeña joya que alguien mandó hacer para darla en la boda de su hija, la *menorá* que pasó de generación en generación o un libro, como era este caso. Su significado emocional superaba en importancia al valor material, pero aun así ese ejemplar debía estar asegurado, se dijo. Rachel intentó explicarle la razón de ello.

—A pesar del dolor que me produce saberlo, mi familia ha perdido una reliquia, pero ha ganado la tranquilidad. Guardarlo del interés y deseo de gente tan poderosa como la que lo buscaba no ha sido tarea fácil.

—Pues tu padre lo tenía muy a la vista.

—Como tiene otros incluso de más valor. Esos te confirmo que están todos asegurados, pero ese ejemplar debía seguir desaparecido a ojos de todos. Además, te diré algo, mi padre nunca hubiera adquirido ese libro para su colección de no ser por lo que significaba poseer aquello que un antepasado tuyo hizo como producto de su trabajo. Realmente, por quien más lo siento es por él, siempre mantuvo la esperanza de poder recuperarlo.

Dorón comprendió las razones esgrimidas por Rachel e intentó rebajar dramatismo al momento.

—Me hubiera gustado leerlo y descubrir si me llevaba a la locura o si la Clave Gematría me permitiría ver si tú y yo tendríamos un encuentro sensual e íntimo.

Rachel percibió la intención y se mostró condescendiente.

—Para lo primero no creo que necesitaras leer el libro, tu grado de cordura a veces se difumina en esa frontera que la separa de la tontería.

—Me ofendes, eso solo se lo permito a personas con las que me he acostado

previamente, excluyendo a mi familia, claro —fingió severidad en sus palabras.

—Y con respecto a lo segundo —dijo ella sin hacer caso al comentario— tampoco te hacía falta la clave, ya estoy yo para decirte que te olvides.

—Lo haré, pero no será por falta de ganas.

Ella dejó escapar un suspiro de impotencia al entender que estaba ante un judío tenaz y perseverante como muy bien había demostrado con la búsqueda del libro.

—Una vez más, volveré a decirle a mi padre que el libro ha desaparecido, aunque esta vez sea el final —dijo ella levantándose para irse—. No obstante, te agradezco sinceramente todo tu esfuerzo, es más de lo que otros habrían hecho en igual situación. Eres un buen detective existencial.

Dorón no quiso aceptar que aquello sonara a despedida.

—Ahora que ya no hay caso ¿me dejarás invitarte a salir alguna vez? Madrid en la noche no tiene desperdicio.

—Algo he oído, pero mi plan es regresar a París ahora que ya nada más se puede hacer aquí —indicó ella.

—Quiero pedirte un favor, sé lo importante que es esto pero ¿puedes esperar a mañana para contárselo a tu padre? Si lo haces ahora, llamará al mío y me obligará a ir a explicárselo todo y realmente estoy roto de tanta tensión, me gustaría descansar y decírselo mañana.

—Creo que es lo mínimo que te debo —aceptó ella— así lo haré.

La acompañó hasta el portal, se despidieron y Dorón fue a recoger su coche. De camino a casa, meditó respecto a su obligación de ir a la policía y contar lo que sabía sobre Ubaste. Si colaboraba tendría que contar muchas cosas y algunas de ellas podrían traerle problemas, desistió de hacerlo. Estaba seguro que los criminólogos forenses harían un trabajo impecable y si encontraban algo raro pondrían la maquinaria a trabajar rápidamente. Lo que sí haría sin falta sería visitar mañana mismo a Miguel, buscarle y presionarle hasta que cantara todo sobre el libro y el misterioso hombre del dinero. También aprovecharía para preguntarle algunas dudas que habían comenzado a surgirle respecto a Dominicque y su viaje al Atlas.

Llegó a su casa agotado por la tensión y después de darse una ducha abrió sus *e-mail*, quería contactar con Mraz y contarle lo sucedido a ver qué enigmática respuesta recibía, si es que la recibía. Tenía uno de Sandra con *documento* adjunto, lo abrió y resultó ser una foto de ella con Dominicque en la playa, ambas en biquini y un breve mensaje: «Aquí va una foto de cuerpo entero ¡Y qué cuerpos!». La amplió para darse el gustazo y sonrió. Redactó el mensaje para su garganta profunda invitándole al *chat* y eludiendo ciertos detalles importantes con el objetivo de picar su curiosidad.

Repasó una vez más el relato que tenía que enviar al periódico, hizo algunos cambios y lo remitió finalmente. Luego abrió la carpeta del caso de *El Libro de los Árabes* y redactó su informe final dejando las conclusiones hasta después de su

encuentro con Miguel. Echó un último vistazo a la carpeta de fotos de los miembros de la secta para ver la imagen de Ubaste, ojeó de paso las del resto y las del ritual con el cuerpo en la ermita abandonada. Las había visto varias veces pero en este momento el corazón le dio un vuelco, amplió el tamaño y la resolución de la imagen, el cuerpo yacente tenía una mancha en su pie derecho, era un tatuaje, parecía una mariposa. Regresó al correo de Sandra, capturó la foto y la llevó a la carpeta, la amplió y realizó el mismo tratamiento que con la anterior, en ese mismo pie se veía también una mancha pero no se apreciaba bien lo que era, inmediatamente llamó a la chica intentando controlar su nerviosismo.

—He visto la foto que me has enviado, estás mejor al natural, no hay duda.

—Pues no es mi pose más fotogénica —dijo ella.

—He visto que Dominicque lleva un tatuaje en su pie derecho, ¿qué es? Parece una rosa.

—Es una mariposa.

—Vaya, qué coqueta —apuntó Dorón controlándose como pudo.

No quiso decirle nada y se despidió disimulando lo mal que se encontraba. Sin dudar, grabó todas las imágenes que tenía de la secta en su *pendrive* y salió de casa.

Veinte minutos después estaba en la puerta de la Unidad Central de Investigación Científica y Técnica de la Policía, solicitó ver al teniente Navarro, pero le indicaron que hasta mañana no llegaría.

—No puede ser mañana, tengo que verle ahora —expresó Dorón con vehemencia —, es necesario que le llamen y que venga, es muy importante.

—¿Le conoce? —preguntó receloso el policía.

—Me conoce bien, he sido alumno suyo, soy investigador privado y ahora mismo hay un cuerpo abandonado en algún sitio de la sierra y una banda de locos satanistas sueltos muy peligrosos. Hoy ha muerto su jefe en el incendio de Argüelles.

Eso último hizo cambiar el semblante del policía y le invitó a pasar dentro de una pequeña sala.

—¿Me permite su documento nacional de identidad?

Dorón se lo entregó y el policía salió dejándole allí pero se cuidó de cerrar la puerta. En una de las esquinas de la sala había instalada una cámara, estaba seguro que en algún lugar de la Unidad estaba siendo observado en un monitor. Miró su reloj y aunque intentó relajarse y esperar con calma la llegada de quien fue su profesor, no lo pudo conseguir. La sola idea de imaginar el cuerpo de Dominicque abandonado en algún páramo perdido le provocaba una desazón extrema. Se sentía culpable por no haberse dado cuenta, pero ¿de qué? Se preguntaba, todo parecía cuadrar, una chica independiente que sueña con la pintura, que posee una gran curiosidad por la vida, un viaje al Atlas marroquí que no se puede rechazar. ¿Qué ingrediente sobra? ¿Acaso no llamar? Eso lo hacemos todos cuando vamos de viaje.

Sin saber por qué recordó el mensaje de Mraz que le indicaba que nada era circunstancial. Había comenzado siguiendo a Sandra en un caso de celos y ahora se

encontraba de bruces con un crimen, y todo relacionado con el libro. ¿Cómo era posible que mundos tan alejados acabaran teniendo un nexo común? Le iba a resultar difícil explicárselo al teniente.

Volvió a mirar de nuevo su reloj, aunque no había venido nadie desde que el policía le dejó allí; sabía que le estaban vigilando. Que nadie hubiera vuelto a la sala era señal de que el teniente Navarro ya estaba en camino.

Estaba alterado, tenía ganas de moverse, de caminar pero no quiso hacerlo. Quienes lo vigilaban lo interpretarían como un acto de nerviosismo y ese era el primer reflejo que siempre buscaban para comenzar el ataque como buenos depredadores que eran; conocía a su profesor y no le cabía duda alguna de que así lo harían. Se mantuvo sentado con la espalda apoyada en la incómoda silla y los brazos cruzados, una señal con la que su cuerpo indicaba que se encontraba a la defensiva, también lo sabía. Estaba acostumbrado a esperar, lo hacía con mucha frecuencia en su coche cada vez que tenía que hacer un seguimiento. Claro que en esos casos siempre tenía un libro a mano, buena música y no había un cadáver que buscar.

La puerta se abrió y otro policía vestido de calle entró en la sala y se presentó.

—Soy el detective Vega, encargado de la División de Grupos Organizados ¿sabe lo que es?

—Supongo que los encargados de controlar a todas esas pandillas de incontrolados.

—Satanistas incluidos —cortó el policía—, de esos me gustaría que me hablara.

—Detective Vega, entiendo que este es su trabajo y con gusto le ayudaré, pero después de haber hablado con el teniente Navarro, no antes.

En ese momento, la puerta se abrió y entró otro policía. Dorón se levantó y ambos se estrecharon las manos con afecto, aunque no de forma calurosa. No estaban allí para disertar sobre el bien o el mal, ni para hablar de las clases, estaban allí por un motivo muy serio, un crimen.

—Estimado Dorón, conociéndole como le conozco, que me haya hecho venir aquí a estas horas debe ser por una razón de mucho peso.

—La es teniente, puedo asegurarle que no es un capricho.

—Muy bien, pues aquí estoy, no te importará que él me acompañe —dijo señalando al detective Vega y entrando al terreno del tuteo.

—Habría deseado hablar antes con usted de manera confidencial pero no hay tiempo que perder. Hay un cadáver abandonado en algún sitio de la sierra y es necesario encontrarlo. ¿Pueden traer un ordenador?

—Eso está hecho —dijo el detective Vega levantando su mano y mirando a la cámara, se le notaba su deseo de caer bien a Dorón y ganarse su confianza.

—Hace un par de semanas un cliente me contrató para seguir a su novia; quería saber que hacía en las mañanas cuando no iba a sus clases de derecho. Un caso sin contratiempos, nada del otro mundo. Mientras intentaba resolverlo, a un cliente de mi padre...



—¿Sigues con la librería? —preguntó el teniente queriendo mostrar cordialidad.

—Morirá con ella —dijo Dorón con una leve sonrisa agradeciendo la intención y prosiguió—. A ese cliente le habían robado un valioso libro antiguo que era un recuerdo de familia, una edición impresa en Toledo en el siglo XVII por un antepasado suyo...

Continuó con su relato, aunque edulcorando algunos acontecimientos como la pelea en el Templo de Debod y omitiendo entre otras cosas el nombre de su cliente, su cruce en el incendio con el enigmático hombre del dinero y lo referente a la Clave Gematría. Todo lo demás, hasta llegar al reconocimiento del cadáver de Dominique lo expuso con detalle. Entonces extrajo de su bolsillo el *pendrive* y lo conectó al puerto del ordenador que habían llevado. Les mostró las fotos y dejó a toda pantalla la del cuerpo desnudo de la chica en la ermita abandonada.

Salvo leves interrupciones, los policías escucharon con atención todo lo que Dorón le expuso.

—Ha sido un informe muy pormenorizado y muy bien estructurado, fue mi mejor alumno —dijo el teniente al detective Vega—. ¿Quién te envió estas fotos?

—Todavía no sé quién es mi garganta profunda, creo que debe ser algún miembro poco adoctrinado de la secta.

—Necesitaremos los *e-mail* para intentar ver desde donde fueron enviados —dijo el detective queriendo lucirse ante el teniente.

—Dejemos eso para luego, lo más importante es descubrir cuanto antes el cadáver —apuntó este.

—Estoy de acuerdo teniente —indicó Dorón—. De hecho eso es lo que más deseo, el problema es que al único de la secta que tengo localizado no le podremos pillar hasta mañana en la Universidad.

—Eso no es del todo cierto —señaló el que fue su profesor—, en la pelea en el Templo de Debod detuvimos a algunos y ahora están en comisaría. Pensábamos soltarlos mañana con cargos, pero comenzaremos los interrogatorios ahora mismo —la mirada al detective Vega llevaba implícita la orden.

El policía cargó las fotos en el portátil y devolvió el *pendrive*, antes de salir le pidió un número de móvil donde poderle localizar por si durante los interrogatorios necesitaba algún detalle más.

—No estás obligado a responder porque no es tu responsabilidad, pero ¿por qué no denunció el robo tu cliente? —preguntó con extrañeza el teniente.

—Porque quien se lo robó fue la doncella y la consideraban de la familia.

—Eso ya me lo has dicho, ¿hay alguna otra razón que no quieras mencionar?

—Ninguna por ahora —respondió escuetamente Dorón.

—Por ahora —remarcó el teniente con cierto escepticismo y sabiendo que si el chico no lo había expuesto antes, tampoco lo haría ahora—. Muy bien, ha sido un buen trabajo y espero darte noticias pronto. Ahora ve a casa y descansa. Esto ya es cosa nuestra.

—No creo que haya sido tan buen trabajo, lo tuve siempre ante mis ojos y no lo vi. Como dijo Platón: «La vista es el más agudo de los sentidos y aun así nos engaña, por eso no debemos dejarnos llevar por las apariencias».

—Eso es justo lo que admiro de ti —dijo el teniente— el elevado nivel de exigencia contigo mismo, además de la ocurrencia de apoyarte en la filosofía.

—¡Qué quiere! Es mi carrera.

—Sí, pero ahora esta es tu profesión —dijo el teniente señalando el *pendrive* encima de la mesa.

—Ambas cosas pueden ir unidas, por eso soy detective existencial —apuntó Dorón con una ligera mueca de desesperanza.

—En otro lo consideraría una desafortunada gracia, pero en ti ese término es inapelable, me encanta.

Le acompañó hasta la puerta y allí mismo el policía de guardia le devolvió su carné de identidad antes de salir.

—Estoy seguro de que esta misma noche haremos cantar a esos chicos y mañana comenzaremos a rastrear la zona de la sierra que nos has indicado. Ten confianza, el detective Vega es de los mejores. Te mantendré informado.

Se despidieron y Dorón regresó a su casa, se dejó caer en el sofá pero a pesar del cansancio sus ojos no pudieron cerrarse. Fue a su escritorio, abrió el relato que había redactado sobre Dominicque y su madre y lo rehízo de nuevo, ahora sabía cosas que antes no supo. Pensó en escribir un nuevo *e-mail* a Mraz, pero desistió ante la posibilidad de que fuera uno de la secta, si el detective Vega era tan bueno seguro que daría con él, no era cosa de ponerle sobre aviso.

## El cadáver

Luca acababa de finalizar su relato y el trágico desenlace del libro. Respecto a Ubaste, su muerte le importaba poco o nada.

—Podía haberle sacado donde escondía el libro, pero tenía toda la casa llena de velas y en el primer forcejeo la casa comenzó a arder, igual que ardió el libro con él y quiso que yo también lo hiciera. Era un demente, un loco. No se imagina su cara cuando se estaba quemando, parecía que estaba en éxtasis de estar abrasándose.

La expresión del rostro del Comendador se notaba tensa, rígida. Aparcó el cigarro en el cenicero y se dirigió hacia el gran ventanal del salón. Estuvo allí en silencio un largo rato, con las manos a su espalda y la mirada perdida.

—¿Estás completamente seguro de que el libro se quemó allí?

—Eso dijo él antes de morir, ¿para qué mentir en un momento así?

—¿Viste el libro por algún sitio? —preguntó el Comendador negándose a admitir el final que menos había previsto.

—Yo solo le expongo lo que él dijo «arderá conmigo». Podía haberme dicho que lo había escondido y que nunca me diría dónde, pero no fue así. Creo que se quemó en la casa igual que él.

—Pues entonces aquí ya nada tienes que hacer.

—Debo recuperar el dinero, es suyo.

—Te vieron salir de la casa y eso te coloca en una situación delicada. No me gusta que me roben pero esta vez haré una excepción. Prepara todo y sal mañana para Milán.

Luca no estaba conforme con aquella decisión, pero abandonó el salón dispuesto a cumplir la orden de forma inmediata.

El Comendador hubiera pagado esa cantidad de buen grado solo por saber que el ejemplar de *El Libro de los Árabes*, tan buscado y deseado durante tantos años, no se había quemado, que todavía existía. Eso le permitiría seguir soñando con obtenerlo, pero el hecho de que aquel joven detective que también buscaba el libro para los Toledano estuviera igualmente en la puerta, posiblemente dispuesto a subir al mismo piso en el que había estado Luca, le llevaba al peor de los presagios.

En su deseo por conseguirlo, había cometido el error de recibir en su propia casa a Serena y sabía que sería la primera persona en ser buscada por la policía el día que encontraran el cadáver de ese muchacho al que mató Ubaste. Hizo una llamada y solicitó tener listo para mañana el *jet* de la compañía, saldría rumbo a Zúrich a primera hora. Desde allí haría unas llamadas para conocer de primera mano las investigaciones de la policía española. Si el libro aparecía, lo sabría, en caso contrario el mundo habría perdido la llave del conocimiento más deseado: su futuro.

La corta noche había dejado a Dorón un semblante tan hinchado y ojeroso que ni la

prolongada ducha de agua caliente que todo solía curar hizo el milagro. Se preparó un té como único desayuno y salió hacia la librería. Por la calle Bailén y próximo al Palacio Real se cruzó con el Escuadrón de Escolta de la Guardia Real acompañando a una Berlina de gran lujo en la que sin duda iría algún embajador dispuesto a presentar sus cartas credenciales. El paso era muy vistoso sobre todo cuando en la Plaza de la Armería del propio Palacio podía verse a toda la Agrupación de la Guardia Real, compuesta por una Escuadra de Gastadores, una Compañía de Fusiles, Bandera y Banda de Música y cuyo protocolo exigía rendir Honores e interpretar el Himno Nacional del país al que representaba el embajador que fuera dentro de la Berlina.

Siempre que tenía la oportunidad de coincidir con el cortejo, le dedicaba unos minutos para recrearse con el uniforme de época de los jóvenes soldados subidos en sus blancos caballos y siguiendo el paso golpeado de las herraduras contra el asfalto, eran majestuosos. Hoy le dedicó más tiempo, ante tanta imagen abyecta como la que había recibido en estos días, una postal como la que le brindaba Madrid con aquel boato y engalanamiento no podía rechazarse sin más.

Llegó a la librería, y su padre, con una simple mirada supo que las noticias que traía eran las peores. Pasaron al pequeño despacho que con tanta asiduidad habían usado estos últimos días y Dorón le expuso todo lo acontecido con el libro, incluyendo el trágico final de Dominicque poniendo ya nombre a ese cuerpo desnudo que habían visto en las macabras fotografías recibidas.

—No te puedes culpar, ni tampoco culpar al libro de los males ocasionados por las personas, sería un recurso engañoso —dijo Isaac consciente que esto no resolvía el sentimiento de culpa que pesaba sobre su hijo.

—Ahora todo lo que deseo en este mundo es que den con el cuerpo de esa chica, no se merece estar tirado en cualquier sitio y de cualquier manera. Se lo debo —apuntó Dorón sacando su móvil del bolsillo de su chaquetón y deseando desde lo más profundo de su interior la llamada del teniente.

—Estoy seguro de que la policía pronto lo encontrarán. Una cosa sí te voy a pedir, no menciones nada de esto a tu madre, está volcada en los preparativos de *Pésaj* y en la llegada de Luar, no desearía romperle la ilusión con un hecho como este.

—Estoy de acuerdo —coincidió Dorón consciente de que una noticia así afectaría a todos los presentes y convendría una gran festividad familiar en un deprimido encuentro. No se lo merecía su familia, pero a su padre tenía que contárselo o acabaría sabiéndolo por boca de su cliente y sería muy impropio de su parte.

—Por cierto —dijo Isaac— el hombre de la cartera con el dinero era un emisario de la Libre Orden Transatlántica.

—¿Cómo lo sabes?

—Solo ellos son capaces de eso y de más.

—Para mí eso de la L. O. T. será otro mito más que añadir a ese libro junto con la Clave Gematría, la locura que puede producir su lectura y la más importante —Dorón

hizo un silencio meditado que su padre no quiso romper con pregunta alguna, ya sabía cuál iba a ser esa duda—, que realmente fuera escrito por Abdul Alhazred en el 700. Con todos mis respetos, el Necronomicón es una invención de Lovecraft y solo eso.

—Sin comentarios —dijo, sabiendo que nunca doblegaría el escepticismo de su hijo sin el ejemplar en la mano.

El móvil de Dorón alteró a padre e hijo, leyó en la pantalla Identidad Oculta y supo de inmediato que era el teniente Navarro.

—Hemos detenido a casi todos los miembros de la secta y nos han indicado donde está enterrado el cuerpo de la chica, pero para nuestra sorpresa hemos encontrado otro cerca de allí, el de Miguel.

—¡No es posible! —exclamó sorprendido por la última parte de la noticia.

—¿Tienes alguna idea de quién pudo matarle? Para los de su secta también ha sido una sorpresa.

—No tengo ni idea, teniente.

—Pues por la hora de la muerte y según tu informe de ayer, fuiste de los últimos que le vieron con vida.

—No estará indicando que lo pude hacer yo —dijo absolutamente perplejo, mientras Isaac le observaba y un sentimiento de temor invadía todo su cuerpo.

—Hemos cursado orden de búsqueda para una chica llamada Serena Larra, era la novia del líder, también vivía en esa casa y posiblemente fue a quien tú seguiste. No creo que tardemos en localizarla y detenerla, quizá ella nos aclare algunas cosas.

—¿Cómo está el cadáver de Dominicque? —preguntó Dorón atenazado por un nudo en el estómago.

—Necesitamos que llesves a su compañera de piso al depósito forense y que lo identifique cuanto antes. ¿Crees que podrá hacerlo? Los científicos no pueden esperar mucho tiempo.

—Iré a buscarla ahora mismo, sé dónde encontrarla.

Abandonó La Ilustración a toda prisa dejando a su padre con la incertidumbre y el temor que le había provocado esa llamada.

Se dirigió directamente a la Facultad de Derecho y preguntó hasta dar con su clase. Llamó a la puerta y entró en el aula ante la sorpresa de Sandra, del resto de los estudiantes y del catedrático que daba la asignatura en ese momento. En privado explicó a este último de forma somera el motivo de su visita. Con el semblante traspuesto salieron al pasillo, inmediatamente y temiéndose lo peor Sandra se les sumó. Como mejor pudo y supo hacerlo Dorón le dio la noticia y tras un instante de silencio en el que todo movimiento quedó congelado, un grito desgarrador retumbó en todo el pasillo, en toda la Facultad. Sandra dejó caer su cuerpo contra la pared y se fue resbalando por ella hasta quedar sentada en el suelo ahogada por el llanto.

Algunos compañeros de clase también salieron y otros profesores de las aulas contiguas hicieron lo mismo. En un momento, el lugar se convirtió en el escenario de un drama donde solo ella con su llanto tenía voz, mientras el resto observaba atónito aquella expresión rota de dolor que difícilmente borrarían de su pensamiento. Entre el joven detective y el catedrático intentaron levantar su desmadejado cuerpo, a duras penas lo consiguieron y casi en volandas la introdujeron dentro de un aula vacía, la sentaron como pudieron y el profesor solicitó a uno de sus colegas que se encontraba en el pasillo sin atreverse a entrar que avisara al Decano. Dorón extrajo de su mochila una botella de agua mineral y se la dio a Sandra.

—Lo sabía, mi corazón me decía que ella no estaba bien.

—Lo siento, debí haberte hecho caso —se disculpó, quería que Sandra descargará su dolor y su ira y él sería un buen receptor.

—Tú eres detective. ¿Por qué creíste a ese asesino de Miguel antes que a mí?

—Porque no soy tan buen detective como pensaba.

—Eres un hijo de puta, eso es lo que eres.

El catedrático, que observaba la escena, quiso intervenir para calmarla pero Dorón le retuvo y le pidió silencio, esa catarsis tenía que darse o Sandra sería incapaz de ir a identificar a Dominicque y era muy necesario si se quería hacer justicia. Por eso siguió provocando más su ira aunque fuera contra él.

—Todo parecía normal, debí haberme dado cuenta que no lo era.

—¿Normal? Eso lo dices porque no eres mujer. Vosotros podéis ser impulsivos en vuestras decisiones y si perdéis, perdéis poco. A nosotras esa condición como otras muchas se nos niega desde que nacemos porque cuando nosotras perdemos nos puede costar hasta la vida.

Sus palabras eran un alegato contra la condición masculina porque su amiga era quien había muerto, no Miguel. Ella todavía no sabía que él también.

Dorón quería mover en Sandra los resortes necesarios para convertir aquella furia en un deseo de venganza contra el chico, eso la daría fuerza para hacer lo que tenía que hacer, un acto que sabía que la marcaría para toda su vida. La puerta del aula se abrió y entró el Decano.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó dirigiéndose al catedrático.

Este le tomó del brazo y se lo llevó a un rincón de la clase donde le expuso lo que estaba sucediendo y allí se quedaron sin intervenir.

—Es necesario que alguien identifique el cadáver para que los forenses de la policía puedan comenzar a trabajar cuanto antes y detener a los culpables.

—¿Incluyéndote a ti? —exclamó ella incorporándose de la silla.

El dolor iba transformándose en odio y ese efecto la dotaba de fortaleza. Dorón sabía que así sería, era un rasgo que descubrió en ella durante las muchas horas dedicadas a seguirla y observarla.

—Yo no me voy a fugar, ellos puede que sí. También asumiré mi responsabilidad ante quien tenga que hacerlo, se lo debo a Dominicque.

—Pues vamos —dijo ella limpiándose las lágrimas y abriendo la puerta con decisión.

En el pasillo, ahora repletó de alumnos, todo volvió a congelarse excepto el movimiento de decenas de pares de ojos que les siguieron hasta desaparecer por las escaleras.

En el trayecto Sandra comenzó nuevamente a llorar y su llanto fue acompañado de golpes y patadas contra el coche además de múltiples insultos. Dorón la dejó hacer, se mantuvo en silencio deseando con todas sus fuerzas que el tráfico de la ciudad fuera lo suficientemente fluido como para que esa furia no se diluyera en el camino.

En la puerta les esperaba el detective Vega junto con otro policía también en ropa de calle que ni siquiera se identificó, no hacía falta, ni él ni ella estaban para protocolos. Entraron, atravesaron un largo pasillo y llegaron a una pequeña cámara en medio de la cual había una camilla metálica sobre la que reposaba una funda de plástico en cuyo interior se encontraba el cuerpo de Dominicque. El policía colocó su mano en la cremallera de la bolsa y antes de bajarla dirigió su mirada a Sandra, sin palabra alguna y con un leve movimiento de su cabeza solicitó su permiso, ella respondió con el mismo lenguaje corporal y él la abrió lo suficiente como para poder ver únicamente el rostro deformado del cadáver. Sandra volvió a perder las fuerzas y se apoyó en el brazo de Dorón.

—Es ella —dijo con los ojos llenos de lágrimas y su corazón a punto de romperse.

Salieron de allí y entraron en un pequeño despacho, el detective Vega les invitó a sentarse con total cortesía y delicadeza. Hizo unas breves preguntas sobre los datos personales de Dominicque que él mismo fue rellenando en unos impresos con las respuestas de la chica, por último le pidió su firma, ella tomó el bolígrafo y puso su nombre.

Como detective jefe a cargo del caso expresó la necesidad de llamar al padre de Dominicque.

—Yo lo haré —dijo ella.

—Quizá yo pueda hacerlo mejor —insistió el policía—, aunque antes me gustaría llamar al suyo también.

Le dio un par de teléfonos a los que llamar en Bélgica y luego le dio los de su padre en Salamanca. La primera llamada del detective fue para este último, en una breve conversación muy bien llevada, seguramente por la experiencia de muchos casos anteriores, comunicó al padre de Sandra la necesidad de estar presente cuanto antes junto a su hija. Este se comprometió a salir en ese mismo instante para Madrid, llegaría en un par de horas.

—Gracias —dijo Dorón mientras tomaba a la chica del brazo y se la llevaba del despacho; no quería que estuviera presente cuando el detective hiciera la segunda llamada.

Salieron del edificio y él se ofreció a llevarla a su casa pero Sandra no quiso, todo le recordaría a Dominicque. Fueron entonces al café de Bellas Artes hasta que llegara su padre a recogerla. Nada más entrar buscó a Rodolfo y con una ligera seña de su mano le llamó, este se aproximó raudo.

—¿Podemos sentarnos en la zona reservada? —preguntó Dorón— luego te explico.

—Por supuesto —dijo el camarero al ver el semblante de la chica.

—Pon una tila y un té, esta vez con bolsita, por favor.

—¿Me dejas que cambie la tila por una valeriana? Seguramente le ayudará más —señaló Rodolfo.

Le agradeció su observación y se sentaron en la zona reservada. Fueron casi tres largas horas las que pasaron juntos y en las que abundaron los silencios. Ya no había recriminaciones de ella, solo el deseo por irse de allí y refugiarse en su casa con los suyos donde se sentiría segura y cuidada. Se encontraba en la fase del miedo.

Por fin su padre llegó, fue una presentación fría y distante igual que la despedida, justo la que Dorón hubiera querido evitar pero la situación no dio para más. Les vio salir del café, momento que aprovechó Rodolfo para saciar su curiosidad que había ido en aumento durante las largas horas que les vio allí sentados.

—¿El novio la ha puesto de patitas en la calle?

—No, ha tenido que reconocer el cadáver de su mejor amiga.

—Perdón —se disculpó el camarero—. ¿Un accidente?

—No, un crimen —respondió con la vista perdida en una de las hermosas arañas de cristal que colgaba del techo.

—¡Hostia! Eso son palabras mayores. Ese sí que es un auténtico caso, me lo tendrás que contar.

—Lo haré, pero será otro día —dijo pagando el servicio y dejando una buena propina—. Te lo mereces por cómo te has portado hoy. Muchas gracias —le extendió la mano y Rodolfo se la estrechó. El camarero percibió que no era un buen momento para el chico, nunca le había visto en ese estado.

En su móvil tenía varios mensajes de su padre y uno de Rachel. No quiso responder a ninguno, solo quería encerrarse en su casa y analizar el caso concienzudamente, había dejado pasar por alto muchas cosas y aunque ahora todo estaba en manos de la policía la muerte de Miguel le había dejado completamente descolocado, no por el libro, sino porque no encajaba en todo aquello.

Nada más llegar abrió su correo, no había mensaje alguno de Mraz y sí uno del señor López. El nuevo relato de Dominicque le había parecido de lo mejor que había escrito y así se lo hacía saber, le pedía que mañana se pasara por el periódico. No respondió, ni confirmó la cita. Fue a la cocina y se sirvió una copa de vino, se sentó en el sofá y subió las piernas sobre la mesa, cerró los ojos e intentó concentrarse en el caso, quería repasarlo en su memoria paso a paso.



La llamada del teniente Navarro le sacó de su concentración.

—Hemos detenido a Serena Larra y ha declarado que quien mató a Miguel fue el tal Ubaste. Ella y el chico pretendían robarle el libro de tu cliente para vendérselo a un Comendador del que no sabe el nombre pero de quien nos ha dado su dirección y que dice ser un hombre muy poderoso ¿sabes a quién se refiere?

—No tengo idea teniente —mintió Dorón—. Parece que este hombre quería el libro a toda costa. ¿Tampoco sabes por qué? —su tono al otro lado del teléfono denotaba cierto enojo por la actitud poco colaboradora del que fue su alumno.

—Tampoco —respondió escuetamente.

—¿Conoces a un tal Luca? Parece que trabaja para ese poderoso hombre y que también buscaba el libro.

—Estoy tomando nota de lo que usted me está diciendo y realmente es nuevo para mí. Yo seguía un libro y a quien sabía que lo tenía, pero desconocía que hubiera alguien haciendo lo mismo, créame teniente.

—Ese Luca coincide con la descripción que dio un vecino del edificio que le vio salir de la casa de Ubaste justo cuando comenzó el incendio. Tú estabas allí. ¿Pudiste ver a alguien salir del portal que te llamará la atención?

—Mi mayor atención se centraba en el deseo de entrar más que en ver quien salía y todo lo que pude apreciar en la calle eran corrillos de vecinos maldiciendo al muerto por el peligro al que les había expuesto y esperando que les dejaran regresar a sus casas.

—¿Era muy valioso ese libro?

—Según mi cliente, era un ejemplar único del *Necronomicón* del siglo XVII, pero si le sirve de algo mi opinión, le diré que estoy convencido de que era una falsificación, porque se diga lo que se diga, ese libro pertenece a Howard P. Lovecraft y él murió en el año 1937 por tanto, difícilmente puede ser auténtico si lo datan en el siglo XVII.

—¿Puedo saber quién es el dueño?

—Era —matizo Dorón—, ahora ya no hay libro ni falso ni verdadero, de forma que poco importa y usted sabe que el negocio de mi padre se basa en la discreción, por lo tanto también se la pido a usted.

—Si en un momento dado llega a ser relevante me verá obligado a exigírtela.

—Entonces yo se la daré, cuente con ello. Teniente ¿es posible que ese desconocido que alguien vio salir de la casa fuera quien le mató? —preguntó buscando información.

—No se han encontrado señales de lucha en lo que ha quedado del cuerpo, no tiene perforaciones ni huesos rotos, según los forenses murió devorado por el fuego —indicó su profesor.

—Igual que el libro y que mi recompensa ¡Qué le vamos a hacer! —apuntó con resignación.

—Al menos tu trabajo ha servido para detener a una banda de locos asesinos.

—Pero ha costado la vida de una chica inocente y muy valiosa —en sus palabras había una mezcla de rabia y dolor que no podía reprimir.

—Será necesario que te pases por mi despacho en cuanto tengamos todo este *puzzle* encajado con cada pieza en su sitio.

—Cuando usted diga, teniente.

Con esas palabras se despidió Dorón cerrando su móvil. Él también necesitaba terminar de montar el suyo.

Volvió a intentar concentrarse en el caso. Cambió de postura en el sofá y se extendió a lo largo, sus pies sobresalían un palmo fuera, cerró los ojos y la primera imagen que le vino a su primer nivel de recuerdo fue el encuentro con Miguel en la Facultad. ¿Qué se le pudo pasar en aquella ocasión? Un chico de aspecto pulcro y cuidado con pinta de niño pijo muy alejado de la imagen gótica que daban el líder y esa chica que, según el teniente, era su cómplice...

Se quedó profundamente dormido hasta que despertó sobresaltado, una imagen había quedado fija en su recuerdo, Ubaste entró en la Biblioteca con el libro y cuando salió no llevaba nada en sus manos. Desde un primer momento creyó que se lo había entregado a Miguel que estaría esperándole dentro, pero si este ya estaba muerto ¿qué hizo en la biblioteca? Tuvo un presentimiento, miró su reloj, marcaba las 04:22 horas, era de madrugada y todo estaba en silencio. Enderezó su espalda y cuello en un vano intento por rebajar el dolor que el sofá le había vuelto a provocar. Ese trasto de diseño no permitía un sueño reparador sino más bien lo contrario, un sueño machacador. Volvió a mirar su reloj con impaciencia, tan solo dos minutos más que sumar a la hora de antes. Ya no iba a poder dormirse, le urgía que amaneciera, que la ciudad despertara, que la actividad cotidiana retornara.

Fue a su ordenador, en su correo ni rastro de Mraz. Las siguientes cuatro horas las pasó arreglando el terrario de Nech, poniendo agua a las plantas, limpiándolas de hojas secas, ordenando los CD, leyendo los periódicos por Internet y todo aquello que pudo hacer para que las horas pasaran sin desesperarse. Finalmente se duchó, preparó un potente desayuno de esos que hacía cuando tenía tiempo y ganas y después de metérselo entre pecho y espalda salió; no se llevó el coche, prefirió ir dando un paseo, la mañana era fresca y eso le despejaría del todo. El recorrido le llevó más de media hora hasta que estuvo frente a la Biblioteca Pública Central. Eran casi las nueve y ya estaba abierta, entró y subió directamente a la segunda planta, solo halló un par de estudiantes madrugadores frente a los ordenadores de consulta. Por dónde empezar, se preguntó. Descartó las referencias a esoterismo, ocultismo y todo aquello que pudiera estar relacionado con el libro, era demasiado obvio. ¿Literatura quizá? Lo descartó también, posiblemente era una de las áreas de consulta más solicitadas. Sin dudar se fue a la parte menos visitada, la de Ciencias Aplicadas. Disponía de un buen número de libros, aunque reducido si se le comparaba con otras materias, dirigió su búsqueda por las estanterías más bajas, las que están a pie de suelo y que menos facilidad ofrecen a la vista. Con sumo cuidado y sin despertar sospechas, se agachó y

registró con cuidado el fondo de cada estante. En uno de ellos percibió la presencia de un libro oculto, tapado por los que tenía delante, con cuidado lo extrajo, el corazón comenzó a latir con fuerza, en la portada, su título era lo único destacable: *Codex Arabicus*, lo revisó a conciencia y como supuso, encontró una pequeña y casi imperceptible alarma de quita y pon. Ubaste era un loco pero no un idiota, con buen arte y maña acabó metiéndoselo en su espalda sujetado por el pantalón y cubierto por el amplio suéter que llevaba, se colocó encima su chaquetón y salió de allí.

Otra vez su corazón comenzó a trabajar a destajo movido por la impaciencia, paró un taxi que le llevó de regreso a casa. Sin saber por qué, echó llave a la puerta nada más entrar, algo que solo hacía cuando se iba a dormir. Lo sacó de su espalda y lo colocó sobre la mesa de su escritorio, se deshizo del chaquetón y lo dejó caído en el suelo, otra cosa que jamás hacía. Todo su afán era leer el libro. Abrió Internet y se descargó un diccionario de latín, andaba algo oxidado con esa lengua. Había puesto mucho empeño para aprenderla en uno de los talleres a los que se apuntaba siempre que podía y aunque se sintió cómodo estudiándola reconocía no ser un erudito.

Ese día, no comió ni cenó, no respondió a mensaje alguno, *desconectó* tanto el teléfono móvil como el fijo y solo se mantuvo a base de tazas de té. Finalizó su lectura ya muy entrada la madrugada y completamente agotado. Quería darse una ducha caliente y meterse en la cama, pero acabó pasando de lo primero para ir directamente a lo segundo.

Durmió hasta pasado el mediodía y despertó con el músculo de la vejiga como papel de fumar y a punto de explotar debido a la ingesta cantidad de té que tomó durante la lectura y traducción. Tenía hambre y pasó por el baño *solo* para lo más imprescindible; sin ducharse, ni afeitarse, se vistió con lo primero que encontró que era justamente la ropa que se había quitado unas horas antes y bajó a un pequeño bar de aire andaluz donde solía tomar el aperitivo por las ricas aceitunas que servían. Sin contemplaciones se metió al cuerpo un pincho de tortilla de patatas y otro de bonito en escabeche con pimiento rojo, acompañados de unos vinos blancos frescos y olorosos, esta vez y muy a su pesar rechazó la bandeja de colines que solía devorar con pasión acompañando a las tapitas. Comenzaba la festividad de *Pésaj*. Ahora sí estaba servido y, de mejor carácter, conectó el móvil, llamó a su buzón de voz y escuchó todos sus mensajes, el primero en responder fue el del teniente Navarro.

—¿Podrías pasarte por mi despacho? —preguntó el teniente.

—Cuando usted diga.

El teniente le pidió que fuera lo antes posible y él se presentó allí cuarenta minutos después.

—Hemos completado el *puzzle*, pero hemos tenido que añadir fichas en blanco —dijo el policía.

—Como por ejemplo...

Dorón dejó la frase a medio acabar esperando que el teniente pudiera completarla. Al suyo también le habían quedado espacios en blanco.

—Verás, a tu cliente su doncella le roba un valioso libro. Sin saber cómo, este cae en manos de una banda latina... —el policía invitó a que ahora fuera él quien explicara ese pormenor.

—Sí sabe cómo, teniente. Le expliqué en mi informe que el novio de la doncella frecuentaba a esa banda pero murió en su piso ahito de cocaína y ahogado por su propio vómito.

—Es cierto, lo olvide.

—Usted nunca olvida nada.

Sabía que era un interrogatorio en toda regla con ausencia de abogado, podía haberse negado pero aceptó el reto.

—Cuando intentas recuperar el libro pagando un rescate y sin ayuda de la policía...

—Era un intercambio, ellos no lo habían robado, lo habían encontrado —dijo cortando la exposición del teniente.

—... Alguien —continuó haciendo caso omiso a la matización del chico— se te adelanta y se lo quita a esa banda. Hemos sabido que la secta mantuvo sometido a constante seguimiento primero a tu padre y luego a tu cliente, por cierto ya sé quién es y pudieron interceptar el mensaje con la cita para el intercambio.

—Para que vea, esa era una de mis lagunas. Siempre me pregunté cómo pudieron adelantarse —replicó Dorón enganchado ahora a la explicación del teniente.

—Hemos sabido también, que ese Ubaste se lo ofreció al Comendador a cambio de un millón pero las negociaciones se rompieron, desconocemos por qué.

—¿Sabe ya quién es ese Comendador? —preguntó en un tono burlón que no gustó a su profesor.

—Es alguien muy importante al que no hemos podido localizar.

—Pero si tenía usted su dirección —indicó Dorón sin rebajar un mínimo el tono de antes y sabiendo a qué se exponía, pero era ya una cuestión personal.

—Esa casa pertenece a un *holding* con sede en Luxemburgo y con domicilio en un bufete de abogados. No se ha podido ir más allá. Continúo —apuntó el teniente—: Ese Comendador...

—Del que sabe el nombre pero no me lo quiere decir.

—No me vuelvas a interrumpir —le espetó el que fuera su profesor—. Ese hombre se enteró de que la novia del líder de la secta planeaba robarle el libro con ayuda de Miguel y se ofreció a comprárselo, aunque a ella si estaba dispuesta a darle el millón.

Dorón pensó hacer un chiste fácil del asunto pero no se quiso arriesgar, ya había calentado lo suficiente al policía.

—¿Por qué a ella sí? —se limitó a preguntar.

—Supongo que porque ella se lo iba a entregar sin riesgo alguno y a Ubaste posiblemente habría tenido que quitárselo. Prosigo, según la declaración de la novia, consiguieron hacerse con el libro, pero cuando ese chico, Miguel, regresó a recogerlo

donde lo había escondido, el loco le mató. Después sigue tu historia.

—Yo me entero de que el libro iba a cambiar de manos —continuó Dorón recogiendo el ofrecimiento— y me presento allí con la banda latina y se monta el follón, Ubaste huye y muere en su casa abrasado, el libro se quema y yo identifico el cadáver de Dominicque, dejando para usted la gloria.

—Cierto, pero seguimos con una ficha en blanco: ¿Quién es tu garganta profunda? Ninguno de los chicos de la secta lo ha admitido.

—Esa también es una ficha en blanco para mí que esperaba que usted me aclarara.

—Percibo que dices la verdad —dijo el teniente estudiando cada uno de los movimientos y gestos del que fue su alumno.

—Una pregunta más, teniente. ¿Por qué mataron esos locos a Dominicque?

Esa pregunta le había rondado por su cabeza desde el momento en que descubrió la identidad del cadáver y esperaba que Miguel se la hubiera podido responder.

—Cuando se hicieron con el libro, ese líder de pacotilla consideró necesario ofrecerle un ritual de sangre. Era un psicópata de primera.

—Bueno, al menos ese ejemplar ya no será la excusa para que alguien mate en su nombre.

—Esperemos —dijo el policía encogiéndose de hombros y levantándose de su sillón—. Por cierto. ¿Has perdido doscientos mil euros?

—¿Me toma el pelo teniente? Nunca he visto tanto dinero junto.

El Policía se encogió de hombros. Dorón sabía que era una pregunta trampa y eludió hacer comentario alguno. Le acompañó hasta la salida y allí se despidieron, esta vez de manera cordial y sentida.

—Has hecho un buen trabajo, pero en lo sucesivo procura contar con nosotros. Estamos de tu lado, no contra ti, detective.

Era la primera vez que le llamaba así con la formalidad que lo había hecho.

—Existencial, teniente, detective existencial. No lo olvide —dijo él sonriendo.

—No lo haré.

Se estrecharon las manos y Dorón salió a la calle levantando pecho, hombros erguidos y pletórico de seguridad. Su casi metro noventa pareció dar un estirón. Ahora venía lo mejor.

## *Pésaj*

Rebosante de energía, aunque sin duchar ni afeitarse, llegó a la librería, esta vez se detuvo frente a la puerta y la observó con detalle. Su padre nunca había querido hacer cambios en la fachada, se limitó a incorporar el factor seguridad y poco más. De vez en cuando un pintor retocaba el cartel anunciador en el que solo figuraba el nombre: La Ilustración —*Haskalá*—. Esto último en consideración a su madre que decía que, quien no supiera lo que eso significaba, menos pensaría en buscar libros antiguos. Además, sus clientes no eran transeúntes que pasaran por allí. Entró e Isaac sin darle tiempo para saludar le recriminó su falta de comunicación.

—Llevo dos días sin saber nada de ti. He tenido que mentir a tu madre diciéndole que andabas con un caso importante pero que estarías hoy para la cena de *Pésaj* — estaba muy preocupado y ese regaño era una forma de descargar toda la tensión que le había provocado la ausencia de noticias de su hijo.

—No has mentido, estaba en un caso muy importante —dijo Dorón echando su brazo por el hombro de su padre mientras se lo llevaba al pequeño despacho—. No te preocupes tanto que no es bueno para tu salud.

—Saliste de aquí a toda prisa después de hablar con la policía y quieres que no me preocupe.

—Tengo una noticia buena y una mala. ¿Cuál quieres escuchar primero?

—Sabes que no me gustan esos juegos dialécticos tuyos, lo que tengas que decir, dilo ya... pero empieza con la buena, la mala te la puedes guardar.

Su hijo abrió la mochila que llevaba al hombro y de ella extrajo el ejemplar de *El Libro de los Árabes* cuya búsqueda les había traído de cabeza estas últimas semanas y lo puso sobre el escritorio. Isaac abrió los ojos perplejo por lo que estaba viendo, no necesitaba inspeccionarlo para saber que era el libro de la familia Toledano pero tampoco podía despegar la vista de él. Abrió su cajón, extrajo unos finos guantes de algodón y se los enfundó. Con suma delicadeza fue pasando las páginas del libro una a una y deteniéndose por más tiempo en algunas concretas.

Dorón se mantenía en silencio, sabía que aquel era un momento que ambos recordarían toda su vida. Observó el mimo y el cuidado con el que trataba el libro. Le había visto hacer eso con otros ejemplares que en penosas condiciones pasaron por esas mismas manos para después volver a ser hermosos libros que guardar con amor.

—Dijiste que había ardido en el incendio ¿cómo lo has recuperado?

—Es una larga historia.

—Que por supuesto estoy dispuesto a escuchar.

—De acuerdo, pero será en otro momento. ¿Sigues sin querer saber la mala noticia?

El corazón de Isaac aceleró sus latidos y él aferró el libro con ambas manos, esperando oír que ahora era de la policía o algo parecido.

—Lo he leído y... ¡Voilà! No me ha producido la locura —su padre se relajó un

poco—. Pero hay más, lo he revisado a conciencia y no he hallado ni rastro de la Clave Gematría, lo que indica que seguiré sin saber los números que saldrán cuando se dé el mayor bote de la historia del Euromillón. ¡Qué putada!

—¿Quién sabe que lo tienes? —preguntó Isaac con preocupación.

—Tú y nadie más. La policía cree que ardió en la casa de ese loco asesino y así lo ha hecho constar en el informe. De manera que *El Libro de los Árabes*, versión toledana del siglo XVII del *Necronomicón* no existe.

—Y así debe seguir.

—Sí, mejor que así sea —expresó Dorón aportando cierta dosis de sorna a sus palabras—. Resultaría un duro golpe para las legiones de seguidores de Howard Phillips Lovecraft, de Providence, Rhode Island y fallecido en el 1937, saber que su origen es muy anterior a «Los Mitos de Cthulhu».

Isaac buscó un sobre, introdujo el libro con mucho cuidado y se lo ofreció a su hijo.

—Llévaselo a su dueño, seguro que le darás una gran alegría.

—Lo siento, —dijo rechazando el ofrecimiento— es tu cliente no el mío. Ahora todo lo que deseo es cenar bien y sé de alguien con quien lo tengo seguro y vive aquí arriba.

—Yo que tú, antes me ducharía —dijo su padre pasándose la mano por su cara. Dorón hizo el mismo gesto, levantó sus brazos y metió la nariz en una y otra axila—. Además tu hermana ha llegado con compañía y ya sabes que la primera impresión cuenta mucho.

—Está bien, pero no le digas que he venido, quiero que sea una sorpresa.

Salió de la librería y fue directamente a su casa, esta vez el paseo lo hizo casi a la carrera.

Un par de horas después estaba de regreso en la librería, vio que estaba cerrada y supuso que su padre estaría en la casa, entró por el portal con la llave que siempre llevaba pero que pocas veces usaba, subió los escalones de dos en dos, abrió la puerta y fue directo a la cocina, justo allí encontró a su madre, su hermana y la visita sentados en torno a la mesa y preparando los elementos para la celebración de *Pésaj*. Directamente saludó primero al desconocido.

—Soy Dorón —dijo extendiéndole la mano ante la atónita mirada de su hermana Luar.

—Marcel —respondió el chico estrechándosela con vehemencia.

—¿Has perdido definitivamente los modales? Primero se saluda a las damas —dijo ella mostrando cierto enfado y mirando a su madre—. Esto pasa por mandarle a estudiar al lado de un colegio de pago.

—Es cuestión de prioridades querida hermana. En mi escala de valores está antes un enólogo que una geóloga.

Luar le mostró el dedo corazón y Dorón le cogió la mano, la atrajo con fuerza y la abrazó hasta levantarla en el aire.

—Comes poco —dijo él.

—No te preocupes, unos días con ella —indicó señalando a su madre— y no podrás levantarme tan fácilmente.

Dorón tomo la cabeza de su madre y le plantó un beso en la frente.

—¡Qué bien huele a cordero asado! —tomó la botella de vino que había sobre la mesa y leyó—. Borgoña, estamos de enhorabuena.

—Es un Marconnets del 2003, un buen vino —señaló Marcel.

—Me fío de la palabra de un enólogo francés ¡Qué menos! Pero vamos a confirmarlo.

—¿No puedes esperar a la bendición? —preguntó su madre.

—Sabes bien que no, acepto tu ortodoxia en todo excepto en el vino, y más si es un Borgoña.

Luar sacó cuatro copas del armario de la cocina, Marcel abrió la botella y sirvió el vino con delicadeza y arte. Dorón se deleitó con el aroma, lo cató y finalmente brindo con los presentes.

—¡Lejaim! —los demás le siguieron—. Echo de menos a papá, creí que estaba aquí.

—Ha dicho que iba a hacer algo urgente pero que no se demoraría —apuntó su madre.

Él supuso que a entregar el libro pero no dijo nada al respecto, ya habría tiempo.

—¿A que no sabes dónde estuve la semana pasada? —preguntó su hermana.

—Sorpréndeme.

—En un partido de baloncesto entre el Maccabi de Tel-Aviv y el Real Madrid.

—Irías con el Madrid, espero —dijo Dorón a pesar de no apasionarle mucho los deportes.

—Ahí estaba ella gritando. ¿Cómo era? —preguntó Marcel indeciso.

—¡A por ellos! ¡Oé! —respondió Luar agitando su puño en alto—. Fue divertido.

—Ganaríamos, supongo.

—Perdimos —señaló ella— pero nos lo pasamos en grande. Luego nos juntamos un grupo de españoles que nos conocimos allí mismo y nos fuimos a celebrarlo como si hubiéramos ganado.

La puerta de la casa se abrió y entró Isaac. Su expresión denotaba felicidad y relax, guiñó un ojo a su hijo en un gesto de complicidad y se excusó para ir al baño.

—Ponerme una copa —dijo señalando la botella— voy a lavarme las manos.

—Aprovechando que estamos en *Pésaj* celebrando nuestra liberación del yugo del Faraón —dijo Dorón ante la atenta mirada de los demás—. ¿Sabéis por qué Moisés tardó 40 años en cruzar el desierto con los judíos?

—Porque le daba vergüenza llevarlos por la carretera —respondió su padre que ya se incorporaba al grupo— rieron y Dorón le ofreció una copa de vino. Volvieron a



repetir el brindis todos juntos.

—Marcel no puede creer que seas detective existencial —señaló su hermana.

—Bienvenido al club —apuntó Anne con cierto desagrado.

—Pues a mí me gusta —dijo Isaac ante la incredulidad del resto de los presentes, sobre todo su esposa que le exigió una explicación.

—¿Has cambiado de parecer? Siempre dijiste que eso era una locura.

—Tengo derecho a rectificar y lo hago públicamente.

Dorón intuía la razón de ese cambio, pero también sabía que su padre no podía ser más explícito.

—Lo bueno de equivocarse es el placer que provoca en los demás —dijo el joven detective.

—¿Son casos peligrosos? —preguntó Marcel con gran curiosidad.

—Alguno ha habido, pero por lo general son líos domésticos, aunque ahora quiero subir un peldaño más y ofrecerme a compañías de seguros para casos más serios.

—Conozco a alguien que te puede introducir bien en ese campo. Le llamaré después de las fiestas —dijo su padre.

Anne no salía de su asombro ante la actitud condescendiente de su marido respecto a la profesión de su hijo; intuía que detrás de ese cambio habría alguna razón que ella desconocía pero acabaría por saber más tarde. Además, era una conversación para discutir en familia, sin invitados.

—Voy a preparar el plato de *Pésaj*.

—Te ayudo —se ofreció Dorón con entusiasmo.

—¿Ayunaste como era tu deber de primogénito? —preguntó su madre.

—Lo hice, pero más por tener un frigorífico a dieta severa que por ser primogénito.

—Entonces deberías acompañar a tu padre a limpiar la casa de *bedikat jametz*.

—Mi madre es muy ritualista —dijo a Marcel queriéndola disculpar— pero nunca ha conseguido que cumplamos con toda la ortodoxia y menos con respecto al vino —añadió mientras daba un sorbo a su copa y dirigía una mirada cómplice a Luar moviendo su boca y sus dedos en clara imitación al movimiento de un hámster que olfatea y busca por los rincones. Ambos se rieron, se levantaron de la mesa y junto con Isaac comenzaron a recorrer el salón mirando debajo de los muebles, en el sofá, por los rincones en busca de todo vestigio de pan o cereal fermentado que en esos días significaría impureza. Mientras, su padre les explicaba como a la media noche el pueblo hebreo salió precipitadamente de Egipto huyendo de la esclavitud del Faraón y como debido a las prisas la masa preparada para hacer el pan del día siguiente no tuvo tiempo de fermentar y quedó como pan ácimo o *matza*. Ese sería el pan que comerían durante los siguientes siete días de celebración, un pan preparado únicamente con harina de trigo y agua, era el pan de la privación.

Marcel, que observaba divertido la escena intervino.

—Todavía hoy mi padre deja estratégicamente «abandonados» —hizo comillas con sus dedos— pequeños trozos de pan para que los encontremos y nos deshagamos de ellos.

—Por fortuna mi madre ya no lo hace, pero no se lo recuerdes o me veo el año que viene buscando meticulosamente por toda la casa migajas incluso en las alfombras —dijo Dorón.

En la cocina, la cena ya estaba lista y el olor a cordero asado lo impregnaba todo, prepararon la mesa *del* salón con los candelabros y velas encendidas, la cubertería reluciente y la vajilla impoluta. Frente al lugar donde se sentaría Isaac destacaba la *Keará*, bandeja del *Séder* con sus símbolos hermosamente labrados, un regalo que trajo su tía Tamara de México en una de sus visitas y que encargó a un platero en Taxco.

Sobre cada uno de esos símbolos alusivos, Anne había colocado su correspondiente real. El *Zeróa*, un hueso asado que recuerda el cordero que se sacrificaba antiguamente en Pascua. El *Maror*, las hierbas amargas con las que degustar el sabor ingrato de la esclavitud en aquel tiempo. El *Jaróset*, una mezcla de manzanas, nueces, canela y vino que debido a su color ocre recuerda el barro con el que los hebreos preparaban los ladrillos con los que el Faraón levantaba sus fortalezas. El *Beitza*, un huevo asado que recuerda la pérdida del Templo de Salomón. Y sobre esa misma bandeja, un platillo de *Karpás*, que no eran otra cosa que perejil, lechuga y rabanitos junto con un pequeño recipiente de agua salada en el que remojarlas antes de llevarlas a la boca. Junto a la bandeja, Luar colocó otro plato con los tres *Matzot* en orden en recuerdo de los tres patriarcas: Abraham, Isaac y Jacob, cubiertos por un pequeño mantel bordado con el texto de la bendición. Dorón dispuso el vino con las copas reservando una para el huésped invisible de la cena pascual que no era otro que el profeta Elías.

Todos se sentaron a la mesa y Anne hizo una seña a Isaac que no pareció entender hasta que su primogénito le señaló la puerta de la calle.

—Imperdonable olvido —dijo el padre que levantándose fue hacia ella, la abrió y exclamó—: El que quiera celebrar el *Pésaj* que venga y festeje con nosotros —luego regresó a la mesa.

—Le gusta la ortodoxia hasta en sus mínimos detalles —dijo Dorón de su madre.

—He sido maestra durante muchos años y sé que cuando las tradiciones no se transmiten, no tardan en perderse. No seré yo quien cargue con ese peso, eso te lo dejo a ti.

—Me disculpo, lleva usted toda la razón, prometo hacerlo con mis hijos y con los hijos de mis hijos.

—Y yo espero verlo —dijo ella mostrando una fingida sonrisa. Nuevamente le hubiera gustado aprovechar el tema para insistir en su deseo de ser abuela, pero no quería importunar a Marcel y reprimió su boca.

Se inició la celebración siguiendo los quince pasos del ritual de *Séder* que revive

la partida de Egipto. Dieron debida cuenta del cordero asado y el Borgoña corrió como fluyen los ríos en primavera. Fue una noche propicia para las historias como es de rigor en *Pésaj* y hasta Isaac, más aficionado a leer que a narrar, tuvo la suya. Por último Luar pidió a su hermano que en la mañana les llevara a Toledo para que Marcel pudiera conocerlo, aceptó y su padre les ofreció su coche, tres en un Smart costaba trabajo imaginarlo. Se despidió y regresó a su casa.

## París

El despertador estaba preparado para que sonara a las diez de la mañana, pero no contaba con Nech que, sin previo aviso, hizo acto de presencia en la habitación con ganas de marcha y soltando un maullido tras otro. Dorón abrió un ojo como pudo y miró el despertador. Solo las ocho, no podía creérselo, se tapó la cabeza con la almohada intentado mitigar el sonido estridente del gato tocando diana pero fue peor, en un segundo tuvo al animal subido en su espalda maullándole casi al oído. Moviéndose de un lado para otro queriendo deshacerse de él, lo logró pero no consiguió que desistiera en sus exigencias. Sabía que hasta que no le pusiera comida de lata no dejaría de hacerlo.

El gato había estado desaparecido un par de días y hoy que se había acostado tarde, el muy golfo se presentaba exigiendo su derecho a menú a pesar de tener su pienso y agua en el lugar de costumbre. Con gran esfuerzo se incorporó, fue a la cocina y preparó la comida del felino, abrió la terraza y se la puso. El frescor de la mañana le golpeó con fuerza, la luz del día era limpia y clara, no se veían nubes en el horizonte y eso haría más agradable el viaje a Toledo con Luar y Marcel.

Vio al gato comer con ganas el plato que le había puesto y regresó nuevamente a la cama, solo que esta vez conectó la radio para ir escuchando las noticias mientras volvía a quedarse dormido. Un par de horas más sería un regalo para el cuerpo.

A la hora marcada sonó el despertador, lo apagó como pudo y siguió dormido, pero treinta minutos después fue su móvil el que volvió a despertarlo, era Rachel quien llamaba, respondió como pudo.

—Fuerte fiesta de *Pésaj*, supongo —señaló ella al otro lado de la línea.

—Mi hermana vino con un amigo de Israel que es enólogo y llegaron cargados de vinos de Borgoña.

—¿Borgoña de Israel? —preguntó ella desconcertada.

—Bueno, él es francés pero... —hizo un silencio— resumiendo, que nos lo bebimos todo.

—Suena bien —dijo Rachel—. Te llamaba porque me gustaría verte antes de irme, solo será un instante. Si quieres me puedo acercar a tu casa.

Sería una buena excusa para obligarse a levantarse y arreglarse, pensó Dorón, de otro modo podría seguir así toda la mañana y no llegaría a estar a tiempo para el paseo por la ciudad de las tres culturas que Luar quería mostrar a Marcel. Aceptó la idea y le dio la dirección, ella llegaría en una hora.

Dorón se duchó y arregló, pensó en bajar a comprar croissants recién hechos en la pastelería que tenía cerca de la casa pero recordó que era *Pésaj* y que no se podía comer otra cosa que no fuera pan ácimo. Desistió de la idea pero se acordó eso sí, que se había traído pastelillos de la cena. Abrió las ventanas para airear un poco la casa y

la arregló mínimamente; luego preparó el salón y puso sobre la mesa dos juegos de té. Pensó en encerrar a Nech en su habitación, pero sabía que si el gato quería incorporarse a la reunión le tendría maullando todo el tiempo de forma que desistió de la idea, solo esperaba que Rachel no fuera alérgica.

Escuchó el timbre del telefonillo del portal, por el visor del portero automático la identificó y abrió. Dio un rápido repaso con la vista a toda la casa y se mantuvo vigilante esperando oír la llegada del ascensor, lo que sucedió momentos después y abrió. Estaba espléndida, radiante, ante una mujer así pensó Dorón al verla, el deseo de todo hombre es mostrar seguridad y aplomo, pero la realidad es bien distinta, nos turba y nos convertimos en un manojito de nervios y estupidez al cincuenta por ciento. Nos olvidamos del papel de aventurero intrépido y locuaz mil veces ensayado en nuestros sueños más íntimos y acabamos haciendo justamente lo contrario. Debería de haber una señal de aviso que indicara que vamos a encontrarnos con una diosa para prepararnos un poco, lo suficiente como para no hacer el patoso de mala manera. Posiblemente no conseguiríamos poseerla pero al menos tampoco acabaría con nuestra autoestima.

Como era su costumbre, Rachel saludó con cortesía pero sin contacto físico alguno. Dorón le pidió el elegante chaquetón corto de raso con cinturón que llevaba puesto y ella se lo quitó mostrando más belleza si cabe. Vestía un conjunto de camisa de seda color crema y pantalón con vuelta a juego, sus zapatos eran de punta también en color suave y con medio tacón. Exquisita, muy francesa.

—¿Té o café? —preguntó mientras colgaba cuidadosamente la prenda de la chica en el perchero.

—Como sé que eres un apasionado del té, lo tomaré contigo —dijo señalando las tazas que había colocadas sobre la mesa.

Dorón puso la tetera con agua en la vitro y sobre una bandeja colocó un plato con palitos de miel, otro con unos pastelillos que se había traído de la cena de anoche y un tercero con unas cuantas bolsitas de té con cardamomo y anís; llevó la bandeja a la mesa y regresó por la tetera cuando avisó con ese silbido agudo tan único.

—Son buñuelos de *matzá* y pasas de los que sobraron anoche, los hace mi madre.

—¡*Jremzelej* de *Pésaj*! —exclamó ella con satisfacción, tomó uno y lo comió con deleite—. Maravillosos, felicítala de mi parte.

—Lo haré —dijo observándola con ternura a la vez que preparaba las tazas de té. Para él, ver deleitarse a alguien con la comida resultaba siempre una tierna satisfacción.

—Esta tarde regreso a París, pero antes mi padre me ha pedido que te entregue esto.

Abrió su bolso y extrajo un papel doblado que le entregó. Dorón vio que era un talón y se asombró de la cantidad, tenía varios ceros.

—Esto debe dárselo a mi padre, es su cliente.

—Ya lo hizo, pero lo rechazó señalando que debía entregártelo a ti ya que fuiste

tú quien recuperó el libro.

—Es una cantidad importante.

—El quince por ciento de lo que pensaba pagar. Mi padre estima que es una cantidad justa y se niega a que sea rechazado.

—En ese caso, asunto resuelto —dijo guardando el talón en el bolsillo de su camisa—. Es una pena que regreses tan pronto, me hubiera gustado invitarte a cenar una noche y recorrer la ciudad hasta agotarla.

—Lo puedes hacer en París, mi casa está abierta.

—¿Tendría que dormir en el sofá? —preguntó Dorón con picardía y una media sonrisa intuyendo la respuesta.

—¿Por qué? Mi cama es grande —respondió ella ante la estupefacción del chico que no se lo esperaba.

—¿Esta noche? —preguntó él cazándola al vuelo a pesar de su perplejidad inicial.

—¿Tienes algo mejor que hacer?

—Un momento —dijo yendo a su escritorio, descolgando el teléfono y marcando mientras ella degustaba otro de los pastelillos con té, fue Luar quien tomó la llamada—. Querida hermanita, estás de suerte, te dejo la casa y el coche, mamá tiene copia de las llaves. Me voy a París dentro de un rato, despídeme de todos. Llamaré cuando llegue —no dio tiempo a preguntas y colgó.

—Tengo que hacer mi equipaje —dijo ella levantándose— y supongo que tú tendrás que buscar un billete de avión, de manera que te dejo la dirección de mi casa y te espero cuando llegues ya que será difícil que coincidas con mi vuelo —sacó de su bolso una tarjeta personal de visita, apuntó su número de móvil y se la entregó.

Dorón la acompañó hasta que subió al ascensor, nuevamente la despedida fue sin contacto, no le importó ya tendría esta noche todo el que quisiera... o pudiera. Buscó por Internet un *last minute* a París y lo encontró pronto y a buen precio. Bajó al banco y depositó el talón, regresó nuevamente a su casa y se puso a preparar la bolsa de viaje. Estaba eufórico, serían unas fiestas de *Pésaj* poco tradicionales pero difíciles de olvidar.

La preparación de su equipaje le llevó poco tiempo, las experiencias de sus últimos viajes y las interminables esperas, registros, decomisos y demás molestias a las que sabía que se vería sometido en función de una mayor seguridad aérea, le habían convertido en un viajero práctico y de mínimos.

Todavía le quedaba un buen rato que perder y quiso aprovecharlo en echar un rápido vistazo a sus correos en el ordenador. El primero que leyó era del señor López, le felicitaba nuevamente por el relato de Dominicque y su madre y le informaba de la gran cantidad de mensajes de lectores que habían recibido alabándolo. Según la opinión del periodista en ese relato había un libro y le empujaba a que lo hiciera ya y se dejara de excusas. Dorón recordó al escritor y crítico francés Bernard Frank cuando en una conversación con Jean Paul Sartre, le dijo «soy judío y, por consiguiente, seré escritor», claro que la respuesta del existencialista francés no pudo

ser mejor «usted escribe para no trabajar». Si él pudiera hacerlo, también lo haría, pensó, pero no se veía a la altura de los dos ilustres. Respondió prometiendo que lo meditaría. Abrió también uno de Sandra en el que se disculpaba por todo lo que le dijo el último día que se vieron y le agradecía el hermoso relato de Dominicque. Le indicaba que después de leerlo se lo había remitido al padre en Bélgica y que este se había conmovido. Apuntaba que posiblemente tardaría en regresar a Madrid, seguía sintiendo miedo y despertándose en las noches mojada en llanto. Le respondió con un sentido mensaje deseándole lo mejor. Finalmente abrió uno que tenía de Mraz, su garganta profunda, como siempre, seguía en su estilo críptico y misterioso: *Nada fue coincidente, todo fue determinado. Tú solo eres un guardián, la Clave Gematría es solo para un maestro. Avanza. Luego escribió el valor numérico de su nombre en hebreo: M (Mem) 40 + R (Resh) 200 + A ('Aleph) 1+ Z (Záyin) 7. La suma de los números daba como resultado 248. Debajo figuraba otro nombre y su clave numérica SOMOZA, con el resultado también de 248.* Se quedó pensativo un instante, su pragmatismo le impedía aceptar la idea que aquel mensaje sugería. Había leído el libro de arriba abajo, del derecho y del revés, había realizado pruebas de gematría con los nombres que había en el libro... Pero recordó que siempre había utilizado para ello los valores del alfabeto latino, nunca del hebreo. Miró su maleta y el reloj.

—Es interesante lo que propones, pero lo pensaré cuando regrese —exclamó antes de cerrar el ordenador.

Dejó una nota a su hermana con unos pequeños detalles respecto a Nech y el lugar donde estaba estacionado el coche, de paso se excusó por su escapada tan intempestiva, pero le indicaba que era una oportunidad única y que ya se lo explicaría con detenimiento a su regreso.

Con la maleta en una mano y la otra en la puerta, echó un rápido vistazo a la casa, se detuvo un instante más en el ordenador y con una sonrisa en su cara abrió y salió. París esperaba.



AÍDA BERLIAVSKY es una escritora mexicana, licenciada en Dirección de Cine por el Centro Universitario de Artes TAI de Madrid y con experiencia en producción publicitaria. Es autora de una trilogía de intriga sobre su personaje llamado Dorón Benatar, compuesta por *El libro de los nombres muertos* (2008), *Berlín 10119* (2010) y *Morir matando* (2013). Actualmente reside en Brighton, UK.

Su primera novela, *Dorón Baratar y el libro de los nombre muertos*, contiene mucho de su personal universo visual relacionado íntimamente con el cine y la novela negra.



# Notas

[1] Jai: letra hebrea que significa *vida*. <<

[2] Los judíos nunca escribimos el nombre de Di-s (*N. de la A.*) <<